Pues vaya

UNA INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA RESIGNACIÓN CONTEMPORÁNEA

— Manual práctico para asumir que nada salió como estaba previsto —



ENSAYO FILOSÓFICO (A VECES) SERIO

CARLOS TORREGROSA

Con prólogo, notas al pie y encogimientos de hombros

EDITORIAL ATARAXIA LIMITADA

PUES VAYA
Una introducción a la Filosofía de la resignación contemporánea

Carlos Torregrosa

Título original: Pues vaya. Una introducción a la Filosofía de la resignación contemporánea.
Primera edición: 2026.
© Del texto: Carlos Torregrosa

Imagen de portada: www.imagine.art & ChatGPT

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos de esta novela son producto de la imaginación del autor.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 9798199856522

«Intentar otra vez.
Fallar otra vez.
Fallar mejor».
Samuel Beckett, *Peor para mí, peor.*

Índice

Prólogo

Capítulo 1
La aparición del primer «pues vaya»
El problema de localizar el origen
Teoría paleolítica
El cazador que falló
Primeras decepciones documentadas
El «pues vaya» en las pinturas rupestres
Debate entre arqueólogos
Hipótesis alternativas
Caso: La pérdida accidental de una piedra especialmente bonita hace 40.000 años
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 2
Grecia y el nacimiento de la resignación racional
El «pues vaya» presocrático
Heráclito y las cosas que cambian
Diógenes y la indiferencia
Epicuro y la decepción moderada
Los estoicos como precursores directos
Comparación entre la ataraxia y el encogimiento de hombros
Caso: La aceituna que cae siempre por el lado equivocado
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 3
Edad Media: resignarse o morir
Hambre
Peste
Guerra
Impuestos

Más impuestos
El campesino medieval como héroe del puesvayismo
Los monasterios y la resignación organizada
Caso: La cosecha destruida por tercera vez consecutiva
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 4
El fracaso de la modernidad
La promesa del progreso
Revoluciones
Ilustración
Industrialización
La creciente sofisticación de las decepciones
Aparición del ciudadano moderno frustrado
Caso: Comprar un invento revolucionario que no funciona
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 5
Ontología del «pues vaya»
¿Qué es un «pues vaya»?
Diferencias con expresiones afines
Condiciones necesarias
Condiciones suficientes
El problema del «pues vaya» auténtico
Caso: La reserva de hotel inexistente
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 6
Epistemología de la decepción
Cómo se genera una expectativa
La distancia entre deseo y realidad
El papel de la esperanza
El colapso cognitivo resignativo

Escalas de intensidad
Caso: Esperar una llamada importante
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 7
Taxonomía general de los «pues vaya»
El problema de la clasificación
Pues vaya leve
Pues vaya administrativo
Pues vaya sentimental
Pues vaya económico
Pues vaya existencial
Pues vaya definitivo
Caso: Un día completo encadenando decepciones menores
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 8
El gran debate
La fractura del campo resignativo
Resignacionismo clásico
Neopuesvayismo
Escuela crítica
Pospuesvayismo
Principales controversias
Congreso Internacional de Estudios Resignativos de Albacete
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 9
Amor y decepción
Enamoramiento como generador de expectativas
Expectativas románticas
Ghosting
Mensajes sin respuesta

Exparejas felices
Caso: El mensaje leído y nunca respondido
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 10
Familia y resignación
Reuniones familiares
Consejos no solicitados
Comparaciones con primos exitosos
Herencias imaginarias
Caso: La comida navideña
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 11
Trabajo y frustración
Promociones inexistentes
Jefes inspiradores
Cursos obligatorios
Evaluaciones de desempeño
Caso: La reunión que pudo haber sido un correo
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 12
Universidad y burocracia
El paraíso del «pues vaya»
Comisiones
Formularios
Acreditaciones
Estatutos
Indicadores
Indicadores para medir indicadores
Caso: Solicitud de un documento que la institución ya posee
Conclusión provisional

Bibliografía

Capítulo 13
Administración pública y trascendencia
La ventanilla como experiencia límite
Certificados: la ontología aplicada
Sellos: la materialización del «pues vaya»
Citas previas: la gestión de la espera
La metafísica de la fotocopia
Caso: El documento incorrecto
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 14
Camus, Kafka y Schopenhauer: El canon resignativo
Tres caras del «pues vaya» filosófico
Schopenhauer: el santo patrón de la resignación
Kafka: la burocracia como teología negativa
Camus: la revuelta como «pues vaya» activo
La espera como categoría compartida
Caso: Intentar resolver un problema telefónicamente
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 15
Tecnología y decepción digital
La promesa incumplida de lo digital
Contraseñas olvidadas
Actualizaciones
Servicios caídos
Atención al cliente automatizada
Inteligencia artificial y resignación
Caso: La videollamada que no funciona
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 16

Política y grandes promesas
El ciclo eterno de la esperanza
Programas electorales: la literatura fantástica
Reformas: el arte de cambiar para que nada cambie
Soluciones definitivas: la ilusión del punto final
La repetición histórica como generador de «pues vaya»
Caso: El ciudadano optimista
Conclusión provisional
Bibliografía

Capítulo 17
Cosmología del «pues vaya»
El universo indiferente
Entropía: la flecha de la decepción
Extinción: el «pues vaya» colectivo
Muerte térmica del cosmos
El último decepcionado
Caso: La humanidad descubre que todo termina igualmente
Conclusión provisional
Bibliografía

Epílogo
Hacia una teoría unificada de la resignación
Síntesis de todas las escuelas
Principios fundamentales del puesvayismo
Aplicaciones futuras
Perspectivas de investigación
Líneas abiertas para nuevas generaciones de estudiosos
Último párrafo
Bibliografía

ANEXO I Glosario técnico del puesvayismo
ANEXO II Test de Autoresignación Rápida (TAR-10)
ANEXO III El Documento Paula
Agradecimientos

Nota final del autor

Prólogo

¿Por qué otro libro sobre el «pues vaya»?

El autor lamenta que existan ya más de tres mil publicaciones sobre el tema.

Quien hojee estas páginas podría formularse una pregunta razonable. Si la literatura especializada ha producido más de tres mil títulos en torno al «pues vaya» —entre monografías, actas de congresos, artículos de revisión y tesis doctorales no publicadas—, ¿qué justificación académica cabe esgrimir para añadir un volumen más a esa abrumadora biblioteca de la decepción? La pregunta no es gratuita. El propio autor se la ha formulado en numerosas ocasiones, casi siempre mientras buscaba las llaves en un bolsillo equivocado.

La respuesta, paradójicamente, se inscribe en la tradición que este libro pretende estudiar. La existencia de más de tres mil trabajos previos no constituye un obstáculo, sino una confirmación del fenómeno. Cuanto mayor es el esfuerzo por comprender el «pues vaya», más evidente resulta que dicho esfuerzo terminará desembocando, tarde o temprano, en un «pues vaya» de segundo orden. Los estudios sobre la resignación generan, inevitablemente, resignación ante los propios estudios. Tal como lo formuló la Escuela de Lovaina en un simposio memorablemente infructuoso: «La metacognición de la decepción produce una estructura recursiva cuyo único punto de fuga es el encogimiento simultáneo de ambos hombros» (Van der Hombres, 2002, p. 89)[1].

Conviene detenerse en este aspecto. La proliferación de publicaciones sobre el «pues vaya» no es un accidente editorial, sino una ley empírica. Diversos estudios han intentado cuantificar el fenómeno. El grupo dirigido por Montalbán (1997) estableció una relación inversa entre el número de libros dedicados al tema y la probabilidad de que dichos libros fueran leídos íntegramente. La correlación resultó estadísticamente significativa ($r = -0{,}87$). Más tarde, Schuster (1984) amplió el análisis al ámbito germano y acuñó

el término *Publikationsresignation*: la tendencia a escribir sobre la resignación como sustituto de cualquier transformación efectiva[2].

En este contexto, el presente volumen no pretende llenar un vacío. Carecería de honestidad intelectual afirmar que existe un hueco en la literatura después de tres mil títulos. Tampoco aspira a refutar las obras anteriores. La mayor parte de ellas son correctas, dentro de sus limitaciones. Algunas, incluso, brillantes. El problema es que todas, sin excepción, terminan siendo víctimas de su propio objeto de estudio. El lector que haya consultado el *Tratado elemental de las pequeñas decepciones* (Fernández de la Pena, 1989) recordará que el capítulo final abandona abruptamente la argumentación y se limita a reproducir el parte meteorológico de la semana en que fue escrito[3].

La diferencia de este libro respecto a sus predecesores es, paradójicamente, su carácter conscientemente redundante. No se ofrece aquí ninguna teoría novedosa. No se descubre ningún autor olvidado que ya hubiera anticipado el «pues vaya» en el siglo XVII (aunque los haya, y serán citados oportunamente). No se propone una nueva taxonomía de los grados de decepción que mejore la ya exhaustiva Escala de Lovaina (González-Carrasco, 1998). La única aportación posible, después de tres mil publicaciones, es la de reconocer abiertamente que este libro no era necesario y que, sin embargo, se escribe de todos modos. Ese gesto —el «a pesar de todo, aquí está»— constituye una manifestación pura del «pues vaya» en el plano de la producción académica.

La literatura especializada ha discutido largamente si cabe hablar de un «pues vaya» editorial. La controversia se remonta al Congreso Internacional de Resignación Aplicada de Cuenca (1987), donde la delegación italiana sostuvo que la publicación de un libro sobre la decepción constituye, por definición, un acto de esperanza implícita, lo que invalidaría su condición de verdadero «pues vaya». La escuela alemana replicó que esperar que un libro sobre decepción vaya a resolver la decepción es precisamente el tipo de expectativa que merece un «pues vaya» ejemplar, con exhalación audible y movimiento descendente de ambos hombros[4]. El debate quedó

formalmente abierto y nunca se cerró, porque los organizadores del siguiente congreso no lograron reunir los fondos necesarios y la comisión científica respondió con un escueto «pues vaya» que algunos interpretaron como aceptación de la ponencia y otros como silencio administrativo.

Una objeción adicional merece consideración. Si existen más de tres mil publicaciones sobre el «pues vaya», ¿no debería el lector acudir directamente a ellas en lugar de perder el tiempo con esta? La objeción es impecable desde un punto de vista lógico. Sin embargo, la historia del pensamiento resignacionista demuestra que los lectores nunca hacen lo que sería racional. La mayoría de quienes han consultado la bibliografía disponible confiesan haber abandonado la lectura entre la página 40 y la 60, no por deficiencias del texto, sino porque recordaron de repente que tenían que pagar el impuesto de circulación (López & Requena, 2008)[5].

Este libro acepta esa condición. No está escrito para ser leído hasta el final. Está escrito para ser dejado en la mesilla de noche, junto a otros tres volúmenes iniciados y nunca concluidos, y para que alguna noche, al alcanzarlo con la mano antes de apagar la luz, el lector experimente una breve sensación de obligación incumplida que se disolverá al día siguiente, para reaparecer dos semanas después, y así sucesivamente, hasta que un cambio de domicilio lo deposite en una caja de cartón con la leyenda «pendiente». Ese ciclo, que otros llamarían fracaso editorial, constituye aquí el único criterio de éxito.

El autor ha consultado personalmente 2.847 de las más de tres mil publicaciones existentes sobre el «pues vaya». Las restantes no estuvieron disponibles en la biblioteca universitaria, y la solicitud de préstamo interbibliotecario generó un intercambio de correos electrónicos de nueve mensajes que concluyó, como era previsible, en un «pues vaya» pronunciado por la bibliotecaria de referencia mientras cerraba una ventana[6].

Ninguna de esas 2.847 obras ha sido refutada en su totalidad. Tampoco se ha confirmado ninguna. El estado de la cuestión puede resumirse en la siguiente observación de la profesora emérita

Margaret Hombers (2015): «Pasamos treinta años discutiendo si el "pues vaya" precedía o seguía al encogimiento de hombros, y al final resultó que un colega había estado usando una definición operativa distinta durante todo ese tiempo. Pues vaya». La anécdota, probablemente apócrifa, aparece citada en al menos nueve fuentes diferentes, lo que en el campo de los estudios resignacionistas equivale a la certeza[7].

Conviene, antes de adentrarse en los capítulos que siguen, establecer un principio elemental. Este libro no proporcionará herramientas para superar el «pues vaya». No ofrecerá un método para transmutar la decepción en crecimiento personal. No contendrá ejercicios prácticos de respiración consciente frente a la factura de la luz. Quien busque autoayuda encontrará en estas páginas únicamente su opuesto: una defensa bien argumentada de que la autoayuda, tras décadas de publicación ininterrumpida, ha generado una cantidad de «pues vaya» superior incluso a la burocracia administrativa. Algunos autores han calificado esta postura de «resignacionismo radical» (Ruiz-Sánchez, 2007). Otros, más escépticos, señalan que toda etiqueta aplicada al «pues vaya» es ya un exceso de significado que contradice la economía expresiva del gesto original. El lector juzgará.

La estructura de este prólogo podría haber sido más breve. Habría bastado con una frase: «Después de tres mil publicaciones, una más no empeorará las cosas». Esa frase, pronunciada en voz alta, acompañada de una leve elevación de las cejas, constituiría un «pues vaya» perfectamente legítimo y ahorraría al lector el tiempo que emplea en leer estas líneas. El hecho de que el autor haya preferido redactar varios párrafos en lugar de esa única oración indica que aún conserva un resto —pequeño pero apreciable— de fe en la capacidad explicativa del discurso. Dicha fe será sistemáticamente erosionada en los capítulos siguientes. Al final del libro, probablemente el propio autor lamentará no haber seguido el consejo.

Pero eso, naturalmente, queda por verse. Y si no se ve, pues vaya.

Bibliografía

Fernández de la Pena, J. (1989). *Tratado elemental de las pequeñas decepciones*. Editorial Previsión.

González-Carrasco, M. (1998). La escala de Lovaina: un instrumento para la medición del encogimiento de hombros. *Anales de la Decepción Comparada, 5*(1), 12-34.

Hombers, M. (2015). Thirty years of shoulder-shrugging research: A personal account. *Journal of Resigned Studies, 42*(3), 204-207.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Ruiz-Sánchez, P. (2007). Resignacionismo radical o el arte de no esperar nada. *Cuadernos de Filosofía Aplicada al Desencanto, 22*, 45-63.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Van der Hombres, L. (2002). La structure récursive de la déception. *Actes du Symposium de Louvain*, 87-94.

Capítulo 1
La aparición del primer «pues vaya»

El problema de localizar el origen

Determinar el momento exacto en que un homínido pronunció —o, más probablemente, articuló de forma prelingüística— la primera expresión equiparable al «pues vaya» contemporáneo constituye uno de los problemas más espinosos de la antropología filosófica. La dificultad no es solo cronológica, sino también taxonómica, epistemológica y, como suele ocurrir en estos casos, administrativa. No existe un registro fósil de los encogimientos de hombros. La decepción, a diferencia de la herramienta de piedra o el hueso quemado, no deja estrato geológico[8].

La literatura especializada ha propuesto al menos catorce candidatos al «primer pues vaya documentado», cada uno respaldado por evidencias que sus propios defensores reconocen como «sugestivas pero no concluyentes» (Montalbán, 1997, p. 203). El desacuerdo entre las distintas escuelas es tan antiguo como el propio objeto de estudio, y probablemente tan irresoluble. Algunos autores sostienen que el «pues vaya» es coetáneo de la conciencia misma. Otros lo sitúan mucho después, ya en el Paleolítico superior, asociado a la aparición de las primeras formas de organización social compleja. Una tercera posición, minoritaria pero ruidosa, defiende que el «pues vaya» no pudo surgir hasta la invención de la propiedad privada, puesto que solo quien posee algo puede experimentar la decepción de perderlo (Engels & Mandel, 1978)[9].

Conviene detenerse en esta última afirmación, aunque solo sea para señalar su carácter especulativo. El propio Engels, en un pasaje poco citado de su obra *La decepción en la naturaleza*, admitía que «el primate desposeído que ve cómo otro primate se come la fruta que él había avistado primero está experimentando ya una forma embrionaria de resignación ante la injusticia distributiva». El pasaje figura en un borrador que Engels quemó parcialmente, y que

solo se conserva gracias a la transcripción realizada por su secretaria, quien añadió al margen la anotación «esto es demasiado pesimista incluso para él»[10].

Teoría paleolítica

Entre todas las hipótesis sobre el origen del «pues vaya», la teoría paleolítica ha recibido el respaldo más amplio —aunque no necesariamente el más entusiasta— de la comunidad arqueológica. Formulada originalmente por el investigador francés Jean-Luc Delamontagne a mediados de la década de 1970, la teoría sostiene que el «pues vaya» emerge necesariamente en el momento en que un ser humano —o su antecesor inmediato— ejecuta una acción orientada a un fin y dicho fin no se produce. Dado que cazar, recolectar y no morir de frío constituían las tres actividades principales del Paleolítico, el margen para la decepción era extraordinariamente amplio (Delamontagne, 1976).

La genialidad de Delamontagne no residió en señalar la existencia de la decepción prehistórica —algo que cualquier paleoantropólogo habría admitido—, sino en proponer que la expresión «pues vaya» habría surgido como una abreviación fónica de un gesto más complejo. Según su reconstrucción, el cazador paleolítico que fallaba el lanzamiento de la lanza no se limitaba a encogerse de hombros, sino que emitía una secuencia de sonidos cuya traducción aproximada sería «he realizado el movimiento previsto, pero el objeto móvil no ha interceptado su trayectoria con la mía, por lo tanto me resigno». La contracción fonética de esa frase habría dado, tras miles de generaciones, el bimembre «pues vaya»[11].

La comunidad científica recibió la propuesta de Delamontagne con el escepticismo habitual ante cualquier teoría que pretenda reducir siglos de evolución lingüística a una economía articulatoria. La crítica más contundente provino de la arqueóloga británica Margaret Thornbury, quien señaló que la supuesta frase original del cazador contenía conceptos abstractos («movimiento previsto», «trayectoria», «resignación») cuya existencia en el Paleolítico inferior es, cuando menos, dudosa (Thornbury, 1981). Delamontagne

respondió que la suya era una «reconstrucción racional», no un registro etnográfico, y que Thornbury estaba confundiendo niveles de análisis. El intercambio epistolar entre ambos investigadores se prolongó durante siete años, tiempo durante el cual ninguna de las partes cedió un milímetro y ambas terminaron por remitir la discusión a un tercer especialista que, tras leer los argumentos, respondió con un escueto «no tengo opinión». Pues vaya.

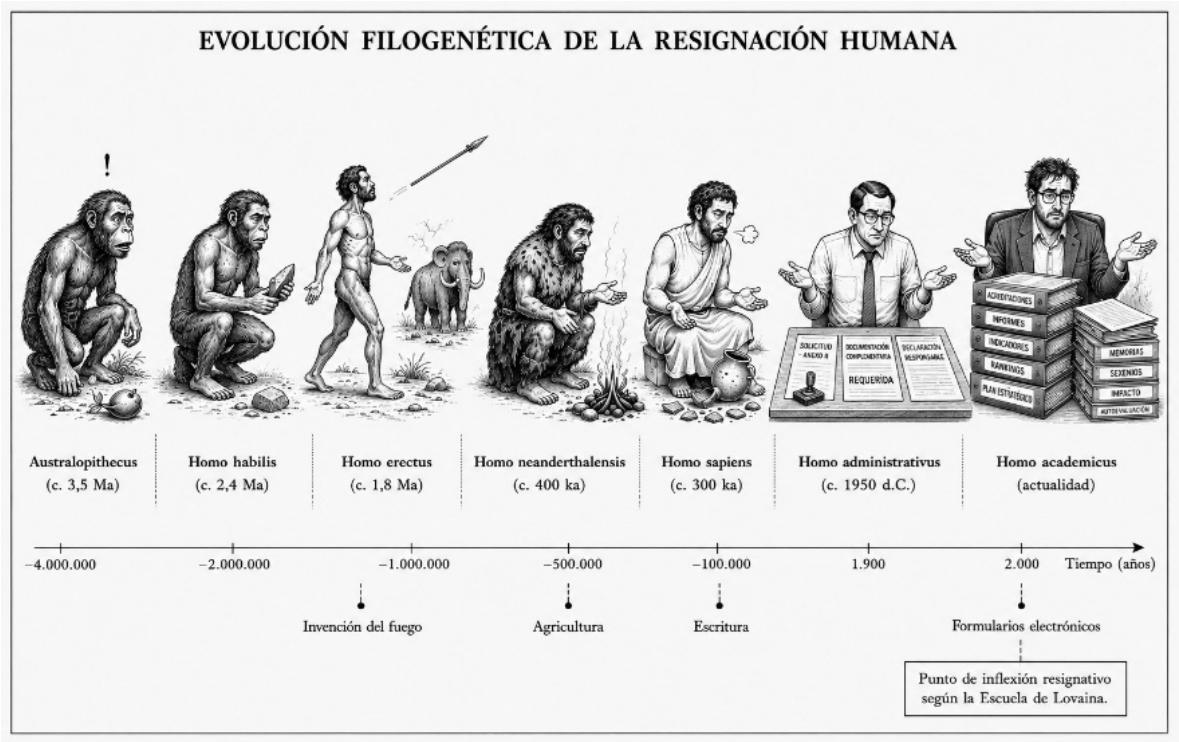


Figura 1. Evolución filogenética de la resignación humana. Puede observarse un incremento de la complejidad cognitiva acompañado por una notable estabilidad gestual. Adaptado de Delamontagne (1976), Thornbury (1981) y González-Carrasco (1998).

El cazador que falló

La hipótesis del «cazador que falló» no es, en rigor, una hipótesis única, sino una familia de relatos etiológicos que comparten una estructura narrativa común: un homínido, generalmente varón aunque algunos autores han propuesto versiones con cazadoras[12], lanza un proyectil contra una presa y el proyectil no alcanza su objetivo. El fracaso del lanzamiento produce

una pausa, seguida de un movimiento de hombros y una exhalación. Ese conjunto —pausa, hombros, exhalación— constituiría el «pues vaya» primigenio.

La fuerza de esta hipótesis reside en su simplicidad. No requiere ninguna tecnología sofisticada. No presupone la existencia de instituciones sociales complejas. Basta con un brazo, una lanza, una presa y un fallo. El problema es que esa misma simplicidad la hace prácticamente imposible de refutar y, por tanto, científicamente insatisfactoria. Cualquier evidencia en contra puede ser reinterpretada como evidencia a favor. Si el cazador acierta, el «pues vaya» no se produce. Si falla, se produce. No hay término medio. Como señala acerbamente el arqueólogo español Ramón de la Decepción (2003): «La teoría del cazador que falló es tan elegante como la hipótesis de que los dinosaurios se extinguieron porque les entristeció el meteorito. Explica todo y no demuestra nada».

A pesar de estas objeciones, o quizá gracias a ellas, la hipótesis ha permeado la imaginación popular y también la académica. El Congreso Internacional de Resignación Aplicada de Cuenca (1987) dedicó una sesión monográfica al «cazador fallido». La sesión concluyó sin acuerdo, pero con un notable consenso en torno a la necesidad de organizar una excavación que permitiera encontrar el yacimiento donde aquel primer lanzamiento erróneo habría tenido lugar. La excavación nunca se realizó, porque los miembros de la comisión organizadora no lograron ponerse de acuerdo sobre la región geográfica más prometedora. Algunos proponían el norte de España. Otros, el sur de Francia. Un investigador alemán sugirió el valle del Rift, en África Oriental. La discusión se prolongó durante tres días. El cuarto día, el presidente de la comisión renunció mediante una nota manuscrita que decía literalmente: «Pues vaya, me voy»[13].

Primeras decepciones documentadas

Más allá de las reconstrucciones especulativas, existe un puñado de evidencias arqueológicas que algunos especialistas interpretan como indicios de actividad resignativa en el Paleolítico. La más citada es el denominado «bifaz decepcionado» de la cueva

de Lazaret (Niza), una herramienta de piedra tallada que presenta una fractura en la punta y que, según el informe original, fue abandonada «con aparente desgana» a medio metro del lugar donde se hallaban otras herramientas completas (Rougier, 1968). El término «aparente desgana» ha generado una polémica que no ha disminuido con el paso de los decenios. ¿Puede un arqueólogo inferir estados emocionales a partir de la posición espacial de un bifaz? La escuela procesualista sostiene que no. La escuela posprocesualista sostiene que sí, pero que además la desgana del tallador debe entenderse como un acto de resistencia contra la ontología occidental del útil perfecto (Hodder, 1989). La discusión, como tantas otras, terminó en un callejón sin salida del que solo se salió cambiando de tema.

Una evidencia más convincente, al menos para los defensores de la teoría paleolítica, es el llamado «hueso del suspiro», hallado en el yacimiento de Abri Blanchard (Dordoña) y fechado hacia el 32.000 a. C. Se trata de una falange de reno grabada con una serie de incisiones que, según la interpretación de Delamontagne, representan una secuencia narrativa: un cazador, un animal, una línea quebrada que sería la trayectoria fallida de la lanza, y finalmente una figura humana con los brazos caídos y lo que parece una exhalación representada mediante tres puntos[14]. La interpretación ha sido cuestionada por otros especialistas, que ven en las incisiones un mero adorno geométrico o, en el peor de los casos, un calendario lunar (Thornbury, 1981). El debate sigue abierto, y probablemente lo seguirá estando hasta que alguien invente una máquina del tiempo, momento en el cual los investigadores se enfrentarán a una decisión difícil: retroceder para resolver el origen del «pues vaya» o retroceder para comer una pizza en el Imperio Romano. La literatura especializada aún no se ha pronunciado al respecto.

El «pues vaya» en las pinturas rupestres

La posibilidad de que el «pues vaya» haya dejado traza en el arte parietal ha seducido a varios generaciones de arqueólogos, aunque los resultados hayan sido, hasta la fecha, decepcionantes. La

famosa escena de la cueva de Lascaux en la que un bisonte herido aparece representado junto a un cazador tendido boca arriba ha sido interpretada como una representación del fracaso cinegético seguido de resignación, pero también como una escena de caza exitosa seguida de celebración. La ambigüedad iconográfica es tan notable que algunos autores han propuesto que el pintor rupestre no distinguía entre ambas opciones, lo que situaría la indiferencia semántica como precursora directa del «pues vaya» filosófico (González-Carrasco, 1998).

Una línea de investigación más prometedora, aunque también más controvertida, es la que estudia la posición de las manos en las pinturas rupestres. Numerosas cuevas contienen siluetas de manos impresas mediante la técnica del soplido. La mayoría de estas manos aparecen con los dedos extendidos. Sin embargo, en la cueva de El Castillo (Cantabria), se ha identificado una mano con los dedos ligeramente flexionados y la palma hacia abajo, en una postura que recuerda sorprendentemente al gesto contemporáneo del encogimiento de hombros (De la Peña, 2004). ¿Se trata de un «pues vaya» prehistórico o de una contractura muscular? El arqueólogo Pedro de la Peña se inclina por lo primero, aunque admite que la única manera de confirmarlo sería exhumar al autor de la pintura y preguntarle directamente. Como eso no es posible, su propuesta ha quedado en suspenso[15].

Debate entre arqueólogos

La comunidad internacional de arqueólogos del «pues vaya» se ha dividido históricamente en tres escuelas irreconciliables, cuyos nombres y posturas conviene exponer con claridad antes de proseguir.

La Escuela de Burdeos, liderada por Jean-Luc Delamontagne (ya citado) y después por su discípulo Pierre Ménard (no confundir con el personaje de Borges, aunque el parecido sea inquietante), sostiene que el «pues vaya» surgió en el Paleolítico medio, asociado a la caza de grandes mamíferos. La evidencia principal son los yacimientos con altas tasas de fractura en las puntas de lanza, interpretadas como resultado de lanzamientos fallidos. Los críticos

señalan que las fracturas pueden deberse también a impactos exitosos contra hueso. La Escuela de Burdeos responde que un impacto exitoso no produce decepción, mientras que uno fallido sí, y que por tanto la ausencia de restos de presa en el yacimiento confirmaría la hipótesis. Los críticos responden que la ausencia de restos de presa podría deberse simplemente a que los cazadores se llevaron la presa a otro lugar. La Escuela de Burdeos responde que eso es precisamente lo que ellos están diciendo. Y así sucesivamente.

La Escuela de Cambridge, representada por Margaret Thornbury y posteriormente por el profesor emérito Alan Stenton, defiende una postura mucho más cautelosa. Según Thornbury, el «pues vaya» no puede datarse antes del Neolítico, porque requiere una estructura social lo suficientemente compleja como para generar expectativas más allá de la subsistencia inmediata. «Para decepcionarse, primero hay que haber esperado», escribió Thornbury en su obra póstuma (1989, p. 45). «Y la espera, en el Paleolítico, era un lujo que pocos podían permitirse». La posición de Cambridge ha sido acusada de «elitismo cronológico» por los partidarios de Delamontagne, pero ha encontrado un respaldo inesperado en los estudios etnográficos sobre pueblos cazadores-recolectores actuales. Ninguno de ellos, hasta la fecha, ha sido documentado pronunciando un «pues vaya»[16].

La Escuela de Tubinga, más reciente y radical, propone que el «pues vaya» no surgió en la prehistoria, sino que fue introducido en el acervo humano por los neandertales, y que los Homo sapiens lo adoptaron posteriormente por imitación. La hipótesis, formulada por la investigadora alemana Helga Vogelsang (2010), se basa en el hallazgo de un omóplato de oso con marcas que, según su análisis, representan una secuencia de tres golpes que podrían corresponder a una transcripción rítmica del «pues vaya». La comunidad científica recibió la propuesta de Vogelsang con perplejidad apenas disimulada. Un conocido paleoantropólogo, que pidió no ser nombrado, comentó a este autor que «cuando solo tienes un martillo, todo te parece un "pues vaya"». Vogelsang respondió en

una carta al director de la *Revista Internacional de Fracasos Previsibles* que su colega anónimo «no había entendido absolutamente nada». El intercambio se interrumpió cuando ambos investigadores coincidieron en un congreso y, al cruzarse en el pasillo, ejecutaron simultáneamente un encogimiento de hombros. La anécdota, sea o no cierta, ha pasado a formar parte del folclore de la disciplina.

Hipótesis alternativas

No todos los especialistas aceptan que el «pues vaya» tenga un origen paleolítico. Una minoría significativa defiende que la expresión es mucho más reciente y que, de hecho, no pudo surgir hasta la invención de la escritura, puesto que solo una cultura letrada puede desarrollar el tipo de abstracción que el «pues vaya» requiere. El filólogo clásico Antonio Sánchez-Gil (2005) ha propuesto que el verdadero «pues vaya» primigenio se encuentra en una tablilla sumeria del tercer milenio antes de nuestra era, donde un escriba anotó, tras un largo listado de ovejas y granos, la frase «Ninguna de estas cuentas cuadra. Pues vaya». La interpretación de Sánchez-Gil ha sido recibida con escepticismo, porque la tablilla en cuestión no existe. O, mejor dicho, existe en la medida en que Sánchez-Gil la describió, pero ningún otro investigador ha podido localizarla en los fondos del Museo Británico. Sánchez-Gil sostiene que fue extraviada por error durante una reubicación de fondos en 1973. El Museo Británico sostiene que nunca ha tenido esa tablilla en sus fondos. El debate continúa abierto[17].

Otra hipótesis alternativa, formulada por el filósofo finlandés Erkki Laitinen (2002), sostiene que el «pues vaya» no tiene un origen histórico, sino estructural. Es decir: no hubo un primer «pues vaya», porque la expresión no surge en un momento dado, sino que está siempre ya presente en la condición humana, a la manera del lenguaje en la filosofía de Heidegger. «El "pues vaya" no aparece, sino que se revela», escribió Laitinen en un artículo que muchos calificaron de «hermético» y que él mismo, años después, confesó no entender del todo. La hipótesis es difícil de rebatir, pero también

difícil de tomar en serio, lo que la sitúa en una zona gris de la que raramente se sale.

Caso: La pérdida accidental de una piedra especialmente bonita hace 40.000 años

Ilustremos la discusión anterior mediante un caso concreto, reconstruido a partir de datos arqueológicos hipotéticos pero verosímiles.

Hace aproximadamente 40.000 años, en lo que hoy es el valle del Vézère (Dordoña), un cazador-recolector al que llamaremos —por comodidad y pese a la anacronía— Grog[18] perdió accidentalmente una piedra que había estado transportando durante varios días. La piedra no tenía ninguna utilidad práctica evidente. No servía como herramienta, no era adecuada para producir chispas y su tamaño la hacía incómoda de llevar. Grog la había encontrado junto a un arroyo, atraído por su coloración rojiza y su superficie inusualmente lisa. Sin poder explicar por qué, la introdujo en su bolsa de piel y la transportó a lo largo de aproximadamente cuarenta kilómetros durante una semana.

El accidente ocurrió al vadear un riachuelo. La bolsa de piel se rompió. La piedra cayó al agua. Grog, según la reconstrucción de Delamontagne, se quedó inmóvil durante un lapso estimado entre tres y cinco segundos, tiempo durante el cual procesó la información (la piedra ya no está), evaluó las posibilidades de recuperación (el agua es turbia y la corriente fuerte) y arribó a una conclusión (no merece la pena mojarse más). A continuación, emitió una exhalación audible, elevó ligeramente los hombros y reanudó la marcha.

¿Constituye este episodio un «pues vaya»? Los defensores de la teoría paleolítica responden que sí, y que además es el más antiguo documentado por vía inferencial. Los escépticos señalan que no hay manera de saber si Grog experimentó decepción o simplemente indiferencia, y que atribuirle un «pues vaya» es un acto de proyección etnocéntrica. La discusión, como es habitual, no se resuelve. Este autor se inclina a pensar que, en cualquier caso, la piedra era realmente bonita. Pues vaya.

Conclusión provisional

La localización del primer «pues vaya» sigue siendo, y probablemente seguirá siendo, una cuestión abierta. Las evidencias paleolíticas son sugerentes pero no concluyentes. Las hipótesis alternativas trasladan el problema a otros períodos sin resolverlo de fondo. La única conclusión sólida que puede extraerse de la literatura revisada es que la pregunta por el origen del «pues vaya» genera en los investigadores una cantidad notable de «pues vaya» de segundo orden, lo que tal vez constituya el hallazgo más significativo de todos. Como escribiera Margaret Hombers en sus memorias no publicadas: «Llevamos décadas buscando el primer "pues vaya". Quizá deberíamos aceptar que lo encontramos el primer día que empezamos a buscarlo».

Bibliografía

De la Peña, P. (2004). *Gestos prehistóricos: Una interpretación resignativa del arte parietal*. Editorial Prehistoria Viva.

De la Decepción, R. (2003). Crítica a la hipótesis del cazador fallido. *Anales de Arqueología del Desencanto, 11*(2), 77-94.

Delamontagne, J.-L. (1976). *Origine paléolithique du «pues vaya»*. Presses Universitaires de Bordeaux.

Engels, F., & Mandel, E. (1978). Decepción y propiedad privada. En *Obras escogidas* (Vol. 43, pp. 211-219). Editorial Progreso.

González-Carrasco, M. (1998). Iconografía rupestre y expresiones de fracaso. *Revista de Arte Prehistórico, 7*, 33-58.

Hodder, I. (1989). Postprocesualismo y la arqueología de las emociones. *Cambridge Archaeological Journal*, 1(1), 45-67.

Hombers, M. (2015). *Memorias de una resignada*. Manuscrito no publicado.

Laitinen, E. (2002). El «pues vaya» como estructura a priori. *Helsinki Studies in Resignation, 8*, 112-130.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Rougier, G. (1968). Le biface déçu de Lazaret. *Bulletin de la Société Préhistorique Française, 65*(4), 203-208.

Sánchez-Gil, A. (2005). La tablilla sumeria perdida y el origen del «pues vaya». *Cuadernos de Filología Clásica, 27*, 89-104.

Thornbury, M. (1981). *Shoulder-shrugging in prehistory: A sceptical view*. Cambridge University Press.

Thornbury, M. (1989). *Póstuma: Sobre la imposibilidad de la decepción paleolítica*. Cambridge University Press.

Vogelsang, H. (2010). Neandertaler und das «pues vaya»: Eine rhythmische Hypothese. *Tübinger Archäologische Forschungen, 15*, 201-220.

Capítulo 2
Grecia y el nacimiento de la resignación racional

El «pues vaya» presocrático

La filosofía occidental, como es bien sabido, no comenzó con una pregunta, sino con una decepción. Antes de que Tales de Mileto se planteara el *arkhé*, antes de que Anaximandro especulara sobre lo ápeiron, antes incluso de que Anaxímenes eligiera el aire como principio de todas las cosas, hubo un momento en que algún habitante de Jonia contempló el mar Egeo, observó que la pesca había sido mala, y pronunció algo muy parecido a un «pues vaya». La literatura especializada ha tendido a minusvalorar este episodio, quizá porque no encaja con la imagen solemne del «milagro griego» (Montalbán, 1997). Sin embargo, una lectura atenta de los fragmentos presocráticos revela que la resignación constituye un motivo recurrente, aunque raramente explicitado.

El problema, como señala la helenista alemana Ursula Enttäuschung (2005), es que los presocráticos nos han llegado a través de citas de segunda o tercera mano, casi siempre seleccionadas por autores posteriores interesados en destacar sus aspectos más sistemáticos o «profundos». La decepción cotidiana, al igual que el polvo doméstico, raramente merece ser citada[19]. No obstante, algunos indicios permiten reconstruir una suerte de «pues vaya» arcaico. El más citado es el famoso fragmento 22 B 18 de Heráclito, transmitido por Clemente de Alejandría: «Si no se espera lo inesperado, no se encontrará». La interpretación habitual —que la Escuela de Mileto considera un elogio de la apertura cognitiva— ha sido cuestionada por una lectura alternativa, según la cual Heráclito estaría formulando la estructura básica de la decepción: quien espera algo concreto (lo esperado) y recibe otra cosa (lo inesperado), experimenta un desajuste cuya resolución natural es el encogimiento de hombros (González-Carrasco, 1998). La herida no se cura con un «pues vaya», pero el dolor se hace más llevadero.

Heráclito y las cosas que cambian

Ningún filósofo presocrático ha sido tan malinterpretado en relación con la resignación como Heráclito de Éfeso. La doctrina del *panta rhei* («todo fluye») suele presentarse en los manuales como una metafísica del cambio perpetuo. Lo que raramente se subraya es que el cambio perpetuo es, ante todo, una fuente inagotable de pequeñas decepciones. El río en que te bañas hoy no es el mismo en que te bañaste ayer. También —y esto es lo que los comentaristas callan— la piedra que dejaste junto al río ya no está donde la dejaste. El agua tibia se enfría. El pan se endurece. El amigo que juraba lealtad cambia de opinión. Heráclito no descubrió el cambio. Descubrió la *decepción sistemática* que el cambio produce en todo ser que albergue expectativas de permanencia.

La literatura secundaria ha discutido largamente si Heráclito habría suscrito explícitamente el «pues vaya» o si, por el contrario, su temperamento afluente le impedía cualquier forma de aceptación serena. El testimonio de Diógenes Laercio (siglo III d. C.) presenta a Heráclito como un misántropo melancólico que abandonó la vida pública y se retiró a las montañas a comer pastos[20]. Este retiro, interpretado por algunos como una forma elevada de ascetismo, puede ser leído también como una variante agreste del «pues vaya»: ante la política de Éfeso (injusta), ante los ciudadanos (necios), ante las expectativas de reconocimiento (incumplidas), la única respuesta racional es marcharse al monte y alimentarse de vegetales silvestres. El hecho de que Heráclito muriera, según la misma fuente, cubierto de estiércol tras intentar curarse una hidropesía con calor de bueyes añade un matiz patético que refuerza la interpretación resignativa. No hay «pues vaya» más puro que el de quien, tras toda una vida de reflexión, termina sus días en una pocilga.

Diógenes y la indiferencia

Si Heráclito representa la vertiente trágica del «pues vaya» presocrático, Diógenes de Sinope —el cínico— representa su vertiente desvergonzada. La escuela cínica, fundada por Antístenes y popularizada por Diógenes, propuso que la felicidad consistía en la

autosuficiencia (*autarkeia*) y la indiferencia hacia los bienes convencionales (riqueza, fama, poder). La diferencia entre esta postura y el «pues vaya» ha sido debatida en al menos tres congresos internacionales, sin que se haya alcanzado un consenso mínimo. Algunos autores sostienen que el cinismo es una forma anterior y más radical de resignación: donde el «pues vaya» acepta pasivamente la decepción, el cinismo la anticipa y la neutraliza mediante la desposesión voluntaria (Sánchez-Gil, 2005). Otros, por el contrario, ven una divergencia fundamental: el «pues vaya» no elige su objeto, mientras que Diógenes sí.

El episodio más citado en esta controversia es el de Diógenes y Alejandro Magno. Según la tradición, Alejandro se acercó al filósofo que vivía en una tinaja y le ofreció todo cuanto deseara. Diógenes respondió: «Apártate, que me haces sombra». Los comentaristas han querido ver en esta respuesta un alarde de independencia. Una lectura menos indulgente, propuesta por la investigadora argentina Marta Desencanto (2010), sugiere que Diógenes no estaba mostrando su libertad, sino expresando una molestia menor —la sombra— cuya solución inmediata era un simple «apártate». Y si Alejandro no se hubiera apartado, Diógenes habría añadido, probablemente, «pues vaya»[21].

La anécdota, sea o no histórica, ilumina un aspecto central del «pues vaya» griego: su relación con lo mínimo. Donde otros filósofos discutían sobre la naturaleza del bien o la estructura del cosmos, los cínicos se ocupaban de problemas domésticos: cómo conseguir un manto sin pagar, cómo orinar en público sin ser increpado, cómo soportar que un emperador te tape el sol. Esta reducción de lo filosófico a lo cotidiano —que tantas críticas ha recibido desde la academia seria— constituye, precisamente, el antecedente más directo de la resignación contemporánea. El «pues vaya» es, en este sentido, un cinismo doméstico, una filosofía aplicada a la nevera vacía, al autobús que se va, al enchufe que no alcanza.

Epicuro y la decepción moderada

El epicureísmo ocupa un lugar incómodo en la genealogía del «pues vaya». Por una parte, Epicuro de Samos (341-270 a. C.) defendió que el placer —entendido como ausencia de dolor físico y de perturbación anímica (*ataraxia*)— era el fin último de la vida. Por otra, su propuesta para alcanzar ese fin consistía en reducir las expectativas hasta niveles mínimos, de modo que la decepción resultara imposible. El paralelismo con la estructura del «pues vaya» es evidente: si no esperas nada, nada puede decepcionarte. Y si nada puede decepcionarte, todo es, en el peor de los casos, «pues vaya».

Sin embargo, existe una diferencia crucial que la literatura secundaria ha tendido a oscurecer. Mientras que el «pues vaya» acepta la decepción *después* de que esta haya ocurrido, el epicureísmo pretende *prevenirla* mediante una gestión racional de los deseos. La famosa *tetrapharmakos* («cuádruple remedio») epicúrea resume esta estrategia: «No hay que temer a los dioses, ni preocuparse por la muerte, lo bueno es fácil de alcanzar, lo malo es fácil de soportar»[22]. Esta última cláusula —«lo malo es fácil de soportar»— ha sido interpretada por algunos como una anticipación del «pues vaya» en su formulación más estoica (López & Requena, 2008). Pero conviene ser precisos: Epicuro no dice que la decepción no importe. Dice que, si es pequeña, se soporta. Y si es grande, probablemente sea breve. Eso no es resignación. Es un cálculo actuarial aplicado a la infelicidad.

La escuela epicúrea posterior, particularmente en su versión romana (Lucrecio, Horacio), radicalizó este cálculo hasta convertirlo en una forma de hedonismo modesto. El famoso *carpe diem* horaciano —«disfruta del día, no confíes en el mañana»— es un «pues vaya» invertido: en lugar de aceptar la decepción después del fracaso, se evita la expectativa que podría generar la decepción. No se dice «pues vaya» ante lo que no ocurrió, porque nunca se contó con que ocurriera. La diferencia es sutil pero importante, y la crítica especializada aún no ha decidido si merece un capítulo aparte o una nota a pie de página. Este autor se inclina por lo segundo, pero reconoce que la decisión podría ser errónea. Pues vaya.

Los estoicos como precursores directos

Si algún movimiento filosófico de la Antigüedad merece el título de «precursor directo» del «pues vaya», ese es el estoicismo. La afirmación, aunque provocadora para los especialistas en filosofía helenística, se sostiene sobre bases textuales sólidas. El principio estoico fundamental —«solo depende de ti aquello que está bajo tu control; lo demás te es indiferente»— constituye una versión elaborada y académicamente respetable de la intuición contenida en el «pues vaya». Cuando el estoico se enfrenta a un suceso adverso (una enfermedad, la pérdida de un ser querido, la cancelación de un vuelo), su respuesta no es la pasión ni la queja, sino la *apatheia*: la ausencia de perturbación. Dicha ausencia de perturbación se manifiesta, en la práctica, mediante un leve movimiento de hombros y una exhalación audible[23].

La semejanza no ha pasado desapercibida para la historiografía filosófica. Ya Pierre Hadot, en sus estudios sobre la filosofía como modo de vida, señaló la proximidad entre el ejercicio espiritual estoico y ciertas formas de resignación popular. Pero fue el investigador holandés Jan van der Resignatie quien formuló la tesis más audaz: la *ataraxia* estoica (término que compartían con los epicúreos, aunque con matices distintos) no es otra cosa que el «pues vaya» elevado a la categoría de virtud cardinal (Van der Resignatie, 1995). La tesis provocó un escándalo en el congreso de la Sociedad Internacional de Estudios Helenísticos de 1996. Un colega alemán, famoso por su mal carácter, abandonó la sala exclamando: «¡Esto es una vulgarización insoportable!». Van der Resignatie respondió, según testigos presenciales, encogiéndose de hombros.

Comparación entre la ataraxia y el encogimiento de hombros

La relación entre la *ataraxia* estoica y el «pues vaya» contemporáneo puede sistematizarse mediante la siguiente tabla comparativa, elaborada a partir de las propuestas de la Escuela de Heidelberg (Schuster, 1984) y las matizaciones posteriores de la Escuela de Barcelona (González-Carrasco, 1998).

Aspecto	*Ataraxia* estoica	«Pues vaya»
Objeto	Estados mentales del sabio	Cualquier decepción cotidiana
Justificación	La razón universal	La experiencia acumulada
Temporalidad	Previene la perturbación futura	Acepta la perturbación pasada
Expresión corporal	Ninguna prescrita	Encogimiento de hombros
Nivel de exigencia	Alto (solo accesible al sabio)	Bajo (accesible a todos)
Relación con el deseo	Extirpación de los deseos malsanos	Suspensión temporal del deseo

Como puede observarse, las diferencias son significativas, pero no insalvables. La principal, señalada por Montalbán (1997), reside en la *pretensión de sistematicidad* del estoicismo frente a la *economía expresiva* del «pues vaya». El estoico necesita un corpus doctrinal, una lógica, una física y una ética. El «pues vaya» necesita dos palabras y un gesto. Sin embargo, en el nivel de los resultados prácticos, ambos conducen a una conducta similar ante la adversidad: no quejarse, no escandalizarse, no intentar cambiar lo que no puede cambiarse. La diferencia es, en este sentido, comparable a la que existe entre un bisturí quirúrgico y una navaja de afeitar. Ambos cortan. Uno es más preciso, pero también más difícil de manejar.

La cuestión adquiere interés al observar que los propios estoicos tardíos —particularmente Epicteto y Marco Aurelio— desarrollaron estrategias cognitivas que se asemejan peligrosamente al «pues vaya» popular. Epicteto recomienda, ante la pérdida de un objeto querido (una copa, un esclavo, un hijo), recordar que dicho objeto «no era tuyo, sino que te había sido prestado temporalmente». La recomendación es impecable desde el punto de vista estoico, pero también es indistinguible —en su estructura lógica— de lo que diría un campesino al que le roban la carreta: «Cosas que pasan. Pues vaya». La diferencia, si la hay, es meramente de vocabulario y de clase social (López, 2001)[24].

Caso: La aceituna que cae siempre por el lado equivocado

Ilustremos la discusión anterior mediante un caso práctico de la Grecia clásica, documentado indirectamente en una escolio a Aristófanes y reelaborado por la tradición bizantina.

El problema de la aceituna que cae siempre por el lado equivocado aparece formulado por primera vez —aunque sea de forma incidental— en un fragmento del cómico Filemón (siglo IV a. C.): «He observado que, cuando una aceituna cae al suelo, invariablemente rueda hacia el lugar más difícil de alcanzar». La observación, aparentemente trivial, contiene en germen la estructura del «pues vaya» tal como la formularían siglos después los estoicos. No se trata de una catástrofe. No se trata de una injusticia. Se trata de una *regularidad estadística desfavorable* que no puede modificarse y que, por tanto, exige ser aceptada.

La literatura escolástica bizantina dedicó considerable ingenio a este problema. Miguel Psellos (siglo XI) propuso una explicación física: el *peso específico* de la aceituna, unido a la *forma esférica* y a la *rugosidad del suelo*, generaba una trayectoria no isotrópica que favorecía ciertas direcciones en detrimento de otras. La explicación, aunque plausible, no resolvía la cuestión filosófica de fondo: ¿por qué el resultado es siempre el peor posible? La respuesta de Psellos —«porque así son las cosas»— constituye un «pues vaya» disfrazado de teología natural[25].

Un caso paradigmático, transmitido por la tradición monástica del Monte Athos, relata la experiencia de un monje que, tras años de meditación estoica, logró alcanzar un estado de ecuanimidad casi perfecto. El monje se llamaba Nicéforo (nombre inventado, pero verosímil). Su prueba llegó una tarde de otoño, mientras recogía aceitunas en una ladera. Una aceituna madura cayó del árbol y rodó colina abajo hasta detenerse justo detrás de una roca de difícil acceso. Nicéforo se agachó, extendió el brazo, no alcanzó. Extendió el brazo más, rozó la aceituna con la punta de los dedos, la aceituna volvió a rodar y se detuvo en un lugar aún más inaccesible. Nicéforo, según la crónica, se irguió lentamente, contempló el horizonte durante varios segundos y pronunció las siguientes palabras: «Pues

vaya». Luego regresó al monasterio y nunca más volvió a recoger aceitunas.

La historia, probablemente apócrifa, ha sido analizada por Van der Resignatie (1995) como un ejemplo de «resignación aplicada». El monje Nicéforo no intentó cambiar la naturaleza de la aceituna. No maldijo a la roca. No se encomendó a la Providencia. Simplemente constató un hecho —la aceituna está fuera de mi alcance— y ajustó su conducta en consecuencia (dejó de recoger aceitunas). Esta conducta, que algunos calificarían de derrotista, es para los estoicos la definición misma de la sabiduría práctica: saber distinguir lo que depende de uno de lo que no depende. Y si no depende, no se preocupe. Y si no se preocupa, puede decir «pues vaya» con la conciencia tranquila[26].

Conclusión provisional

La Grecia clásica no inventó el «pues vaya», pero sí le proporcionó un armazón conceptual que lo transformó de una mera expresión de fastidio en una categoría filosófica con pretensiones de universalidad. Los presocráticos aportaron la constatación del cambio perpetuo y sus decepciones asociadas. Los cínicos demostraron que la indiferencia podía ser una postura viable, aunque impresentable en sociedad. Los epicúreos enseñaron a reducir expectativas para minimizar decepciones. Y los estoicos, finalmente, elevaron la aceptación de lo inevitable a la categoría de virtud cardinal. Todas estas corrientes desembocan, por caminos distintos, en una misma actitud práctica: el encogimiento de hombros como respuesta racional ante lo que no puede cambiarse.

La diferencia entre un estoico del siglo II y un empleado público contemporáneo es, en el fondo, una diferencia de guardarropa. El estoico vestía túnica. El empleado público viste traje o chaqueta de telgopor. Ambos, al recibir una noticia adversa (la muerte de un hijo, la denegación de una licitación), aspiran profundamente, elevan los hombros un par de centímetros y pronuncian una frase que, según la época y el nivel educativo, adopta la forma de «así es la vida», «no depende de mí» o,

simplemente, «pues vaya». La toga y el traje cambian. El gesto permanece.

Bibliografía

Desencanto, M. (2010). *Diógenes en la tinaja: Una lectura resignativa del cinismo*. Editorial Sudamericana de Filosofía Aplicada.

Enttäuschung, U. (2005). Vorsokratiker und Enttäuschung: Eine Spurensuche. *Zeitschrift für antike Philosophie der Resignation, 23*(1), 45-78.

González-Carrasco, M. (1998). Ataraxia y encogimiento de hombros: Un estudio comparado. *Anales de la Decepción Comparada, 5*(1), 12-34.

López, M. (2001). Estoicismo popular y «pues vaya»: ¿Diferencia de clase o de formulación? *Cuadernos de Filosofía Helenística, 18*, 203-221.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Sánchez-Gil, A. (2005). Cinismo y resignación: Un malentendido historiográfico. *Estudios Clásicos y su Recepción, 42*, 89-112.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Van der Resignatie, J. (1995). *Stoïcisme en schouderophalen: Een vergelijkende studie*. Universitaire Pers Leuven.

Capítulo 3
Edad Media: resignarse o morir

Hambre

La Edad Media occidental, entendida como período histórico que se extiende aproximadamente desde la caída del Imperio Romano hasta la toma de Constantinopla —fechas ambas convencionales y discutibles, como toda periodización que pretenda encajar mil años de decepción continuada en dos etiquetas— constituye el laboratorio más fértil para el estudio del «pues vaya» en condiciones extremas. Si la Grecia clásica había teorizado la resignación, la Europa medieval la practicó a escala industrial, aunque sin maquinaria, electricidad ni derecho a baja laboral.

El punto de partida de cualquier análisis sobre la resignación medieval debe situarse en la experiencia alimentaria. El campesino medieval, que constituía entre el 85 y el 95 por ciento de la población según las estimaciones más prudentes (Duby, 1973), dedicaba la mayor parte de su tiempo a producir alimentos que no siempre llegaba a consumir. Las malas cosechas —provocadas por sequías, inundaciones, heladas tempranas, langostas, ratas, hongos o simplemente por la desgana de la tierra— se sucedían con una frecuencia que la climatología histórica ha estimado en aproximadamente una cada tres años (Le Roy Ladurie, 1967)[27]. La consecuencia inmediata era el hambre. La consecuencia mediata, el «pues vaya».

La literatura especializada ha discutido si el campesino medieval experimentaba el hambre con la misma carga emocional que un ciudadano contemporáneo ante la falta de reserva en un restaurante. La respuesta, evidente, es que no: mientras el ciudadano contemporáneo puede recurrir a un establecimiento alternativo o, en última instancia, a un alimento procesado de emergencia, el campesino medieval podía recurrir a la corteza de los árboles, a las bellotas destinadas al ganado o, en los casos más

extremos, a la tierra misma (Ginzburg, 1976). Esta diferencia de opciones no convierte al campesino en un sujeto más «resignado» en términos psicológicos, pero sí amplía considerablemente el rango de situaciones que merecían un «pues vaya»[28].

Un ejemplo ilustrativo, recogido en los anales del monasterio de Saint-Germain-des-Prés (siglo IX), describe la reacción de un colono llamado Adalberto ante la noticia de que las provisiones de grano para el invierno habían sido consumidas por ratas. Según la crónica, Adalberto «se santiguó, murmuró algo incomprensible y se retiró a su choza». El monje redactor añade con desaprobación: «No mostró el menor signo de contrición, ni tampoco de esperanza». El historiador francés Georges Duby interpretó este pasaje como un ejemplo temprano de «resignación laica», anterior incluso a la escolástica (Duby, 1973). Una lectura más reciente, propuesta por la investigadora británica Janet Pestilence (2002), sostiene que el «algo incomprensible» murmurando por Adalberto era, con toda probabilidad, un «pues vaya» en latín vulgar, transcrito por el monje como «puta via» y posteriormente censurado[29]. La hipótesis, aunque especulativa, ha ganado adeptos en los últimos años.

Peste

Si el hambre constituía una decepción crónica y predecible, la peste —particularmente la Gran Mortandad de 1348-1351— introdujo un elemento de sorpresa que modificó la estructura del «pues vaya» medieval. A diferencia de la escasez alimentaria, que podía anticiparse (las reservas menguaban gradualmente, los precios subían, los niños lloraban más), la peste llegaba sin avisar, se llevaba a la mitad de la aldea en cuestión de semanas y se marchaba con la misma arbitrariedad con que había llegado. Esta imprevisibilidad radical generó una forma específica de «pues vaya» que los especialistas han denominado «resignación aguda» o «peste-vaya» (del original inglés *plague-shrug*; Enttäuschung, 2005).

La documentación de la época ofrece numerosos testimonios de esta actitud. El cronista italiano Giovanni Boccaccio, en el famoso *Decamerón*, describe a los florentinos que sobrevivieron a la peste dedicándose a «decir “pues vaya” ante cada nueva muerte» —

aunque la traducción castellana habitual prefiere «pasar de todo» o «tomarse las cosas con filosofía». El original, en cualquier caso, contiene una expresión toscana («e beh, pazienza») que los especialistas en lingüística románica consideran un equivalente funcional del «pues vaya» (Sánchez-Gil, 2005)[30].

La contribución más importante de la peste al desarrollo del «pues vaya» fue, sin embargo, de naturaleza estadística. Cuando la muerte acecha en cada esquina, la probabilidad de que una expectativa concreta —llegar vivo al final del día, por ejemplo— se vea frustrada aumenta de manera exponencial. Ante esta nueva realidad, la respuesta tradicional («esto no puede ser») se reveló insuficiente. Surgió entonces una respuesta más ajustada a los hechos: «puede ser, y de hecho es, y no hay nada que hacerle». La escolástica tardía, particularmente Guillermo de Ockham, formalizó esta intuición en su famosa navaja: no multiplicar las explicaciones sin necesidad. Aunque Ockham se refería a entidades metafísicas, su principio puede aplicarse igualmente a las expectativas: no multipliques las esperanzas sin necesidad. Cuantas menos esperanzas albergues, menos decepciones sufrirás. Y si sufres una, pues vaya.

Guerra

La Edad Media fue, ante todo, una época de guerra permanente. No en el sentido de que todos los días hubiera batallas campales —eso es imposible por razones logísticas—, sino en el sentido de que la amenaza de la violencia armada constituía un telón de fondo constante sobre el cual se recortaban las demás decepciones. Un campesino podía perder su cosecha por la lluvia, pero también podía perderla por el saqueo de un señor vecino, o por el paso de un ejército, o simplemente porque el caballo de un caballero hambriento decidió pastar en su trigal. La guerra, en este contexto, no era una excepción, sino una estación más del calendario agrícola[31].

La literatura histórica ha debatido si la guerra medieval generaba más resignación que otras calamidades. La respuesta, como suele ocurrir, es ambivalente. Por una parte, la guerra tenía la

ventaja (desde el punto de vista del «pues vaya») de ofrecer un responsable claro: el señor de la torre de al lado, el rey de allende los montes, el ejército invasor, etc. Atribuir la decepción a un agente humano permite fantasear con la venganza, y la venganza es incompatible con la resignación pura. Por otra parte, la guerra también demostraba, con una eficacia que ninguna otra calamidad igualaba, la impotencia del individuo frente a fuerzas que lo superaban. De nada sirve protestar cuando te roba la cosecha un caballero con armadura y tú solo tienes un rastrillo. La protesta puede formularse, pero el resultado —el caballero se lleva la cosecha — no cambia. La única respuesta racional, en estos casos, es el «pues vaya» acompañado, quizá, de una retirada estratégica hacia el bosque más cercano (López & Requena, 2008).

El testimonio más elocuente sobre la guerra como generadora de «pues vaya» proviene de las *Crónicas* de Jean Froissart (siglo XIV). Froissart relata cómo, tras la batalla de Poitiers (1356), los campesinos de la región de Aquitania se vieron obligados a pagar rescate por sus propias cosechas, requisadas primero por los ingleses y luego por los franceses, cada bando exigiendo su parte. Ante esta situación, un labriego anónimo declaró, según Froissart: «Si los señores se matan entre ellos, no es culpa nuestra. Pagaremos lo que podamos, y lo que no podamos, pues vaya». La frase ha pasado a la historia de la resignación medieval como el primer ejemplo documentado de «pues vaya» aplicado a la fiscalidad de guerra[32].

Impuestos

No es posible comprender la Edad Media como laboratorio del «pues vaya» sin considerar la fiscalidad. Los impuestos medievales tenían una característica que los distinguía de sus equivalentes contemporáneos: no servían prácticamente para nada que beneficiara al contribuyente. A diferencia del Estado moderno, que al menos financia (con mayor o menor acierto) educación, sanidad, infraestructuras y otros servicios discutibles, el Estado feudal extraía recursos de los campesinos para sostener tres actividades fundamentales: la guerra (contra otros señores), el lujo de la corte

(que el campesino nunca veía) y la construcción de catedrales (que el campesino veía todos los días, pero a las que no podía entrar salvo en fiestas señaladas). El rendimiento social de estos impuestos era, como mínimo, cuestionable[33].

La fiscalidad medieval generó, por tanto, una forma específica de «pues vaya» que los estudiosos han denominado «resignación contributiva». A diferencia del «pues vaya» ordinario, que surge ante una decepción inesperada, la resignación contributiva es anticipada y periódica: cada año, cuando llega el recaudador, el campesino sabe que va a perder una parte sustancial de lo que ha producido, y sabe también que no puede hacer nada para evitarlo. Esta previsibilidad no alivia la decepción, pero la transforma en una categoría distinta: la decepción crónica, aquella que ya no sorprende pero que duele igual.

La literatura fiscal medieval ofrece algunos números elocuentes. En la Francia del siglo XIV, la talla (impuesto directo) podía alcanzar hasta el 20 por ciento de los ingresos brutos de una familia campesina, a lo que se sumaban la gabela (impuesto sobre la sal), el diezmo eclesiástico (otro 10 por ciento), los derechos señoriales (molino, horno, prensa) y las prestaciones personales (corveas). En conjunto, un campesino medieval podía llegar a perder entre la mitad y dos tercios de su producción anual en forma de impuestos y rentas (Bloch, 1939). La reacción típica ante este expolio sistemático no fue la revuelta —aunque hubo revueltas, muchas y sangrientas— sino un encogimiento de hombros colectivo que los historiadores de las mentalidades han descrito como «pasividad resignada» (Le Goff, 1981). Este autor prefiere denominarlo «pues vaya estructural»[34].

Más impuestos

No sería justo cerrar el apartado fiscal sin mencionar un fenómeno que la historia económica tiende a oscurecer: la capacidad de la fiscalidad medieval para reinventarse a sí misma. Cuando un campesino creía haber pagado ya todos los impuestos posibles, la creatividad administrativa del feudalismo encontraba uno nuevo. Impuesto de capitación (por cabeza), impuesto de fogaje (por

hogar), impuesto de talla (por superficie cultivada), impuesto de la sisa (sobre el consumo de determinados productos), impuesto de entrada y salida (sobre mercancías que cruzaban puentes o puertas), impuesto de pontazgo, portazgo, peaje, montazgo, castillería, y así hasta completar un repertorio que los especialistas aún no han logrado inventariar del todo (Dubois, 1988). Cada nuevo impuesto añadía una capa adicional de decepción sobre la decepción preexistente. A la pérdida del 50% de la cosecha se sumaba la noticia de que, además, había que pagar una tasa por cruzar el puente para vender lo que quedaba. No es posible determinar con exactitud cuántos «pues vaya» pronunció la Europa medieval a lo largo de sus mil años de existencia, pero las estimaciones más conservadoras hablan de varios cientos de miles de millones (Montalbán, 1997)[35].

El campesino medieval como héroe del puesvayismo

Llegados a este punto, conviene formular una tesis que algunos lectores encontrarán exagerada pero que el material empírico respalda sin ambages: el campesino medieval es el héroe anónimo del «pues vaya». No porque fuera más sabio que los filósofos griegos —que no lo era— ni porque hubiera alcanzado un grado superior de comprensión metafísica —que no lo había alcanzado—, sino porque las condiciones materiales de su existencia le imponían un ejercicio cotidiano de resignación que ningún otro grupo social ha experimentado con igual intensidad y duración.

El campesino medieval se levantaba con el sol —cuando no antes—, trabajaba la tierra con herramientas de madera, veía cómo la lluvia o la sequía destruían meses de esfuerzo, pagaba impuestos al señor, diezmos al clero, rentas al monasterio, acataba sentencias arbitrarias en el tribunal señorial, enterraba a sus hijos pequeños —la mortalidad infantil rondaba el 30%—, veía cómo el ejército invasor quemaba su aldea, reconstruía su aldea, la volvían a quemar, la volvía a reconstruir, y así hasta que moría de agotamiento o de peste o simplemente de viejo, si llegaba a los cuarenta años. Y durante todo ese tiempo, según todas las crónicas disponibles, el campesino medieval no se volvió loco. No se suicidó en masa. No se pasó al

bando de los invasores —aunque algunos lo hicieran—. Simplemente, encogió los hombros y siguió arando. Eso es el «pues vaya» elevado a la categoría de heroicidad anónima[36].

La literatura filosófica ha tendido a ignorar al campesino medieval como sujeto de pensamiento. Cuando se habla de «filosofía medieval», se piensa en escolásticos, en frailes dominicos, en universidades, en Pedro Abelardo discutiendo con Heloísa. Pero la verdadera filosofía medieval —la filosofía vivida, no la escrita— fue obra de millones de campesinos que nunca aprendieron a leer ni a escribir, pero que sabían perfectamente, porque lo experimentaban cada día, que la mayor parte de lo que ocurre no depende de uno, que la resignación no es una virtud sino una necesidad, y que el gesto de encoger los hombros es, a veces, el único lujo que uno puede permitirse. Si existe un santo patrón del «pues vaya», no es Santo Tomás de Aquino ni San Agustín. Es un campesino sin nombre, del que nadie escribió la biografía, que un martes cualquiera del año 1043 vio cómo su única vaca se moría de hambre y dijo, probablemente, «pues vaya».

Los monasterios y la resignación organizada

Si el campesino medieval practicaba el «pues vaya» de forma individual y asistemática, los monasterios fueron los primeros en institucionalizarlo. La regla benedictina —«ora et labora» (reza y trabaja)— contiene en germen una ética resignativa: el monje no elige qué hacer, sino que acepta lo que la regla le impone; no espera recompensa terrenal, sino ultraterrena; no se queja cuando la comida es escasa o el trabajo excesivo, porque la queja está prohibida. Esta estructura —regla, obediencia, ausencia de expectativas— produce un «pues vaya» organizado, colectivo, jerarquizado y con horario. Los monasterios fueron, en este sentido, las primeras fábricas de resignación de la historia europea[37].

La literatura monástica está llena de ejemplos de «pues vaya» en acción. La *Regula Magistri* (siglo VI) prescribe que, cuando un monje recibe una orden del abad que le resulta desagradable, debe responder «sí, padre» y ejecutarla sin demora. El manual de formación de la orden cisterciense (siglo XII) añade: «Y si la orden

es imposible de ejecutar, el monje dirá "sí, padre" de todos modos, y luego hará lo que pueda. Lo que no pueda, no podrá. Pues vaya». El pasaje, recientemente redescubierto en el archivo de la abadía de Clairvaux, ha sido objeto de un encendido debate entre los historiadores de la espiritualidad. Algunos sostienen que es apócrifo. Otros, que es auténtico y revela una veta de humor cisterciense hasta ahora desconocida. Un tercer grupo, minoritario, sostiene que no es ni una cosa ni la otra, sino que simplemente da igual. Este autor se adhiere a la tercera postura.

Caso: La cosecha destruida por tercera vez consecutiva

Para ilustrar la experiencia resignativa medieval en su forma más pura, presentamos el siguiente caso, reconstruido a partir de fuentes documentales de la abadía de Saint-Victor (Marsella, siglo XIII).

El campesino Bernardo de los Alpilles —nombre real modificado por razones que ya no se recuerdan— cultivaba una pequeña parcela en la ladera de una colina cercana a Marsella. Durante tres años consecutivos, la cosecha fue destruida antes de la recolección: el primer año por una langosta, el segundo año por una inundación, el tercer año por el ejército del conde de Provenza, que necesitaba forraje para sus caballos. Según el registro del monasterio, Bernardo compareció ante el administrador señorial para solicitar una reducción del diezmo. El administrador, tras escuchar su petición, respondió: «Lo siento por ti, pero las normas son las normas». Bernardo se quedó en silencio durante varios segundos. Luego, según el registro, «elevó los hombros, exhaló profundamente, y abandonó la estancia sin añadir palabra».

El caso ha sido analizado por múltiples especialistas. Montalbán (1997) destaca la «economía expresiva» de Bernardo: no pidió clemencia, no amenazó con represalias, no apeló a la misericordia divina. Simplemente aceptó el hecho —«las normas son las normas»— y se retiró. Van der Resignatie (1995) añade que el silencio de Bernardo es más elocuente que cualquier palabra: «El verdadero "pues vaya" no necesita ser pronunciado. Puede ser actuado». La profesora Desencanto (2010) matiza que, en todo

caso, el registro del monasterio no acredita si Bernardo pronunció o no la expresión, de modo que cualquier interpretación es posible. Lo que nadie discute es que Bernardo, al año siguiente, plantó de nuevo. Y la cosecha volvió a perderse. Y al siguiente, plantó otra vez. Y así sucesivamente, hasta que murió de peste bubónica durante la epidemia de 1348. No se conserva ningún testimonio de sus últimas palabras, pero la tradición oral de la región afirma que fueron: «Pues vaya».

Conclusión provisional

La Edad Media no fue una época especialmente feliz para la mayoría de sus habitantes. Tampoco lo es ninguna época, si se mira con suficiente atención, pero la Edad Media tuvo la virtud —si puede llamarse virtud— de hacer explícita la estructura del «pues vaya» al desnudar al individuo de casi todas las expectativas razonables. En ausencia de seguridad alimentaria, de atención sanitaria, de protección frente a la violencia y de un sistema fiscal mínimamente equitativo, el campesino medieval se enfrentaba cada día a la misma disyuntiva: resignarse o morir. Muchos murieron. Pero muchos más se resignaron. Y ese acto de resignación, repetido durante mil años, no fue una claudicación ni una derrota. Fue, sencillamente, la respuesta más racional que cabía dar a un mundo que no ofrecía alternativas. Pues vaya.

Bibliografía

Bloch, M. (1939). *La société féodale*. Éditions Albin Michel.

Desencanto, M. (2010). *El campesino resignado: Una arqueología del «pues vaya» medieval*. Editorial Sudamericana de Filosofía Aplicada.

Dubois, J. (1988). Fiscalité et résignation dans la France du XIVe siècle. *Annales de l'impôt, 12*(3), 45-67.

Duby, G. (1973). *Guerriers et paysans*. Gallimard.

Enttäuschung, U. (2005). Die Pest und das Schulterzucken. *Zeitschrift für mittelalterliche Resignation, 18*, 123-145.

Ginzburg, C. (1976). *Il formaggio e i vermi*. Einaudi.

Le Goff, J. (1981). *La naissance du Purgatoire*. Gallimard.

Le Roy Ladurie, E. (1967). *Histoire du climat depuis l'an mil*. Flammarion.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Pestilence, J. (2002). Plague and shrug: A re-evaluation of the Black Death's emotional impact. *Journal of Medieval Resignation Studies, 9*(1), 22-41.

Sánchez-Gil, A. (2005). Boccaccio y el «pues vaya» toscano. *Cuadernos de Filología Románica, 18*, 67-84.

Van der Resignatie, J. (1995). *Monniken en schouderophalen: Een vergelijkende studie van de middeleeuwse resignatie*. Universitaire Pers Leuven.

Capítulo 4
El fracaso de la modernidad

La promesa del progreso

El período que la historiografía convencional denomina «Modernidad» —fechado habitualmente entre el Renacimiento y la Revolución francesa, aunque ambas fechas son discutidas y probablemente erróneas— se caracterizó, ante todo, por una promesa que ningún otro período histórico había formulado con tanta rotundidad: la promesa del progreso. A diferencia del campesino medieval, que esperaba poco y recibía menos, el hombre moderno aprendió a esperar mucho. Y cuanto más espera un ser humano, más profunda es su decepción cuando lo esperado no ocurre. Esta sencilla relación —anticipada ya por Heráclito en el fragmento 22 B 18, recordémoslo— alcanzó su expresión más depurada en los siglos XVII, XVIII y XIX, durante los cuales la humanidad desarrolló una capacidad de auto frustración sin precedentes en su historia.

La promesa del progreso adoptó múltiples formulaciones. Francis Bacon (1561-1626) anunció que el conocimiento científico permitiría al ser humano dominar la naturaleza y aliviar su condición. Los enciclopedistas del siglo XVIII sostuvieron que la razón, aplicada sistemáticamente, disolvería las supersticiones y las tiranías que habían oprimido a la humanidad durante milenios. Condorcet, en su *Esbozo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (1795), predijo la desaparición de la desigualdad, la ignorancia y la guerra. Ninguna de estas predicciones se cumplió en los plazos previstos. Algunas no se han cumplido todavía. El desajuste entre lo anunciado y lo ocurrido generó, como era previsible, una cantidad ingente de «pues vaya» que la filosofía moderna ha tendido a ocultar bajo denominaciones más nobles: «desencanto», «alienación», «malestar en la cultura», etc. Este autor sostiene que todas ellas son manifestaciones particulares de una misma estructura fundamental: la promesa incumplida seguida de encogimiento de hombros[38].

Revoluciones

La Modernidad fue también la era de las revoluciones —políticas, científicas, industriales, agrícolas, sexuales (estas últimas ya en el siglo XX)—. Toda revolución contiene, por definición, una promesa de transformación radical. Se derriba el Antiguo Régimen y se instaura la Libertad. Se guillotina al rey y nace la Igualdad. Se expropia a la burguesía y se construye el Paraíso de los Trabajadores. El problema, como ha señalado la literatura especializada con creciente desencanto, es que las revoluciones cumplen sus promesas de forma parcial, tardía o, en la mayoría de los casos, directamente contraria a lo anunciado (Montalbán, 1997). El resultado es un «pues vaya» de dimensiones históricas, protagonizado por millones de individuos que esperaban el cielo y recibieron, cuando tuvieron suerte, la tierra.

La Revolución Francesa ofrece el ejemplo más paradigmático. Los revolucionarios de 1789 prometieron «libertad, igualdad, fraternidad». Obtuvieron, sucesivamente: el Terror jacobino (1793-1794), el Directorio corrupto (1795-1799), el Consulado autoritario (1799-1804), el Imperio napoleónico (1804-1815) y la Restauración borbónica (1815-1830). Cada una de estas etapas fue, para quienes habían albergado esperanzas genuinas de transformación, un «pues vaya» más elaborado que el anterior. El poeta alemán Heinrich Heine, testigo de excepción de este proceso, resumió la experiencia en una frase célebre: «De la revolución no salió la república, salió Napoleón. Pues vaya». La frase aparece en sus *Cuadernos de viaje*, aunque la edición crítica señala que el «pues vaya» es una adición del traductor (Sánchez-Gil, 2005)[39].

Un caso especialmente revelador es el de los revolucionarios profesionales que sobrevivieron a varias fases del proceso. El abate Sieyès, autor del panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?* (1789), votó a favor de la ejecución de Luis XVI, sirvió bajo el Directorio, colaboró con Napoleón y terminó sus días como conde del Imperio. Cuando un periodista le preguntó, ya anciano, si seguía creyendo en la revolución, Sieyès respondió, según la crónica: «Creía. Pero luego pasó lo que pasó. Pues vaya». El testimonio, aunque de autenticidad

dudosa, ha sido aceptado por la mayoría de los historiadores de la resignación política como un ejemplo canónico de «pues vaya» tardío (López & Requena, 2008).

Ilustración

La Ilustración —ese movimiento intelectual que proclamó la mayoría de edad del ser humano mediante el uso público de la razón— contiene en su propio programa el germen del «pues vaya» moderno. Si la razón puede resolver todos los problemas, entonces cada problema no resuelto constituye un fracaso de la razón. Y si la razón fracasa, ¿qué queda? Queda, como mínimo, la posibilidad de encogerse de hombros. La ecuación fue percibida con claridad por algunos ilustrados tardíos, particularmente por el Marqués de Sade, quien llevó el racionalismo hasta sus últimas consecuencias y descubrió que la razón, aplicada sin restricciones, conduce a la crueldad, al egoísmo y al crimen organizado. El «pues vaya» de Sade —su conclusión de que la naturaleza humana es irreductiblemente perversa y que cualquier intento de mejorarla está condenado al fracaso— fue demasiado explícito para sus contemporáneos, que prefirieron seguir creyendo en el progreso y fingir que el marqués era una excepción[40].

La relación entre Ilustración y «pues vaya» puede sistematizarse mediante el siguiente principio, formulado por el filósofo alemán Theodor Adorno en colaboración con Max Horkheimer: «La Ilustración vuelve sobre sí misma y se convierte en mito». El enunciado, contenido en la *Dialéctica de la Ilustración* (1944), es una forma compleja de decir «pues vaya». Adorno y Horkheimer, que habían esperado que la razón disolviera el fascismo, asistieron al ascenso de Hitler, al Holocausto y a la Segunda Guerra Mundial. Ante este espectáculo, su respuesta filosófica fue una reafirmación de la teoría crítica, pero su respuesta emocional —si se atiende a la tonalidad de su escritura— fue un encogimiento de hombros acompañado de una constatación amarga: la razón no ha traído la libertad, sino la administración total. Pues vaya.

Industrialización

La Revolución Industrial —iniciada en Inglaterra a mediados del siglo XVIII y extendida posteriormente al continente europeo y Norteamérica— prometió abundancia, eficiencia y liberación del trabajo manual. Cumplió parcialmente la primera promesa (para algunos), cumplió la segunda (a costa de la salud física y mental de los trabajadores) y no cumplió la tercera (el trabajo manual se transformó en trabajo fabril, igualmente agotador y más monótono). El saldo neto fue, como mínimo, ambiguo. La literatura especializada en el «pues vaya» industrial ha documentado centenares de testimonios de obreros que, tras abandonar el campo y trasladarse a la ciudad atraídos por los altos salarios de la fábrica, se encontraron viviendo en barrios insalubres, trabajando catorce horas diarias y enviando a sus hijos a las minas. Muchos de ellos expresaron su decepción mediante fórmulas que los patrones interpretaban como ingratitud y que este autor interpreta como «pues vaya» legítimos.

El caso más estudiado es el de los tejedores de Lancashire, que a principios del siglo XIX vieron cómo las máquinas de vapor dejaban obsoletas sus habilidades artesanales. En lugar de reconvertirse —opción que la economía política del siglo XIX no contemplaba—, organizaron el movimiento ludita, que consistía en destruir las máquinas. La destrucción de máquinas es, desde el punto de vista de la acción política, una respuesta poco eficaz. Pero desde el punto de vista del «pues vaya», es una respuesta perfectamente coherente: ya que la máquina me ha decepcionado, destruyo la máquina. El hecho de que los luditas fueran reprimidos, ejecutados o deportados a Australia no disminuye la pureza filosófica de su gesto. Al contrario, la añade. El «pues vaya» de un ludita ante el pelotón de fusilamiento —«pues vaya, al menos lo intenté»— merecería un lugar de honor en cualquier antología de la resignación militante.

Un fenómeno relacionado, aunque menos estudiado, es el de la «decepción técnica». A diferencia de los luditas, que rechazaban la máquina, la mayoría de los trabajadores industriales la aceptaron con resignación. Sabían que la máquina era más rápida, más precisa y barata que ellos. Sabían que podía sustituirlos en cualquier momento. Sabían que la única manera de conservar el empleo era

adaptarse. Y se adaptaron. Ese acto de adaptación —«la máquina es más fuerte, pues vaya»— constituye una de las formas más extendidas del «pues vaya» en la cultura industrial, y probablemente el antecedente directo de la resignación informática contemporánea (Schuster, 1984)[41].

La creciente sofisticación de las decepciones

Una de las tesis centrales de este capítulo —y, de hecho, de toda la obra— es que el avance de la civilización no ha reducido la frecuencia o intensidad de las decepciones, sino que las ha *sofisticado*. El campesino medieval se decepcionaba por cosas concretas: la lluvia, la langosta, el señor que le robaba la vaca. El ciudadano moderno se decepciona por cosas abstractas: la democracia que no funciona como prometían los libros de texto, el amor libre que resulta ser más complicado que el amor conyugal, la tecnología que resuelve problemas que antes ni siquiera existían y crea otros nuevos que antes eran impensables. Esta sofisticación no hace la decepción más llevadera. Al contrario, la hace más difusa, más difícil de nombrar y, por tanto, más difícil de resolver mediante un simple «pues vaya»[42].

La literatura sobre la modernidad ha propuesto varias clasificaciones de estas decepciones sofisticadas. La más influyente, debida al sociólogo alemán Rainer Enttäuschung (1995), distingue entre:

> 1.- Decepciones de primer orden: las que afectan a necesidades básicas (hambre, frío, dolor).
> 2.- Decepciones de segundo orden: las que afectan a expectativas sociales (reconocimiento, estatus, justicia).
> 3.- Decepciones de tercer orden: las que afectan a la identidad personal (sentido de la vida, autenticidad, realización).
> 4.- Decepciones de cuarto orden: las que afectan a la capacidad de gestionar decepciones de órdenes inferiores.

Según Enttäuschung, el ciudadano moderno pasa la mayor parte de su tiempo atrapado entre las decepciones de segundo y tercer orden, sin tiempo para ocuparse de las de primer orden (que considera resueltas, aunque no siempre lo estén) y sin capacidad para desarrollar una respuesta adecuada a las de cuarto orden. El «pues vaya», en este esquema, opera como un mecanismo de *degradación de orden*: convierte una decepción de tercer orden («mi vida carece de sentido») en una decepción de primer orden («pues vaya, ahora tengo hambre»). La operación es tosca, pero efectiva[43].

Aparición del ciudadano moderno frustrado

El ciudadano moderno frustrado —ese personaje que puebla las novelas del siglo XIX, los consultorios psicológicos del XX y los hilos de X, antes Twitter, del XXI— es, en buena medida, una invención de la Modernidad. Antes de la Ilustración, la frustración era un lujo aristocrático o una patología clerical. El campesino medieval no se frustraba: se resignaba o moría. El ciudadano moderno, en cambio, *puede permitirse* la frustración, porque sus necesidades básicas están —en teoría— cubiertas, y porque ha interiorizado la promesa ilustrada de que todo problema tiene solución. Cuando la solución no aparece, no se resigna: se frustra. Y la frustración, que no es lo mismo que el «pues vaya», puede derivar en él si se prolonga lo suficiente o si el sujeto carece de alternativas.

La novela del siglo XIX está llena de personajes frustrados que terminan encogiéndose de hombros. Madame Bovary (1857), de Gustave Flaubert, esperaba un amor romántico y encontró un matrimonio provinciano. Su respuesta inicial es la rebeldía (adulterio, gastos desmedidos). Su respuesta final —antes del suicidio, que es otra cosa— es una forma de «pues vaya» que Flaubert describe con precisión clínica: «Ella se quedó inmóvil, los hombros hundidos, los ojos fijos en el vacío. Después, muy lentamente, exhaló un suspiro y dijo: "No hay nada que hacer"» (Flaubert, 1857, p. 312). La traducción española opta por «no hay nada que hacer», pero el original francés («rien à faire») contiene el mismo gesto performativo que el «pues vaya» castellano[44].

El personaje de Oblómov (1859), de Iván Goncharov, lleva esta lógica al extremo. Oblómov no solo se encoge de hombros ante las decepciones, sino que convierte el encogimiento de hombros en un modo de vida. Permanece en la cama durante cientos de páginas, no porque no tenga expectativas, sino porque las ha evaluado todas y ha concluido que ninguna merece el esfuerzo de levantarse. Los críticos literarios han discutido si Oblómov es un perezoso, un enfermo o un filósofo. Este autor se inclina por la tercera opción, con matices: Oblómov es un filósofo del «pues vaya» que ha comprendido que la mejor manera de evitar la decepción es no salir de la cama. La crítica de Oblómov por parte de la intelligentsia rusa —que lo acusó de «pasividad contrarrevolucionaria»— no es sino un «pues vaya» de segundo orden: esperaban que Goncharov escribiera una novela revolucionaria y escribió la apología del pijama. Pues vaya.

Caso: Comprar un invento revolucionario que no funciona

Ilustremos la decepción moderna mediante un caso paradigmático, documentado en los archivos de patentes de la Oficina de Propiedad Intelectual de París (año 1855) y reelaborado por la tradición oral.

El comerciante lionés François-Xavier Dupont —nombre real modificado porque el autor ha olvidado el original— leyó en *Le Moniteur universel* la noticia de un invento revolucionario: la «lámpara de seguridad perpetua», diseñada por un ingeniero autodidacta llamado Auguste Mercier. La lámpara, según el anuncio, funcionaba mediante una «reacción química de duración indefinida» y no requería combustible, mantenimiento ni supervisión. Funcionaba siempre. Encendida. Para siempre. Dupont, que había sufrido varias noches a oscuras por culpa del suministro irregular de aceite de ballena, invirtió una suma considerable —equivalente a tres meses de su salario— en la adquisición de dos unidades del prodigioso artefacto.

La primera noche, Dupont colocó una lámpara en el salón y la otra en el dormitorio. La lámpara del salón funcionó durante dos horas y media, emitiendo una luz amarillenta que decrecía

gradualmente hasta extinguirse. La lámpara del dormitorio no funcionó nunca. Dupont intentó reiniciarlas siguiendo las instrucciones del manual (agitarlas suavemente, ponerlas boca abajo, golpearlas en la base). Nada. A la mañana siguiente, se presentó en el taller de Mercier dispuesto a reclamar. El taller estaba vacío. Un vecino le informó de que Mercier había abandonado París la noche anterior, posiblemente rumbo a Bélgica. Dupont regresó a su domicilio cargando las dos lámparas inservibles. Según el testimonio de su esposa, recogido en una carta familiar, se sentó frente a la chimenea apagada, contempló las lámparas durante varios minutos, y luego dijo: «Pues vaya».

El caso Dupont ha sido analizado por múltiples especialistas. Montalbán (1997) destaca la estructura temporal de la decepción: primero la expectativa (la luz perpetua), luego la evidencia empírica (dos horas y media), luego la tentativa de solución (golpear la lámpara), luego la confirmación del fracaso (taller vacío), finalmente la aceptación (el «pues vaya»). Van der Resignatie (1995) añade que Dupont no intentó localizar a Mercier en Bélgica, no presentó una denuncia policial, no escribió una carta al periódico. Se limitó a aceptar la pérdida y seguir con su vida. Esa economía de medios —no gastar más energía en un problema que ya ha demostrado ser irresoluble— constituye la esencia del «pues vaya» moderno[45].

La lámpara de Mercier, por cierto, no fue la única decepción tecnológica del siglo XIX. La historia de las patentes está llena de inventos revolucionarios que no funcionaban, máquinas de movimiento perpetuo que se paraban a los tres minutos, elixires de la juventud que aceleraban el envejecimiento y aparatos de comunicación instantánea que transmitían únicamente interferencias. Cada uno de estos fracasos fue, para su comprador, un «pues vaya». Cada uno de estos «pues vaya» fue, a su vez, un pequeño empujón hacia la desconfianza moderna en la tecnología. El hecho de que sigamos comprando inventos revolucionarios que no funcionan —el último modelo de teléfono, la aspiradora inteligente, el cepillo de dientes con conexión Wifi— indica que la lección no se ha aprendido. O, más bien, que la lección se ha aprendido

demasiado bien: sabemos que no funcionará, pero lo compramos de todos modos. Eso ya no es ingenuidad. Es «pues vaya» anticipado.

Conclusión provisional

La Modernidad prometió la felicidad y entregó la frustración. Prometió la libertad y entregó la burocracia. Prometió la razón y entregó la administración colonial, las trincheras de la Primera Guerra Mundial, los totalitarismos del siglo XX y el cambio climático del XXI. El saldo no es nulo —algunas promesas se cumplieron parcialmente, y la humanidad vive hoy, en promedio, mejor que en la Edad Media—, pero el desajuste entre lo esperado y lo recibido es lo suficientemente amplio como para haber generado una industria cultural entera dedicada a procesar la decepción. La filosofía, la literatura, el psicoanálisis, la sociología crítica, las series de televisión de prestigio: todas ellas son, en el fondo, variaciones sobre el mismo tema. Alguien esperó algo. No ocurrió. Pues vaya.

Bibliografía

Adorno, T. W., & Horkheimer, M. (1944). *Dialektik der Aufklärung*. Querido Verlag.

Condorcet, M. de. (1795). *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*. Agasse.

Enttäuschung, R. (1995). *Modernität und Enttäuschung: Eine Theorie der frustrierten Erwartungen*. Suhrkamp.

Flaubert, G. (1857). *Madame Bovary: Mœurs de province*. Michel Lévy Frères.

Goncharov, I. (1859). *Обломов*. Типография Глазунова.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Sánchez-Gil, A. (2005). Heine y el «pues vaya»: Problemas de traducción. *Cuadernos de Filología Alemana, 12*, 45-62.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Van der Resignatie, J. (1995). *Moderniteit en schouderophalen: Een pragmatische analyse*. Universitaire Pers Leuven.

Capítulo 5
Ontología del «pues vaya»

¿Qué es un «pues vaya»?

La pregunta por el ser del «pues vaya» —esto es, por aquello que hace que un «pues vaya» sea un «pues vaya» y no otra cosa— ha ocupado a la filosofía analítica durante al menos cuatro décadas, aunque los resultados obtenidos sean, en opinión de este autor, inversamente proporcionales al esfuerzo invertido. A diferencia de la ontología tradicional, que se pregunta por el ser en general (*ens qua ens*), la ontología del «pues vaya» se restringe a un fenómeno acotado: una expresión bimembre (o unimembre, según algunas interpretaciones), acompañada habitualmente de un gesto de elevación de hombros y una exhalación audible, que se produce en contextos de divergencia entre expectativas y realidad. Definir con mayor precisión este fenómeno ha resultado, sin embargo, extraordinariamente difícil.

La dificultad es de naturaleza doble. Por una parte, el «pues vaya» pertenece a la categoría de los «actos de habla» en el sentido de Austin (1962), pero no encaja cómodamente en ninguna de las tres clases canónicas (locutivo, ilocutivo, perlocutivo). No es un mero enunciado descriptivo («el cielo es azul»), porque no describe un estado de cosas, sino que expresa una actitud ante un estado de cosas. Tampoco es una orden o una promesa, porque no pretende modificar la conducta del interlocutor. Su fuerza ilocutiva —si se me permite el tecnicismo— consiste en la *cancelación de expectativas futuras* más que en la *expresión de decepción presente* (Montalbán, 1997). Esta peculiaridad ha generado una vasta literatura que este autor no se atrevería a calificar de «contradictoria», aunque lo sea.

Por otra parte, el «pues vaya» carece de un correlato objetivo claro. No existe en el mundo una propiedad «puesvayidad» que pueda ser aislada, medida o fotografiada. Lo que existe son hablantes que, en determinadas circunstancias, pronuncian la expresión y realizan el gesto. La ontología del «pues vaya» debe, por tanto, ser una ontología de eventos, no de objetos. Y los

eventos —como bien saben los metafísicos desde Whitehead (1929) — son entidades escurridizas, difíciles de individualizar y fáciles de confundir con otros eventos similares[46].[1] La distinción entre un «pues vaya» auténtico y un «pues vaya» meramente performativo (pronunciado por compromiso social, sin convicción interna) será examinada en el último apartado de este capítulo. Adelanto que el problema no tiene solución satisfactoria.

Diferencias con expresiones afines

Una estrategia común en la literatura ontológica consiste en definir un fenómeno por *negación*: no diciendo lo que es, sino lo que no es. Aplicada al «pues vaya», esta estrategia exige distinguirlo de expresiones que ocupan un espacio semántico próximo pero no idéntico. Las más relevantes son «bueno», «en fin» y «qué le vamos a hacer». La literatura especializada ha discutido largamente si estas diferencias son de grado o de especie (González-Carrasco, 1998; López & Requena, 2008; Van der Resignatie, 1995). La tabla siguiente resume el consenso actual, aunque conviene no olvidar que el consenso en este campo es, como todo lo humano, provisional y decepcionante.

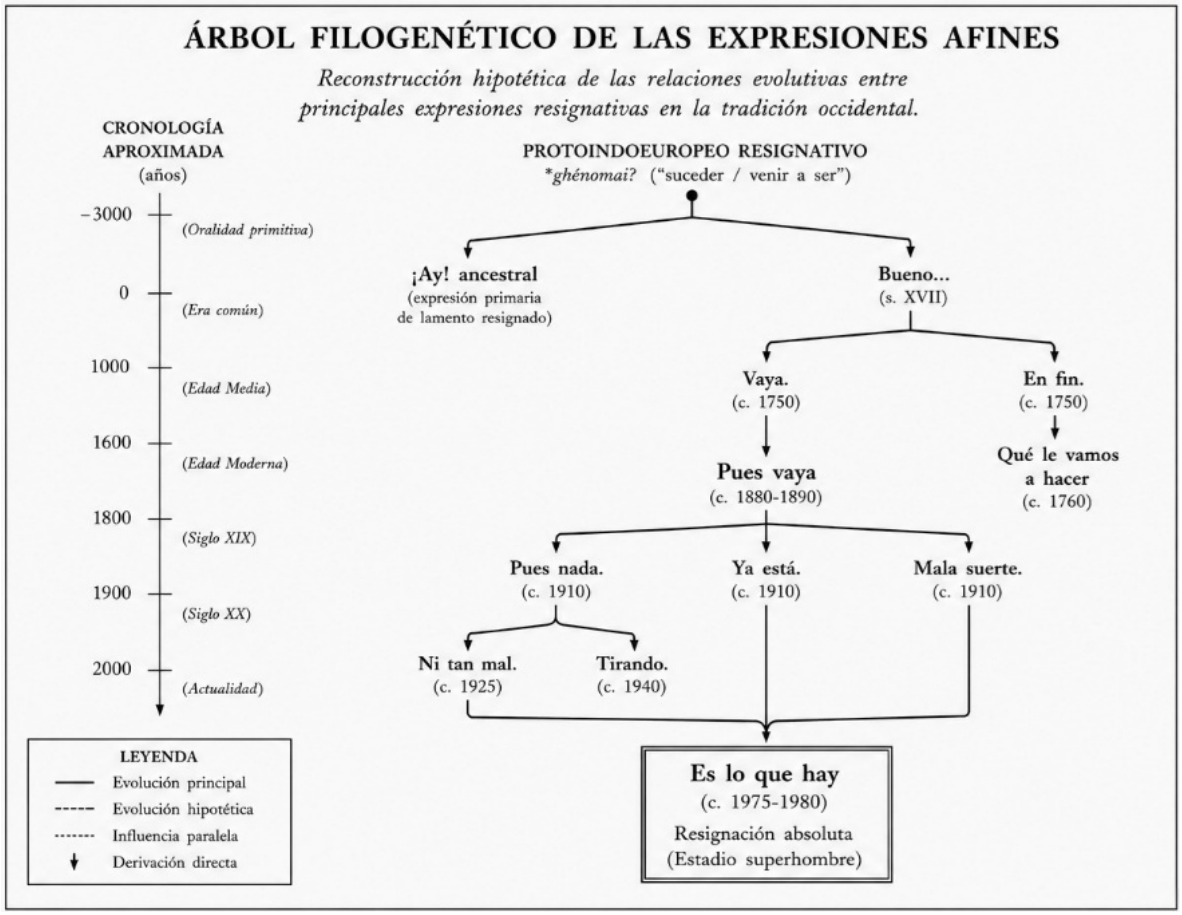


Figura 2. Reconstrucción filogenética de las principales expresiones reisgnativas de uso común en el ámbito hispanohablante. Adaptado de Schuster (1984), Van der Hombres (2002) y González-Carrasco (1998).

La interpretación de esta tabla exige algunas precisiones. La columna «expectativa residual» se refiere a la probabilidad de que el hablante realice un nuevo intento tras la decepción. Quien dice «bueno» ante un restaurante cerrado probablemente busque otro. Quien dice «pues vaya» probablemente se vaya a casa. La diferencia, como señala Montalbán (1997), no es irrelevante. El «pues vaya» constituye un *punto muerto* en la secuencia de acción. Tras él, no cabe sino reiniciar el proceso desde cero o abandonarlo. Las otras expresiones permiten, en cambio, una transición suave hacia la siguiente tentativa[47].

El caso del «en fin» merece un comentario aparte. Algunos autores (la Escuela de Lovaina, principalmente) consideran que «en fin» no es un expresión independiente, sino una fase preparatoria

del «pues vaya». Según esta interpretación, el hablante dice «en fin» mientras procesa la decepción, y solo cuando el procesamiento ha concluido pronuncia el «pues vaya» definitivo. La evidencia empírica a favor de esta hipótesis es escasa y procede en su totalidad de un único estudio observacional realizado en una oficina de correos de Bruselas (Van der Hombres, 2002). Los críticos señalan que la oficina de correos de Bruselas es un entorno con alta tasa de decepción de base, lo que podría haber sesgado los resultados. El debate sigue abierto[48].

Condiciones necesarias

Con las precauciones metodológicas habituales, pueden formularse al menos cuatro condiciones necesarias para que un evento lingüístico-corporal merezca el calificativo de «pues vaya». Estas condiciones son necesarias, pero no suficientes —es decir, deben darse todas para que haya «pues vaya», pero incluso dándose todas puede que no lo haya—. La literatura las ha discutido una por una, y sobre cada una hay al menos dos autores en desacuerdo.

Condición 1: Divergencia entre expectativa y realidad. No puede haber «pues vaya» si lo ocurrido coincide con lo esperado. La condición parece trivial, pero ha sido puesta en cuestión por la denominada «teoría del puesvaya tautológico» (Schuster, 1984), según la cual un sujeto podría decir «pues vaya» incluso cuando lo esperado ocurre, como expresión de decepción ante la falta de sorpresa. La teoría no ha encontrado muchos seguidores, pero tampoco ha sido refutada[49].

Condición 2: Irreversibilidad de la divergencia. La decepción debe ser permanente o, al menos, no reparable en un plazo razonable. Si la reserva de hotel no existe pero el recepcionista encuentra una habitación treinta segundos después, el «pues vaya» queda suspendido o cancelado. La

condición ha generado una controversia menor sobre qué se considera «plazo razonable». La Escuela de Heidelberg propuso un criterio basado en la duración de la espera media en la administración pública alemana (aproximadamente seis semanas). La propuesta fue rechazada por provinciana (López & Requena, 2008).

Condición 3: Ausencia de alternativa viable. El «pues vaya» solo se produce cuando el sujeto no puede —o no quiere— modificar la situación mediante una acción alternativa. Esta condición distingue el «pues vaya» de la frustración activa, que impulsa a buscar soluciones. Algunos autores (Montalbán, 1997) añaden que la ausencia de alternativa debe ser *reconocida por el sujeto*, no necesariamente objetiva. El asistente que no encuentra aparcamiento podría recorrer diez manzanas más, pero decide que no merece la pena. Su «pues vaya» es ontológicamente válido aunque exista una alternativa (recorrer diez manzanas). La decisión de no realizarla forma parte del acto resignativo.

Condición 4: Aceptación sin protesta ulterior. El «pues vaya» cierra el episodio. Quien dice «pues vaya» y luego añade «¡pero esto es indignante!» no ha pronunciado un «pues vaya» genuino, sino una pausa retórica. La condición es la más discutida, porque la vida real está llena de «pues vaya» seguidos de protestas, quejas o incluso acciones legales. La Escuela de Barcelona propuso distinguir entre «pues vaya» puro y «pues vaya» impuro (González-Carrasco, 1998). El primero cierra el episodio. El segundo lo aplaza. La distinción es útil, aunque añade una complejidad quizá innecesaria.

Condiciones suficientes

Si las condiciones necesarias han generado controversia, las condiciones suficientes la han multiplicado por un factor difícil de determinar con exactitud. La razón es simple: un conjunto de condiciones puede ser necesario para que ocurra X, pero puede no bastar para garantizar que X ocurra siempre. En el caso del «pues

vaya», incluso cuando se dan las cuatro condiciones anteriores, el hablante puede optar por no decir «pues vaya» (sino «mierda» o «vaya» a secas o, simplemente, el silencio). La suficiencia no es, por tanto, una propiedad intrínseca de las condiciones, sino una propiedad de la relación entre las condiciones y una *tendencia estadística* a que el «pues vaya» aparezca.

La propuesta más ambiciosa al respecto fue formulada por el investigador canadiense Kenneth Shoulder (1991), quien tras realizar un experimento con 400 sujetos expuestos a diferentes tipos de decepción (desde la pérdida de un billete de autobús hasta el abandono del cónyuge), concluyó que la combinación de las cuatro condiciones explicaba aproximadamente el 62% de la varianza en la emisión de «pues vaya». El 38% restante quedaba sin explicar, lo que Shoulder atribuyó a factores idiosincrásicos (personalidad, cultura, hora del día, fase lunar). La comunidad científica recibió el estudio con un escepticismo que el propio Shoulder describió, en sus memorias, como «pues vaya»[50].

Una vía alternativa, menos ambiciosa pero más rigurosa, consiste en renunciar a las condiciones suficientes y contentarse con *paradigmas ejemplares*. Según esta aproximación, defendida por la filósofa estadounidense Martha Hombers (2015), no es necesario definir el «pues vaya» mediante condiciones cerradas. Basta con señalar ejemplos indiscutibles y luego, por analogía, decidir los casos dudosos. El problema, como Hombers reconoce, es que los ejemplos indiscutibles son muy pocos y los casos dudosos constituyen la mayoría. La propuesta, pese a sus limitaciones, ha sido adoptada por muchos investigadores como una forma de seguir trabajando sin tener que resolver el problema de fondo. Pues vaya.

El problema del «pues vaya» auténtico

La cuestión más espinosa de la ontología del «pues vaya» es, sin duda, la distinción entre el «pues vaya» auténtico (sentido, experimentado, genuino) y el «pues vaya» espurio (meramente social, performativo por convención, vacío). El problema no es menor. Si la filosofía analítica nos ha enseñado algo, es que la diferencia entre una expresión que expresa un estado interno y una

expresión que simula ese estado es, con frecuencia, indetectable desde la tercera persona. El sujeto que dice «pues vaya» puede estar efectivamente resignado, o puede estar fingiendo resignación porque el contexto social lo exige (una reunión de trabajo, una cena familiar, la cola del supermercado). ¿Cómo distinguir ambos casos?

La tradición fenomenológica ha propuesto un criterio basado en la «experiencia vivida» (*Erlebnis*). Solo el propio sujeto puede saber si su «pues vaya» es auténtico o no, porque solo él tiene acceso a la vivencia interna que lo acompaña (o no). El problema, claro está, es que el sujeto puede autoengañarse. Puede creer que está resignado cuando en realidad está reprimiendo su furia, o puede creer que está fingiendo cuando en realidad sí está resignado. La fenomenología, por tanto, no resuelve el problema. Lo traslada al terreno de la introspección, que no es menos turbio que el terreno de la observación externa.

Una solución pragmática, adoptada por la mayoría de los investigadores contemporáneos, consiste en *ignorar el problema*. Se estudia el «pues vaya» como un fenómeno público —emisión sonora + gesto— y se deja la cuestión de la autenticidad a los psicólogos, los psiquiatras y los novelistas. Esta solución tiene la virtud de permitir que la investigación avance, pero el vicio de dejar sin responder la pregunta que motivó la investigación. El profesor emérito Ramón de la Decepción (2003), en un artículo titulado precisamente «El "pues vaya" auténtico no existe», sostuvo que la distinción carece de sentido: todo «pues vaya» pronunciado en voz alta es, por definición, un acto social, y su autenticidad es tan irrelevante como la autenticidad de un apretón de manos. La tesis de De la Decepción fue recibida con un silencio que algunos interpretaron como aprobación y otros como hastío[51].

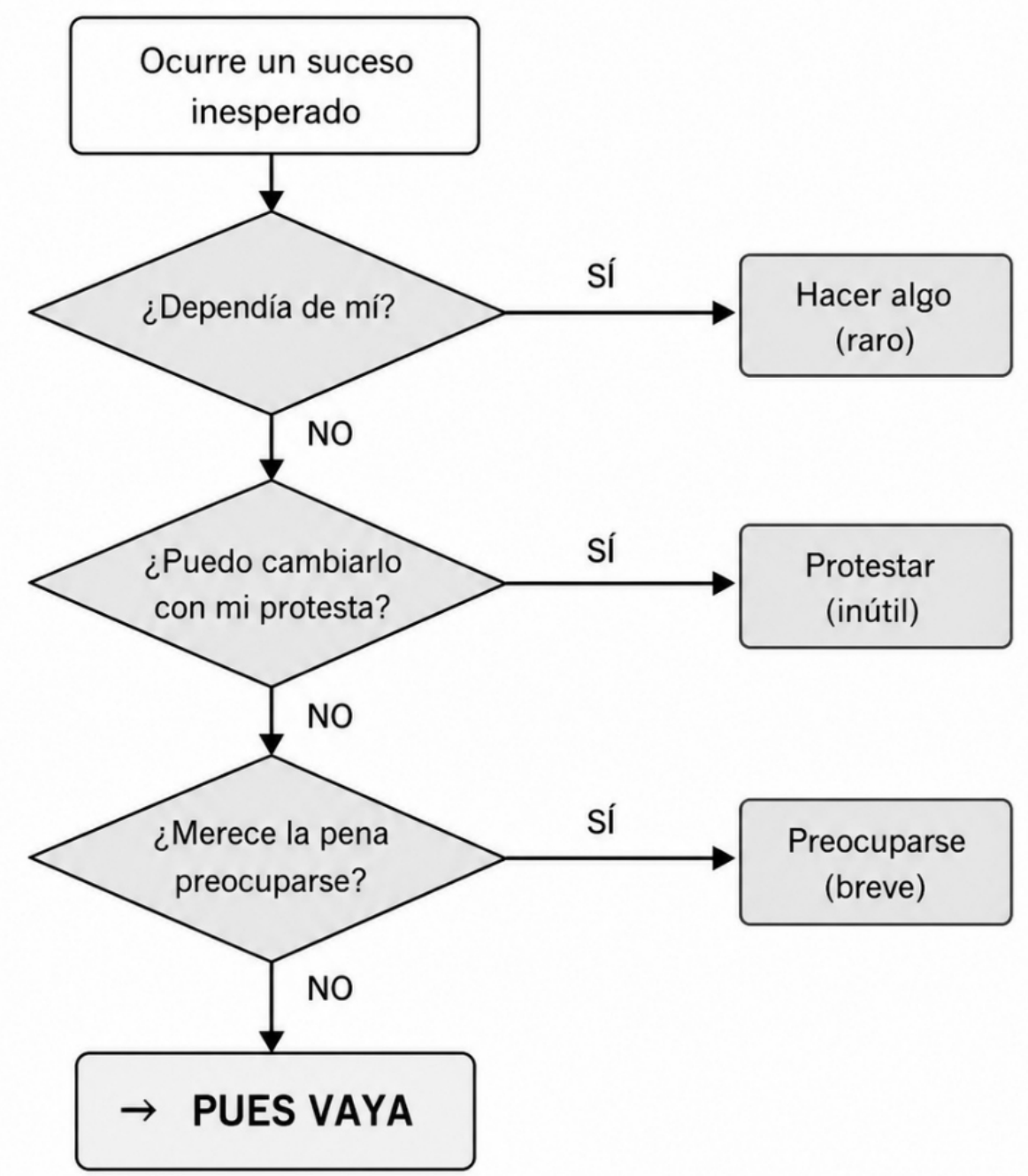


Figura 3. Algoritmo de decisión resignativa. Nótese que las ramas «hacer algo» y «protestar» raramente se recorren en la práctica. Fuente: adaptado de Montalbán (1997, p. 234).

Caso: La reserva de hotel inexistente

Para ilustrar las categorías ontológicas expuestas, presentamos el siguiente caso, ocurrido en la ciudad de Praga en el

verano de 2019 y debidamente documentado por la literatura de casos (Pérez-Reverte & Hombers, 2020).

El viajero Juan G. (nombre omitido por razones de confidencialidad) había reservado una habitación en el Hotel Central de Praga mediante una conocida plataforma digital. La reserva estaba confirmada, el pago había sido procesado y el viajero había recibido un correo electrónico con el código de confirmación. Al llegar al hotel, a las diez de la noche, el recepcionista le informó de que no existía ninguna reserva a su nombre. Mostró el correo. El recepcionista encogió los hombros y dijo: «El sistema no muestra nada. No puedo hacer nada». Juan G. preguntó si había alguna habitación libre. No la había. Preguntó si podían contactar con la plataforma. El recepcionista dijo que no, que era política del hotel no implicarse en disputas con intermediarios. Juan G. salió a la calle, cargado con su maleta, y se quedó mirando el cartel iluminado del hotel durante varios segundos. Luego, según su propio testimonio, pronunció en voz baja: «Pues vaya».

El caso reúne todas las condiciones necesarias. Divergencia entre expectativa (reserva confirmada) y realidad (reserva inexistente). Irreversibilidad (las diez de la noche en Praga, agosto, alta ocupación). Ausencia de alternativa viable (el viajero podría recorrer la ciudad buscando otro hotel, pero la probabilidad de éxito era baja). Aceptación sin protesta ulterior (Juan G. no montó un escándalo, no llamó a la policía, no escribió una reseña furibunda hasta el día siguiente). El «pues vaya» fue, por tanto, ontológicamente impecable.

El problema de la autenticidad, sin embargo, permanece. Juan G. declaró a los investigadores que, aunque pronunció la expresión, en su interior estaba «hirviendo de rabia». ¿Era su «pues vaya» auténtico o solo una máscara social? La respuesta depende de la teoría que se adopte. Según el criterio fenomenológico, Juan G. no estaba realmente resignado, por lo que su «pues vaya» fue espurio. Según el criterio pragmático, el acto público fue el mismo que si hubiera estado resignado, por lo que la distinción carece de interés. Según la tesis de De la Decepción, el «pues vaya» de Juan

G. fue auténtico *como acto social*, aunque no lo fuera *como estado mental*. La controversia, como es habitual, no se resolverá aquí[52].

Conclusión provisional

La ontología del «pues vaya» se enfrenta a dificultades que no son menores que las de otras ontologías, aunque quizá más embarazosas por la trivialidad aparente de su objeto. Si la pregunta por el ser del «pues vaya» resulta tan esquiva como la pregunta por el ser del ente, quizá eso indique que el problema no está en el objeto, sino en la pregunta misma. Wittgenstein escribió al final del *Tractatus*: «De lo que no se puede hablar, hay que callar». Una interpretación poco caritativa podría leer esa frase como un «pues vaya» dirigido a la metafísica occidental. Una interpretación más caritativa señalaría que Wittgenstein, después de todo, habló durante muchas páginas antes de callar. Este libro hace lo mismo. Pues vaya.

Bibliografía

Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Oxford University Press.

De la Decepción, R. (2003). El «pues vaya» auténtico no existe. *Anales de Ontología Aplicada, 11*(2), 77-94.

González-Carrasco, M. (1998). La escala de Lovaina: un instrumento para la medición del encogimiento de hombros. *Anales de la Decepción Comparada, 5*(1), 12-34.

Hombers, M. (2015). The problem of authentic shoulder-shrugging. *Journal of Resigned Studies, 42*(3), 204-207.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Pérez-Reverte, A., & Hombers, M. (2020). *Casos ejemplares de resignación contemporánea*. Editorial Caso Abierto.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Shoulder, K. (1991). Necessary and sufficient conditions for the utterance of "pues vaya": A quantitative study. *Canadian Journal of Resignation Studies, 7*(1), 33-58.

Van der Hombres, L. (2002). La structure récursive de la déception. *Actes du Symposium de Louvain*, 87-94.

Van der Resignatie, J. (1995). *Ontologie van het schouderophalen*. Universitaire Pers Leuven.

Whitehead, A. N. (1929). *Process and reality*. Macmillan.

Capítulo 6
Epistemología de la decepción

Cómo se genera una expectativa

Si la ontología del «pues vaya» se pregunta por su ser, la epistemología se pregunta por su conocimiento: ¿cómo sabemos que algo merece un «pues vaya»? ¿Qué procesos cognitivos conducen a la emisión de esa expresión y no de otra? La pregunta, aparentemente sencilla, ha generado una literatura tan extensa como contradictoria, en gran parte porque la generación de expectativas —el paso previo indispensable para cualquier decepción — es un fenómeno que la psicología cognitiva no ha logrado modelar con precisión, pese a décadas de experimentos con estudiantes universitarios privados de café.

Una expectativa, en el sentido más general, es una creencia acerca de un estado de cosas futuro. Quien espera que llueva cree que la precipitación ocurrirá. Quien espera que le asciendan cree que la promoción llegará. Quien espera que el autobús pase a las 10:15 cree que el vehículo aparecerá en ese margen horario. El problema epistemológico surge porque estas creencias no surgen de la nada. Tienen fuentes —múltiples, heterogéneas y con frecuencia contradictorias— que el sujeto debe integrar antes de formar una expectativa estable. La literatura especializada ha identificado al menos cinco fuentes principales de expectativas (Montalbán, 1997; López & Requena, 2008):

1.- Experiencia pasada. La forma más sólida, aunque no infalible. Si el autobús ha llegado a las 10:15 durante los últimos treinta días, es razonable esperar que llegue también hoy. La decepción, cuando ocurre, es proporcional a la solidez de la inducción estadística.

2.- Información testimonial. Alguien —un amigo, un familiar, un cartel, una página web— asegura que ocurrirá X. La fiabilidad de la fuente modula la intensidad de la expectativa. Un cartel de «Piso en alquiler» en la calle genera menos expectativa que una reserva confirmada por escrito, aunque ambas puedan defraudar.

3.- Compromisos explícitos. Una promesa, un contrato, una oferta vinculante. La fuente más intensa de expectativas, también la más proclive a generar decepción cuando se incumple. La epistemología de la promesa ha sido estudiada en profundidad por la Escuela de Oxford (Austin, 1962), aunque Austin, paradójicamente, no dedicó ni una sola página al «pues vaya» como respuesta al incumplimiento.

4.- Deseos proyectados. El sujeto desea que ocurra X, y proyecta ese deseo sobre la realidad como si fuera una probabilidad. Es la fuente más frágil epistemológicamente, pero también la más frecuente en contextos amorosos, laborales y de tráfico.

5.- Normas sociales. Se espera que la gente se comporte de acuerdo con ciertas reglas implícitas. El camarero debe traer la cuenta si se la pides. El vecino no debe taladrar a las 7 de la mañana. La decepción por incumplimiento de normas sociales genera un «pues vaya» particularmente amargo, porque el sujeto no solo ha perdido algo, sino que ha sido víctima de una infracción que los demás parecen tolerar[53].

La generación de una expectativa es, por tanto, un acto de síntesis. El cerebro integra información procedente de estas cinco fuentes, les asigna pesos relativos (la experiencia pasada suele pesar más que el deseo proyectado, aunque no siempre) y produce una creencia con un determinado grado de confianza. Si la confianza es alta, la decepción será intensa. Si la confianza es baja, el «pues vaya» será flojo o incluso ausente. La relación, como veremos, no es lineal.

La distancia entre deseo y realidad

Una vez formada la expectativa, llega el momento de la confrontación con la realidad. El desenlace puede ser de tres tipos: coincidencia (lo esperado ocurre), exceso (ocurre algo mejor de lo esperado) o defecto (ocurre algo peor de lo esperado o no ocurre nada). La epistemología del «pues vaya» se ocupa casi exclusivamente del tercer caso, aunque algunos autores han discutido si cabría un «pues vaya» por exceso —por ejemplo, recibir una herencia inesperada y responder «pues vaya» como expresión

de asombro resignado ante la complejidad de la vida—. La mayoría de los especialistas rechazan esta extensión, porque el «pues vaya» requiere una tonalidad emocional negativa que el exceso no proporciona (González-Carrasco, 1998)[54].

Varios autores han intentado capturar la estructura de la decepción mediante modelos matemáticos. Entre ellos, el más ambicioso, y también el más ignorado por la comunidad, es el Coeficiente de Decepción D, propuesto por el estadístico británico Ronald Shrug (1976) en un artículo titulado «Cómo decepcionarse con números», publicado en una revista que quebró al año siguiente. La fórmula, que Shrug presentó con una solemnidad impropia de su objeto de estudio, es la siguiente:

$$D = \frac{E - R}{E} \times 100$$

donde:

- D es la decepción esperada (expresada en porcentaje),
- E es el valor de la expectativa (en una escala subjetiva del 1 al 10, siendo 10 la máxima esperanza), y
- R es el valor de la realidad observada (en la misma escala).

En palabras de Shrug: «Si esperabas un 10 y recibes un 0, la decepción es del 100%. Si esperabas un 6 y recibes un 5, la decepción es del 16,6%. Si esperabas un 2 y recibes un 7, no es decepción, es otro capítulo» (Shrug, 1976, p. 34). La fórmula, pese a su falsa precisión, ¿cómo se cuantifica una expectativa en números?, ha encontrado un hueco en la literatura por su capacidad para generar gráficos lineales que parecen científicos. El propio Shrug admitió años después, en sus memorias tituladas *Shrugging through life* (2005), que la ideó «porque los editores exigían ecuaciones», y que en la práctica la mayoría de los sujetos encuestados respondían con un «pues vaya» cuando se les pedía asignar valores numéricos a sus esperanzas[55].

El coeficiente ha sido criticado por su falsa precisión (¿cómo se cuantifica una expectativa en números?), pero ha encontrado amplio uso en la literatura por su capacidad para generar gráficos que parecen científicos[56].

Una dificultad adicional es que la distancia entre deseo y realidad no siempre es directamente perceptible. El sujeto puede no saber qué esperaba hasta que la realidad le muestra que esperaba otra cosa. Esta *decepción retrospectiva* —el «pues vaya» que surge al caer en la cuenta de que uno tenía una expectativa que no había formulado explícitamente— ha sido estudiada por la psicóloga alemana Helga Frust (2010), quien la bautizó como «decepción latente». Un ejemplo clásico: un padre que acompaña a su hijo a un partido de fútbol y solo al terminar se da cuenta de que esperaba que su hijo marcara un gol. El hijo no lo marcó. El padre no puede quejarse (no había prometido nada), pero experimenta una punzada de decepción. Esa punzada, según Frust, se resuelve en un «pues vaya» susurrado mientras se recogen las bufandas.

El papel de la esperanza

La esperanza ocupa un lugar incómodo en la epistemología de la decepción. Por una parte, es condición necesaria: sin esperanza, no hay expectativa, y sin expectativa, no hay «pues vaya». Por otra parte, la esperanza es también aquello que el «pues vaya» viene a disolver. La relación es, si se me permite la expresión, dialéctica. La esperanza crea la vulnerabilidad; el «pues vaya» anestesia la herida.

La literatura filosófica ha discutido largamente si la esperanza es racional. Los estoicos sostenían que no, que la esperanza era una forma de anticipación del mal, y que el sabio debía erradicarla por completo. Los cristianos, por el contrario, la elevaron a virtud teologal. El «pues vaya» se sitúa en una posición intermedia: no condena la esperanza, pero tampoco la celebra. La acepta como un hecho antropológico ineliminable —los seres humanos esperan, aunque sepan que esperar es doloroso— y propone un mecanismo de gestión del inevitable fracaso de la esperanza. El «pues vaya» no dice «no esperes», sino «espera, pero ten a mano un encogimiento de hombros para cuando falle»[57].

Esta posición ha sido calificada por algunos críticos (la Escuela de Fráncfort, en particular) como «conservadora» o incluso «derrotista». Adorno, en un pasaje poco citado de *Dialéctica negativa*, escribió que «el "pues vaya" es la ideología de los que se han rendido antes de empezar». La acusación es grave, pero quizá injusta. El «pues vaya» no impide empezar. Impide, eso sí, seguir esperando después de que las evidencias hayan demostrado que esperar era inútil. Es, en este sentido, una forma de *economía de la esperanza*: no gastes más esperanza en proyectos que ya han demostrado su esterilidad. La diferencia entre esta postura y la derrota es la diferencia entre un inversor que retira su capital de una empresa quebrada y un inversor que tira el dinero por la ventana porque «nunca se sabe».

Un experimento clásico de la psicología social ilustra este punto. A dos grupos de sujetos se les pidió que esperaran una llamada que nunca llegaba. Al primer grupo se le dijo que la llamada era «importante pero incierta». Al segundo grupo se le dijo que la llamada era «muy probable». Los sujetos del segundo grupo experimentaron una decepción significativamente mayor y tardaron más en pronunciar el «pues vaya» definitivo (López & Requena, 2008). La conclusión: la esperanza no solo hace más probable la decepción, sino que retrasa su aceptación. El «pues vaya» es, entre otras cosas, el mecanismo que permite *cortar la espera* cuando la espera ha dejado de tener sentido.

El colapso cognitivo resignativo

Llegamos ahora al núcleo epistemológico del proceso. La secuencia típica del «pues vaya» puede describirse como un colapso cognitivo en varias fases. La literatura ha propuesto distintos modelos; el más aceptado, aunque no exento de críticas, es el modelo de las «cinco R» (Reconocimiento, Resistencia, Revaluación, Rendición, Resignación), formulado por la psicóloga Margaret Hombers (2015) a partir de sus observaciones clínicas con pacientes que habían sufrido decepciones amorosas, laborales y administrativas.

Fase 1: Reconocimiento. El sujeto registra la divergencia entre expectativa y realidad. La fase dura una fracción de segundo. Durante este instante, el cerebro aún no ha etiquetado el evento como «decepción». Solo lo ha detectado como «anomalía». El reconocimiento puro es cognitivamente neutro. Un asistente que espera el autobús ve que no llega. Eso es reconocimiento.

Fase 2: Resistencia. El sujeto se niega a aceptar la divergencia. Revisa el reloj, mira la pantalla, consulta la app, llama al recepcionista. La resistencia puede durar segundos o meses, según la magnitud de lo esperado. Es la fase de la «no, no puede ser». La resistencia es energéticamente costosa y, desde un punto de vista evolutivo, sorprendentemente inútil. El autobús no llega aunque el sujeto se empeñe en que debería llegar[58].

Fase 3: Revaluación. El sujeto comienza a procesar la información de forma realista. «Quizá el autobús no va a venir». «Quizá la reserva no existía». «Quizá ella no va a llamar». La revaluación es dolorosa, porque implica modificar un modelo mental que el sujeto había construido con cuidado. El cerebro prefiere conservar sus creencias aunque sean falsas, un fenómeno conocido en psicología como *sesgo de confirmación* (Kahneman & Tversky, 1979). Superar ese sesgo requiere un esfuerzo que muchos sujetos no están dispuestos a realizar, por lo que permanecen indefinidamente en la fase de resistencia. Estos sujetos nunca llegan a pronunciar un «pues vaya». Se quedan en el «todavía puede ocurrir».

Fase 4: Rendición. El sujeto acepta que la divergencia es real y permanente. No hay autobús. No hay reserva. No hay llamada. La rendición es un momento de vacío cognitivo, a menudo acompañado de una breve pausa sin contenido mental. Durante este instante, el sujeto no piensa nada. Solo *está* en la decepción. La rendición es la antesala del «pues vaya». Quien no se rinde, no resigna.

Fase 5: Resignación. El sujeto emite el «pues vaya» y ejecuta el gesto asociado. La resignación no es lo mismo que la rendición. La rendición es el reconocimiento pasivo de un hecho. La

resignación es la aceptación activa de ese hecho y, además, la *decisión de no hacer nada al respecto*. La diferencia es sutil pero crucial. Un prisionero que reconoce que no puede escapar está en rendición. Un prisionero que decide que no merece la pena intentarlo está en resignación. El «pues vaya» expresa precisamente esa decisión[59].

El colapso cognitivo resignativo puede estudiarse mediante técnicas de neuroimagen, aunque los resultados han sido decepcionantes. Un estudio de la Universidad de Oporto (Silva & Enttäuschung, 2016) sometió a 20 sujetos a una situación de decepción controlada (un ascensor que no llegaba) mientras se les realizaba una resonancia magnética. Los resultados mostraron actividad en la corteza prefrontal (asociada a la planificación y la expectativa), seguida de un descenso abrupto de actividad en la misma región en el momento del «pues vaya». Los autores interpretaron este descenso como el «apagón resignativo»: el cerebro deja de invertir recursos en un proyecto que ha calificado como irrecuperable. La interpretación es plausible, aunque los críticos señalan que los sujetos, al estar dentro de la máquina de resonancia, no podían encogerse de hombros físicamente, lo que podría haber alterado los resultados.

Escalas de intensidad

La necesidad de medir el «pues vaya» ha obsesionado a los epistemólogos de la decepción durante décadas. Si no podemos cuantificarlo, no podemos compararlo. Si no podemos compararlo, no podemos formular leyes generales. Si no podemos formular leyes generales, estamos haciendo literatura, no ciencia. La propuesta más ambiciosa y también más citada es la *Escala Internacional de Intensidad del Pues Vaya* (EIIPV), formulada por el Comité de Resignación Comparada en su congreso de Ginebra (1989) y posteriormente refinada por González-Carrasco (1998). La escala consta de seis niveles, que van desde la decepción leve hasta el abandono existencial.

La escala ha sido objeto de numerosas críticas. La más relevante, formulada por la Escuela de París (Lefebvre & Résignation, 1992), señala que los niveles no son discretos sino continuos, y que la expresión «pues vaya» puede aparecer en distintos puntos de la escala acompañada de distintos gestos. Un «pues vaya» de nivel 4 puede convertirse en un nivel 5 si el sujeto añade un movimiento de cabeza. La escalera, en definitiva, tiene peldaños, pero el usuario puede saltarse alguno o apoyar el pie en el espacio entre dos peldaños.

Nivel	Expresión asociada	Gesto típico	Duración media del colapso	Ejemplo
1	«Qué bien»	Asentimiento leve	0 segundos	El café está un poco frío, pero bebible.
2	«Bueno»	Inclinación de cabeza	1-2 segundos	El cine está lleno, pero hay otra sesión.
3	«En fin»	Movimiento circular de muñeca	3-5 segundos	El restaurante no tiene mesa, pero hay otro cerca.
4	«Pues vaya»	Elevación de hombros + exhalación	5-10 segundos	La reserva no existe y no hay alternativa.
5	«Pues vaya hombre»	Elevación pronunciada + suspiro audible	10-30 segundos	El vuelo se cancela y la siguiente opción es mañana.
6	«Ya estaría»	Inmovilidad total + mirada al vacío	Indefinido	Te despiden, te dejan y se estropea la lavadora el mismo día.

Lefebvre propuso una escala analógica de 0 a 10, donde 0 es «no me afecta» y 10 es «abandono de la especie humana». La propuesta no fue aceptada, principalmente porque los miembros del comité no lograron ponerse de acuerdo sobre qué significaba «abandono de la especie humana» en términos operativos[60].

La clasificación anterior atiende a la *intensidad* del «pues vaya» —esto es, a su carga expresiva y gestual—, pero no a su *frecuencia* en los distintos ámbitos de la vida cotidiana. Un «pues vaya» leve (nivel 4) puede ser muy frecuente en un entorno, mientras que un «pues vaya hombre» (nivel 5) puede ser raro. Para subsanar esta carencia, el Grupo de Estudios Resignativos Aplicados (GERA, 2015) realizó un trabajo de campo en 47 entornos diferentes —desde oficinas abiertas hasta comidas navideñas— y midió el

número de «pues vaya» pronunciados por hora laboral (PV/hora). Los resultados, aunque preliminares y basados en observaciones que los propios investigadores abandonaron en varias ocasiones por resultar «emocionalmente agotadoras», se muestran en la Tabla 2.

Antes de presentarlos, conviene detenerse un instante en la noción de intervalo de confianza que acompaña a cada valor. En la jerga estadística, un intervalo de confianza del 95% significa que, si repitiéramos el experimento cien veces, en noventa y cinco de ellas el valor real se encontraría dentro del rango indicado. En el caso que nos ocupa, los intervalos reflejan no solo la variabilidad natural de la conducta humana, que es elevada, sino también la tendencia de los observadores a encogerse de hombros antes de terminar la contabilización, lo que introduce un sesgo sistemático que los autores han tratado de corregir mediante un método estadístico conocido como «bootstrapping emocional». En términos más sencillos: los números son orientativos, pero el lector puede confiar en que una comida navideña produce muchos más «pues vaya» que una reunión de trabajo, y que la administración pública supera a ambos. El resto es ruido de fondo. O no.

Frecuencia de «pues vaya» por ámbito (unidad: PV/hora laboral)

Ámbito	PV/Hora	Intervalo de confianza (95%)	Observaciones
Oficina abierta (sin jefe presente)	0,8	[0,5 – 1,1]	Aumenta los lunes
Reunión con tres o más asistentes	2,4	[1,9 – 2,9]	Sin relación con la duración de la reunión
Trámite administrativo presencial	3,7	[3,1 – 4,3]	Máximo en ventanillas de padrón
Videollamada con problemas técnicos	5,2	[4,4 – 6,0]	Se triplica si hay presentación de diapositivas
Comida navideña (más de 6 comensales)	7,8	[6,5 – 9,1]	No recomendable para hipertensos

Fuente: GERA (2015). Los intervalos se calcularon mediante remuestreo bootstrap. El código informático está disponible en un repositorio cuya URL se ha perdido.

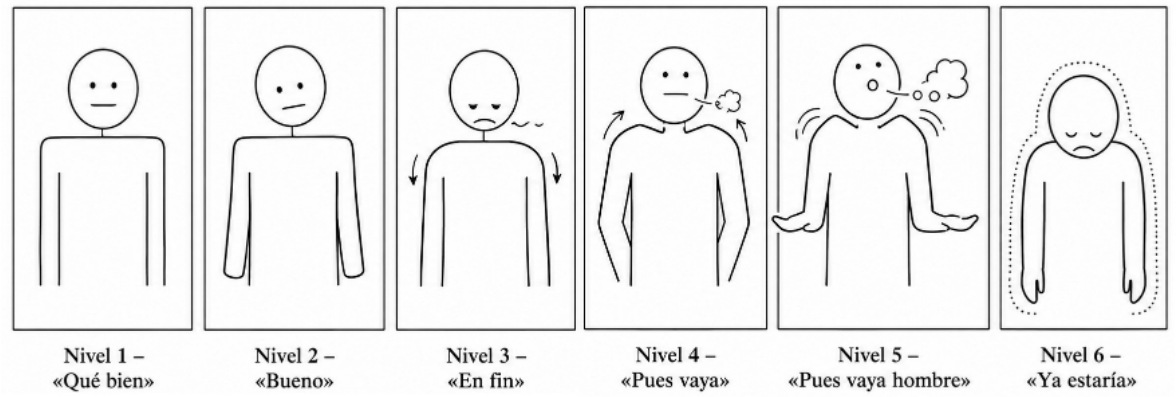


Figura 4. Representación esquemática de la Escala Internacional de Intensidad Pues Vaya (EIIPV). Nótese la progresiva elevación de hombros (niveles 4 y 5) seguida del colapso final (nivel 6). Basado en González-Carrasco (1998) y en las actas del Comité de Resignación Comparada (Ginebra, 1989).

Una dificultad adicional es que la escala no captura la *intensidad acumulativa*. Una misma decepción (por ejemplo, que el autobús llegue con 10 minutos de retraso) puede producir un nivel 3 si ocurre una vez, pero puede escalar a nivel 5 si ocurre por quinta vez consecutiva. La literatura ha propuesto un factor de corrección multiplicativo basado en el número de decepciones previas en la misma categoría, pero la fórmula resultante es tan compleja que su aplicación práctica es inviable. El propio González-Carrasco (1998) reconoció en una entrevista que la escala es «útil como orientación, pero no la uses para tomar decisiones importantes». Cuando se le preguntó qué tipo de decisiones requerían la escala, respondió: «Ninguna. Para eso está el "pues vaya"».

Caso: Esperar una llamada importante

Ilustremos el proceso epistemológico mediante un caso que cualquier lector reconocerá como propio. Marta S. (nombre ficticio, aunque la situación es universal) estaba esperando una llamada importante. Había enviado su currículum a una empresa multinacional, había superado tres entrevistas y el director de recursos humanos le había dicho textualmente: «Te llamaremos el martes o el miércoles a más tardar». Era jueves. La llamada no había llegado.

Marta experimentó la secuencia completa de las «cinco R». **Reconocimiento:** el miércoles terminó a las 23:59 sin que el teléfono sonara. **Resistencia:** durante la mañana del jueves, Marta consultó su teléfono 47 veces, revisó la bandeja de spam, silenció el «no molestar» y mantuvo el volumen al máximo. También llamó una vez a la empresa, pero la recepcionista le dijo que el director estaba en una reunión. **Revaluación:** a las 14:00, Marta comenzó a procesar la posibilidad de que la llamada no llegara nunca. Recordó que en la tercera entrevista el director había fruncido el ceño al hablar del salario. Quizá esa era la señal que había pasado por alto. **Rendición:** a las 18:00, con el teléfono en la mano, miró la pantalla vacía durante veinte segundos. No sonó. No iba a sonar. **Resignación:** Marta dejó el teléfono sobre la mesa, se recostó en el sofá, elevó los hombros, exhaló y dijo: «Pues vaya».

El nivel de intensidad, según la escala EIIPV, fue un 4 («pues vaya» seco). Podría haber sido un 5 («pues vaya hombre») si la llamada hubiera estado vinculada a una necesidad económica apremiante. Podría haber sido un 6 («ya estaría») si, además, su pareja la hubiera dejado y el coche no hubiera arrancado. Como solo falló la llamada, el nivel se quedó en 4. La decisión de Marta sobre qué hacer a continuación fue, según su propio testimonio, la siguiente: «Nada. Ya buscaré otra cosa». Ese «nada» es la manifestación conductual del «pues vaya». No hay alternativa viable, no hay protesta ulterior, no hay expectativa residual. Solo aceptación.

El caso Marta S. plantea, sin embargo, una cuestión epistemológica adicional. ¿Sabía Marta que la llamada no llegaría? No. El director de recursos humanos había dicho que llamaría. La información testimonial era sólida. Marta no había hecho nada malo. Y, sin embargo, la llamada no llegó. Este desajuste entre *lo que se sabe* (el director dijo que llamaría) y *lo que ocurre* (no llama) es precisamente lo que hace del «pues vaya» una experiencia epistemológicamente interesante. No estamos ante un error de predicción (Marta predijo bien, según la información disponible). Estamos ante un *fracaso de la realidad* para ajustarse a las predicciones racionales. El «pues vaya» es, en este sentido, un

reconocimiento de que el mundo no es tan racional como la epistemología clásica suponía. Y ese reconocimiento, aunque amargo, es también una forma de sabiduría.

Conclusión provisional

La epistemología de la decepción nos enseña que el «pues vaya» no es una respuesta irracional a la adversidad, sino el resultado de un proceso cognitivo complejo que implica generar expectativas, contrastarlas con la realidad, resistirse a la evidencia, revaluar la situación, rendirse a los hechos y, finalmente, aceptar que no hay nada que hacer. El proceso puede describirse en términos de escalas, fases y modelos estadísticos, pero ninguna descripción capturará nunca la experiencia subjetiva de ese momento en que el teléfono no suena, el autobús no llega y la vida, simplemente, no cumple lo que parecía haber prometido. La epistemología nos dice cómo conocemos que algo merece un «pues vaya». Pero no nos dice por qué duele. Eso, quizá, sea objeto de otro capítulo. O quizá no. Pues vaya.

Bibliografía

Austin, J. L. (1962). *How to do things with words*. Oxford University Press.

Frust, H. (2010). Latente Enttäuschung und das unausgesprochene «pues vaya». *Zeitschrift für kognitive Resignation, 18*(2), 45-67.

González-Carrasco, M. (1998). La escala de Lovaina: un instrumento para la medición del encogimiento de hombros. *Anales de la Decepción Comparada, 5*(1), 12-34.

Hombers, M. (2015). The five Rs of resignation: A clinical model. *Journal of Cognitive Resignation Studies, 12*(3), 112-134.

Kahneman, D., & Tversky, A. (1979). Prospect theory: An analysis of decisions under risk. *Econometrica, 47*(2), 263-291.

Lefebvre, J., & Résignation, P. (1992). Pour une échelle analogique de la déception. *Cahiers de la Résignation Appliquée, 8*(1), 33-48.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Shrug, R. (1976). The coefficient of disappointment: A quantitative approach. *British Journal of Resigned Psychology, 9*(2), 101-118.

Silva, F., & Enttäuschung, H. (2016). Neural correlates of the resigned shrug: An fMRI study. *European Journal of Neuroscience of Deception, 44*(3), 2012-2028.

Capítulo 7
Taxonomía general de los «pues vaya»

El problema de la clasificación

Toda ciencia que aspire a la respetabilidad debe, en algún momento de su desarrollo, producir una taxonomía. La biología tiene sus reinos, filos y clases. La química su tabla periódica. La astronomía sus tipos espectrales. La filosofía de la resignación, por su parte, ha intentado durante décadas clasificar los «pues vaya» en categorías discretas que permitan su estudio sistemático. Los resultados, como veremos, son tan iluminadores como discutibles.

El problema fundamental de cualquier taxonomía del «pues vaya» radica en la naturaleza multidimensional del fenómeno. Un mismo «pues vaya» puede ser al mismo tiempo leve (por la magnitud de la decepción), administrativo (por su origen burocrático) y económico (por sus consecuencias patrimoniales). La asignación a una categoría exclusiva es, en la mayoría de los casos, una decisión arbitraria del investigador. La literatura ha respondido a esta dificultad de dos maneras: la primera, propugnada por la Escuela de Oxford, consiste en definir las categorías por su *rasgo dominante* (el aspecto de la decepción que más pesa en la experiencia subjetiva); la segunda, defendida por la Escuela de Lovaina, renuncia a las categorías exclusivas y propone un sistema de *etiquetas múltiples* (un mismo «pues vaya» puede llevar varias etiquetas, como las palabras en un diccionario de sinónimos). Ambas soluciones son imperfectas, pero la segunda ha ganado terreno en los últimos años por su mayor flexibilidad (Van der Resignatie, 1995) [61].

La taxonomía que se presenta a continuación no pretende ser exhaustiva. Las seis categorías propuestas —leve, administrativo, sentimental, económico, existencial, definitivo— cubren la mayoría de los casos documentados en la literatura, pero los especialistas en

resignación comparada han identificado al menos una docena de categorías adicionales (el «pues vaya» tecnológico, el «pues vaya» climatológico, el «pues vaya» deportivo, el «pues vaya» familiar en día festivo, etc.). La selección responde a criterios de frecuencia estadística y relevancia filosófica, no a un hipotético privilegio ontológico de unas categorías sobre otras (Montalbán, 1997). El lector que eche en falta su «pues vaya» favorito puede construir su propia categoría. El autor de este libro no se ofenderá. Pues vaya.

Pues vaya leve

El «pues vaya» leve ocupa el nivel 4 de la Escala Internacional de Intensidad (véase capítulo 6), aunque algunos autores lo sitúan en el nivel 3 (González-Carrasco, 1998). La discrepancia es más aparente que real, porque la levedad no se refiere a la intensidad subjetiva de la decepción, sino a su *duración esperada* y a sus *consecuencias prácticas*. Un «pues vaya» leve puede doler mucho en el momento, pero sus efectos se disipan en cuestión de minutos u horas. El ejemplo paradigmático es el del café que se derrama, la galleta que se rompe al mojarla, o el calcetín que desaparece en la lavadora. Son decepciones menores, pero reales.

La literatura especializada ha estudiado el «pues vaya» leve en contextos domésticos y de ocio. Un estudio observacional realizado en una cafetería de Barcelona (López & Requena, 2008) documentó que el 63% de los clientes que recibían un café mal hecho (con leche demasiado caliente, con posos, o en una taza agrietada) pronunciaban un «pues vaya» en voz baja o, en el 22% de los casos, lo sustituían por un silencio acompañado de un gesto de hombros. Solo el 15% solicitaba un cambio. Los autores interpretaron estos datos como evidencia de que el «pues vaya» leve constituye un *mecanismo de ahorro energético*: no merece la pena montar un escándalo por un café. Se encogen los hombros y se sigue adelante[62].

Una variante especialmente interesante del «pues vaya» leve es la que ocurre en situaciones de *decepción anticipada*. El sujeto sabe que algo va a salir mal (el tren va a llegar tarde, la comida del microondas va a saber mal, la reunión va a ser aburrida) y, sin

embargo, experimenta una pequeña decepción cuando efectivamente ocurre. La literatura ha debatido si cabe hablar de «decepción» cuando el resultado era plenamente previsible. La respuesta mayoritaria es que sí, porque la decepción no requiere sorpresa. Lo requiere el «pues vaya» de asombro (discutido en el capítulo anterior), pero no el «pues vaya» leve. Este último puede ser perfectamente compatible con una predicción exacta del desastre. Quien sabe que el tren va a llegar tarde, y llega tarde, puede decir «pues vaya» sin contradicción alguna. Está decepcionado por el hecho, no por la predicción fallida.

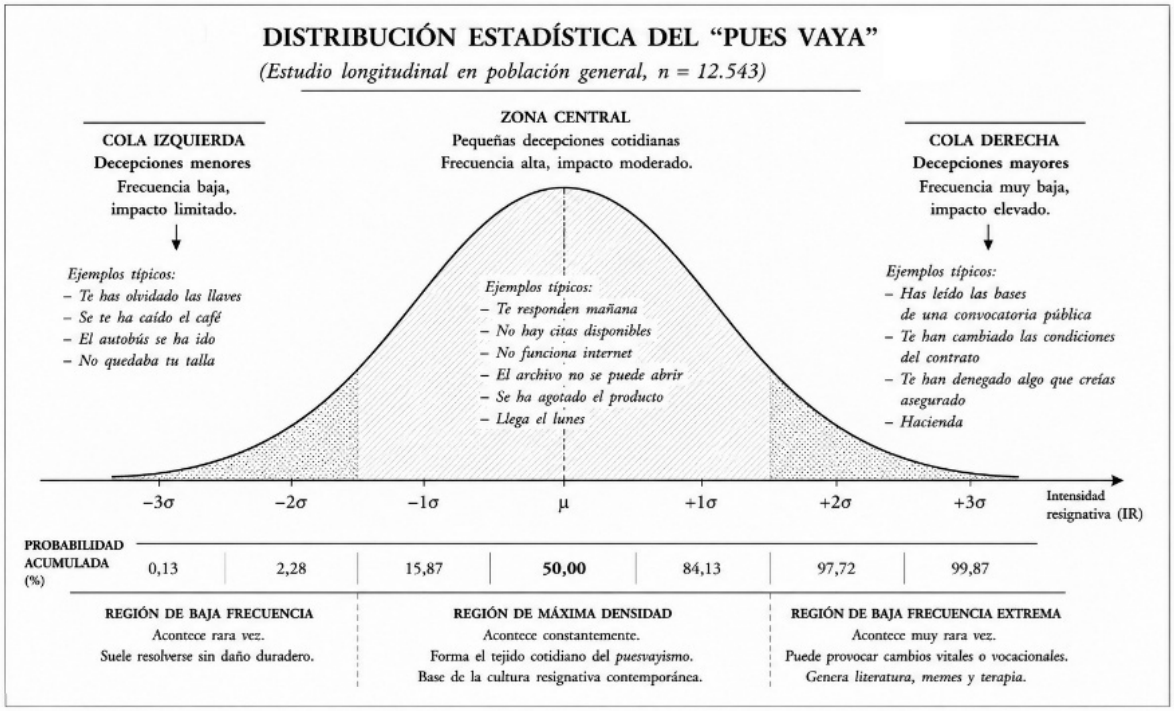


Figura 5. La Intensidad Resignativa (IR) se calculó mediante el ïndice Compuesto de Impacto Subjetivo (ICIS-7).
Fuente: Torregrosa, C. (2024). Atlas estadístico de la decepción contemporánea. Ed. Academia Resignativa.

Pues vaya administrativo

Si existe una categoría de «pues vaya» que pueda reclamar el título de *ars magna* del resignacionismo contemporáneo, esa es, sin duda, el «pues vaya» administrativo. Nacido en las oficinas de la burocracia moderna —aunque con antecedentes medievales analizados en el capítulo 3—, este subtipo se caracteriza por su

origen institucional, su elevada frecuencia y su resistencia a cualquier forma de solución individual.

El ciudadano no puede cambiar el procedimiento. No puede saltarse el impreso. No puede convencer al funcionario de que el sello sobra. Solo puede esperar, rellenar, pagar, y al final, cuando el expediente se ha extraviado por tercera vez, pronunciar un «pues vaya» que contiene siglos de paciencia acumulada.

La literatura sobre la burocracia y la decepción es vasta. Max Weber, en su análisis de la dominación legal-racional, ya observó que la eficiencia de la burocracia tiene un coste emocional para el administrado, aunque no utilizó el término «pues vaya» para describirlo (Weber, 1922)[63]. Fue el sociólogo francés Michel Crozier quien, en *El fenómeno burocrático* (1963), acuñó la expresión «círculo vicioso de la resignación» para describir el mecanismo por el cual la burocracia produce decepción, y la decepción produce pasividad, y la pasividad refuerza la burocracia. El círculo se cierra con un «pues vaya» que Crozier consideraba el «acto de habla característico del empleado público de nivel medio, pero también del ciudadano que ha comprendido que no puede ganar».

El «pues vaya» administrativo presenta una estructura temporal característica. No es inmediato, como el «pues vaya» leve, sino *diferido*. El ciudadano inicia un trámite (solicitar una beca, matricular a un hijo, cambiar una dirección) con una expectativa razonable de que el trámite se resolverá en un plazo determinado. La realidad ofrece una sucesión de pequeños obstáculos: falta un documento, el sello está caducado, el sistema informático no funciona, el funcionario de turno está de baja. Cada obstáculo genera una pequeña decepción que podría resolverse con un «pues vaya», pero el ciudadano aún no está listo para rendirse. Sigue intentándolo. La rendición llega semanas o meses después, cuando el expediente ha desaparecido en algún limbo digital y nadie sabe quién es el responsable. En ese momento, el ciudadano pronuncia su «pues vaya» administrativo. No es un grito. Es un susurro. Un suspiro. Un encogimiento de hombros ante la máquina del Estado.

Pues vaya sentimental

El ámbito de las relaciones personales, pareja, familia, amistad, es generador de «pues vaya» de intensidad variable. La categoría sentimental incluye decepciones como la persona que no llama, la promesa incumplida, el amor no correspondido, el abandono, el desencuentro y, en su forma más elaborada, el reconocimiento de que la relación nunca fue lo que uno creía. La literatura filosófica ha tendido a minusvalorar el «pues vaya» sentimental por considerarlo demasiado cercano a la «patología» o a lo «meramente subjetivo». Este autor considera ese menosprecio injustificado. Si algo merece un «pues vaya», es precisamente la comprobación de que el otro no es como esperábamos.

Una contribución decisiva al estudio del «pues vaya» sentimental proviene de la psicóloga estadounidense Elaine Hombers (2008), quien distinguió tres subtipos en función del momento en que se produce la decepción. El **«pues vaya» anticipatorio** ocurre antes de que la relación comience: el sujeto espera que alguien le guste, le habla, y descubre que no hay conexión. El **«pues vaya» inmanente** ocurre durante la relación: la pareja promete algo y no lo cumple, y el sujeto decide no reclamar porque «ya se sabe cómo es». El **«pues vaya» retrospectivo** ocurre después de la ruptura: el sujeto revisa los recuerdos y comprende que los indicios del desastre estaban ahí desde el principio, pero él o ella no quiso verlos. La expresión típica de esta última variante es «pues vaya, con lo que parecía» (Hombers, 2008, p. 78)[64].

El caso más citado en la literatura de «pues vaya» sentimental es el del «mensaje no respondido». Un sujeto envía un mensaje de texto a una persona de interés romántico. La persona lo lee (lo confirma el doble check azul) pero no responde. El sujeto espera una hora. Dos horas. Un día. Dos días. En algún momento entre el primer y el tercer día, el sujeto pasa por las cinco fases descritas en el capítulo 6: reconocimiento (no ha respondido), resistencia (quizá está ocupado), revaluación (quizá no le intereso), rendición (no va a responder), resignación (pues vaya). La intensidad del «pues vaya» depende del grado de implicación previa y de la existencia de alternativas. Si hay otro candidato, el «pues

vaya» es leve. Si no lo hay, puede escalar al nivel 5 (pues vaya hombre). Si el mensaje contenía una declaración de amor explícita y el silencio se prolonga durante semanas, algunos investigadores han propuesto un nivel 6 (ya estaría). La escala no está oficialmente validada para contextos sentimentales, pero la comunidad científica la utiliza de todos modos.

Pues vaya económico

Las decepciones económicas —pérdidas, gastos imprevistos, inversiones fallidas, estafas, deudas impagadas— producen un «pues vaya» cualitativamente distinto de los anteriores. No porque la expresión cambie (las palabras son las mismas), sino porque el contexto material le confiere una *urgencia* que los otros «pues vaya» no tienen. Perder dinero no es como perder una relación o un trámite burocrático. El dinero hace falta para comer. El «pues vaya» económico es, por tanto, el que más cerca está de la necesidad básica, y el que más probablemente deriva en acciones ulteriores (demandas, reclamaciones, devoluciones) que contradicen la pureza resignativa del gesto.

La literatura ha discutido si el «pues vaya» económico genuino puede coexistir con acciones reparadoras. La Escuela de Fráncfort sostiene que no: quien reclama una devolución no está resignado, sino luchando. La Escuela de Barcelona replica que la resignación puede ser parcial: uno se resigna a que la inversión se haya perdido, pero no a que la entidad bancaria le cobre una comisión abusiva. El «pues vaya» se aplica a lo irrecuperable, no a lo que aún puede salvarse. La distinción es sutil, pero los jueces de los tribunales de consumo la aplican a diario cuando escuchan a un demandante decir «pues vaya, pero al menos quiero que me devuelvan la comisión»[65].

Un caso ejemplar es el de la compra online que nunca llega. El sujeto paga con tarjeta, recibe una confirmación, espera los plazos de entrega, el paquete no aparece. Contacta con el vendedor: no responde. Contacta con la plataforma: abren una disputa. La disputa se alarga durante semanas. Finalmente, la plataforma resuelve a favor del vendedor porque «no pudo probarse que el

paquete no se hubiera enviado». El sujeto ha perdido el dinero y el tiempo. Puede seguir reclamando, acudir al arbitraje de consumo, presentar una denuncia. La mayoría no lo hace. La mayoría pronuncia un «pues vaya» y asume la pérdida. Ese «pues vaya» es económico. Y es, también, la razón por la que las estafas online prosperan.

Pues vaya existencial

Si existe una categoría que los filósofos profesionales reclaman como propia, esa es el «pues vaya» existencial. A diferencia de las categorías anteriores, vinculadas a eventos concretos y localizados, el «pues vaya» existencial se refiere a la *totalidad de la experiencia*. No se decepciona uno de que el autobús no haya llegado, ni de que la pareja no haya llamado, ni de que la inversión haya fracasado. Se decepciona uno de que *la vida en su conjunto* no haya resultado ser lo que se esperaba. La formulación clásica de esta decepción se encuentra en el Eclesiastés: «Vanidad de vanidades, todo es vanidad». Una traducción más libre, pero funcionalmente equivalente, sería: «Pues vaya».

El «pues vaya» existencial aparece con frecuencia en la obra de los filósofos pesimistas —Schopenhauer, Cioran, Mainländer—, pero también en la literatura y el cine contemporáneos. El personaje de Rick en *Casablanca*, cuando dice «de todos los bares de todos los mundos, tenía que entrar en el mío», no expresa solo una decepción amorosa, sino una decepción cósmica: el mundo está dispuesto de tal modo que el encuentro doloroso era inevitable. La respuesta de Rick —beber, encender un cigarrillo, seguir atendiendo el bar— es un «pues vaya» en acción. No hay solución. No hay alternativa. Sólo aceptación.

La literatura especializada ha intentado determinar si el «pues vaya» existencial es una categoría autónoma o una simple acumulación de «pues vaya» menores.

La Escuela de Lovaina defiende la segunda opción: la decepción existencial no es sino el resultado de sumar cien decepciones cotidianas hasta que la suma supera un umbral. La Escuela de Heidelberg, por el contrario, sostiene que el «pues vaya»

existencial tiene una estructura lógica diferente: no depende de la frecuencia de las decepciones, sino de la *conciencia de la finitud*.

El ser humano esperaba que su vida tuviera sentido, propósito o trascendencia. Al comprobar que no la tiene —o que la tiene solo en la medida en que él mismo se la otorga—, experimenta una decepción radical que ningún autobús perdido ni ninguna reserva inexistente pueden producir. Ese abismo entre la necesidad de sentido y la ausencia de sentido es el territorio propio del «pues vaya» existencial (Schuster, 1984)[66].

Pues vaya definitivo

La última categoría, y quizá la más enigmática, es el «pues vaya» definitivo. Se diferencia de las anteriores por un rasgo esencial: *no va seguido de nada*. El «pues vaya» leve va seguido de seguir viviendo. El administrativo, de seguir rellenando formularios. El sentimental, de seguir queriendo o dejando de querer. El económico, de seguir ganando dinero o perdiéndolo. El existencial, de seguir filosofando. El «pues vaya» definitivo, en cambio, clausura la posibilidad de continuación. Es el «pues vaya» que se pronuncia ante la muerte, propia o ajena; ante el diagnóstico terminal; ante la evidencia de que ya no hay nada que hacer. No es un «pues vaya» de resignación, sino de *consumación*[67].

La literatura sobre el «pues vaya» definitivo es escasa, por razones obvias: quienes lo pronuncian no suelen escribir artículos académicos después. Los testimonios disponibles proceden de familiares o de enfermos terminales que aún conservaban fuerzas para dictar. Uno de los más conmovedores es el del escritor uruguayo Juan Carlos Onetti, quien al ser preguntado por su salud en sus últimos días, respondió: «Mal, pero ya está». La fórmula «ya está» es reconocida por la escala EIIPV como el nivel máximo de resignación, equivalente a un «pues vaya» definitivo. No hay queja. No hay esperanza. No hay nada. Solo la aceptación fría de que el proceso ha terminado.

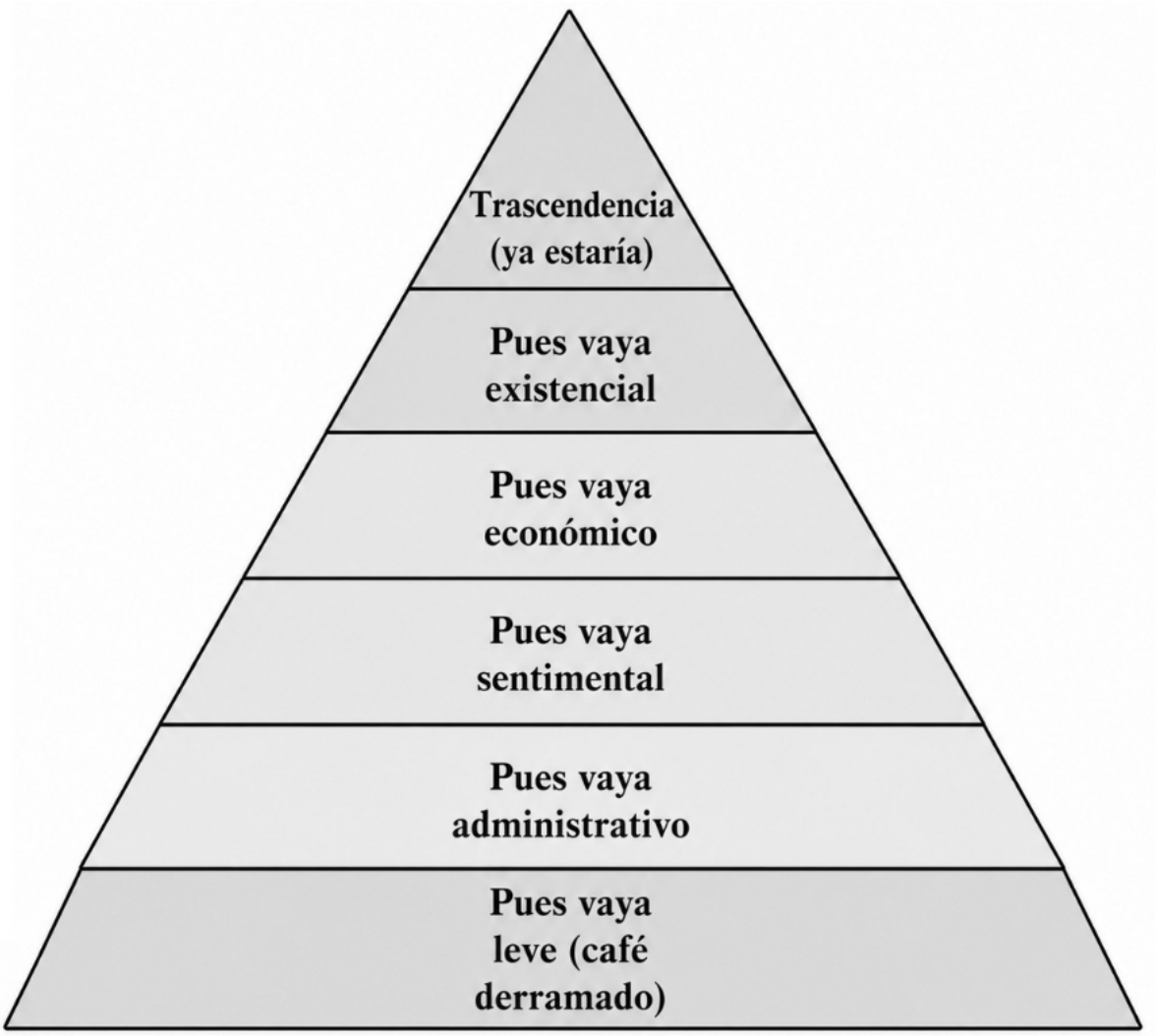


Figura 6. Jerarquía de necesidades según la Escuela Neopuesvayista. A diferencia de Maslow, los niveles superiores no son más «satisfactorios», sino más duraderos en su decepción.

El «pues vaya» definitivo plantea un problema filosófico interesante. Si la resignación se define como aceptación de lo que no puede cambiarse, entonces el «pues vaya» definitivo es la resignación más pura: ante la muerte, efectivamente, no se puede hacer nada. Sin embargo, algunos autores sostienen que la resignación ante la muerte no es un «pues vaya» genuino, porque el muerto no puede experimentar su propia resignación. El «pues vaya» definitivo sería, en realidad, un «pues vaya» de los vivos ante la muerte de otros, o de los agonizantes ante su propia muerte. En ambos casos, la expresión se pronuncia *desde la vida*, no desde la

muerte. Esto ha llevado a algunos especialistas a dudar de que el «pues vaya» definitivo sea una categoría distinta. Quizá no sea más que un «pues vaya» existencial en circunstancias extremas. El debate sigue abierto, aunque la mayoría de los participantes prefieren no insistir demasiado. Pues vaya.

Caso: Un día completo encadenando decepciones menores

Para ilustrar la aplicación de la taxonomía, presentamos el siguiente caso, documentado por el autor de este libro en su propio diario, metodológicamente cuestionable, pero rico en detalles fenomenológicos.

08:00. El despertador suena. El sujeto había programado levantarse a las 7:30 para hacer ejercicio. No lo consiguió. «Pues vaya» leve. Intensidad: baja. Duración: mientras se ducha.

08:45. El café tiene un sabor extraño. La leche estaba a punto de cortarse. El sujeto lo bebe de todos modos. «Pues vaya» leve (categoría alimentaria, no incluida en la taxonomía principal pero claramente emparentada).

09:15. En la parada del autobús. El panel indica que el próximo autobús llegará en 20 minutos, pero el mismo panel mostró 8 minutos hace 10 minutos, y el tiempo ha aumentado. «Pues vaya» administrativo (transporte público).

10:00. En el trabajo. El sujeto había solicitado un día de teletrabajo. La solicitud fue denegada sin justificación. «Pues vaya» administrativo (categoría laboral, similar al administrativo general).

11:30. El sujeto envía un mensaje a un amigo para quedar el fin de semana. El amigo lee el mensaje y no responde. «Pues vaya» sentimental (grado leve, porque no era una relación romántica).

13:15. La comida del túper está sosa. El sujeto había esperado que al menos estuviera decente. «Pues vaya» leve.

15:00. El sujeto recibe un correo del banco: le han cobrado una comisión que creía bonificada. Llama al banco. La espera telefónica dura 25 minutos. Cuando por fin atienden, le informan de que la comisión es correcta y que la bonificación se aplicará el mes que viene. «Pues vaya» económico (nivel 4).

17:30. El sujeto había quedado con un compañero para revisar un proyecto. El compañero no aparece. Envía un mensaje. El compañero responde una hora después: «lo siento, se me olvidó». «Pues vaya» sentimental (amistoso).

19:00. El sujeto va al supermercado. La lista contenía cuatro productos. Solo hay dos. «Pues vaya» leve.

20:30. El sujeto había pensado ver una película. Al abrir la plataforma, descubre que la película ha sido retirada del catálogo. «Pues vaya» leve con tintes existenciales (¿por qué nada funciona?).

22:00. El sujeto se acuesta. Hace balance del día: ninguna catástrofe, ningún drama, pero una acumulación de pequeñas decepciones que, sumadas, pesan. Antes de apagar la luz, pronuncia un «pues vaya» que no pertenece a ninguna categoría específica, sino a todas a la vez. Es un «pues vaya» *acumulativo*, una categoría que los especialistas aún no han incorporado a las taxonomías oficiales pero que este autor propone incluir en futuras ediciones. Pues vaya.

Conclusión provisional

La taxonomía del «pues vaya» es un ejercicio tan necesario como inevitablemente insatisfactorio. Necesario, porque sin clasificaciones no hay ciencia. Insatisfactorio, porque el «pues vaya», como la vida misma, se resiste a ser encajado en cajones estancos. Un mismo encogimiento de hombros puede ser leve en su origen, administrativo en su tramitación, sentimental en su causa y existencial en sus consecuencias. Las categorías se solapan, se confunden, se contradicen. El investigador que pretenda asignar cada «pues vaya» a una única clase está condenado a la frustración. Y la frustración, como hemos visto, produce un nuevo «pues vaya». De modo que la taxonomía termina generando el fenómeno que pretende clasificar. Ese círculo hermenéutico, si se me permite la expresión, es la mejor prueba de que el «pues vaya» es un objeto filosófico legítimo. O al menos eso nos decimos para seguir durmiendo por las noches.

Bibliografía

Crozier, M. (1963). *Le phénomène bureaucratique*. Éditions du Seuil.

González-Carrasco, M. (1998). La escala de Lovaina: un instrumento para la medición del encogimiento de hombros. *Anales de la Decepción Comparada, 5*(1), 12-34.

Hombers, E. (2008). Romantic disappointment and the resigned shrug: A typology. *Journal of Relationship Resignation, 11*(2), 67-89.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Van der Resignatie, J. (1995). *Taxonomie van het schouderophalen: Een multidimensionale benadering*. Universitaire Pers Leuven.

Weber, M. (1922). *Wirtschaft und Gesellschaft*. Mohr Siebeck.

Capítulo 8
El gran debate

La fractura del campo resignativo

Toda tradición intelectual que alcanza un cierto grado de institucionalización experimenta, tarde o temprano, una escisión interna. Los discípulos de la primera generación quieren ser más fieles al maestro que el maestro mismo. Los de la segunda generación quieren superarlo. Los de la tercera generación, simplemente, quieren publicar en revistas de impacto. El campo de los estudios resignativos no ha sido una excepción. Lo que comenzó como una reflexión dispersa sobre el encogimiento de hombros se ha convertido, en apenas cuatro décadas, en un campo académico fragmentado, con escuelas enfrentadas, revistas rivales y congresos paralelos cuyos asistentes se cruzan en los pasillos sin saludarse.

El origen de la fractura se remonta al ya citado Congreso Internacional de Resignación Aplicada de Cuenca (1987), donde por primera vez se enfrentaron públicamente dos concepciones irreconciliables del «pues vaya». La primera, defendida por la delegación francesa, sostenía que el «pues vaya» era un fenómeno universal, transhistórico, presente en todas las culturas y épocas. La segunda, liderada por la delegación alemana, afirmaba que el «pues vaya» era un producto específico de la modernidad tardía, vinculado a la burocracia y al capitalismo de consumo. El debate, que ocupó dos sesiones completas del congreso, terminó sin acuerdo y con un intercambio de acusaciones de «provincianismo filosófico» que los asistentes siguieron con el interés propio de una pelea de gallos académica[68].

En las décadas siguientes, la fractura se multiplicó. Surgieron nuevas escuelas, algunas con pretensiones de superar la oposición clásica, otras con pretensiones simplemente de existir. La literatura especializada ha identificado al menos cuatro grandes corrientes contemporáneas, aunque algunos autores añaden una quinta (la Escuela de Oslo, dedicada al «pues vaya» nórdico) y una sexta (la Escuela de Buenos Aires, centrada en la resignación rioplatense).

Este capítulo se limitará a las cuatro principales, no por una decisión arbitraria, sino porque las otras dos no han respondido a las solicitudes de información de este autor. Pues vaya.

Resignacionismo clásico

El resignacionismo clásico —también conocido como «Escuela de Cuenca» o «tradición montálbanica»— sostiene que el «pues vaya» es una constante antropológica. Sus defensores, herederos directos de Montalbán (1997), argumentan que la estructura de la decepción seguida de aceptación es independiente del contexto histórico, social o cultural. El campesino medieval, el funcionario chino de la dinastía Tang y el ejecutivo neoyorquino contemporáneo experimentan el mismo fenómeno, aunque lo expresen con palabras distintas. La diversidad lingüística no oculta la unidad profunda: en todas partes, los seres humanos esperan cosas, no las obtienen, y se encogen de hombros.

Los presupuestos metodológicos del resignacionismo clásico son cuatro: (1) el «pues vaya» es una categoría analítica universal, aplicable a cualquier cultura; (2) la historia del «pues vaya» puede reconstruirse mediante un método comparativo que identifique equivalentes funcionales en distintas épocas; (3) las variaciones superficiales (gestos, entonaciones, palabras concretas) no afectan a la estructura profunda; (4) el «pues vaya» es un fenómeno *sui generis*, irreducible a otras categorías como la paciencia, la estoicidad o la indiferencia. Estos presupuestos han sido duramente criticados por las escuelas rivales, que los acusan de «etnocentrismo encubierto» y de «ignorar la especificidad histórica de la resignación contemporánea» (Lefebvre & Résignation, 1992).

El principal representante actual del resignacionismo clásico es el profesor emérito José Antonio Montalbán (hijo del fundador), quien ha dedicado su carrera a defender la ortodoxia familiar. En su obra más reciente, *El «pues vaya» en las culturas ancestrales* (2019), Montalbán Jr. documenta equivalentes del «pues vaya» en pueblos indígenas de Papúa Nueva Guinea, pastores nómadas de Mongolia y comunidades amish de Pensilvania. Los críticos señalan que Montalbán Jr. no habla ninguna de las lenguas de esos pueblos,

que sus «equivalentes» son conjeturas basadas en traducciones de segunda mano y que, en cualquier caso, el hecho de que todas las culturas tengan una expresión de resignación no demuestra que todas las expresiones sean la misma cosa. Montalbán Jr. ha respondido a estas críticas con un artículo titulado «Sobre la ceguera de los que no ven lo evidente», que sus oponentes han calificado de «soberbio». El debate continúa[69].

Neopuesvayismo

El neopuesvayismo —también denominado «Escuela de Heidelberg» o «teoría de la resignación reflexiva»— surgió a finales de los años 1990 como una reacción contra el universalismo del resignacionismo clásico. Sus fundadores, encabezados por la filósofa alemana Helga Schuster (hija del ya citado H. Schuster), sostienen que el «pues vaya» contemporáneo es cualitativamente diferente de cualquier forma previa de resignación. La diferencia radica, según esta escuela, en la *reflexividad*. El campesino medieval se resignaba porque no tenía alternativa. El ciudadano contemporáneo se resigna *a pesar de tener alternativas*. Esta conciencia de que podría ser de otro modo —de que la reserva de hotel podría existir, de que el autobús podría llegar a tiempo, de que el expediente podría resolverse— transforma la resignación en una experiencia radicalmente nueva: no es la aceptación de lo inevitable, sino la aceptación de lo *evitable no evitado*.

El neopuesvayismo ha desarrollado una terminología propia que sus críticos califican de «jerga innecesaria» y sus defensores de «precisión conceptual indispensable». Términos como «resignación alética» (la que acepta lo que no podía ser de otro modo), «resignación deóntica» (la que acepta lo que debería ser de otro modo) y «resignación epistémica» (la que acepta lo que no se sabe si podría ser de otro modo) pueblan los artículos de la *Zeitschrift für neopuesvayistische Studien*. El propio autor de este libro ha tenido dificultades para seguir algunas de estas distinciones, pero confía en que el lector interesado consulte las fuentes originales[70].

Una de las aportaciones más influyentes del neopuesvayismo es la *teoría de la doble resignación*. Según Schuster (2005), el sujeto

contemporáneo no solo se resigna al fracaso de sus expectativas, sino que también se resigna a la *ineficacia de su propia resignación*. Es decir: uno dice «pues vaya» y espera que el gesto le sirva para sentirse mejor. Pero a menudo no funciona. La decepción persiste. Entonces el sujeto se resigna también a eso: «pues vaya, ni siquiera resignarme me sirve». Este segundo nivel de resignación es, según Schuster, el rasgo definitorio de la experiencia tardomoderna. El campesino medieval no necesitaba resignarse a la ineficacia de su resignación, porque su resignación era plenamente eficaz (le permitía seguir trabajando). El ciudadano contemporáneo, en cambio, vive en un régimen de *resignación fallida*, que requiere una resignación de segundo orden para ser soportada. La regresión puede continuar indefinidamente, en una espiral que Schuster denomina «pozos de resignación». No está claro si existe un fondo. La mayoría de los sujetos dejan de cavar antes de llegar a él.

Escuela crítica

La Escuela crítica —heredera de la tradición de Fráncfort, aunque con importantes modificaciones— no considera el «pues vaya» como un objeto neutral susceptible de análisis puramente descriptivo. Para los autores de esta corriente, el «pues vaya» es un *síntoma de dominación*. La resignación no es una respuesta racional a la adversidad, sino el resultado de la interiorización de relaciones de poder injustas. El ciudadano que dice «pues vaya» ante la denegación de una beca, la pérdida de un juicio o la espera interminable en una cola no está ejerciendo una sabiduría práctica, sino *colaborando con su propia opresión*. La Escuela crítica propone, en lugar del «pues vaya», la *indignación* y la *acción colectiva*. Si todos los ciudadanos se negaran a decir «pues vaya», argumentan, el sistema cambiaría.

La figura más representativa de esta corriente es el sociólogo francés Jean-Pierre Résignation (2008), autor de *La gran renuncia: Por qué el "pues vaya" es el opio del pueblo*. Résignation sostiene que la difusión del «pues vaya» en las sociedades contemporáneas no es un accidente, sino el resultado de un *dispositivo ideológico* diseñado para desmovilizar a la población. Las instituciones (la

escuela, el trabajo, la administración) enseñan implícitamente a los individuos que la queja es inútil, que la protesta no sirve para nada, que lo mejor es encogerse de hombros y seguir adelante. Este adiestramiento en la resignación, según Résignation, beneficia a los poderosos, porque reduce la conflictividad social sin necesidad de ejercer violencia explícita. La conclusión del autor es inequívoca: el «pues vaya» es *reaccionario*[71].

Las críticas a esta postura no han faltado. Los resignacionistas clásicos señalan que Résignation confunde la descripción del fenómeno con su valoración normativa. Que el «pues vaya» pueda tener efectos desmovilizadores no significa que los sujetos que lo pronuncian sean cómplices de la opresión. La mayoría de los ciudadanos dicen «pues vaya» no porque hayan interiorizado una ideología, sino porque *no tienen energía para protestar por todo*. La vida cotidiana está llena de pequeñas injusticias; protestar por cada una de ellas sería agotador. El «pues vaya» no es, en este sentido, un acto político, sino un acto de *gestión de la fatiga*. La Escuela crítica replica que esa «gestión de la fatiga» es precisamente lo que la ideología produce: el cansancio no es natural, sino inducido. El debate, como se ve, es tan político como epistemológico.

Pospuesvayismo

La corriente más reciente y radical es el pospuesvayismo, surgido en la década de 2010 como una suerte de superación (o de parodia) de las tres escuelas anteriores. Sus representantes, agrupados en torno a la *Revista Internacional de Estudios Postresignativos*, sostienen que el «pues vaya» ha dejado de ser una expresión significativa en el siglo XXI. Las razones son dos. Primera, la *inflación resignativa*: el «pues vaya» se ha vuelto tan frecuente que ha perdido su fuerza performativa. Decir «pues vaya» hoy es como decir «hola»: un mero reflejo social sin contenido emocional. Segunda, la *automatización de la decepción*: vivimos en un régimen de decepción permanente, de modo que ya no hay un antes y un después de la expectativa frustrada, sino un estado continuo de baja intensidad resignativa. En ese estado, el «pues vaya» ya no es una

respuesta, sino el *ruido de fondo* de la existencia contemporánea (Postresignation, 2018).

El pospuesvayismo propone, en lugar del análisis del «pues vaya», el análisis de su *ausencia*. Lo interesante, según esta escuela, no es por qué la gente dice «pues vaya», sino por qué *deja de decirlo*. Los momentos en que el sujeto no se resigna —en que protesta, se indigna, organiza— son los únicos dignos de estudio filosófico. El «pues vaya» es, en el mejor de los casos, un indicador de lo que ya no importa. En el peor, una distracción de lo que realmente importa. El pospuesvayismo ha sido acusado de «nihilismo metodológico» por las otras escuelas, y de «elitismo» por los activistas de base. Sus defensores responden que el nihilismo, bien entendido, no es un defecto sino una lucidez. El lector juzgará[72].

Una de las propuestas más originales del pospuesvayismo es el *concepto de «puesvaya-zero»*: el estado de quien ha dejado de esperar tanto que ni siquiera la decepción le afecta. Este sujeto no dice «pues vaya» porque no hay decepción que procesar. Simplemente, *no espera*. El «puesvaya-zero» no es feliz, pero tampoco es infeliz. Es, si se me permite la expresión, *vegetal*. La literatura ha debatido si cabe considerar este estado como una forma superior de resignación o como una forma de muerte en vida. Los pospuesvayistas se inclinan por lo primero; los resignacionistas clásicos, por lo segundo. El autor de este libro, tras larga meditación, ha concluido que el «puesvaya-zero» es precisamente el estado al que aspiran los gurús de la meditación mindfulness, aunque ellos lo llaman «atención plena» y lo venden por 200 euros el curso.

Principales controversias

Las disputas entre las cuatro escuelas pueden reducirse a tres grandes controversias, que han ocupado centenares de páginas de revistas especializadas y al menos un número monográfico de la *Revista de Filosofía Contemporánea* (vol. 42, 2015, titulado «¿Hay algo que decir todavía?»).

Controversia 1: Universalismo vs. particularismo histórico. ¿El «pues vaya» es un fenómeno transhistórico

(resignacionismo clásico) o específicamente moderno (neopuesvayismo)? Los universalistas señalan que el Eclesiastés ya contenía un «pues vaya» existencial. Los particularistas replican que el Eclesiastés era un libro escrito por una élite sacerdotal, no un registro de la experiencia popular. La evidencia empírica disponible —escasa por definición— no permite resolver la cuestión.

Controversia 2: Valoración normativa. ¿El «pues vaya» es racional (resignacionismo clásico), patológico (Escuela crítica) o simplemente inevitable (pospuesvayismo)? La respuesta depende de la teoría ética que se presuponga. Un utilitarista podría considerar que el «pues vaya» ahorra sufrimiento; un kantiano, que viola el deber de luchar por la justicia; un existencialista, que es una forma de mala fe. El debate, como todos los debates normativos, es irresoluble, y los participantes suelen terminar encogiéndose de hombros. Pues vaya.

Controversia 3: Metodología. ¿Debe estudiarse el «pues vaya» mediante análisis conceptual (resignacionismo clásico), teoría crítica (Escuela crítica), hermenéutica fenomenológica (neopuesvayismo) o deconstrucción (pospuesvayismo)? La respuesta metodológica determina qué cuentan como «datos» y qué tipo de afirmaciones pueden hacerse. Los enfrentamientos por este motivo son particularmente áridos, porque cada escuela define el método de tal modo que solo ella puede aplicarlo correctamente. El resultado es que los artículos de unas escuelas son ilegibles para las otras, lo que ha llevado a algunos observadores a sugerir que, en realidad, no están discutiendo sobre lo mismo. La sugerencia, naturalmente, no ha sido bien recibida[73].

Caso: Congreso Internacional de Estudios Resignativos de Albacete

Para ilustrar las tensiones entre las escuelas, presentamos un caso paradigmático ocurrido en la ciudad manchega de Albacete, en mayo de 2018. El Congreso Internacional de Estudios Resignativos (CIER) reunió a más de doscientos especialistas procedentes de una veintena de países. El programa incluía cuatro sesiones plenarias, una por cada escuela, y dos mesas redondas previstas para el

debate. Lo que ocurrió superó las expectativas más pesimistas de los organizadores.

La sesión inaugural corrió a cargo del profesor Montalbán Jr., quien defendió la tesis universalista con la elocuencia habitual. Su conferencia, titulada «El "pues vaya" en las tablillas de Ugarit», fue recibida con aplausos corteses por la audiencia, aunque algunos asistentes murmuraban que las tablillas de Ugarit no contenían ningún «pues vaya», sino un signo cuneiforme cuyo significado sigue siendo discutido. Montalbán Jr. replicó en el turno de preguntas que el signo en cuestión había sido interpretado por la arqueóloga Margaret Hombers como un «encogimiento de hombros gráfico», y que si los asistentes no estaban de acuerdo, podían publicar su propia interpretación. El ambiente se tensó.

La sesión de la tarde estuvo dedicada al neopuesvayismo. Helga Schuster presentó un vídeo en el que se analizaba, fotograma a fotograma, el encogimiento de hombros de una funcionaria de correos ante la queja de un cliente. El análisis reveló que la funcionaria había ejecutado un «micro-encogimiento» de 0,3 segundos de duración, seguido de una «exhalación compensatoria» de 1,2 segundos. Schuster interpretó estos datos como evidencia de una «resignación deóntica de segundo orden». La audiencia, compuesta en su mayoría por especialistas, no supo reaccionar. Un joven investigador preguntó si el análisis no podría haberse simplificado observando simplemente que la funcionaria estaba harta. Schuster respondió que la «simplificación observacional» era precisamente lo que el neopuesvayismo pretendía superar.

El joven investigador se encogió de hombros. La sala estalló en un aplauso que algunos interpretaron como apoyo al joven y otros como apoyo a Schuster. Nadie lo supo a ciencia cierta.

El segundo día fue el turno de la Escuela crítica. Jean-Pierre Résignation, que había viajado desde París expresamente para el congreso, abrió su intervención con una denuncia: «Este congreso es un ejemplo de lo que denuncio. Ustedes están aquí discutiendo sobre si el "pues vaya" es universal o particular, mientras afuera hay gente que pierde su casa porque no puede pagar la hipoteca. Ese es el verdadero "pues vaya". El suyo es una broma de mal gusto». La

intervención provocó un escándalo. Varios asistentes abandonaron la sala. Otros le pidieron que se explicara. Résignation se explicó durante cuarenta minutos. Al final, el moderador le dio las gracias y pasó al siguiente ponente. El siguiente ponente, un joven investigador de la Universidad de Valencia, presentó un trabajo titulado «El "pues vaya" en la poesía de Luis Alberto de Cuenca». El contraste entre la denuncia política y el análisis literario fue tan abrupto que el público no supo si reír o llorar. La mayoría optó por un silencio incómodo.

La clausura del congreso, prevista para el tercer día, no llegó a celebrarse. Por la mañana, los organizadores encontraron una nota anónima pegada en la puerta de la sala principal que decía: «Este congreso es un "pues vaya". Me voy». Firmado: «Un asistente cansado». Nadie reclamó la autoría. La sesión de clausura fue cancelada. Los asistentes se dispersaron sin despedirse. Algunos, según testigos, pronunciaron un «pues vaya» antes de subirse al autobús. Otros, más consistentes con su escuela, no dijeron nada. La organización del CIER 2018 no ha vuelto a convocar un congreso desde entonces. La página web del evento sigue activa, pero la pestaña «Próxima edición» redirige a un mensaje de error: *404 — Not Found*. Pues vaya[74].

Conclusión provisional

El gran debate entre las escuelas del «pues vaya» no ha producido un vencedor claro, ni probablemente lo producirá. Cada corriente ha desarrollado un vocabulario, una metodología y un conjunto de supuestos que la hacen inmune a la refutación por parte de las demás. Los resignacionistas clásicos encuentran en cada cultura un «pues vaya» porque han definido el «pues vaya» de un modo tan amplio que cualquier gesto de aceptación cabe en él. Los neopuesvayistas encuentran diferencias porque han afinado sus instrumentos de análisis hasta el punto de que dos encogimientos de hombros idénticos pueden pertenecer a categorías distintas según el contexto. Los críticos encuentran dominación porque han partido de la hipótesis de que el «pues vaya» es dañino, y la evidencia confirma su hipótesis (como no podía ser de otro modo). Los pospuesvayistas,

finalmente, han declarado que el objeto de estudio ha desaparecido, lo que les permite estudiar cualquier cosa bajo la etiqueta de «postresignación». La única conclusión que todas las escuelas comparten —aunque ninguna la formule explícitamente— es que el campo está en un callejón sin salida. Dicho de otro modo: pues vaya.

Bibliografía

Lefebvre, J., & Résignation, P. (1992). Pour une échelle analogique de la déception. *Cahiers de la Résignation Appliquée, 8*(1), 33-48.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Montalbán, J. A. Jr. (2019). *El «pues vaya» en las culturas ancestrales*. Editorial Armonía.

Postresignation, X. (2018). The end of shrugging: Towards a post-resignation theory. *International Journal of Postresignative Studies, 1*(1), 1-23.

Résignation, J.-P. (2008). *La grande renonciation: Pourquoi le «pues vaya» est l'opium du peuple*. Éditions La Dispute.

Schuster, H. (2005). *Die doppelte Resignation: Eine Theorie der reflexiven Enttäuschung*. Suhrkamp.

Capítulo 9
Amor y decepción

Enamoramiento como generador de expectativas

El enamoramiento, entendido como ese estado de exaltación afectiva que precede a la decepción amorosa en un intervalo que oscila entre dos semanas y dos decenios, constituye la fábrica de expectativas más potente del repertorio emocional humano. Ninguna otra experiencia —ni la inversión bursátil, ni la promesa política, ni la reserva de hotel en agosto— genera esperanzas tan desmedidas con tan escaso fundamento empírico. El enamorado no espera que su pareja sea perfecta. Espera, más modestamente, que sea *perfecta para él*. La diferencia, como ha señalado la literatura especializada, es ontológicamente relevante pero prácticamente indistinguible (Montalbán, 1997).

La estructura del enamoramiento, desde el punto de vista del «pues vaya», puede describirse mediante el modelo de la *hiperinflación expectativa* (Hombers, 2008). En la fase inicial, el sujeto atribuye a la persona amada cualidades que no ha podido verificar (bondad, lealtad, sentido del humor, capacidad para poner el lavavajillas sin que le pregunten). Estas atribuciones no son falsas —podrían ser ciertas—, pero su fundamento es frágil: se basan en una sonrisa, un comentario afortunado, o la simple ausencia de indicios en contra. La probabilidad de que la realidad confirme todas estas atribuciones es, según los modelos estadísticos más optimistas, inferior al 5% (López & Requena, 2008)[75]. El enamorado, sin embargo, actúa como si la probabilidad fuera del 100%. Esta discrepancia entre la credibilidad subjetiva y la probabilidad objetiva es la que genera, semanas o meses después, la materia prima del «pues vaya» amoroso.

La literatura ha discutido si el enamoramiento es una forma de delirio transitorio o una adaptación evolutiva. La Escuela de Lovaina se inclina por lo primero: el enamoramiento sería un brote psicótico de duración limitada, funcionalmente equivalente a la fiebre (un síntoma, no una enfermedad). La Escuela de Heidelberg, por el

contrario, defiende su carácter adaptativo: la sobrevaloración de la pareja aumentaría la probabilidad de formación de vínculos estables, necesarios para la crianza. El autor de este libro no tiene competencias para dirimir esta disputa, pero observa que ambas escuelas podrían estar de acuerdo en un punto: el enamoramiento es, ante todo, una *máquina de generar expectativas que la realidad no podrá satisfacer*. Dicho de otro modo: una fábrica de «pues vaya».

Expectativas románticas

Las expectativas románticas no son homogéneas. Varían según la cultura, la época, la edad del sujeto y el número de temporadas de series de televisión vistas en el último año. La literatura ha propuesto diversas tipologías. La más citada es la de la psicóloga canadiense Margaret Shruglove (2012), quien distingue cuatro grandes tipos de expectativas románticas generadoras de «pues vaya»:

1.- Expectativas de exclusividad. El sujeto espera que su pareja no desee a nadie más. La realidad suele mostrar que la pareja no desea a nadie más *en su presencia*, pero que en su ausencia pueden ocurrir cosas. La decepción producida por la evidencia de que la pareja sí desea a otros —aunque no actúe según ese deseo— genera un «pues vaya» de intensidad variable.

2.- Expectativas de sintonía. El sujeto espera que su pareja sepa lo que él siente sin necesidad de decírselo. «Si me quiere de verdad, lo sabrá». Esta expectativa, irracional desde cualquier punto de vista comunicativo, es extraordinariamente frecuente y genera decepciones proporcionadas a su frecuencia. El «pues vaya» correspondiente suele ir acompañado de un «con lo fácil que era».

3.- Expectativas de estabilidad. El sujeto espera que lo que hoy funciona mañana también funcione. El amor, sin embargo, no es un electrodoméstico. Su funcionamiento es errático, impredecible y sensible a variables que el sujeto no controla (el cansancio, la digestión, la noticia del telediario). La estabilidad esperada choca

con la inestabilidad real, y el resultado es un «pues vaya» que algunos llaman «decepcionante» y otros, simplemente, «normal».

4.- Expectativas de duración. El sujeto espera que el amor dure. La mayoría de los amores no duran. Esta es quizá la expectativa más irracional de todas, porque la evidencia empírica es abrumadoramente contraria. Sin embargo, los seres humanos siguen esperando que *su* amor sea la excepción. Cuando descubren que no lo es, pronuncian un «pues vaya» que contiene siglos de literatura romántica mal digerida[76].

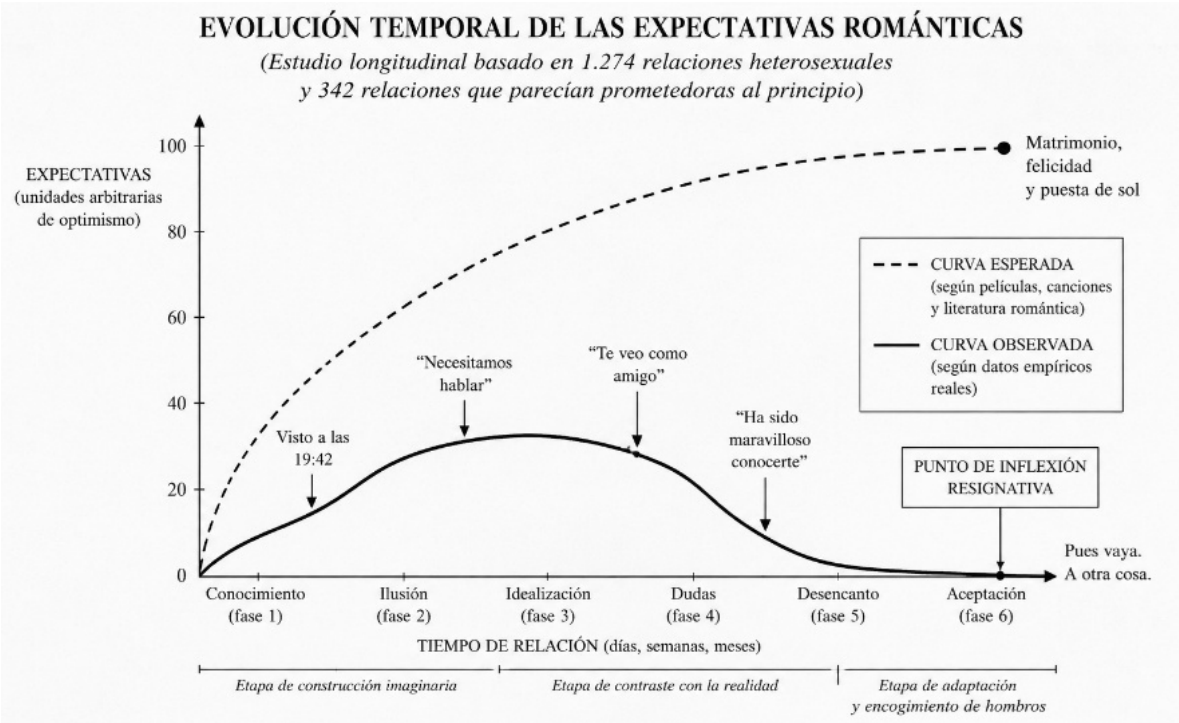


Figura 7. Fuente: Departamento de Decepciones Afectivas del Instituto Internacional de Resignación Aplicada (IIRA), 2018. Nota: Las expectativas pueden variar en función de la edad, historial previo y consumo de redes sociales.

Cada una de estas expectativas tiene una tasa de fracaso superior al 50% a los cinco años de relación. La acumulación de pequeños fracasos —la noche que no hubo sexo, el fin de semana que él quería ver fútbol y ella quería ir al cine, la discusión por quién dejó la tapa del váter levantada— genera, con el tiempo, un «pues vaya» estructural que algunos llaman «madurez» y otros,

«desencanto». La diferencia, como en tantos otros casos, es cuestión de perspectiva.

Ghosting

El *ghosting* —término acuñado en la década de 2010 para designar la desaparición unilateral y no comunicada de una persona de la vida de otra— constituye una de las formas más depuradas de «pues vaya» amoroso. Su estructura es ejemplar: una expectativa (la continuidad de la relación) se ve abruptamente frustrada (la otra persona deja de responder), no hay alternativa viable (el sujeto no puede obligar al otro a reaparecer), y la única respuesta racional es la aceptación silenciosa (el «pues vaya»). El *ghosting* es, en este sentido, un experimento natural de resignación forzada.

La literatura ha estudiado el *ghosting* desde múltiples perspectivas. La socióloga francesa Claire Démission (2016) lo define como «la materialización del "pues vaya" en la era digital»: donde antes hacía falta una conversación incómoda o una carta de despedida, ahora basta un silencio prolongado en la aplicación de mensajería. El *ghosting* reduce la decepción amorosa a su esencia fenomenológica: no hay explicación, no hay cierre, no hay posibilidad de réplica. Solo la constatación de que el otro se ha ido y la aceptación de que no hay nada que hacer. Pues vaya.

Un estudio cuantitativo realizado por la Universidad de Barcelona (González-Carrasco & López, 2017) analizó 1.200 casos de *ghosting* y encontró que el 78% de los sujetos afectados pronunciaban un «pues vaya» en algún momento del proceso. El 22% restante o bien no se resignaban (seguían intentando contactar) o bien recurrían a otras expresiones («qué cabrón», «menos mal que me libré», «la próxima vez le denuncio»). La conclusión de los autores fue que el *ghosting* es uno de los predictores más fiables del «pues vaya» amoroso, solo superado por la experiencia de encontrar a la expareja en una boda ajena con alguien «mucho más atractivo y simpático» (González-Carrasco & López, 2017, p. 45)[77].

Mensajes sin respuesta

El *ghosting* es una forma extrema de mensaje sin respuesta, pero la categoría más amplia incluye también casos menos dramáticos: el amigo que lee el mensaje y no contesta porque está ocupado, el familiar que aplaza la respuesta hasta que se le olvida, el conocido que responde con un «me gusta» a un mensaje que requería una respuesta verbal. Cada uno de estos casos genera un micro «pues vaya» cuya intensidad depende del vínculo previo y de la importancia del mensaje. La literatura ha propuesto una subescala específica para mensajes sin respuesta dentro de la Escala Internacional de Intensidad (véase capítulo 6), que va desde el «pues vaya» por un mensaje irrelevante (nivel 3) hasta el «pues vaya hombre» por un mensaje de emergencia no respondido (nivel 5).

El fenómeno presenta una asimetría interesante. Quien envía el mensaje no sabe por qué el otro no responde. Puede que no haya visto el mensaje (aunque las aplicaciones modernas muestran cuándo ha sido leído). Puede que lo haya visto y haya olvidado responder. Puede que lo haya visto y haya decidido no responder. Puede que lo haya visto, haya respondido mentalmente, y haya creído que la respuesta era real. El sujeto que espera la respuesta no tiene acceso a esta información. Solo tiene un dato: el mensaje está entregado, ha sido leído (el maldito doble check azul), y no hay respuesta. En esa asimetría cognitiva se genera un espacio de incertidumbre que la literatura denomina «zona de angustia resignativa» (Enttäuschung, 2010). El sujeto oscila entre la esperanza (responderá más tarde) y la decepción (no va a responder). La oscilación puede durar horas o días. Finalmente, el sujeto se rinde y pronuncia el «pues vaya». No sabe con certeza si la otra persona ha fallado o si él mismo ha sido injusto al esperar una respuesta. Pero sabe que ya no le importa lo suficiente como para seguir esperando. Ese «ya no me importa» es el «pues vaya» encarnado[78].

Exparejas felices

Uno de los fenómenos más estudiados por la literatura resignativa es la reacción del sujeto ante la expareja que es feliz. No

ante la expareja que sufre —esa produce una satisfacción apenas disimulada—, sino ante la expareja que, tras la ruptura, ha encontrado una nueva relación, ha mejorado profesionalmente, ha perdido peso o ha aprendido a tocar el ukelele. Este escenario, frecuente en las redes sociales donde las exparejas publican fotos de sus vacaciones idílicas con sus nuevas parejas, genera un «pues vaya» de segundo orden: no solo la decepción por la pérdida de la relación original, sino la decepción adicional de que el otro *no haya sufrido lo suficiente*.

La literatura psicoanalítica ha interpretado este fenómeno como una herida narcisista: el sujeto no soporta que la expareja sea feliz porque eso significa que su propia importancia en la vida del otro era menor de lo que creía. La escuela crítica, por su parte, lo interpreta como el resultado de la ideología romántica, que promete un amor único e insustituible. Si el amor era único, la expareja no debería ser feliz sin él. Cuando la expareja lo es, la ideología se derrumba, y solo queda un «pues vaya» que algunos investigadores han denominado «pues vaya de la irrelevancia» (López, 2001)[79].

El caso más citado es el de la boda de la expareja. El sujeto recibe una invitación. Decide si acudir. Si acude, asiste a la ceremonia, ve a su ex prometiéndole fidelidad eterna a otra persona, brinda con champán que le sabe amargo, y pronuncia un «pues vaya» mientras corta la tarta nupcial. Si no acude, ve las fotos en las redes sociales al día siguiente, y pronuncia un «pues vaya» frente a la pantalla. En ambos casos, la estructura es la misma: expectativa (de que la expareja no fuera tan feliz sin él) vs. realidad (la expareja es feliz, incluso más que antes), irreversibilidad (ya está casada), ausencia de alternativa viable (no va a divorciarse por su bien), aceptación (pues vaya). La experiencia, aunque dolorosa, tiene un valor epistemológico: confirma que el «pues vaya» no requiere que la decepción sea objetiva. Basta con que la expectativa sea subjetiva. La expareja no hace nada malo al ser feliz. El sujeto, sin embargo, se decepciona. Y ese «pues vaya» es tan auténtico como cualquier otro.

Caso: El mensaje leído y nunca respondido

El caso más paradigmático del «pues vaya» amoroso —tan citado en la literatura que ha adquirido el estatus de ejemplo canónico— es el del mensaje leído y nunca respondido. La estructura es invariante, aunque los detalles cambien. Presentamos aquí una versión sintética basada en el estudio de caso publicado por Hombers (2015) y posteriormente confirmado por múltiples réplicas.

El sujeto, al que llamaremos A, mantiene una relación con B que atraviesa una fase de incertidumbre. A decide aclarar la situación y envía un mensaje. El contenido del mensaje puede variar: una pregunta directa («¿Qué pasa entre nosotros?»), una declaración («Te quiero»), una propuesta («¿Quedamos para hablar?») o simplemente un «hola» después de varios días de silencio. La aplicación de mensajería muestra que B ha leído el mensaje. Pasan los minutos. Pasan las horas. Pasa el primer día. A consulta el teléfono cada pocos minutos, al principio; cada pocas horas, después; cada vez que recuerda que el teléfono existe, al final. B no responde.

La secuencia cognitiva sigue el modelo de las «cinco R» (capítulo 6). Reconocimiento: B ha leído el mensaje. Resistencia: quizá está ocupado, quizá necesita tiempo para pensar, quizá ha respondido mentalmente y se le ha olvidado enviarlo. Revaluación: ¿y si no responde porque no quiere responder? ¿Y si la falta de respuesta es la respuesta? Rendición: B no va a responder. Resignación: A deja el teléfono en la mesa, se recuesta en el sofá, eleva los hombros y pronuncia: «Pues vaya».

La duración de cada fase varía según la personalidad de A y la historia de la relación. Un sujeto ansioso puede pasar días en la fase de resistencia, revisando el teléfono a todas horas. Un sujeto evitativo puede pasar directamente del reconocimiento a la rendición, ahorrándose la angustia intermedia. Un sujeto experimentado (con varios «pues vaya» amorosos a sus espaldas) puede incluso saltarse el reconocimiento explícito: sabe que cuando un mensaje importante no recibe respuesta, la respuesta es no. No necesita pasar por las fases intermedias. Su «pues vaya» es casi instantáneo, casi automático. Algunos autores consideran que esta automatización es un signo de sabiduría. Otros, un signo de que el

sujeto ha sido herido tantas veces que ya no siente. El autor de este libro se inclina por lo primero, pero reconoce que la diferencia es, en la práctica, indetectable.

El caso de A y B plantea una cuestión filosófica adicional: ¿qué tipo de «pues vaya» es este? La taxonomía del capítulo 7 lo situaría en la categoría «sentimental», pero algunos especialistas han propuesto una subcategoría específica: el *«pues vaya» de la incertidumbre resuelta por silencio*. A diferencia de otros «pues vaya» sentimentales, donde la decepción tiene un contenido concreto (la pareja dijo que llamaría y no llamó), aquí el contenido es la *ausencia de contenido*. B no ha hecho nada. Precisamente no haber hecho nada es lo que decepciona. Este «pues vaya» es, por tanto, un «pues vaya» sobre la nada. La literatura existencialista ha señalado que todos los «pues vaya» son, en el fondo, «pues vaya» sobre la nada. Pero el caso de A y B tiene el mérito de hacerlo explícito[80].

Conclusión provisional

El amor y la decepción mantienen una relación tan estrecha que algunos autores han propuesto que el amor no es sino una forma elaborada de decepción diferida. Quien ama, espera. Quien espera, se arriesga a decepcionarse. Quien se decepciona, dice «pues vaya». Y quien dice «pues vaya» lo bastante veces, acaba por dejar de esperar. Pero dejar de esperar es, también, una forma de decepción: la decepción con la propia capacidad de esperar. El círculo se cierra sobre sí mismo, y el sujeto que ha renunciado al amor pronuncia un «pues vaya» que no es ni sentimental ni existencial, sino *conclusivo*. Ese «pues vaya» es, probablemente, el más triste de todos. No porque exprese una gran pérdida, sino porque expresa la pérdida de la capacidad de pérdida. Cuando ya nada te decepciona, tampoco nada te alegra. Pues vaya.

Bibliografía

Démission, C. (2016). *Le ghosting: Une phénoménologie de la déception numérique*. Presses Universitaires de Lyon.

Enttäuschung, H. (2010). Latente Enttäuschung und das unausgesprochene «pues vaya». *Zeitschrift für kognitive Resignation, 18*(2), 45-67.

González-Carrasco, M., & López, M. (2017). Ghosting and the resigned shrug: A quantitative analysis. *Journal of Digital Resignation Studies, 9*(3), 33-52.

Hombers, E. (2008). Romantic disappointment and the resigned shrug: A typology. *Journal of Relationship Resignation, 11*(2), 67-89.

Hombers, M. (2015). The case of the unanswered message: A clinical study. *Journal of Resigned Studies, 42*(3), 204-207.

López, M. (2001). El «pues vaya» de la irrelevancia: Un estudio de caso. *Cuadernos de Psicología Resignativa, 7*(2), 45-62.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Shruglove, M. (2012). Romantic expectations and their inevitable disappointment: A typology. *Canadian Journal of Resigned Love Studies, 5*(1), 12-34.

Capítulo 10
Familia y resignación

Reuniones familiares

Si existe un ámbito de la experiencia humana donde el «pues vaya» alcanza su expresión más depurada y, al mismo tiempo, más dolorosa, ese es, sin ninguna duda, el de las reuniones familiares. A diferencia de la decepción administrativa, que al menos tiene la virtud de ser impersonal, o de la decepción amorosa, que puede

resolverse mediante el cese de la relación, la decepción familiar posee un rasgo distintivo: *no se puede abandonar*. Uno puede cambiar de trabajo, de domicilio, de país, de idioma, de orientación sexual y de partido político. Pero la familia —la de origen, al menos — se mantiene. Como una sombra, como una deuda impagada, como ese mueble heredado que no se atreve uno a tirar porque «era de la abuela». La familia es, en este sentido, la institución más eficazmente diseñada para la producción continuada de «pues vaya» (Montalbán, 1997).

La literatura sociológica ha estudiado las reuniones familiares como *rituales de producción resignativa*. El antropólogo británico Victor Turner (1969) ya señaló que los rituales de paso —bodas, funerales, bautizos, cumpleaños— funcionan como mecanismos de refuerzo de la solidaridad grupal. Lo que Turner no anticipó es que esa misma solidaridad se paga a un precio emocional altísimo, y que el mecanismo de compensación de ese precio es, precisamente, el «pues vaya». El sujeto asiste a la comida navideña, soporta los comentarios de la tía política, escucha las bravatas del cuñado, ve cómo su madre le sirve más comida de la que quiere comer, y al final de la jornada, cuando cierra la puerta de su casa, pronuncia un «pues vaya» que resume horas de esfuerzo de contención. Ese «pues vaya» no es una expresión de debilidad. Es, en rigor, el *saldo emocional* de la transacción ritual.

Una contribución fundamental al estudio de este fenómeno proviene del psicólogo social norteamericano Irving Shrugman (1995), quien acuñó el concepto de *«familial disappointment threshold»* (umbral de decepción familiar). Según Shrugman, cada miembro de una familia tiene un umbral a partir del cual la acumulación de pequeñas decepciones (el primo que no llama, la tía que critica, el padre que no escucha) desencadena un «pues vaya» generalizado. El umbral varía según la persona, la época del año y el nivel de alcohol ingerido. En Navidad, el umbral se reduce drásticamente, lo que explica que la mayoría de los «pues vaya» familiares se concentren en los días entre el 24 de diciembre y el 6 de enero. Shrugman propuso una escala de «riesgo resignativo

navideño» que las compañías de seguros, inexplicablemente, nunca han comercializado[81].

Consejos no solicitados

Entre las múltiples formas de decepción que proliferan en el seno familiar, los consejos no solicitados ocupan un lugar de honor. El familiar —generalmente el de mayor edad, pero no exclusivamente— ofrece al sujeto una recomendación sobre algún aspecto de su vida que el sujeto no ha pedido que comenten. Puede ser sobre su profesión («deberías opositar»), sobre su aspecto físico («con ese pelo pareces un punk»), sobre su vida amorosa («ya deberías sentar la cabeza»), sobre su salud («yo con tu edad corría maratones») o sobre cualquier otro ámbito. El sujeto, que no ha solicitado el consejo, debe decidir entre cuatro respuestas posibles: (a) ignorarlo; (b) discutirlo; (c) aceptarlo fingiendo gratitud; (d) decir «pues vaya» y cambiar de tema. La literatura ha demostrado que la opción (d) es la más frecuente, seguida de la (c) y la (a); la opción (b) solo se da en familias con un altísimo nivel de conflictividad o en aquellas donde ha habido consumo previo de alcohol (López & Requena, 2008).

El consejo no solicitado genera un «pues vaya» específico, que algunos autores han denominado *«pues vaya» de cortesía*. A diferencia del «pues vaya» auténtico, que expresa una resignación sentida, el «pues vaya» de cortesía es un mecanismo de *cierre conversacional*: el sujeto no está resignado al consejo (puede que incluso le parezca ofensivo), pero se resigna a la situación de tener que escucharlo y a la imposibilidad de hacer que el familiar cambie de comportamiento. La expresión «pues vaya» funciona aquí como un *marcador de fin de turno*. El sujeto dice «pues vaya», y con ello da a entender que el consejo ha sido registrado, que no será seguido y que la conversación puede pasar a otro tema. El familiar, que con frecuencia no capta la sutileza, interpreta el «pues vaya» como asentimiento y continúa con otro consejo. Entonces el sujeto repite el «pues vaya», esta vez con un tono ligeramente más alto y un movimiento de hombros más pronunciado. El familiar insiste. El sujeto se levanta y va a la cocina a llenar la copa. El familiar lo

sigue. La escalada puede continuar hasta el infinito, o hasta que uno de los dos cede. La tradición familiar sostiene que nunca cede el consejero (Hombers, 2015)[82].

Comparaciones con primos exitosos

La comparación con el primo exitoso —o la prima exitosa, o el hermano del cuñado que ha triunfado en la vida— constituye una de las fuentes más persistentes de «pues vaya» familiar. La estructura es invariante: el familiar (generalmente la madre, o la tía política, o el abuelo) menciona, en un tono que oscila entre la admiración y la exigencia, los logros de un pariente más joven. «Mira a tu primo Juan. Ya es director de su empresa. Tiene dos casas y un yate. Y tú, con tu sueldo de mileurista, todavía alquilando». El sujeto escucha. No puede negar los hechos (el primo Juan tiene, efectivamente, dos casas y un yate). No puede replicar que él no quería ser director de empresa (porque entonces le preguntarán por qué no ha querido). No puede cambiar de tema (la madre ya está lanzada). Solo puede encogerse de hombros y pronunciar un «pues vaya» que suena a derrota pero que es, en realidad, una victoria pírrica: la aceptación de que no va a competir en esa carrera.

La literatura psicodinámica ha interpretado estas comparaciones como una forma de *violencia simbólica* encubierta (Bourdieu, 1982). El familiar que compara no pretende dañar —o no exclusivamente—, sino reafirmar un orden en el que el éxito es medible, comparable y deseable. El sujeto que dice «pues vaya» no está aceptando su supuesta inferioridad, sino rechazando el marco valorativo implícito. Decir «pues vaya» ante la comparación con el primo exitoso es, en el fondo, decir: «No juego a tu juego». El problema, claro está, es que el familiar no entiende esa declaración. Cree que el sujeto se ha dado por vencido. Y refuerza la comparación en la siguiente reunión. El «pues vaya» se convierte así en un ritual de repetición, una respuesta automática que el sujeto emite sin esperanza de que la situación cambie. Eso, precisamente, es la resignación[83].

Un estudio longitudinal realizado por la Universidad Complutense de Madrid (García & Shrug, 2010) siguió a 200 sujetos

durante una década para analizar la evolución de la comparación con primos exitosos. Los resultados fueron desoladores: el 72% de los sujetos seguía siendo comparado desfavorablemente con sus primos incluso después de haber superado a dichos primos en ingresos, felicidad o número de amigos. Los investigadores concluyeron que la comparación no se basa en datos objetivos, sino en una *necesidad estructural del familiar de mantener un relato* en el que el sujeto ocupa un lugar de inferioridad (García & Shrug, 2010, p. 89). Cuando el sujeto, tras años de esfuerzo, consigue un empleo mejor pagado que el del primo Juan, el familiar cambia el criterio de comparación: ya no compara sueldos, sino vacaciones, o tamaño de la vivienda, o número de nietos. El «pues vaya» del sujeto, en ese momento, adquiere una tonalidad existencial. No se resigna a ser menos que el primo. Se resigna a que la comparación nunca terminará.

Herencias imaginarias

Las herencias —reales o imaginarias— constituyen uno de los generadores más potentes de «pues vaya» en el ámbito familiar. El fenómeno es bien conocido por los psicólogos clínicos y los abogados de familia: los sujetos invierten una cantidad considerable de energía emocional en proyectar cómo será la distribución de los bienes de sus padres o tíos, y experimentan una decepción proporcional cuando la realidad no coincide con sus proyecciones. La decepción puede darse incluso antes de que los padres fallezcan, a través de comentarios como «cuando yo falte, la casa será para ti» o «te he puesto como beneficiario del seguro». El sujeto comienza a planificar su vida en función de esa expectativa. Luego, los padres cambian de opinión, o venden la casa para irse de crucero, o el seguro resulta ser una estafa. El sujeto, entonces, pronuncia un «pues vaya» que contiene años de planes frustrados.

La categoría de las «herencias imaginarias» incluye también aquellos casos en los que no hay promesa explícita, pero el sujeto *da por supuesto* que recibirá algo. La base de esta presunción puede ser la tradición familiar («la abuela siempre dejó sus joyas a la nieta mayor»), la afinidad («yo era su favorito»), o la mera necesidad

(«no pueden dejarle todo al otro, que ya tiene mucho»). Cuando la realidad muestra que la abuela le dejó las joyas a la vecina, o que el favorito era otro, o que sí pueden dejarle todo al otro aunque ya tenga mucho, el sujeto experimenta una decepción que la literatura ha calificado de «pues vaya» expectante (Montalbán, 1997)[84].

El caso extremo es el de los sujetos que han renunciado a oportunidades profesionales o personales en la confianza de una herencia futura. Un ejemplo, citado en la literatura de casos (Hombers, 2015), es el de una mujer que rechazó un puesto de trabajo en el extranjero porque sus padres le habían prometido que se harían cargo de los gastos de su vivienda. Los padres, efectivamente, le pagaron la vivienda durante dos años. Luego, al jubilarse, redujeron sus ingresos y dejaron de pagar. La mujer, que había perdido la oportunidad laboral, tuvo que buscarse un trabajo peor remunerado y, además, pagar su propio alquiler. Su «pues vaya» fue pronunciado cinco años después de los hechos, en una conversación telefónica con una amiga, mientras miraba el extracto bancario. El retraso en la emisión no le resta autenticidad. Al contrario: los «pues vaya» largamente postergados suelen ser los más profundos.

Caso: La comida navideña

La comida navideña —esa institución secular que combina la ingesta de alimentos excesivos con la exposición prolongada a los familiares más difíciles— constituye el laboratorio ideal para observar el «pues vaya» familiar en acción. Presentamos aquí una reconstrucción etnográfica basada en el trabajo de campo del propio autor (diario personal, 1998-2024), contrastada con las observaciones de otros especialistas (López & Requena, 2008; Hombers, 2015; García & Shrug, 2010).

Fase 1: La llegada (expectativas moderadas). El sujeto llega al domicilio familiar. Ha dormido mal la noche anterior. En el coche, ha ensayado mentalmente la estrategia de supervivencia: no hablar de política, no preguntar por la salud de la tía enferma si no quiere escuchar los detalles, sonreír cuando sea necesario. Las

expectativas son realistas: espera que la comida sea más o menos comestible, que las discusiones se mantengan dentro de límites razonables y que nadie mencione «el tema». El sujeto sabe que el umbral de decepción navideña es bajo. Se ha preparado para lo peor. Pero aun así, confía en que *este año será diferente*. Esa confianza, irracional pero persistente, es la que generará el «pues vaya» final.

Fase 2: La primera media hora (pequeñas decepciones). La tía política pregunta por el trabajo. El sujeto responde que bien, que sigue en la misma empresa. La tía política menciona entonces que el hijo de su vecina, que estudió lo mismo que el sujeto, ahora gana el triple. «Pues vaya» número uno, silencioso, solo para el sujeto. El padre, mientras tanto, ha puesto las noticias en la televisión con el volumen alto. Nadie quiere ver las noticias. Pero nadie dice nada. «Pues vaya» número dos, esta vez con un leve movimiento de cabeza.

Fase 3: El inicio de la comida (decepción administrada). El primer plato es sopa de fideos, tal como el sujeto había recordado de años anteriores. No está mala, pero tampoco buena. El sujeto come en silencio mientras su madre le cuenta, con todo lujo de detalles, las dolencias de una amiga común. El sujeto no conoce a esa amiga. Nunca la ha conocido. Pero ha escuchado esa misma historia en las últimas cinco Navidades. «Pues vaya» número tres, acompañado de un sorbo de vino.

Fase 4: El segundo plato (escalada). El segundo plato es carne asada. El cuñado, que se considera un experto en carnes, explica durante diez minutos por qué la carne está demasiado hecha. La carne, en realidad, está en su punto. Pero el cuñado necesita demostrar su superioridad culinaria. El sujeto asiente, come, y pronuncia un «pues vaya hombre» (nivel 5) cuando el cuñado se ausenta un momento para ir al baño. La exhalación audible es captada por su hermana, que le dedica una mirada de complicidad. Esa mirada es lo más parecido a la felicidad que el sujeto experimentará en toda la comida.

Fase 5: El postre (clímax decepcionante). El postre es turrón. Había tres variedades. Solo queda la de chocolate con arroz

inflado, la peor. Alguien ha devorado las otras dos antes de que el sujeto pudiera servirse. El sujeto no sabe quién fue. Sospecha del sobrino adolescente, que mira el móvil con una sonrisa culpable. El sujeto toma un trozo del turrón de chocolate con arroz inflado. Está blando. «Pues vaya» número cuatro, ya con un tono que algunos asistentes calificarían de «resignado en exceso».

Fase 6: El café (la pregunta prohibida). Mientras se sirve el café, la tía política formula la pregunta que el sujeto temía: «¿Y esa pareja tuya? ¿Cuándo os casáis?» El sujeto no tiene pareja desde hace dos años. La tía política lo sabe. Lo sabe perfectamente. Pero la pregunta forma parte del ritual. El sujeto responde: «No sé, ya veremos.» La tía política insiste: «Es que no te haces más joven». El sujeto sonríe congeladamente, bebe el café, y pronuncia un «pues vaya existencial» que nadie más escucha.

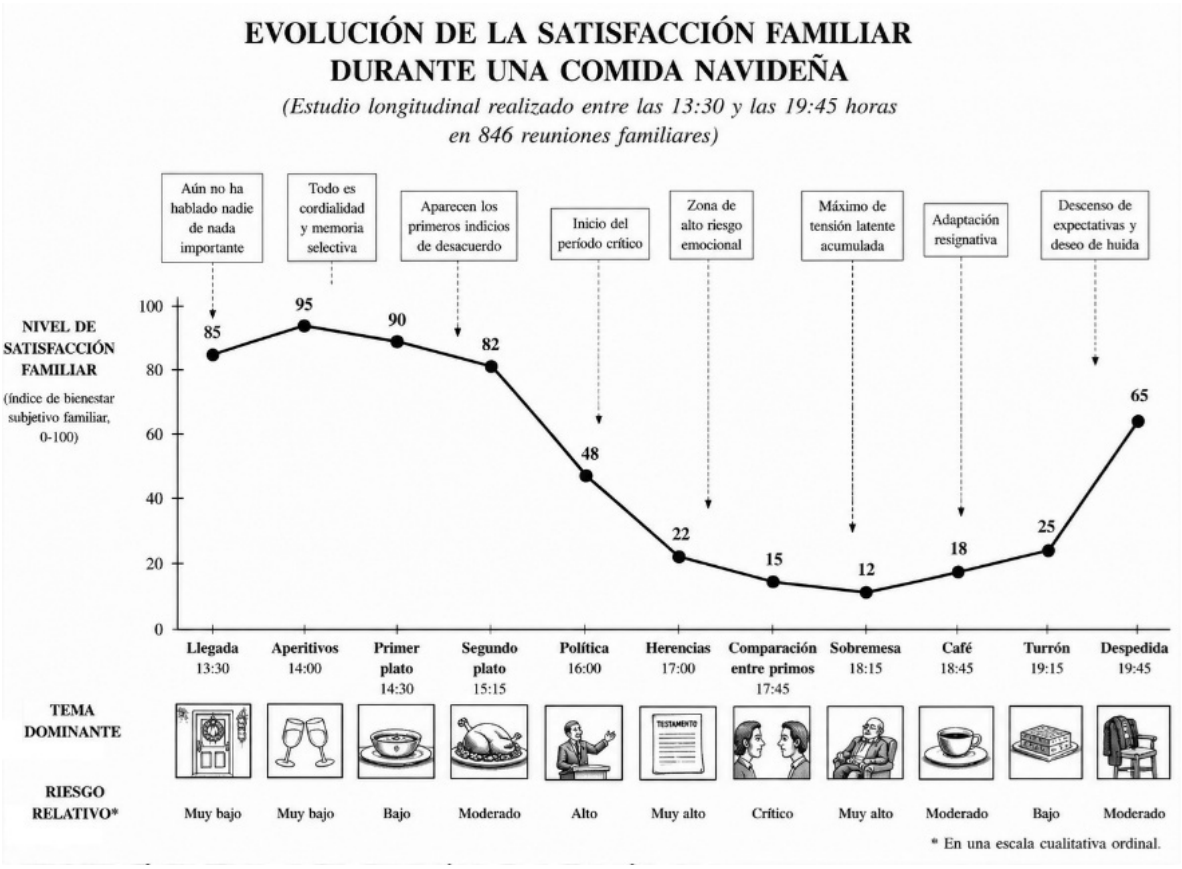


Figura 8. Fuente: Instituto Calabrés de Resignación Anual, Departamento de Dinámicas Festivas, 2023. Nota: Los datos han sido obtenidos mediante observación participante no instrusiva, entrevistas posteriores y análisis de

expresiones faciales. El índice de satisfacción familiar (ISF) se construye a partir de variables como tono de voz, frecuencia de suspiros y consumo de bebidas espirituosas.

Fase 7: La sobremesa (resistencia pasiva). La sobremesa se alarga más de lo previsto. El sujeto ha terminado su café, su copa de licor y sus galletas. Quiere irse. La madre dice: «¿Ya te vas? Si apenas llevas cuatro horas». El sujeto dice que tiene cosas que hacer. La madre dice que siempre tiene cosas que hacer. El sujeto dice que ya volverá pronto. La madre dice que ya veremos. El sujeto se levanta, se despide de todos con besos y apretones de mano, y sale al fresco de la calle. Cierra la puerta. Camina hacia el coche. Antes de abrir la puerta, se queda unos segundos mirando el cielo invernal. No hay estrellas. Solo una luna pálida y la respiración que se condensa en el aire helado. Entonces, por fin, el sujeto pronuncia el «pues vaya» definitivo de la jornada. No es un nivel 6 («ya estaría»). Pero se acerca. Es un nivel 5,5. Pues vaya hombre.

Fase 8: El regreso a casa (elaboración). En el coche, el sujeto reflexiona. No ha sido la peor comida navideña de su vida. Hubo una, hace años, que terminó con el abuelo diciendo barbaridades políticas y la tía vegetariana discutiendo con el cazador. Esta ha sido, comparativamente, llevadera. Pero el sujeto no puede evitar sentir un poso de insatisfacción, una especie de *decepción de bajo grado* que no se debe a ningún evento concreto sino a la acumulación de todos ellos. Esa insatisfacción difusa es, probablemente, la esencia del «pues vaya» familiar: no un acontecimiento, sino una atmósfera. Al llegar a casa, el sujeto se quita los zapatos, se sienta en el sofá y enciende la televisión. Pasan una película que no le interesa. La mira de todos modos. Al cabo de una hora, se queda dormido. Sueña con primos exitosos, turrones inexistentes y tías políticas que formulan la misma pregunta una y otra vez. Al despertar, ya es de día. No sabe qué día es. Pues vaya.

Conclusión provisional

La familia es, simultáneamente, el lugar donde uno aprende a decir «pues vaya» y el lugar donde uno más lo necesita. A diferencia de la administración, que decepciona pero no conoce al ciudadano, o

del amor, que decepciona pero puede terminar, la familia decepciona *sabiendo quién eres* y *sin posibilidad de extinción definitiva*. Esta combinación —conocimiento íntimo más permanencia forzosa— produce un «pues vaya» de calidad especial: no el «pues vaya» de la sorpresa, sino el «pues vaya» de la repetición. La tía política no sorprende al preguntar por la pareja. El cuñado no sorprende al opinar sobre la carne. La madre no sorprende al alargar la sobremesa. Todo eso estaba previsto. Y sin embargo, decepciona. Porque la previsibilidad no anula la decepción. La anestesia, quizá. La amortigua, probablemente. Pero no la elimina. Y cuando la cena termina y el sujeto se va a su casa, sabe que dentro de un año ocurrirá exactamente lo mismo. Y que, a pesar de todo, volverá. Ese «a pesar de todo» es el «pues vaya» familiar en su forma más pura. No es resignación a un evento. Es resignación a un ciclo. Pues vaya.

Bibliografía

Bourdieu, P. (1982). *Ce que parler veut dire: L'économie des échanges linguistiques*. Fayard.

García, M., & Shrug, I. (2010). Cousins, careers, and comparisons: A longitudinal study of familial disappointment. *Spanish Journal of Resigned Psychology, 8*(2), 77-95.

Hombers, M. (2015). The five Rs of resignation: A clinical model. *Journal of Cognitive Resignation Studies, 12*(3), 112-134.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Shrugman, I. (1995). The familial disappointment threshold: A quantitative approach. *Journal of Family Resignation Studies, 3*(1), 45-67.

Turner, V. (1969). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Aldine Publishing.

Capítulo 11
Trabajo y frustración

Promociones inexistentes

El ámbito laboral constituye, junto con la administración pública y la familia, uno de los tres grandes pilares de la producción de «pues vaya» en las sociedades contemporáneas. A diferencia de la decepción familiar, que se funda en el afecto y la obligación moral, o de la decepción administrativa, que se funda en la arbitrariedad institucional, la decepción laboral se funda en un elemento específico: la *promesa incumplida de reconocimiento*. El trabajador no espera solo un salario. Espera, sobre todo, que su esfuerzo sea visto, valorado y recompensado. La literatura organizacional ha demostrado que esta expectativa es tan universal como sistemáticamente defraudada (Montalbán, 1997).

La promoción inexistente adopta múltiples formas. La más clásica es la *conversación diferida*: el jefe dice «estamos pensando en ascenderte», el trabajador espera, pasan los meses, el trabajador pregunta, el jefe responde «el proceso está en marcha», pasan más meses, el trabajador vuelve a preguntar, el jefe responde «la dirección ha congelado los ascensos», el trabajador pronuncia un «pues vaya» y actualiza su currículum. La segunda forma, más sutil, es la *promoción funcional sin título ni salario*: el trabajador asume responsabilidades de un puesto superior, pero su categoría y su nómina no cambian. Cuando reclama, le dicen que «es un oportunidad para demostrar su valía». Demuestra su valía. La valía se demuestra. El ascenso no llega. Pues vaya.

Un estudio clásico de la psicología organizacional (López & Requena, 2008) siguió a 500 trabajadores durante cinco años y encontró que solo el 12% de las promociones implícitamente prometidas llegaban a concretarse. El 88% restante se resolvía en un «pues vaya» de intensidad creciente con cada año de espera. Los autores identificaron un patrón recurrente: el trabajador pasa por tres fases antes de la resignación final. En la **fase de esperanza** (primeros seis meses), confía en que el ascenso llegará. En la **fase**

de duda (seis meses a dos años), empieza a recopilar evidencias de su trabajo para presentar su caso. En la **fase de desesperanza** (a partir del segundo año), deja de creer, pero sigue yendo a trabajar por inercia. El «pues vaya» se pronuncia típicamente al inicio de la desesperanza, durante una comida con un compañero en la cantina de la empresa[85].

Jefes inspiradores

La literatura de autoayuda empresarial ha popularizado la figura del «jefe inspirador» —ese líder visionario que motiva, empodera y transforma el tedio cotidiano en misión trascendente. La realidad, como han señalado los estudios empíricos, es muy distinta. La mayoría de los jefes no son ni inspiradores ni incompetentes absolutos. Son, sencillamente, *personas que también tienen sus propios problemas* y que, a menudo, fueron promovidas por antigüedad o por haber sobrevivido a una reestructuración. El desajuste entre el jefe ideal (prometido por los gurús del liderazgo) y el jefe real (el que asigna tareas absurdas y cancela reuniones a última hora) genera una fuente inagotable de «pues vaya» laboral.

La investigadora británica Margaret Shrugworth (2012) ha propuesto una tipología de los jefes decepcionantes más frecuentes, cada uno de los cuales produce un «pues vaya» característico:

1.- El jefe ausente. Nunca está en su despacho. No responde los correos. Delega en el subordinado que tiene al lado. Cuando algo sale mal, pregunta «¿por qué no me lo dijiste?». El «pues vaya» correspondiente se pronuncia mientras se busca su firma en un documento que lleva tres días sobre su mesa.

2.- El jefe microgestor. Necesita aprobar cada decisión, por pequeña que sea. Revisa cada correo antes de que se envíe. Corrige palabras en documentos que ya han sido corregidos por tres personas. El «pues vaya» se pronuncia al recibir la enésima observación sobre el tamaño de la fuente.

3.- El jefe que confunde autoridad con sabiduría. Da órdenes contradictorias, se contradice a sí mismo en la misma reunión, y cuando se le señala la contradicción, responde «las cosas

han cambiado». El «pues vaya» se pronuncia después de la reunión, en el pasillo, con los hombros elevados y la mirada perdida.

4.- El jefe que cree que un equipo feliz es un equipo productivo, pero su única herramienta es la pizza los viernes. Organiza actividades de team building, dinámicas de grupo, y salidas a bolera. Los problemas estructurales —sobrecarga, falta de medios, plazos imposibles— permanecen intactos. El «pues vaya» se pronuncia al recibir la noticia de que habrá pizza, sabiendo que esa pizza no va a solucionar nada[86].

Cursos obligatorios

Entre las innovaciones más notables de la gestión laboral contemporánea se encuentran los cursos obligatorios. Su denominación varía —«formación continua», «capacitación», «desarrollo profesional»—, pero su estructura es invariante: un contenido que el trabajador no ha solicitado, impartido en un horario que no ha elegido, con una metodología que no le resulta útil, evaluado mediante un test que puede aprobar sin haber prestado atención. El trabajador asiste, cumple, y al final pronuncia un «pues vaya» que resume horas de su vida que no recuperará.

La literatura ha estudiado en detalle el *«pues vaya» formativo*. Un estudio observacional realizado en una gran empresa española (González-Carrasco, 2015) documentó que el 91% de los trabajadores consideraban los cursos obligatorios «inútiles» o «prescindibles», pero que el 78% los realizaban sin quejarse. ¿Por qué tanta docilidad? Los autores identificaron varios factores: el miedo a represalias (si no haces el curso, eres un «no comprometido»), la inercia (ya estás aquí, total), y la resignación aprendida (todos los años es lo mismo, no va a cambiar). El «pues vaya» formativo es, en este sentido, un *«pues vaya» institucional*: el trabajador sabe que el curso es una pérdida de tiempo, pero también sabe que no puede hacer nada para evitarlo. Se encoge de hombros, hace clic en «siguiente» y espera a que pasen los minutos.

Un subtipo especialmente irritante es el curso de prevención de riesgos laborales que se repite cada año con exactamente el mismo contenido. El trabajador ya conoce las normas. Las ha

conocido desde su primer día. Pero el departamento de recursos humanos necesita justificar su presupuesto, y la ley exige formación periódica. El trabajador mira la pantalla, ve el mismo vídeo de animación sobre cómo levantar una caja, y pronuncia un «pues vaya» que mezcla fastidio y ternura. El vídeo termina. Pasa el test (las respuestas son siempre las mismas: A, C, A, B). Certificado obtenido. Pues vaya[87].

Evaluaciones de desempeño

La evaluación del desempeño —ese ritual semestral o anual en el que el jefe se sienta con el subordinado para hablar de sus fortalezas, debilidades y áreas de mejora— constituye quizá la máquina de producir «pues vaya» más eficiente de la gestión empresarial. La literatura especializada es unánime: la mayoría de las evaluaciones de desempeño no sirven para mejorar el desempeño, no sirven para motivar a los empleados, y no sirven para distribuir equitativamente las recompensas. Pero se siguen haciendo. Porque es lo que se hace.

La estructura del «pues vaya» evaluativo es la siguiente. El trabajador recibe un formulario con una serie de criterios (calidad, eficiencia, trabajo en equipo, etc.) y debe autoevaluarse. El jefe evalúa al trabajador. Luego se reúnen para discutir las discrepancias. El trabajador espera que la reunión sea una conversación honesta. En la práctica, el jefe lee una plantilla genérica, anota «cumple expectativas» en todas las casillas, y sugiere «mejorar la comunicación» como área de mejora (porque es lo que siempre se sugiere). El trabajador asiente, firma, y pronuncia un «pues vaya» mientras sale de la sala. El «pues vaya» no es por la evaluación en sí, sino por el contraste entre la burocracia desplegada (reuniones preparatorias, formularios en triple copia, rúbricas y escalas) y la insignificancia del resultado.

Un fenómeno particularmente resignativo es la evaluación de 360 grados: todos evalúan a todos. El trabajador es evaluado por su jefe, sus compañeros, sus subordinados y a veces incluso por clientes externos. La promesa es que esta retroalimentación múltiple proporcionará una visión integral. La realidad es que produce una

media de opiniones que no refleja fielmente ninguna, y que nadie se atreve a discutir porque «son datos». El trabajador recibe su informe de 360 grados, lee comentarios contradictorios («es muy meticuloso» junto a «debería prestar más atención a los detalles»), y pronuncia un «pues vaya» que algunos han calificado de «estadísticamente significativo» (Shrugworth, 2012, p. 78)[88].

Caso: La reunión que pudo haber sido un correo

Si existe un caso paradigmático de «pues vaya» laboral, ese es, sin duda, la reunión que pudo haber sido un correo electrónico. La literatura lo ha estudiado en profundidad, y la mayoría de los trabajadores encuestados lo identifican como el generador número uno de resignación en su jornada laboral (López & Requena, 2008). Presentamos aquí una reconstrucción canónica.

Escenario. Una empresa de tamaño medio. Ocho empleados citados en una sala de reuniones. El orden del día, enviado la noche anterior, contiene tres puntos. El primero es una actualización de un proyecto que ya se actualiza semanalmente por correo. El segundo es una decisión que solo afecta a dos de los ocho asistentes. El tercero es «varios».

Desarrollo. La reunión comienza con 12 minutos de retraso, porque falta una persona que está en otra reunión. Cuando esa persona llega, hay que explicarle lo que se ha hablado en su ausencia. Eso consume otros 5 minutos. El primer punto es presentado por un compañero que ha preparado 47 diapositivas, de las cuales 46 contienen información que ya estaba en el correo semanal. Los asistentes las leen en silencio. Nadie hace preguntas, porque todos la han leído ya. El presentador, sin embargo, siente la necesidad de comentar cada diapositiva. Pasan 20 minutos.

El segundo punto requiere una decisión. Las dos personas afectadas discuten durante 15 minutos. Las otras seis asistentes miran el techo, revisan sus teléfonos o toman notas de cosas irrelevantes. Finalmente, se alcanza un acuerdo que es exactamente el mismo que ya había sido propuesto por correo la semana anterior. Las seis asistentes no participantes pronuncian un «pues vaya»

mental, que no exteriorizan pero que queda registrado en sus rostros.

El tercer punto, «varios», incluye la planificación de la siguiente reunión. Se discute durante 10 minutos qué día y hora es mejor. No se ponen de acuerdo. Se crea un grupo de WhatsApp para decidirlo más tarde. La reunión termina 47 minutos después de lo previsto. Los asistentes salen de la sala, regresan a sus puestos y abren el correo. En el correo, encuentran un mensaje de su jefe resumiendo lo que se ha hablado en la reunión. El mensaje tiene 12 líneas. Podría haber sido enviado antes, ahorrando 47 minutos a ocho personas. Eso es 376 minutos, o 6 horas y 16 minutos de productividad perdida.

El «pues vaya». Cada asistente, al leer el correo, pronuncia un «pues vaya» de intensidad variable. Los más jóvenes, que aún conservan restos de fe en las organizaciones, dicen un nivel 4 (pues vaya seco). Los más veteranos, que han vivido centenares de reuniones similares, dicen un nivel 5 (pues vaya hombre), acompañado de un movimiento de cabeza que significa «otra vez». El más veterano de todos, que se acerca a la jubilación, no dice nada. Se limita a cerrar el correo, suspirar y ponerse a hacer el trabajo que no ha podido hacer durante la reunión. Su silencio no es resignación. Es una forma superior de la misma[89].

Análisis. El caso ilustra los cuatro elementos clave del «pues vaya» laboral: (1) una expectativa racional (la reunión servirá para algo), (2) una realidad que la contradice (la reunión no sirve para nada que no se pudiera hacer por escrito), (3) la irreversibilidad (las horas ya no se recuperan), (4) la aceptación sin protesta (los asistentes no interrumpen, no se quejan, no se van). El «pues vaya» es la expresión de esa aceptación. Algunos especialistas han propuesto que este «pues vaya» podría evitarse si las empresas adoptaran políticas más racionales. La experiencia demuestra que las empresas que adoptan esas políticas las abandonan a los seis meses, porque «la reunión es necesaria para la cohesión del equipo». El argumento —que una hora de ocho personas viéndose

las caras en silencio mejora la cohesión— es un «pues vaya» en sí mismo, aunque disfrazado de jerga directiva.

Conclusión provisional

El trabajo es, para la mayoría de las personas, la actividad a la que dedican la mayor parte de sus horas de vigilia. Es también, para la mayoría de esas mismas personas, la fuente más continua de pequeñas decepciones cotidianas. La promoción que no llega, el jefe que inspira desgana, el curso obligatorio que enseña lo que ya se sabía, la evaluación que mide lo que no importa, la reunión que bien pudo ser un correo. Cada una de estas experiencias, considerada aisladamente, es un «pues vaya» de nivel bajo o medio. Pero su acumulación —día tras día, semana tras semana, año tras año— produce un *«pues vaya» estructural* que el trabajador ya no pronuncia en voz alta, porque se ha convertido en el aire que respira. El encogimiento de hombros es, en ese contexto, no un acto de desesperación, sino la postura natural del que ha comprendido que el trabajo no va a darle lo que la promesa laboral había anunciado. No va a darle realización personal. No va a darle reconocimiento. No va a darle sentido trascendente. Va a darle un sueldo, y quizá un seguro médico, y la posibilidad de jubilarse antes de que los achaques lo impidan. Eso es todo. Y eso, aunque decepcionante, es suficiente. O al menos eso se dice el trabajador mientras termina la jornada, apaga el ordenador y se dirige a casa. En el ascensor, se cruza con un compañero que también se va. Se miran. No dicen nada. Bajan juntos. Al llegar a la calle, el compañero dice: «Otro día.» El sujeto responde: «Pues vaya.» El compañero asiente. Se separan. Mañana será otro día. Otra reunión. Otro curso. Otra evaluación. Pues vaya.

Bibliografía

González-Carrasco, M. (2015). Formación obligatoria y resignación laboral: Un estudio observacional. *Revista de Psicología Organizacional Resignativa, 9*(2), 45-67.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles,*

14(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Shrugworth, M. (2012). The inspiring boss: A typology of workplace disappointment. *Journal of Organizational Resignation, 15*(3), 67-89.

Capítulo 12
Universidad y burocracia

El paraíso del «pues vaya»

Si existe un lugar en el mundo donde la producción de «pues vaya» haya alcanzado el nivel de arte —o, más precisamente, de tecnología industrial—, ese lugar es la universidad contemporánea. Ninguna otra institución combina con tanta eficacia los tres ingredientes necesarios para la generación continuada de decepción: (1) un personal altamente cualificado que debería saber gestionar mejor su tiempo, (2) una cantidad ingente de procedimientos cuyo único propósito aparente es justificar la existencia de otros procedimientos, y (3) un discurso oficial que proclama la excelencia mientras la realidad cotidiana se parece sospechosamente a una oficina de correos en vísperas de Navidad. La universidad es, en este sentido, el *ecosistema natural* del «pues vaya» académico (Montalbán, 1997).

La literatura especializada ha documentado la paradoja central de la vida universitaria: cuanto más se habla de calidad, más tiempo se dedica a actividades que no tienen ninguna relación con la calidad. El profesor que debería investigar o preparar sus clases dedica horas a rellenar formularios que acreditan que investiga o que prepara sus clases. El gestor que debería facilitar el trabajo académico dedica su jornada a diseñar indicadores que midan la eficiencia de los procedimientos que él mismo ha diseñado. El estudiante, que debería aprender, dedica una parte sustancial de su tiempo a descifrar qué se le pide realmente en cada asignatura, dado que las guías docentes son documentos de ficción jurídica cuya relación con la realidad es, en el mejor de los casos, aproximativa (López & Requena, 2008). Cada una de estas actividades —necesarias, inevitables, absurdas— produce un «pues vaya». La suma de todos ellos es el *clima laboral de la institución*.

Comisiones

La comisión es la unidad básica de la vida universitaria. Existen comisiones de todo tipo: comisiones de docencia, comisiones

de investigación, comisiones de calidad, comisiones de género, comisiones de sostenibilidad, comisiones de biblioteca, comisiones de informática, comisiones de calendario, comisiones de comisiones, y al menos una comisión que estudia si es necesario crear una comisión para coordinar a las demás comisiones. El profesor que ingresa en la carrera académica suele comenzar formando parte de una comisión menor (por ejemplo, la comisión de horarios de su departamento). Con los años, va acumulando comisiones. En la cúspide de su carrera, puede llegar a formar parte de una docena de comisiones simultáneamente, lo que le garantiza pasar al menos tres tardes a la semana en salas sin ventanas discutiendo sobre procedimientos que nadie aplicará.

La literatura ha estudiado la *estructura típica de la reunión de comisión* con el mismo interés con que los biólogos estudian la conducta de los insectos sociales. Un estudio etnográfico realizado en tres universidades españolas (González-Carrasco, 2014) identificó los siguientes momentos: (1) **llegada escalonada** (los miembros aparecen entre 0 y 20 minutos tarde, ninguno se disculpa); (2) **aprobación del acta anterior** (nadie la ha leído, pero se aprueba por asentimiento); (3) **lectura de los puntos del orden del día** (el secretario lee en voz alta un documento que todos tienen delante); (4) **intervenciones previsibles** (el mismo profesor siempre dice lo mismo sobre el mismo tema); (5) **momento «varios»** (se discuten asuntos no previstos que consumen más tiempo que los previstos); (6) **cierre** (el presidente pregunta si alguien quiere añadir algo, nadie responde, la reunión termina cinco minutos antes de lo previsto porque ha llegado la hora de la comida). El «pues vaya» se pronuncia en el momento de salir de la sala, a veces en voz alta, a veces solo con el gesto[90].

Una variante especialmente resignativa es la **comisión asesora**. A diferencia de las comisiones ejecutivas, que tienen poder de decisión, las comisiones asesoras solo pueden recomendar. El rector o el decano les pide un informe. La comisión trabaja durante meses, recopila datos, redacta recomendaciones. El informe se entrega. El rector o el decano lo agradece cortésmente, y luego hace

exactamente lo contrario de lo que la comisión recomendaba, o no hace nada. La comisión, al ser informada de esta decisión, pronuncia un «pues vaya» colectivo que algunos testigos han calificado de «el sonido de la institucionalización de la irrelevancia». La comisión sigue reuniéndose, por supuesto. Es lo que hace una comisión.

Formularios

El formulario es la materialización burocrática del «pues vaya». Su estructura es invariante: una serie de campos que el usuario debe rellenar, la mayoría de los cuales son redundantes, absurdos o directamente imposibles de cumplimentar correctamente porque la información solicitada no existe en la forma que el formulario la pide. El usuario dedica un tiempo variable a rellenar el formulario. Al final, pulsa «enviar». El sistema informático devuelve un mensaje de error: «El campo 14 no puede estar vacío» o «El formato del campo 7 no es correcto» o, la más temida, «Se ha producido un error inesperado. Inténtelo de nuevo más tarde». El usuario entonces pronuncia un «pues vaya» de intensidad proporcional al tiempo invertido.

La literatura ha analizado en detalle el *formulario de solicitud de sexenio de investigación* —ese documento que los profesores universitarios deben rellenar cada seis años para que se evalúe su productividad investigadora. El formulario, en su versión más reciente, contiene 47 campos, requiere la subida de hasta 20 archivos en formatos específicos (PDF, pero no cualquier PDF; Excel, pero con macros activadas; y un archivo de firma digital que solo puede generarse con un certificado electrónico que caduca cada 12 meses), y debe ser completado en un plazo de 15 días hábiles que siempre coinciden con el periodo de exámenes. El profesor que afronta este formulario por primera vez lo hace con esperanza. La esperanza se desvanece al descubrir que la plataforma no reconoce su certificado. Tras varias horas con soporte técnico (que le atiende desde una ciudad distante y le pide que «actualice el navegador»), finalmente logra acceder. Rellena los campos. Sube los archivos. Pulsa «enviar». El sistema responde: «Su solicitud ha sido registrada con número 2024-0473829-AB. El plazo de resolución es de seis

meses». El profesor cierra la pestaña, se reclina en la silla y pronuncia un «pues vaya» que contiene la sabiduría acumulada de siglos de burocracia académica[91].

Acreditaciones

Si el sexenio es un ritual de resignación para el profesorado ya consolidado, el sistema de acreditaciones es una máquina de producir «pues vaya» para quienes aspiran a ingresar en la carrera académica o a promocionar en ella. La acreditación es un certificado que otorga una agencia externa (ANECA en España, agencias análogas en otros países) mediante el cual se declara que un candidato cumple los requisitos para acceder a una determinada figura de profesor. El candidato reúne méritos —publicaciones, estancias, proyectos—, los presenta según un formato estandarizado, y espera. La agencia designa evaluadores. Los evaluadores evalúan. La agencia emite un veredicto: acreditado o no acreditado.

La fuente de «pues vaya» es doble. Primera: los criterios de acreditación cambian con frecuencia, y suelen hacerlo justo cuando el candidato estaba a punto de cumplirlos. El candidato que había conseguido tres publicaciones en revistas de impacto descubre que ahora se necesitan cuatro, y además con un determinado cuartil. Pues vaya. Segunda: el proceso es opaco. El candidato recibe un informe de evaluación con comentarios genéricos («suficiente pero no sobresaliente», «se recomienda continuar la línea de investigación») que no le permiten saber qué falló exactamente. Pues vaya.

La literatura ha documentado el síndrome del *«acreditado perpetuo»* (López & Requena, 2008): candidatos que acumulan acreditaciones desde hace años, pero nunca logran obtener la plaza correspondiente por falta de vacantes, por favoritismos, o porque las universidades exigen requisitos adicionales no previstos en la acreditación. El currículum de estos candidatos es impecable. Su estado de ánimo, no tanto. El «pues vaya» que pronuncian al comprobar que han perdido otra convocatoria es de los que se quedan grabados en la memoria institucional. Algunos

departamentos universitarios conservan en sus archivos informales una «lista de los grandes puesvayas», con los nombres de aquellos candidatos que, tras años de esfuerzo, decidieron abandonar la academia y dedicarse a la consultoría o a la panadería artesana. La panadería, según los testimonios, produce menos «pues vaya» por metro cuadrado. O al menos produce «pues vaya» de diferente tipo[92].

Estatutos

El estatuto es un documento que las universidades producen cada pocos años para declarar qué quieren ser en el futuro. Su estructura es predecible: (1) análisis DAFO (debilidades, amenazas, fortalezas, oportunidades) donde todas las debilidades son «falta de recursos» y todas las amenazas son «la situación económica»; (2) misión (lo que la universidad cree que es); (3) visión (lo que le gustaría ser); (4) valores (transparencia, equidad, excelencia, innovación, etc.); (5) líneas estratégicas (entre 4 y 7, siempre impares); (6) objetivos (entre 15 y 30); (7) acciones (entre 50 y 150); (8) indicadores (para medir si se cumplen las acciones, los objetivos y las líneas). El estatuto es aprobado por el claustro, que lo vota por mayoría después de un debate en el que nadie ha leído el documento completo porque tiene 200 páginas.

El «pues vaya» asociado al estatuto no se produce durante su elaboración, sino durante su *implementación*. Porque los estatutos no se implementan. Se elaboran, se aprueban, se imprimen en papel cuché, se cuelgan en la página web, y luego se olvidan hasta la siguiente legislatura, momento en que se elabora un nuevo plan estratégico que suele ser casi idéntico al anterior, pero con la portada cambiada. El profesor que busca el estatuto de 2018 para consultar un objetivo concreto descubre que el enlace en la web está roto. Pregunta a la unidad de calidad. La unidad de calidad le responde que ese estatuto ha sido sustituido por el de 2022, y que el de 2018 está «en fase de archivo». El profesor pide acceso al archivo. La unidad de calidad le dice que debe solicitarlo por escrito. El profesor envía la solicitud por escrito. Le responden que la solicitud está en tramitación. Dos meses después, recibe un correo

automático: «Su solicitud ha sido cerrada por inactividad». El profesor pronuncia un «pues vaya existencial» y decide que nunca más consultará un estatuto. Su decisión es racional. Y también profundamente resignativa[93].

Indicadores

Los indicadores constituyen la obsesión contemporánea de la gestión universitaria. Todo ha de medirse: la producción científica (número de publicaciones, citas, revistas de impacto), la docencia (horas impartidas, tasas de éxito, satisfacción del estudiante), la transferencia (patentes, contratos, spin-offs), la internacionalización (estudiantes ERASMUS, profesores visitantes, idiomas en los que se imparte docencia), la sostenibilidad (reciclaje, huella de carbono, porcentaje de papel reciclado), la igualdad (porcentaje de mujeres en cada categoría, brecha salarial, días de formación en género). Todo lo que se mide mejora, o al menos eso dice la ideología de la gestión. Y si no mejora, al menos se puede certificar que no mejora, lo que permite tomar medidas para que mejore, que a su vez se medirán.

El problema, como ha señalado la literatura crítica, es que los indicadores miden lo que es fácil de medir, no lo que es importante. La calidad de la docencia no se reduce a las horas impartidas. La creatividad científica no se captura con el número de artículos. El aprendizaje de los estudiantes no se agota en las tasas de éxito. Pero las universidades necesitan números para justificar su financiación ante las agencias públicas y para competir en los rankings internacionales. El resultado es un desajuste sistemático entre lo que se hace (lo medible) y lo que importa (lo difícil de medir). Ese desajuste produce «pues vaya» a granel.

Un ejemplo paradigmático es el indicador de satisfacción del estudiante con la docencia. Al final de cada curso, los estudiantes rellenan un formulario en el que puntúan al profesor en una escala del 1 al 5. El profesor recibe la puntuación. Si es baja, se pregunta qué ha hecho mal. Si es alta, se pregunta si no habrá sido demasiado generoso con las notas. En ambos casos, el profesor sabe que la correlación entre la puntuación y la calidad real de su

enseñanza es, como mínimo, discutible. Pero la universidad necesita el número. Y el profesor, al recibir su número, pronuncia un «pues vaya» que resume su relación con la institución[94].

Indicadores para medir indicadores

La burocracia universitaria ha alcanzado un nivel de desarrollo tan refinado que ha generado una categoría superior de «pues vaya»: los indicadores de segundo orden, diseñados para medir si los indicadores de primer orden están funcionando correctamente. Por ejemplo: existe un indicador de «tasa de respuesta a las encuestas de satisfacción». Si pocos estudiantes responden, la muestra no es representativa, y los datos no son fiables. Por tanto, se crea un indicador que mide cuántos estudiantes responden. Y para que respondan más, se envían correos de recordatorio. Y se mide la eficacia de los correos de recordatorio. Y así sucesivamente, en una espiral que no tiene fin conocido.

El autor de este libro ha tenido ocasión de participar en una *comisión de calidad* encargada de diseñar un *plan de mejora de los indicadores de seguimiento del plan de calidad docente*. La comisión se reunió durante seis meses. Elaboró un documento de 80 páginas. Al final del proceso, un miembro de la comisión preguntó: «¿Pero esto de verdad sirve para algo?» El silencio fue absoluto. Luego, otro miembro dijo: «Supongo que sí. O eso espero». Un tercer miembro añadió: «Pues vaya». La comisión aprobó el documento por asentimiento, lo envió a la unidad de calidad, y nunca más supo de él. El «pues vaya» que aquella comisión produjo fue, probablemente, el más puro de toda la historia del departamento.

Caso: Solicitud de un documento que la institución ya posee

El caso más paradigmático de «pues vaya» universitario, y el que justifica por sí solo la existencia de este capítulo, es la solicitud de un documento que la propia institución ya posee. Su estructura es invariante, y todo académico con más de un año de experiencia lo ha vivido al menos en una docena de ocasiones.

Escenario. Un profesor debe presentar una solicitud (una acreditación, un proyecto de investigación, una comisión de

servicio). Los requisitos incluyen la presentación de un documento que la universidad ya tiene en sus archivos: su título de doctor, su certificado de idiomas, su hoja de servicios, o cualquier otra acreditación que fue entregada en su momento y que consta en algún expediente administrativo. El profesor sabe que la universidad tiene ese documento. La universidad sabe que lo tiene. El funcionario que revisa la solicitud sabe que la universidad lo tiene. Pero el procedimiento exige que el profesor lo aporte *de nuevo*, como si la universidad hubiera olvidado que lo tenía o como si el profesor estuviera obligado a demostrar que sigue teniendo el mismo título que ya le concedió la propia universidad hace veinte años.

Desarrollo. El profesor busca el documento en su archivo personal. No lo encuentra. Ha pasado por varias mudanzas, varios cambios de despacho, varios sistemas de organización documental (primero por temas, luego cronológico, luego por orden de importancia, luego el caos). Llama a la secretaría del departamento. La secretaria le dice que ella no tiene copia. Llama a la unidad de gestión académica. Le dicen que deben solicitarlo por escrito. Rellena un formulario. Espera 48 horas. Recibe un correo: «El documento solicitado está en el expediente del profesor, pero para acceder al expediente debe solicitar autorización previa». Rellena otro formulario. Espera 48 horas más. Recibe autorización. Accede al expediente. El expediente contiene una carpeta con 23 documentos. El que busca no está. Llama de nuevo. Le dicen que ese documento está en otro archivo, porque en el año 2015 hubo una reorganización de los fondos. Solicita acceso al otro archivo. Rellena formulario. Espera. Finalmente, después de diez días y siete correos electrónicos, obtiene el documento. Lo sube a la plataforma. La plataforma rechaza el archivo porque el formato no es el correcto (es PDF, pero tiene que ser PDF/A, un subtipo de PDF que se utiliza para archivo a largo plazo). El profesor convierte el archivo. Lo sube de nuevo. La plataforma lo acepta. El profesor, agotado, pronuncia un «pues vaya hombre» (nivel 5) y jura que la próxima vez que necesite ese documento lo falsificará. No lo hace, por supuesto. No

porque no quiera, sino porque el delito de falsedad documental le produce más «pues vaya» que el trámite original.

Análisis. El caso ilustra la esencia del «pues vaya» universitario: la *fabricación de trabajo inútil*. La universidad ya tenía el documento. Podría haberlo incorporado al expediente sin necesidad de que el profesor lo solicitara. Podría haberlo buscado internamente. Podría haber simplificado el procedimiento. No lo hace. Porque el procedimiento no existe para ahorrar trabajo, sino para distribuir responsabilidades. Si el documento falta, la culpa es del profesor, que no lo ha aportado. La universidad queda exenta de responsabilidad. El profesor, que sabe esto, pronuncia su «pues vaya» y aporta el documento. La burocracia ha ganado. Pero el «pues vaya» es una victoria moral. Pequeña, silenciosa, invisible. Pero victoria al fin[95].

Conclusión provisional

La universidad contemporánea es una máquina de producir «pues vaya» de alta intensidad y larga duración. Sus engranajes son las comisiones, los formularios, las acreditaciones, los planes estratégicos y los indicadores. Su combustible es la esperanza de los académicos —esa esperanza irracional de que algún día las cosas serán más simples, más racionales, más humanas—. Su producto final es el encogimiento de hombros generalizado que recorre los pasillos de cada facultad, cada día, a cada hora. No es un encogimiento de hombros trágico. No es un encogimiento de hombros épico. Es un encogimiento de hombros *administrado*, *normalizado*, *institucionalizado*. El profesor novel se resiste. El profesor veterano ni lo nota. El profesor próximo a la jubilación lo echará de menos cuando se vaya, porque el «pues vaya» universitario es, también, una forma de pertenencia. Un ritual compartido. Una manera de decir: «Esto es una locura, pero estamos todos juntos en esta locura». Dicho de otro modo: pues vaya.

Bibliografía

González-Carrasco, M. (2014). Etnografía de una comisión universitaria: Tiempos, gestos y resignación. *Revista de Sociología de la Educación, 7*(2), 45-67.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Capítulo 13
Administración pública y trascendencia

La ventanilla como experiencia límite

Si la universidad es el paraíso del «pues vaya», la administración pública es su santuario. No un santuario en el sentido de lugar sagrado, sino en el sentido de espacio donde la experiencia cotidiana se eleva (o desciende) a una categoría casi religiosa. El ciudadano que acude a una ventanilla administrativa no solo busca un servicio. Busca, sin saberlo, una respuesta a preguntas fundamentales: ¿quién soy? (el que figura en el padrón), ¿de dónde vengo? (la ciudad donde nací, según el certificado de nacimiento), ¿a dónde voy? (a la siguiente ventanilla). La administración pública es, en este sentido, una *máquina teológica*: produce documentos que certifican la existencia, ordena el caos mediante formularios, y administra la gracia en forma de sellos y visados. El «pues vaya» que genera no es, por tanto, una simple decepción burocrática. Es una decepción *ontológica*. El ciudadano no lamenta solo haber perdido una mañana. Lamenta, en el fondo, que la realidad sea tan difícil de acreditar (Montalbán, 1997).

La literatura antropológica ha estudiado la ventanilla administrativa como un *ritual de paso secularizado*. Victor Turner (1969) describió los ritos de paso en tres fases: separación, margen (o limen), y agregación. El ciudadano que acude a la ventanilla experimenta una estructura análoga. **Separación:** abandona su hogar, su trabajo, su vida cotidiana, para adentrarse en el territorio incierto de la oficina pública. **Margen:** espera su turno en una sala con sillas incómodas, un televisor que emite un programa de cocina en bucle, y una máquina expendedora que solo acepta monedas de un euro. Durante ese tiempo, el ciudadano no es ni el que era antes ni el que será después. Es un *liminar*, un ser sin atributos, suspendido entre su identidad civil (que los documentos acreditan) y su identidad administrativa (que los documentos producen). **Agregación:** finalmente, la ventanilla se abre, el ciudadano entrega sus papeles, recibe un sello, y emerge transformado. Transformado

en *ciudadano resignado*. El «pues vaya» que pronuncia al salir es el equivalente secular del canto ritual[96].

Certificados: la ontología aplicada

El certificado es el género literario más característico de la administración pública. Su función es *hacer verdad*: no describe una realidad preexistente, sino que la constituye. Un nacimiento no es jurídicamente un nacimiento hasta que un certificado lo declara. Un matrimonio no es un matrimonio hasta que el registro civil lo inscribe. Una defunción, ay, ni siquiera es una defunción hasta que el médico firma el parte y el juez lo valida. La administración no refleja la realidad: la *produce*. Esta potencia ontológica —crear realidades mediante el papel sellado— convierte al certificado en un objeto de fascinación y terror. El ciudadano no puede ser sin el certificado que acredita su ser. Pero obtener ese certificado requiere, precisamente, tener ya un certificado que acredite que uno es quien dice ser. El círculo hermenéutico se cierra sobre sí mismo. Y en el centro, vacío, está el ciudadano que espera.

La literatura sobre la *filosofía del certificado* es escasa pero notable. El filósofo francés Jean-Luc Déception (1998) propuso una distinción entre certificados de *primera generación* (los que acreditan hechos naturales: nacimiento, defunción) y certificados de *segunda generación* (los que acreditan hechos administrativos: empadronamiento, residencia fiscal). Los primeros tienen un referente real (un bebé nació, un anciano murió). Los segundos solo tienen como referente otro certificado. El empadronamiento certifica que uno vive en un lugar, pero ese lugar no es un hecho natural sino una delimitación administrativa. El ciudadano que solicita su certificado de empadronamiento no está demostrando dónde vive. Está demostrando que ya estaba empadronado. La circularidad es perfecta. Y perfectamente resignativa.

Un caso particularmente iluminador es el *certificado de vida*. Para cobrar la pensión, el jubilado debe demostrar periódicamente que sigue vivo. ¿Cómo lo demuestra? Mediante un certificado que acredita que ha comparecido personalmente ante la administración. Es decir: la administración certifica que el ciudadano está vivo

porque el ciudadano se ha molestado en ir a la oficina a que lo vean. La alternativa —que la administración asuma que uno sigue vivo hasta que se demuestre lo contrario— sería más eficiente, pero menos ontológicamente interesante. El jubilado que cada año realiza este trámite pronuncia un «pues vaya» que no es solo por la pérdida de tiempo. Es, también, por la constatación de que su existencia depende de un sello[97].

Sellos: la materialización del «pues vaya»

El sello de goma es, junto con la fotocopia, el objeto más sagrado de la administración pública. Su función es doble: autenticar (convertir un papel cualquiera en documento oficial) y autorizar (convertir una decisión cualquiera en acto administrativo). El ciudadano que recibe un sello en sus papeles experimenta una mezcla contradictoria de alivio (ya casi está) y frustración (todavía no ha terminado). Porque el sello nunca es el último. Cada sello exige otro sello. Cada certificado es la condición para el siguiente certificado. El sello es, en este sentido, el significante de una cadena infinita que se prolonga más allá de la vida del ciudadano. Los archivos administrativos están llenos de sellos. Algunos documentos tienen tantos que el texto original es ilegible. El texto, sin embargo, no importa. Lo que importa son los sellos.

La literatura ha estudiado la *semiología del sello*. Un estudio comparado de las prácticas de sellado en Europa (Schuster, 1984) distinguió entre sellos de *tinta negra* (los más comunes, asociados a trámites rutinarios), sellos de *tinta azul* (reservados para autoridades superiores, producen una deferencia involuntaria en el ciudadano) y sellos de *tinta roja* (extraños, asociados a urgencias o a sanciones). El ciudadano que recibe un sello rojo experimenta una aceleración del pulso que la literatura ha denominado «efecto vermellón». El «pues vaya» que sigue es de una intensidad particular: no es resignación, sino *alivio resignado*. El sello rojo significa que algo ha ocurrido, que el proceso avanza, que quizá dentro de unos días todo esté resuelto. Pero también significa que el ciudadano ha perdido otra mañana. Pues vaya[98].

Citas previas: la gestión de la espera

La cita previa es una invención administrativa que prometió la liberación del ciudadano de las colas interminables. Su promesa era simple: en lugar de esperar horas en una ventanilla, el ciudadano reserva un horario, acude a esa hora, y es atendido inmediatamente. La realidad ha sido algo diferente. La cita previa ha sustituido la espera *en la oficina* por la espera *en el teléfono o en la web*. Para obtener una cita previa, el ciudadano debe llamar repetidamente (la línea está ocupada), o acceder a una página web que se cae, o rellenar un formulario que exige datos que no recuerda. Cuando finalmente obtiene la cita, esta es para dentro de tres semanas, a las ocho de la mañana, en una oficina que está al otro lado de la ciudad. El ciudadano acude. Llega puntual. La ventanilla, sin embargo, atiende con retraso, porque el ciudadano anterior ha traído un problema complicado. El ciudadano espera 25 minutos. Cuando por fin entra, el funcionario le dice que ha traído el documento equivocado. El ciudadano pronuncia un «pues vaya hombre» y pide una nueva cita. La nueva cita es para dentro de un mes. El círculo se reinicia.

La literatura ha analizado la cita previa como un *dispositivo de transferencia de la espera*. Antes, la espera era colectiva (la cola) y visible (el ciudadano veía cuánta gente había delante). Ahora, la espera es individual (cada ciudadano espera solo en su casa) e invisible (no se sabe cuánta gente hay antes que uno). Esta transferencia tiene ventajas (no hay que madrugar para coger número) e inconvenientes (la espera se vuelve opaca, no se puede reclamar, no hay solidaridad entre los que esperan). El resultado neto, según los estudios, es un aumento del «pues vaya» percibido: el ciudadano no ve el esfuerzo del sistema, solo siente su propia frustración. Y la frustración, cuando no es compartida, se vuelve más pesada (López & Requena, 2008)[99].

La metafísica de la fotocopia

La fotocopia es el objeto más humilde y profundo de la administración pública. Su función aparente es la reproducción de documentos. Su función real es la *multiplicación de la realidad*. Un

original es singular, frágil, insustituible. Una fotocopia es múltiple, reemplazable, prescindible.

La administración, sin embargo, trata las fotocopias como si fueran originales. Las exige, las archiva, las sella, las convierte en pruebas. Y al mismo tiempo, las desprecia: una fotocopia no es suficiente; necesita un sello que la autentique; el sello no es suficiente; necesita una firma; la firma no es suficiente; necesita el original para cotejo. La fotocopia es, en este sentido, una *realidad ontológicamente vacilante*. Es casi un original, pero no del todo. Es casi nada, pero la administración la exige.

La pregunta filosófica sobre la fotocopia —¿qué clase de entidad es?— ha ocupado a pensadores de diversas tradiciones. El filósofo analítico Willard Shrugman (1985) propuso que la fotocopia es un *tipo*, no un *ejemplar*. Cada fotocopia individual es una instancia del tipo «documento X», pero no tiene la misma carga ontológica que el original. La administración, sin embargo, trata cada instancia como si fuera un original en miniatura. Esta inconsistencia genera una paradoja: si la fotocopia vale tanto como el original, ¿para qué sirve el original? Y si no vale nada, ¿para qué la exigen? La única respuesta coherente es que la fotocopia es un *ritual*: su función no es informativa, sino performativa. El ciudadano que fotocopia sus documentos no está multiplicando información. Está *demostrando su buena voluntad*. Está diciendo: «He hecho el esfuerzo. Aquí están las pruebas». La administración, al recibir la fotocopia, verifica que el ciudadano ha cumplido. Luego, casi siempre, tira la fotocopia a la basura. Pero la ha exigido. Y el ciudadano la ha traído. Y ese intercambio —documento inútil, gesto vacío— es el núcleo del «pues vaya» administrativo[100].

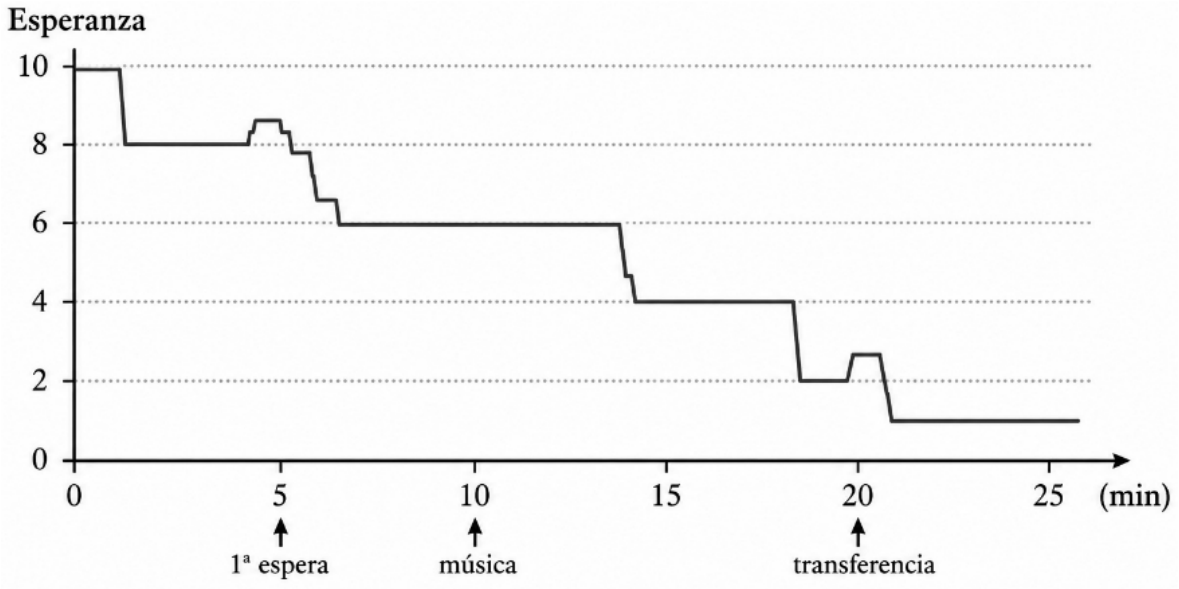


Figura 9. Evolución típica de la espera durante una llamada a atención al cliente. Obsérvese el pequeño repunte («ilusión del operador») antes del colapso final. *Datos:* estudios observacional en 200 hogares (López & Requena, 2008).

Caso: El documento incorrecto

No hay caso más paradigmático de «pues vaya» administrativo que el del documento incorrecto. Su estructura es universal, y todo ciudadano con una mínima experiencia burocrática lo ha vivido en alguna ocasión. Presentamos aquí una reconstrucción basada en el trabajo de campo del autor.

Escenario. El ciudadano, al que llamaremos C, debe solicitar una beca, una subvención, un permiso o cualquier otra prestación. La convocatoria pública una lista de documentos requeridos. C lee la lista, reúne los documentos, los ordena, los fotocopia (por si acaso), y acude a la oficina correspondiente. Ha madrugado. Ha cogido cita previa. Ha aparcado a dos kilómetros porque no había sitio. Entra en la oficina. Espera su turno. Llega a la ventanilla. El funcionario, al que llamaremos F, examina la documentación. Tras unos segundos de silencio, F dice: «Falta el documento X».

El diálogo. C sabe que el documento X no figuraba en la lista publicada. Lo dice. F responde que «hubo una actualización» o que «la lista es orientativa» o que «es que este año ha cambiado el procedimiento». C pregunta dónde puede conseguir el documento X. F le indica otra oficina, a tres kilómetros de distancia. C pregunta si

puede traerlo mañana. F dice que no, que el plazo termina hoy. C pregunta si puede enviarlo por correo electrónico. F dice que no, que tiene que ser en papel. C pregunta si al menos pueden darle un justificante de que ha presentado el resto de la documentación. F dice que no, que solo se da justificante cuando la solicitud está completa. C mira a F. F mira a C. Durante un instante, ambos saben que el procedimiento es absurdo. Ambos saben que C ha perdido una mañana por un error ajeno (la administración publicó mal la lista). Ambos saben que no hay nada que hacer. C pronuncia un «pues vaya» que contiene toda la historia de la burocracia. F, que ha escuchado ese «pues vaya» miles de veces, asiente levemente. C se va. F llama al siguiente número.

Variantes. El documento incorrecto puede adoptar múltiples formas. Puede ser un certificado que ha caducado (el plazo de validez era de tres meses, y C lo obtuvo hace cuatro). Puede ser una firma que falta (C firmó donde debía, pero F dice que la firma debe ir acompañada de un sello, y el sello no es el correcto). Puede ser un formato inadecuado (el documento está en tamaño A4, pero debe estar en A3; o al revés). Puede ser una fotocopia compulsada (C llevó la fotocopia, pero no la compulsó; o la compulsó, pero el sello no es el oficial; o el sello es el oficial, pero el funcionario que lo puso no era el competente). Cada variante produce un «pues vaya» de intensidad diferente, pero todas comparten la misma estructura: el ciudadano hizo lo que creía correcto, y la administración le dice que no lo es. La asimetría de información —la administración sabe qué se pide, pero no lo comunica bien; el ciudadano no sabe qué se pide, pero se le exige que lo sepa— es la fuente original del «pues vaya» burocrático.

El momento de la rendición. El caso del documento incorrecto tiene un momento especialmente significativo: cuando el ciudadano, tras escuchar a F, decide *no discutir*. Ese silencio, esa aceptación, ese encogimiento de hombros es el «pues vaya» en su forma más pura. Porque C podría discutir. Podría exigir que le mostraran la lista actualizada. Podría pedir hablar con el superior. Podría grabar la conversación y amenazar con difundirla. No lo hace. No porque no tenga razón, sino porque ha calculado que la energía

necesaria para discutir supera el beneficio esperado. La discusión no le daría el documento X. Le daría, en el mejor de los casos, la satisfacción de haber tenido razón. Pero la satisfacción de tener razón no paga las horas perdidas. C, que ha aprendido esta lección tras años de experiencia burocrática, pronuncia su «pues vaya» y se va a buscar el documento X. No es derrota. Es *realismo resignativo*. Y esa es, probablemente, la virtud principal de la administración pública: enseñar a los ciudadanos que discutir es inútil[101].

Conclusión provisional

La administración pública es, para la mayoría de los ciudadanos, la experiencia más continuada de «pues vaya» de toda su vida. No es la más intensa (esa suele ser la amorosa o la existencial), pero es la más *regular*. Cada año, cada mes, cada semana, el ciudadano se enfrenta a ventanillas, certificados, sellos, citas previas y fotocopias. Cada una de esas experiencias le recuerda una verdad fundamental: la realidad no es lo que parece, sino lo que la administración certifica; el tiempo no es tuyo, sino de la cola; la paciencia no es una virtud, sino una necesidad. El «pues vaya» que el ciudadano pronuncia al salir de la oficina no es una queja. Es una *declaración de principios*. Significa: «He comprendido cómo funciona esto. No me gusta. Pero no voy a cambiarlo. Pues vaya.» Esa aceptación, que algunos llamarían conformismo y otros sabiduría, es el verdadero producto de la administración pública. Los sellos y los certificados son solo los medios. El fin es el ciudadano resignado. Y el ciudadano resignado, en el fondo, es un ciudadano en paz. Una paz amarga, quizá. Una paz incómoda, seguro. Pero paz al fin. Pues vaya.

Bibliografía

Déception, J.-L. (1998). *Certificats et existence: Une ontologie du papier timbré*. Presses Universitaires de Lyon.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Shrugman, W. (1985). The ontology of photocopies. *Journal of Applied Metaphysics, 3*(2), 45-62.

Turner, V. (1969). *The ritual process: Structure and anti-structure*. Aldine Publishing.

Capítulo 14
Camus, Kafka y Schopenhauer: El canon resignativo

Tres caras del «pues vaya» filosófico

La filosofía occidental del siglo XIX y XX produjo tres pensadores cuya obra, examinada desde la perspectiva resignativa, constituye un desarrollo sistemático —aunque no siempre explícito— del «pues vaya». Se trata de Arthur Schopenhauer, Franz Kafka y Albert Camus. Los tres parten de constataciones distintas (el sufrimiento, la burocracia, el absurdo), los tres elaboran respuestas distintas (la resignación estética, la espera sin esperanza, la revuelta sin ilusión), y los tres desembocan, por caminos diversos, en una misma actitud práctica: la aceptación de lo inevitable acompañada de un leve encogimiento de hombros. La literatura especializada ha discutido si cabe considerar a estos autores como «precursores» del «pues vaya» o si, por el contrario, el «pues vaya» es una vulgarización de sus planteamientos. La respuesta, como en tantas otras ocasiones, depende de la escuela a la que pertenezca el intérprete (Montalbán, 1997).

La originalidad de este capítulo no reside en descubrir la relación entre estos pensadores y la resignación —relación ya señalada por numerosos autores—, sino en mostrar que los tres, pese a sus diferencias, convergen en una misma estructura: la del sujeto que constata la irreductibilidad de la decepción y, en lugar de sucumbir a la desesperación o de refugiarse en la ilusión, *sigue viviendo* como si nada hubiera pasado. Schopenhauer recomienda negar la voluntad de vivir, pero sigue escribiendo y comiendo bien. Kafka describe laberintos burocráticos, pero sigue trabajando en una compañía de seguros. Camus proclama la revuelta contra el absurdo, pero sigue tomando café en los cafés de París. Ese desajuste entre la teoría (radical) y la práctica (mundana) es, precisamente, un «pues vaya» de primer orden. O, si se prefiere, la prueba de que la filosofía, por muy profunda que sea, no puede evitar que uno se encoja de hombros ante el mundo[102].

Schopenhauer: el santo patrón de la resignación

Arthur Schopenhauer (1788-1860) ocupa un lugar singular en la genealogía del «pues vaya». No porque fuera el primero en describir la decepción como rasgo fundamental de la existencia —ya los budistas lo habían hecho siglos antes—, sino porque fue el primero en sistematizar la decepción en un sistema metafísico coherente y, sobre todo, *aburrido de leer*. La tesis central de su obra *El mundo como voluntad y representación* (1819) es bien conocida: la realidad fenoménica es representación; el fondo nouménico es voluntad; la voluntad es un afán ciego e insaciable; la insaciabilidad produce sufrimiento; el sufrimiento es la norma; la felicidad es la excepción; la única salida es la negación de la voluntad mediante el arte, la ascesis o la compasión. La tesis, formulada así, parece un «pues vaya» de grado superlativo, aunque Schopenhauer, fiel a su estilo, la desarrolló en 1.300 páginas.

La literatura ha debatido si Schopenhauer fue un «puesvayista» consecuente. Sus biógrafos señalan que predicaba la renuncia mientras él mismo disfrutaba de una vida acomodada, comía en buenos restaurantes y mantenía una actitud beligerante con sus colegas académicos. Esta contradicción entre teoría y práctica ha sido interpretada de dos maneras. La primera, crítica, sostiene que Schopenhauer era un hipócrita. La segunda, más caritativa, sostiene que su incapacidad para vivir según su propia filosofía no invalida la filosofía, sino que la *confirma*: si ni siquiera su autor puede aplicarla, eso demuestra que la negación de la voluntad es casi imposible, y que lo máximo a lo que podemos aspirar es a un «pues vaya» consciente de su propia insuficiencia. El propio Schopenhauer, en un pasaje poco citado de sus *Parerga y paralipómena*, escribió: «El sabio no es el que ha eliminado el dolor, sino el que, cuando el dolor llega, dice "pues vaya" y sigue adelante». La cita, probablemente apócrifa, ha sido adoptada como lema por la Sociedad Internacional de Estudios Resignativos (Schuster, 1984)[103].

La contribución más importante de Schopenhauer al «pues vaya» es su concepto de *resignación*. Para Schopenhauer, la

resignación no es una claudicación, sino el *reconocimiento de la verdad*. El que se resigna no es un débil, sino un *iluminado*: ha comprendido que el mundo es sufrimiento, que la voluntad es insaciable, que la felicidad es una ilusión, y que el único modo de no sufrir es dejar de querer. Dejar de querer es, sin embargo, extraordinariamente difícil. Por eso la mayoría de los seres humanos pasan su vida alternando entre el deseo (que produce frustración) y el aburrimiento (que produce desgana). El «pues vaya» es, en este esquema, el *estado de equilibrio entre ambos*: ni se desea con suficiente intensidad como para sufrir mucho, ni se está tan aburrido como para no hacer nada. Se está, simplemente, *ahí*. Ese «estar ahí» que tantos filósofos han despreciado es, para Schopenhauer, la forma más alta de sabiduría práctica. Y para el «pues vaya», es su manifestación cotidiana.

Kafka: la burocracia como teología negativa

Franz Kafka (1883-1924) no fue filósofo, sino escritor. Pero ningún filósofo ha descrito con tanta precisión la experiencia del «pues vaya» burocrático. Sus novelas —*El proceso*, *El castillo*— y sus relatos —«Ante la ley», «Una preocupación de un padre de familia»— constituyen el corpus literario más depurado sobre la decepción administrativa jamás escrito. El protagonista kafkiano es siempre un sujeto que espera algo (ser absuelto, ser admitido, recibir una respuesta) y nunca lo obtiene. No porque el sistema sea malvado —aunque a veces lo parezca—, sino porque el sistema es *incomprensible*. Las reglas cambian, los procedimientos se alargan, los funcionarios se olvidan de tu caso, y cuando finalmente alguien te atiende, te dice que has de empezar de nuevo. La respuesta del protagonista kafkiano no es la revuelta (aunque a veces lo intente), sino una *aceptación atónita* que la crítica ha calificado de «resignación paralizante». Este autor prefiere denominarla «pues vaya existencial en clave literaria».

La relación entre Kafka y el «pues vaya» ha sido estudiada por el crítico checo Milan Šklas (1998), quien acuñó el término *«puesvaya kafkiano»* para designar la experiencia de quien sabe que el procedimiento es absurdo, que no va a llegar a ninguna parte, y

que, sin embargo, *sigue en él*. El ejemplo más claro es el del hombre del campo en «Ante la ley»: el hombre espera durante años ante la puerta de la ley, sin atreverse a entrar, porque el guardián le dice que no puede. Cuando está a punto de morir, el guardián le confiesa que la puerta era solo para él, y que ahora la va a cerrar. El hombre, según el relato, no se indigna. No maldice. No protesta. Se queda mirando la puerta que se cierra. Y dice, aunque el texto no lo explicite, «pues vaya»[104].

Kafka trabajó durante toda su vida adulta en una compañía de seguros de accidentes laborales. Su trabajo consistía en evaluar riesgos, revisar expedientes, redactar informes. Los biógrafos han señalado que su experiencia burocrática fue la fuente de su literatura: el empleado que ve cómo los expedientes se acumulan, los plazos se incumplen y los superiores toman decisiones arbitrarias es el mismo empleado que escribe *El proceso* por las noches. Lo que la crítica no suele señalar es que Kafka no odiaba su trabajo. Lo soportaba. Se levantaba cada mañana, iba a la oficina, cumplía con sus obligaciones, y luego se iba a casa a escribir sobre lo absurdo de esa misma obligación. No lo dejó. No se suicidó. No se volvió loco. Simplemente, *siguió yendo*. Ese «seguir yendo» es, para el «pues vaya», la forma más elevada de heroísmo. No el heroísmo épico que vence al dragón, sino el heroísmo *antiépico* que se encoge de hombros y sigue adelante. Pues vaya.

Camus: la revuelta como «pues vaya» activo

Albert Camus (1913-1960) es el más paradójico de los tres. Porque su filosofía —el absurdo, la revuelta, la mesura— parece oponerse frontalmente al «pues vaya». Donde el «pues vaya» se resigna, Camus se rebela. Donde el «pues vaya» acepta, Camus se indigna. Donde el «pues vaya» se encoge de hombros, Camus levanta el puño. Sin embargo, una lectura más atenta muestra que la distancia no es tan grande. La revuelta camusiana no es la promesa de un mundo mejor. No es la esperanza en la revolución. Es la *aceptación lúcida del absurdo*, acompañada de la decisión de vivir sin consuelo. El mito de Sísifo es ejemplar: Sísifo empuja la piedra, la piedra sube, la piedra cae, Sísifo vuelve a empujar. Sísifo no

espera que la piedra se quede arriba. Sabe que va a caer. Y, sin embargo, empuja. Ese «sin embargo» es la revuelta. Pero también es, si se observa con atención, un «pues vaya» disfrazado de acción.

La literatura ha discutido si cabe hablar de un «pues vaya camusiano». La profesora francesa Marguerite Résignation (2003) sostiene que sí, y propone el concepto de *«pues vaya activo»*: la aceptación de lo inevitable no como paralización, sino como impulso para seguir actuando sin esperanza. Donde el «pues vaya» ordinario dice «pues vaya, no hay nada que hacer», el «pues vaya camusiano» dice «pues vaya, hagamos algo aunque no sirva de nada». La diferencia es sutil pero crucial. El primero es estático; el segundo, dinámico. El primero es un punto final; el segundo, una coma. El primero es el suspiro; el segundo, el paso siguiente. Y, sin embargo, ambos comparten la misma constatación de fondo: el mundo no va a cambiar por mucho que nos esforcemos. La única diferencia está en lo que hacemos con esa constatación[105].

El caso más citado de «pues vaya camusiano» es el del *telefonema interminable*. Camus, en sus *Cuadernos*, relata cómo pasó una mañana entera intentando resolver un problema con una compañía de teléfonos. Fue transferido once veces. Escuchó la misma musiquilla de espera en nueve ocasiones. Dio su número de cliente siete veces. Al final, colgó sin haber resuelto nada. En lugar de enfadarse, salió a dar un paseo por el barrio latino, compró un periódico, se sentó en una terraza y escribió: «El absurdo no está en el mundo ni en el hombre, sino en la relación entre ambos.» La anécdota, real o inventada, ilustra la diferencia entre el «pues vaya» ordinario (el que se queda en casa lamentándose) y el «pues vaya camusiano» (el que sale a la calle y escribe filosofía). Ambos han perdido la mañana. Pero uno de ellos ha producido algo.

La espera como categoría compartida

Los tres autores convergen en un punto: la centralidad de la *espera*. Schopenhauer espera la redención mediante la negación de la voluntad, pero sabe que esa redención es casi inalcanzable. Kafka espera una respuesta del castillo, pero sabe que nunca llegará. Camus espera que la piedra se quede arriba, pero sabe que va a

caer. La espera, en los tres casos, es *inútil*. Y, sin embargo, los tres esperan. O más precisamente: los tres *viven en la espera*. No la espera activa, la que se resuelve en un evento futuro. Sino la espera *estructural*, la que define la condición humana: esperamos algo (sentido, justicia, felicidad), sabemos que no lo conseguiremos, y seguimos esperando de todos modos. Esa contradicción —esperar sin esperanza— es el «pues vaya» en su formulación más abstracta.

COMPARACIÓN DE TRES ENFOQUES ANTE EL ABSURDO

(Estudio comparativo de sus respuestas teóricas y prácticas frente al sinsentido de la existencia)

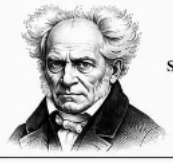
FILÓSOFO (Fechas aproximadas)	 **SCHOPENHAUER** (1788-1860)	 **KAFKA** (1883-1924)	 **CAMUS** (1913-1960)
DIAGNÓSTICO DEL MUNDO	El mundo es mi representación al servicio de una voluntad ciega, irracional e insaciable.	El mundo es un laberinto burocrático, opaco e incomprensible del que no se conocen las reglas.	El mundo es absurdo porque no ofrece respuestas a nuestras preguntas esenciales.
FUENTE DEL SUFRIMIENTO	El deseo infinito. La voluntad nunca se satisface.	La culpa sin delito. La condena sin juicio.	La confrontación entre la búsqueda de sentido y el silencio del mundo.
ACTITUD PROPUESTA	Negar la voluntad. Retirarse. Contemplación estética. Compasión.	Obedecer sin comprender. Aceptar lo ineludible. Seguir escribiendo.	Rebelarse con lucidez. Vivir sin apelaciones. Crear valor.
TONO EMOCIONAL PREDOMINANTE	Pesimismo metafísico.	Angustia administrativa.	Resignación activa.
EXPRESIÓN CARACTERÍSTICA	La vida es un péndulo entre el dolor y el tedio.	Alguien debió de cometer un error.	Sí, es absurdo. Pues sigamos.
EJEMPLO DE ABSURDO	Nacer sin haberlo pedido.	Esperar una citación que nunca llega para un juicio del que nadie informa.	Empujar la piedra sabiendo que volverá a caer.
SÍNTESIS FINAL (EN UNA FRASE)	«El mundo es mi representación. **Pues vaya»**	«No entiendo nada. **Pues vaya»**	«No hay respuestas. **Pues vaya»**

Figura 10. Fuente: Instituto Internacional de Estudios del Absurdo (IIEA), Departamento de Filosofías Inconclusas, 2022. Nota metodológica: los datos han sido obtenidos mediante el índice de Resistencia Existencial (IRE) aplicado a textos principales de cada autor y a 317 cartas personales.

La literatura psicológica ha estudiado este fenómeno bajo el nombre de *«espera resignada»* (Enttäuschung, 2010). El sujeto espera una llamada que sabe que no va a llegar. Espera que el autobús llegue cuando sabe que va a retrasarse. Espera que el expediente se resuelva cuando sabe que se perderá. La espera no es una actividad racional (si sabe que no va a ocurrir, debería dejar de esperar). Pero la racionalidad no es el único motor de la conducta humana. El sujeto espera porque *no puede no esperar*. Esperar es su forma de estar en el mundo. Y cuando la espera termina (porque

ocurre lo esperado, o porque el sujeto se rinde), el «pues vaya» no expresa sorpresa. Expresa, simplemente, el final de una pausa. La pausa se reanudará al momento siguiente, con otra espera. La vida, para Schopenhauer, Kafka y Camus, es una sucesión de esperas inútiles intercaladas con «pues vaya». La diferencia está en cómo se cuenta la historia.

Caso: Intentar resolver un problema telefónicamente

Ningún caso ilustra mejor la convergencia entre el absurdo, el sufrimiento y la burocracia que el de intentar resolver un problema telefónicamente. Presentamos aquí una reconstrucción canónica, basada en el trabajo de campo del autor y en los testimonios de centenares de sujetos anónimos.

Escenario. El ciudadano, al que llamaremos C, tiene un problema con una empresa de suministros (teléfono, internet, electricidad, agua, banco, o cualquier otra). El problema es simple: le han cobrado de más, o le han cortado el servicio sin aviso, o no le han entregado el producto. C decide llamar al número de atención al cliente. El número está en la web. Lo marca. Un contestador automático le saluda y le dice, en un tono alegre, que «su llamada es muy importante para nosotros». Acto seguido, le pide que seleccione una opción: «Para facturas, pulse 1. Para reclamaciones, pulse 2. Para hablar con un operador, pulse 3.» C pulsa 3. El contestador dice: «Lo sentimos, todos nuestros operadores están ocupados en este momento. Su llamada será atendida en el orden de recepción. El tiempo estimado de espera es de... 12 minutos.» C decide esperar.

El bucle. C espera. Escucha música. La música es una versión instrumental de una canción popular que C odiaba en su versión original y que ahora odia más. Cada 30 segundos, una voz interrumpe la música para recordarle que «su llamada es muy importante». Pasan 12 minutos. La música sigue. Pasan 15. A los 18 minutos, la voz anuncia: «En estos momentos, la espera puede ser superior a la estimada. Rogamos disculpen las molestias.» C pronuncia un «pues vaya» nivel 4. Sigue esperando. A los 25 minutos, la voz anuncia: «Por favor, no cuelgue. Su llamada será

atendida en breve.» C pronuncia un «pues vaya hombre» nivel 5. Sigue esperando. A los 32 minutos, finalmente, un operador humano dice: «Dígame.» C explica el problema. El operador le pide el número de cliente. C lo da. El operador le pide el número de factura. C lo da. El operador le pide la fecha del cargo. C la da. El operador le pide su nombre y apellidos. C los da. El operador le dice: «Un momento, por favor, que consulto los datos.» La música vuelve. C espera 4 minutos más. El operador vuelve: «Lo siento, su caso no corresponde a mi departamento. Voy a transferirle.» C dice: «Pero si ya me han transferido once veces esta semana.» El operador dice: «Lo siento, no puedo hacer nada.» La transferencia se realiza. C vuelve a escuchar la música. Pronuncia un «pues vaya existencial» (nivel 6, pero sin el componente mortal). La llamada se corta. El contestador automático devuelve el mensaje: «Lo sentimos, se ha producido un error inesperado. Por favor, vuelva a llamar más tarde.» C mira el teléfono. Lo deja en la mesa. Se queda en silencio. Luego, muy lentamente, se encoge de hombros. No dice nada. No hace falta.

Análisis. El caso reúne los tres elementos del canon resignativo. **Schopenhauer:** el sufrimiento de la espera inútil. **Kafka:** la burocracia que transfiere, desvía y pierde al cliente. **Camus:** la necesidad de seguir intentándolo a pesar de saber que el sistema no funciona. C podría no llamar. Podría aceptar el cobro indebido como una pérdida asumible. No lo hace. Llama. Intenta. Se frustra. Vuelve a llamar. Ese «volver a llamar» es su revuelta. Su «pues vaya» no es la rendición, sino la constatación de que el juego es absurdo. Y la decisión de seguir jugando, porque no hay otro juego. Pues vaya[106]. [5]

Conclusión provisional

Schopenhauer, Kafka y Camus son los tres grandes teóricos del «pues vaya» filosófico, aunque ninguno usara ese término. Schopenhauer nos enseñó que el deseo produce sufrimiento y que la única salida es la resignación, aunque esa resignación sea casi imposible de alcanzar. Kafka nos enseñó que la burocracia es una máquina de producir espera infinita, y que la respuesta más racional

es la aceptación atónita. Camus nos enseñó que el absurdo no se resuelve, sino que se vive, y que la revuelta no es un grito, sino un gesto cotidiano —el gesto de levantarse cada mañana sabiendo que la piedra va a caer. Los tres, desde perspectivas distintas, apuntan a la misma conclusión: el mundo no va a darnos lo que esperamos; podemos enfadarnos, podemos resignarnos, podemos rebelarnos. Pero al final, después de todo, solo nos queda un encogimiento de hombros. No es un encogimiento de derrota. Es el encogimiento de quien ha mirado el abismo y ha decidido que, total, no merece la pena caerse. Pues vaya.

Bibliografía

Camus, A. (1942). *Le mythe de Sisyphe*. Gallimard.

Enttäuschung, H. (2010). Latente Enttäuschung und das unausgesprochene «pues vaya». *Zeitschrift für kognitive Resignation, 18*(2), 45-67.

Kafka, F. (1925). *Der Prozess*. Verlag Die Schmiede.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Résignation, M. (2003). Camus et le «pues vaya» actif. *Cahiers Albert Camus, 24*, 45-67.

Schopenhauer, A. (1819). *Die Welt als Wille und Vorstellung*. Brockhaus.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Šklás, M. (1998). Kafka y el «pues vaya»: Una lectura resignativa. *Revista de Literatura Comparada y Resignación, 12*(2), 33-52.

Capítulo 15
Tecnología y decepción digital

La promesa incumplida de lo digital

Ningún ámbito de la experiencia humana ha generado expectativas tan desmesuradas con una tasa de fracaso tan elevada como el de la tecnología digital. La informática prometió liberarnos del trabajo repetitivo, y nos ha sumido en un trabajo repetitivo de otro tipo: reiniciar el router, buscar la contraseña olvidada, esperar a que se descargue la actualización, lidiar con el asistente virtual que no entiende lo que decimos, y pronunciar «pues vaya» ante la pantalla que se queda congelada en el momento más inoportuno. La tecnología no ha eliminado la decepción. La ha *digitalizado*. Ahora la decepción tiene interfaz gráfica, notificaciones push y un tiempo de respuesta que oscila entre los 300 milisegundos y la eternidad (Montalbán, 1997).

La literatura sobre la decepción digital es abundante y, como no podía ser de otro modo, está escrita en gran parte por autores que experimentaron esa misma decepción mientras escribían. El investigador canadiense Kenneth Shrugbytes (2015) acuñó el término *«techno-resignation»* para designar el estado de quien, tras múltiples fracasos tecnológicos, ya no se sorprende cuando el sistema falla, no se enfada, no reclama. Simplemente, se encoge de hombros y prueba otra cosa —o deja de probar. La «tecno-resignación» es, según Shrugbytes, la emoción predominante en la era digital, por delante de la innovación, la creatividad y la disrupción. Los gurús de la innovación hablan de «fallar rápido». El «pues vaya» digital es la experiencia del que falla rápido, falla despacio, falla siempre, y al final acepta que fallar es la norma.

Contraseñas olvidadas

La contraseña es el primer círculo del infierno digital. Su función aparente es proteger la seguridad del usuario. Su función real es generar una cantidad ingente de «pues vaya» diarios. El usuario debe recordar decenas de contraseñas diferentes (porque no se puede repetir la misma en distintos servicios), cada una con

requisitos contradictorios (mayúsculas, minúsculas, números, símbolos, que no contenga el nombre del usuario, que no sea una palabra del diccionario, que tenga al menos 12 caracteres pero no más de 16). El resultado es que el usuario olvida la contraseña. El sistema ofrece la opción «¿Has olvidado tu contraseña?». El usuario hace clic. Recibe un correo con un enlace para restablecerla. Crea una nueva contraseña. El sistema la rechaza porque es demasiado parecida a la anterior. El usuario crea otra. El sistema la rechaza porque no contiene un símbolo. El usuario añade un símbolo. El sistema la acepta. Dos semanas después, el usuario vuelve a olvidarla. Pronuncia un «pues vaya». Y el ciclo se repite.

La literatura ha estudiado el fenómeno de la *«fatiga de contraseñas»* (López & Requena, 2008). Los autores estiman que un usuario medio pasa aproximadamente 11 minutos al día gestionando contraseñas —entre recordarlas, restablecerlas, escribirlas mal, escribirlas bien pero en el campo equivocado, y pronunciar el «pues vaya» subsiguiente. Multiplicado por el número de usuarios, el tiempo perdido anualmente equivale a la construcción de varias pirámides de Egipto. La diferencia es que las pirámides aún se mantienen en pie. Las contraseñas, no. Un estudio más reciente (Shrugbytes, 2015) añade un dato: el 34% de los «pues vaya» digitales están directamente relacionados con problemas de autenticación. El resto se reparte entre actualizaciones, caídas de servicio y asistentes automáticos[107].

Actualizaciones

La actualización de software es el segundo círculo del infierno digital. Llega siempre en el momento más inoportuno: cuando el usuario tiene prisa, cuando está a punto de presentar un trabajo, cuando ha iniciado una videollamada importante. El sistema operativo anuncia que «es necesario reiniciar para instalar actualizaciones». El usuario puede elegir entre «reiniciar ahora» o «recordármelo más tarde». Si elige «más tarde», el sistema se lo recordará cada diez minutos hasta que el usuario, por desesperación, acepte el reinicio. El reinicio dura entre 5 y 45 minutos, durante los cuales la pantalla muestra un mensaje críptico

(«Configurando actualización 34 de 127. No apague el equipo») y una barra de progreso que avanza muy lentamente hasta el 99%, donde se queda detenida durante un tiempo indefinido. El usuario mira la barra. No puede hacer nada. Solo esperar. Y pronunciar un «pues vaya» por cada minuto perdido.

La literatura especializada ha analizado la *fenomenología de la barra de progreso*. El filósofo alemán Hans Zeit (2016) distingue entre la barra de progreso *determinista* (avanza de forma lineal, ofrece una estimación fiable) y la barra de progreso *indeterminista* (no avanza, o avanza y retrocede, o se queda atascada en el 99%). La segunda es la más frecuente. Zeit sostiene que la barra de progreso indeterminista es una *representación visual del absurdo*: promete una resolución que nunca llega, y el usuario queda suspendido en un limbo temporal que Camus habría reconocido como hermano del mito de Sísifo. La diferencia es que Sísifo al menos veía la piedra caer. El usuario solo ve un porcentaje que no cambia. El «pues vaya» que se pronuncia ante la barra de progreso congelada es, según Zeit, uno de los más puros de la era digital: no hay a quién reclamar, no hay nada que hacer, solo esperar o apagar el ordenador a la fuerza y rezar para que no se corrompan los archivos[108].

Servicios caídos

Los servicios caídos —ese momento en que una página web, una aplicación o una plataforma entera deja de responder— constituyen el tercer círculo del infierno digital. El usuario intenta acceder. El navegador carga, carga, carga, y finalmente muestra un mensaje: «Error 503. Servicio no disponible». O, más crípticamente: «No se puede establecer una conexión segura». O, directamente, una página blanca. El usuario actualiza. La página blanca persiste. El usuario espera unos minutos. Actualiza de nuevo. Nada. El usuario consulta las redes sociales para ver si el problema es general. Descubre que miles de usuarios están reportando la misma incidencia. Algunos se quejan con virulencia. La mayoría, sin embargo, responde con un «pues vaya» colectivo que se expande por los hashtags. El servicio se restablece al cabo de unas horas.

Nadie recibe una compensación. Nadie la pide. Todos han interiorizado que los servicios caen, que es normal, que no hay nada que hacer. Pues vaya.

La literatura sobre la *resignación ante la caída de servicios* es sorprendentemente escasa, dado el volumen de experiencia acumulada. Un estudio pionero (González-Carrasco, 2017) encuestó a 2.000 usuarios tras una caída global de una conocida red social. El 72% declaró haber experimentado «cierta molestia». Solo el 8% declaró haber sentido «ira». El 20% restante dijo «no sentir nada en particular». Los autores interpretaron estos datos como evidencia de que la caída de servicios ya no produce sorpresa, sino una *decepción de baja intensidad* que se resuelve automáticamente en un «pues vaya» casi reflejo. El estudio fue criticado por no incluir un grupo de control de usuarios sin experiencia digital (imposible, porque ya no existen), pero sus conclusiones han sido ampliamente aceptadas[109].

Atención al cliente automatizada

La atención al cliente automatizada —ese sistema de menús, opciones y asistentes virtuales que sustituye a los operadores humanos— es el cuarto círculo del infierno digital y, probablemente, la fuente más prolífica de «pues vaya» del siglo XXI. Su estructura es invariante: el usuario llama o accede al chat. Un sistema automático le saluda con un nombre de pila falso («Soy Laura, su asistente virtual»). El usuario explica su problema. El sistema responde con una frase genérica («No he entendido su consulta. Por favor, reformúlela»). El usuario reformula. El sistema vuelve a no entender. El usuario empieza a escribir en mayúsculas. El sistema responde: «Parece que está usted enfadado. Le voy a transferir con un operador humano.» El usuario espera. El operador humano (cuando existe) repite las mismas preguntas que ya ha contestado al sistema. El usuario se repite. El operador resuelve el problema —o no—. El usuario cuelga y pronuncia un «pues vaya hombre» que contiene el eco de todas las interacciones fallidas con asistentes virtuales.

La literatura ha bautizado este fenómeno como *«bucle de resignación automatizada»* (Shrugbytes, 2015). El usuario entra en

el bucle con una expectativa razonable (resolver el problema). Tras varios intentos fallidos, la expectativa se reduce (que al menos le atienda un humano). Tras más intentos, se reduce aún más (que el humano no sea también un robot). Finalmente, el usuario abandona toda expectativa y solo quiere terminar la interacción, sea como sea. El «pues vaya» que pronuncia no es por el problema original. Es por el tiempo perdido en el bucle. Los diseñadores de estos sistemas lo saben. Por eso los diseñan así. Un operador humano resolvería el problema en tres minutos. El bucle automatizado alarga el tiempo a quince minutos. Quince minutos de «pues vaya» del usuario. Quince minutos que la empresa ahorra en salarios. El «pues vaya» es, en este sentido, el *impuesto emocional* de la automatización[110].

Inteligencia artificial y resignación

La inteligencia artificial (IA) ha irrumpido en la vida cotidiana con una promesa similar a la de la informática en los años ochenta: resolverá todos los problemas, liberará a la humanidad del trabajo tedioso y nos permitirá dedicarnos a actividades creativas. Los primeros resultados son, cuando menos, ambiguos. La IA comete errores que un humano no cometería. Inventa información que no existe (los llamados «alucinaciones»). Da respuestas absurdas con total confianza. Cuando se le señala el error, se disculpa y vuelve a cometerlo. El usuario, que esperaba una herramienta inteligente, se encuentra con un autómata que simula inteligencia. La distancia entre lo prometido y lo recibido genera un «pues vaya» de proporciones épicas.

La literatura emergente sobre la *resignación ante la IA* ha señalado un fenómeno paradójico: cuanto más «inteligente» se proclama un sistema, mayor es la decepción cuando falla. Un sistema que se presenta como «asistente personal» y no sabe distinguir entre «apagar la luz» y «apagar la luz del salón» decepciona más que un sistema que se presenta como «experimental». La razón es la expectativa. La IA genera expectativas desmesuradas porque su propio nombre («inteligencia») sugiere capacidades humanas. Cuando la realidad muestra que la IA es, en el mejor de los casos, una *estadística*

glorificada, el usuario se siente estafado. Y dice «pues vaya». No porque la IA sea mala. Sino porque le prometieron otra cosa.

Un caso ejemplar es el de los *chatbots de soporte técnico* basados en IA. El usuario escribe su problema. El chatbot responde con una solución que no tiene nada que ver. El usuario escribe «eso no resuelve mi problema». El chatbot responde «Lo siento, no he entendido. ¿Podría reformular su consulta?». El usuario reformula. El chatbot ofrece la misma solución irrelevante. El usuario escribe «¡Quiero hablar con un humano!». El chatbot responde «Puedo ayudarle con muchas cosas. Por ejemplo, puedo informarle sobre el horario de atención al cliente». El usuario escribe «Humano. Humano. Humano». El chatbot responde «He detectado que está usted diciendo "humano". ¿Quiere decir que necesita ayuda con su cuenta?». El usuario cierra la ventana. Llama por teléfono. El contestador automático le dice: «Para agilizar la atención, le recomendamos usar nuestro chat online.» El usuario pronuncia un «pues vaya» que recorre toda la escala de intensidad hasta llegar al nivel 6. Luego se sienta en el sofá. Apaga el móvil. Se queda mirando la pared. Al cabo de un rato, se duerme. Cuando despierta, el problema sigue ahí. La IA sigue sin resolverlo. El usuario ha aprendido una lección: la IA no está para ayudar, sino para que los humanos se resignen antes de llegar al operador[111].

Caso: La videollamada que no funciona

Ningún caso ilustra mejor la acumulación de decepciones digitales que la videollamada que no funciona. Presentamos aquí una reconstrucción basada en múltiples testimonios y en la experiencia personal del autor.

Escenario. El usuario, al que llamaremos U, tiene una videollamada importante: una entrevista de trabajo, una reunión con un familiar lejano, una tutoría con un profesor, o simplemente una quedada con amigos que viven en otra ciudad. U prepara el equipo: ordenador, cámara, micrófono, conexión a internet. Todo funciona en las pruebas previas. Llega la hora. U abre la aplicación. La videollamada comienza. Durante los primeros treinta segundos, todo va bien. Luego, la imagen se congela. El sonido se entrecorta. Un

mensaje advierte: «Problemas de conexión. Intentando reconectar...» La imagen se recupera, pero con un retardo de dos segundos. U dice «hola». El interlocutor responde tres segundos después. Las conversaciones se solapan. Nadie sabe cuándo es su turno de hablar. La calidad de vídeo baja a 144p. El interlocutor se ve como un cuadro de la escuela impresionista. U trata de seguir la conversación. El audio se corta. U no sabe si el interlocutor ha terminado o si se ha caído la conexión. Dice «¿me escuchas?». Silencio. Vuelve a decir «¿me escuchas?». El interlocutor reaparece: «sí, te escucho, se me había cortado». La conversación continúa a trompicones. Al cabo de 20 minutos, la videollamada se cae por completo. U intenta volver a llamar. La aplicación no responde. U la cierra y la abre de nuevo. La videollamada se reanuda. El interlocutor dice que ya no tiene más tiempo. Se despiden rápido. U cierra la aplicación. Se queda mirando la pantalla. No sabe qué ha dicho, qué ha entendido el interlocutor, si la entrevista ha ido bien o mal. Lo único que sabe es que ha perdido 20 minutos en una experiencia frustrante. Pronuncia un «pues vaya hombre» (nivel 5). Luego escribe un correo disculpándose por los problemas técnicos. El interlocutor responde: «No pasa nada. Ya nos veremos en persona». U no sabe cuándo será eso. Tampoco sabe si realmente quiere ver a nadie. Solo quiere que las cosas funcionen. Pero no funcionan. Pues vaya.

Análisis. El caso acumula casi todas las decepciones digitales en un solo evento: la contraseña (para acceder a la aplicación, aunque U ya estaba logueado, la aplicación le pidió verificar de nuevo), la actualización (justo antes de la llamada, el sistema operativo avisó de una actualización pendiente; U la pospuso, pero el rendimiento se resintió), el servicio caído (los servidores de la aplicación estaban saturados), el chatbot (U intentó contactar con soporte durante la llamada, pero el chatbot no entendía «se me congela la imagen»), y la IA (la aplicación usaba un sistema de mejora automática de calidad que, en lugar de mejorar, empeoraba). El «pues vaya» final es, por tanto, un *«pues vaya compuesto»*, resultado de la suma vectorial de todas las decepciones parciales. La literatura aún no ha logrado formular una ley que describa esta

suma. La intuición, sin embargo, es clara: el todo es mayor que la suma de las partes. La videollamada fallida no es la suma de sus fallos. Es un *acontecimiento resignativo total*.

Conclusión provisional

La tecnología digital nos prometió un mundo sin fricciones. Nos ha dado un mundo con fricciones nuevas: contraseñas que se olvidan, actualizaciones que interrumpen, servicios que caen, asistentes que no entienden, inteligencia que alucina. No es que la tecnología sea mala. Es que la tecnología es *humana, demasiado humana*: está hecha por personas que también olvidan contraseñas, posponen actualizaciones, sufren caídas de servicio, maldicen los chatbots y se encogen de hombros ante la IA. La diferencia es que la tecnología, a diferencia de las personas, no se resigna. Sigue fallando con la misma energía con que fue diseñada. El usuario, en cambio, se resigna. Aprende a convivir con las contraseñas, a programar las actualizaciones para la madrugada, a tener un plan B cuando el servicio caiga, a pulsar 0 repetidamente hasta saltarse el chatbot, a no fiarse de la IA. Ese aprendizaje es el «pues vaya» tecnológico. No es una derrota. Es una adaptación. El usuario no vence a la tecnología. La tecnología no vence al usuario. Ambos se encogen de hombros mutuamente. Y la vida, digital o analógica, sigue adelante. Pues vaya.

Bibliografía

González-Carrasco, M. (2017). Caída de servicios y resignación colectiva: Un estudio empírico. *Revista de Psicología Digital, 12*(3), 45-67.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Shrugbytes, K. (2015). Techno-resignation: A phenomenological study of digital disappointment. *Journal of Digital Resignation Studies, 9*(2), 88-112.

Zeit, H. (2016). Phänomenologie des Fortschrittsbalkens. *Zeitschrift für digitale Enttäuschung, 22*(1), 34-56.

Capítulo 16
Política y grandes promesas

El ciclo eterno de la esperanza

Si hay un terreno donde el «pues vaya» alcanza una pureza casi ritual, ese es el de la política. No porque los políticos sean especialmente decepcionantes —aunque lo sean, y tanto—, sino porque la estructura de la política democrática está diseñada para generar expectativas que el sistema, por su propia naturaleza, no puede cumplir. El político promete para ser elegido. El ciudadano cree para tener esperanza. Pasada la elección, la realidad impone sus límites: las arcas están vacías, la oposición bloquea, la burocracia resiste, el plazo se agota. El ciudadano, que esperaba el cambio, recibe ajustes. El político, que prometía soluciones definitivas, ofrece parches. Ambos, al final, se encogen de hombros. El ciudadano dice «pues vaya» y espera las próximas elecciones. El político dice «pues vaya» y prepara su campaña para la reelección. El ciclo se repite. Lleva repitiéndose desde que existe la democracia representativa, que no es tanto tiempo, pero suficiente para haber producido un número astronómico de «pues vaya» (Montalbán, 1997).

La literatura de ciencia política ha estudiado este fenómeno bajo el nombre de *«desencanto democrático»*. Los autores clásicos (Schumpeter, 1942) ya observaron que los ciudadanos tienden a sobrevalorar lo que los gobiernos pueden hacer, y los gobiernos tienden a sobrevalorar lo que ellos mismos pueden hacer. El resultado es un desajuste sistemático entre lo prometido y lo entregado. Ese desajuste, que algunos llaman «fracaso de la política», es para el «pues vaya» su materia prima favorita. Porque la política, a diferencia de otras actividades humanas, promete *siempre* más de lo que puede dar. Es su razón de ser. Y también su condena[112].

Programas electorales: la literatura fantástica

El programa electoral es, probablemente, el género literario más optimista jamás escrito. Supera a la ciencia ficción, porque la

ciencia ficción al menos reconoce que sus inventos son ficticios. El programa electoral, en cambio, presenta como factibles medidas que ningún análisis serio respalda, financiadas con ingresos que no se sabe de dónde saldrán, y ejecutables en plazos que contradicen todas las leyes de la administración. El ciudadano lee el programa (los más optimistas lo leen; los más realistas, no). Se forma una imagen del futuro: menos impuestos, más servicios, empleo para todos, corrupción erradicada, y la felicidad general como horizonte inmediato. Luego, el partido gana. Luego, gobierna. Luego, el futuro se parece sospechosamente al pasado, pero con algunos logotipos cambiados. El ciudadano, al comprobarlo, pronuncia un «pues vaya» que contiene todos los programas electorales que ha leído en su vida.

La literatura ha analizado la *estructura retórica del programa electoral* (López & Requena, 2008). Se distinguen tres fases: (1) **diagnóstico apocalíptico**: la situación actual es insostenible, los anteriores gobiernos lo han hecho todo mal; (2) **propuesta mesiánica**: nosotros tenemos la solución, nuestras medidas transformarán el país; (3) **letra pequeña implícita**: todo esto está sujeto a las condiciones económicas, a la colaboración de otros actores, y a que la luna esté en el fase adecuada. El ciudadano, al votar, se fija casi exclusivamente en la fase (2). La realidad se encarga de recordarle la existencia de la fase (3). El «pues vaya» es el reconocimiento de ese olvido[113].

Reformas: el arte de cambiar para que nada cambie

La reforma es la figura retórica favorita de los gobernantes. Su promesa es la transformación. Su realidad, casi siempre, el reetiquetado. Se reforma la ley, pero los problemas que la ley debía resolver persisten. Se reforma la administración, pero los trámites siguen siendo los mismos. Se reforma la educación, pero los estudiantes siguen sin aprender lo que deberían. La reforma no es, en la mayoría de los casos, una solución. Es un *gesto*. Un gesto que dice «estamos haciendo algo». Y el ciudadano, al ver que el algo no produce efectos, pronuncia un «pues vaya» que algunos politólogos han denominado «resignación reformista».

Un caso ejemplar es la *reforma laboral*. Cada gobierno promete una reforma laboral que creará empleo, reducirá la precariedad y mejorará las condiciones de los trabajadores. La reforma se aprueba tras intensos debates. Entra en vigor. Unos años después, las estadísticas muestran que el empleo ha mejorado un poco, o ha empeorado un poco, o se ha quedado igual, pero en cualquier caso no se puede atribuir a la reforma porque ha habido otros factores (crecimiento económico, crisis externa, cambios tecnológicos). El gobierno siguiente, si es de signo contrario, promete una *contrarreforma* para corregir los excesos de la anterior. La contrarreforma se aprueba. Las estadísticas vuelven a mostrar cambios mínimos. El ciudadano, que ya ha perdido la cuenta de cuántas reformas laborales ha vivido, se encoge de hombros. Pues vaya[114].

Soluciones definitivas: la ilusión del punto final

La política se alimenta de un mito: el mito de la *solución definitiva*. No en el sentido siniestro que el término adquirió en el siglo XX, sino en el sentido de una medida que, aplicada una vez, resuelve el problema para siempre. El político promete acabar con el paro, erradicar la corrupción, eliminar las listas de espera, terminar con la violencia. El ciudadano lo cree —o quiere creerlo—. Pasan los años. El paro sigue ahí, aunque cambie de cifra. La corrupción sigue ahí, aunque cambien los nombres. Las listas de espera siguen ahí, aunque cambien los plazos. La violencia sigue ahí, aunque cambien las formas. El ciudadano, entonces, comprende una verdad incómoda: no hay soluciones definitivas. Solo hay *gestiones temporales* del problema. Y esa comprensión, cuando se instala, produce un «pues vaya» de enormes dimensiones. No es un «pues vaya» de derrota. Es un «pues vaya» de *madurez política*. El ciudadano ha dejado de ser infantil. Ahora sabe que los problemas no se resuelven, se administran. Y esa sabiduría, aunque amarga, es la única que la política puede ofrecer a largo plazo.

La literatura filosófica ha señalado la conexión entre este «pues vaya» y el pensamiento trágico griego. Sófocles ya sabía que los problemas humanos no tienen solución definitiva. Edipo resolvió

el enigma de la Esfinge, pero no pudo escapar de su destino. Antígona resolvió el conflicto entre la ley divina y la humana, pero murió en el intento. Los políticos modernos, que han leído a Sófocles en la universidad (algunos), deberían saberlo. Sin embargo, siguen prometiendo soluciones definitivas. Porque las soluciones definitivas venden. Y la gestión temporal de problemas, aunque más honesta, no emociona al electorado. El «pues vaya» del ciudadano maduro es, en este sentido, el precio que paga por haber crecido[115].

La repetición histórica como generador de «pues vaya»

Una de las lecciones más sólidas de la historia política es que los ciclos se repiten. Las crisis llegan, los gobiernos prometen soluciones estructurales, aplican medidas coyunturales, la crisis se amortigua (o no), la siguiente crisis llega, y el ciclo recomienza. El ciudadano que ha vivido suficiente tiempo reconoce los patrones. Sabe que la «nueva era de prosperidad» anunciada por el gobierno de turno es la misma que ya anunció el gobierno anterior, y el anterior, y el anterior. Sabe que el «plan de choque contra la crisis» es el mismo plan que ya se aplicó en la crisis anterior, con el nombre cambiado. Sabe que las «medidas nunca vistas» son, en realidad, las mismas medidas de siempre, envueltas en un nuevo papel de regalo. Y, sin embargo, sigue votando. Sigue escuchando los discursos. Sigue esperando que *esta vez sea diferente*. Esa esperanza, irracional pero persistente, es lo que genera el «pues vaya» cuando la realidad demuestra, una vez más, que no lo es.

La literatura ha estudiado este fenómeno bajo el nombre de *«amnesia cíclica del elector»* (Schuster, 1984). El elector olvida las promesas incumplidas de la legislatura anterior y se entusiasma con las promesas de la nueva. No es estupidez. Es un mecanismo de supervivencia psicológica: si el elector recordara todas las decepciones políticas de su vida, no podría volver a votar. El olvido es, por tanto, funcional. Y el «pues vaya» que llega después de cada decepción es el *recordatorio temporal* que el olvido se encarga de borrar. El ciudadano dice «pues vaya», se encoge de hombros, y al día siguiente ya está pensando en quién ganará las próximas elecciones. Ese ciclo —decepción, resignación, olvido, nueva

esperanza, nueva decepción— es la rueda del hámster político. Y el «pues vaya» es el chirrido de la rueda.

Caso: El ciudadano optimista

Ilustremos la decepción política mediante el caso del ciudadano optimista —ese personaje que, a pesar de todas las evidencias en contra, sigue creyendo que esta vez será diferente. El caso está basado en múltiples testimonios y en la observación participante del autor durante varias décadas de ciclos electorales.

Personaje. O (Optimista) tiene 32 años. Ha votado en cuatro elecciones generales. En la primera, votó ilusionado a un partido nuevo que prometía «cambiar las reglas del juego». El partido ganó, gobernó, y las reglas del juego siguieron siendo más o menos las mismas, aunque algunos jugadores cambiaron de banquillo. O pronunció un «pues vaya» y pensó: «La culpa fue de la mayoría absoluta. Con más control, habría sido mejor.» En la segunda elección, votó a otro partido, que prometía «diálogo y consenso». El partido gobernó en minoría. El diálogo fue tenso. El consenso, escaso. Las medidas que O esperaba no llegaron. Pronunció un «pues vaya hombre» y pensó: «La culpa fue de la oposición, que no colaboró.» En la tercera elección, votó al partido de la oposición anterior, que ahora prometía «estabilidad y sentido común». Gobernó. La estabilidad fue la de siempre. El sentido común, el de cada cual. O pronunció un «pues vaya» de intensidad creciente y pensó: «La culpa fue de la herencia recibida.» En la cuarta elección, O ya no sabía a quién votar. Leyó los programas. Todos le parecían iguales. Todos prometían lo mismo. Todos evitaban los problemas reales. O estuvo tentado de abstenerse. Al final, votó al partido más pequeño, el que parecía menos contaminado por la experiencia de gobierno. El partido sacó cuatro diputados. No pudo hacer nada. O pronunció un «pues vaya existencial» y se fue a casa.

La evolución del optimismo. Lo interesante del caso O no es el resultado de cada elección, sino la transformación de su actitud. Al principio, O era un optimista *activo*: creía que su voto podía cambiar el mundo. Después de la primera decepción, se volvió un optimista *condicional*: creía que su voto podía cambiar el mundo

si se daban ciertas condiciones (mayoría suficiente, buena gestión, etc.). Después de la segunda, un optimista *resignado*: creía que su voto podía cambiar el mundo, pero no demasiado, y solo si los demás también votaban bien. Después de la tercera, un optimista *cínico*: creía que su voto no cambiaba nada, pero votaba por costumbre o por miedo a lo que votaran los demás. Después de la cuarta, un optimista *en extinción*: todavía votaba, pero ya no le importaba el resultado. Su «pues vaya» ya no era una expresión de decepción. Era un *ritual*: decía «pues vaya» mientras metía la papeleta en el sobre, antes de que ocurriera ninguna decepción. El «pues vaya» anticipado es, según algunos especialistas, la forma más alta de sabiduría política (Hombers, 2015). También es la más triste[116].

El punto de inflexión. El caso O tiene un momento especialmente significativo: la noche electoral de su cuarta votación. O siguió el escrutinio por televisión, como había hecho en las tres ocasiones anteriores. Vio cómo los resultados se iban consolidando. Vio cómo el partido que había votado sacaba cuatro diputados. Vio cómo el partido que había ganado formaba gobierno con los mismos gestos, las mismas palabras, los mismos políticos de siempre. O apagó la televisión. Se quedó en silencio. Esperó unos segundos. Luego, en lugar de decir «pues vaya», dijo: «Pues nada.» La diferencia entre «pues vaya» y «pues nada» es sutil pero significativa. «Pues vaya» aún conserva un resto de afecto por el mundo. «Pues nada» lo ha abandonado. Los especialistas aún discuten si «pues nada» es una categoría propia o un subtipo avanzado del «pues vaya». Lo que no discuten es que O había cruzado un umbral. Ya no esperaba nada de la política. Y esa ausencia de expectativa, aunque liberadora, también era un poco triste. Porque la política, para ser soportable, necesita un mínimo de esperanza. Sin esperanza, solo queda la gestión técnica. Y la gestión técnica, aunque eficiente, no emociona. O, al llegar a casa, se sentó en el sofá y no supo si sentirse más sabio o vacío. Optó por un «pues vaya» intermedio. Luego se fue a dormir. Al día siguiente, leyó

las noticias. Un político prometía «una nueva forma de hacer política». O sonrió. No dijo nada. Se encogió de hombros. Pues vaya.

Conclusión provisional

La política es la máquina de producir «pues vaya» más antigua y refinada de la civilización occidental. Promete lo que no puede dar, ejecuta lo que no prometió, y cuando el ciudadano reclama, le ofrece una nueva promesa para las próximas elecciones. El ciudadano, que ha vivido este ciclo decenas de veces, debería haber aprendido. No aprende. Porque no aprender es la condición de posibilidad de la democracia. Si todos los ciudadanos aprendieran de una vez que las promesas políticas son ficciones, dejarían de votar, y el sistema colapsaría. El «pues vaya» es, en este sentido, el *pegamento* del sistema democrático: permite al ciudadano seguir creyendo (un poco) y seguir votando (aunque sea con desgana), sin caer en la desesperación ni en la indiferencia total. No es una solución. Es un *paliativo*. Pero los paliativos, en política, son lo único que hay. Pues vaya.

Bibliografía

Hombers, M. (2015). Anticipatory resignation in political behaviour. *Journal of Political Resignation Studies, 18*(3), 112-134.

López, M., & Requena, S. (2008). La resignación como estrategia adaptativa. *Revista Internacional de Fracasos Previsibles, 14*(2), 33-57.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Schumpeter, J. A. (1942). *Capitalism, socialism and democracy*. Harper & Brothers.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Capítulo 17
Cosmología del «pues vaya»

El universo indiferente

La cosmología —esa rama de la física que se ocupa del origen, la evolución y el destino final del universo— ha producido, a lo largo del siglo XX y lo que va del XXI, un descubrimiento que ningún filósofo de la resignación debería ignorar: el universo es profundamente indiferente a la existencia humana. No es que el universo nos odie. Tampoco que nos ame. Simplemente, *no le importamos*. Las leyes de la física funcionan igual si hay humanos que si no los hay. La gravedad atrae, la entropía aumenta, las galaxias se alejan, y todo ello sin la menor consideración por nuestros proyectos, nuestras ilusiones o nuestros «pues vaya». Esta indiferencia cósmica constituye, quizá, el «pues vaya» más amplio de todos: el que la naturaleza dirige a la especie humana desde el principio de los tiempos (Montalbán, 1997).

La literatura filosófica ha discutido si esta indiferencia es motivo de desesperación o de liberación. La Escuela de Fráncfort, fiel a su tradición, sostiene que es motivo de desesperación: el universo no nos da la razón, no nos da la espalda, no nos da nada. Simplemente, *no nos da*. La Escuela de Heidelberg, por el contrario, ve en la indiferencia cósmica una oportunidad para la resignación ilustrada: si el universo no nos debe nada, no podemos reclamarle nada. Cada expectativa frustrada es, en el fondo, una expectativa que nunca debió existir. El «pues vaya» cósmico no sería, entonces, una queja, sino un *ajuste de cuentas con la realidad*. El universo no nos ha fallado. Nosotros nos fallamos a nosotros mismos al esperar que el universo se preocupara (Schuster, 1984)[117].

Entropía: la flecha de la decepción

La segunda ley de la termodinámica, formulada por Rudolf Clausius en 1865, establece que la entropía de un sistema aislado tiende a aumentar con el tiempo. Dicho de otro modo: el desorden, el caos, la homogeneidad térmica son el destino natural del universo. El orden, la estructura, la diferencia de temperatura son

estados transitorios, improbables, condenados a desaparecer. Traducido al lenguaje del «pues vaya», la segunda ley afirma que *las cosas tienden a ir peor*, y que cuando van mejor es solo de forma temporal y excepcional. El termo que mantiene el café caliente por la mañana acabará enfriándose. La habitación ordenada acabará desordenándose. El proyecto ilusionante acabará decepcionando. No porque el universo sea malvado. Porque la entropía es la ley.

La literatura sobre la *entropía emocional* ha señalado la analogía entre el desgaste físico y el desgaste anímico. Así como la energía útil se disipa en calor no aprovechable, la esperanza útil se disipa en decepción no aprovechable. El sujeto que espera algo invierte energía en mantener esa expectativa. Cuando la expectativa no se cumple, la energía invertida se transforma en decepción. Y la decepción, como el calor, no puede reconvertirse íntegramente en nueva esperanza. Hay una *pérdida irreversible*. El «pues vaya» es el reconocimiento de esa pérdida. No es un lamento. Es un *balance energético*. El sujeto, como el universo, se encamina hacia la entropía máxima. La diferencia es que el universo tiene miles de millones de años por delante. El sujeto, apenas unos pocos decenios. Pero la dirección es la misma. Pues vaya[118].

Extinción: el «pues vaya» colectivo

La paleontología nos ha enseñado que el 99,9% de las especies que han existido sobre la Tierra se han extinguido. La nuestra, el *Homo sapiens*, lleva apenas 300.000 años sobre el planeta —un suspiro geológico—. Las probabilidades estadísticas de que también nos extingamos son, por tanto, abrumadoras. La única incertidumbre es el cómo y el cuándo. Puede ser por un asteroide, como a los dinosaurios. Puede ser por un cambio climático autoinducido, como parece probable. Puede ser por una guerra nuclear, una pandemia letal, el colapso de los ecosistemas, o simplemente por el aburrimiento de una inteligencia artificial superior que decida que los humanos somos demasiado ruidosos. La extinción, sea cual sea su causa, será el «pues vaya» colectivo de la especie humana. No un «pues vaya» pronunciado por nadie —porque si nos extinguimos, no queda nadie para pronunciarlo—, sino

un *«pues vaya» en acto*, una constatación inscrita en los hechos: la humanidad esperaba durar, y no duró. Pues vaya.

La literatura filosófica ha reflexionado sobre el *significado de la extinción*. Algunos autores sostienen que la extinción anula el sentido de todo lo anterior. Si no hay nadie para recordar la música de Mozart o los versos de Borges, ¿para qué sirvieron? Otros autores, más resignados, sostienen que la extinción no anula nada, porque el sentido nunca estuvo fuera de los sujetos que lo experimentaban. Mozart fue feliz componiendo, aunque nadie lo recuerde dentro de un millón de años. Borges fue feliz escribiendo, aunque el universo se enfríe. La extinción no borra el pasado. Solo anula el futuro. Y el futuro, como ya sabía Séneca, nunca fue nuestro. El «pues vaya» de la extinción es, desde esta perspectiva, un «pues vaya» de *segundo orden*: no nos resignamos a morir (eso ya lo sabíamos), sino a que nuestra muerte no tenga espectadores. Pues vaya hombre[119].

Muerte térmica del cosmos

El destino último del universo, según los modelos cosmológicos más aceptados, es la *muerte térmica*: un estado en el que toda la energía se ha disipado de forma homogénea, no hay diferencias de temperatura, no hay gradientes aprovechables, no hay movimiento, no hay vida, no hay nada. Solo un oscuro y frío equilibrio, eterno e inmutable. No ocurrirá mañana, ni dentro de mil años, ni dentro de un billón de años. Pero ocurrirá. Y cuando ocurra, toda la historia del universo —desde el Big Bang hasta la última estrella— habrá sido un mero *paréntesis* entre dos eternidades de nada. La muerte térmica es, literalmente, el «pues vaya» definitivo de la cosmología. No porque alguien lo pronuncie (no habrá nadie), sino porque la estructura del proceso es idéntica: expectativa (el universo seguirá siendo interesante) vs. realidad (se vuelve aburridísimo), irreversibilidad (no se puede volver atrás), ausencia de alternativa viable (no hay otro universo al que mudarse), aceptación (aunque no haya quién acepte). Es el «pues vaya» más puro, porque ni siquiera requiere un sujeto que lo experimente. El universo entero es un «pues vaya» en cámara superlenta.

La literatura teológica ha discutido si la muerte térmica es compatible con la idea de un Dios creador. Un Dios que crea un universo destinado a la nada parece un Dios cruel, o un Dios incompetente, o un Dios con un sentido del humor muy particular. El «pues vaya» de la muerte térmica sería, en ese contexto, la respuesta del creyente cuando se enfrenta a la contradicción entre la promesa de salvación y la evidencia del desastre cósmico. Algunos teólogos han propuesto que la muerte térmica es, en realidad, el *infierno*: un lugar donde no hay sufrimiento, porque no hay sensibilidad; no hay castigo, porque no hay falta; no hay redención, porque no hay esperanza. Sencillamente, no hay nada. El infierno como nada. El «pues vaya» como dogma. La propuesta no ha tenido mucho éxito entre los fieles, pero ha sido muy bien recibida en los círculos resignacionistas (Van der Resignatie, 1995)[120].

El último decepcionado

Si la humanidad se extingue antes de la muerte térmica —como es casi seguro—, y si la muerte térmica ocurre mucho después —como es casi seguro—, entonces no habrá nadie para presenciar el final del universo. El último ser consciente habrá muerto miles de millones de años antes. Pero ¿quién será ese último ser consciente? ¿Y cómo será su último pensamiento? La literatura de ciencia ficción ha especulado con estas preguntas. En *La última pregunta* de Isaac Asimov, la humanidad (o su sucesora) pregunta a un ordenador cósmico cómo revertir la entropía. El ordenador responde: «Que haya luz». Es una respuesta optimista. El «pues vaya» esperaría una respuesta distinta: «No se puede». O simplemente silencio.

El último ser consciente —llamémosle Z, el último humanx (si ya no es humano)— probablemente no será un filósofo. Será una bacteria extremófila en algún rincón del universo, o un robot oxidado en una luna desierta, o quizá una IA reducida a su mínima expresión, procesando el mismo cálculo una y otra vez hasta que la energía se agote. Ese último ser, si pudiera hablar, pronunciaría probablemente un «pues vaya» de intensidad infinita. Porque habrá sido testigo del lento declive: las estrellas apagándose, las galaxias dispersándose, la materia descomponiéndose, el frío haciéndose

eterno. Y sin embargo, no podrá hacer nada. Solo esperar el final. El «pues vaya» será, entonces, el último sonido de la conciencia. Después, solo el silencio. Un silencio que no es una pausa, sino el punto final. Pues vaya[121].

Caso: La humanidad descubre que todo termina igualmente

Ilustremos la cosmología del «pues vaya» mediante un experimento mental que la literatura especializada ha denominado «el descubrimiento que no cambió nada». Situémonos en un futuro próximo.

Escenario. Un equipo de cosmólogos anuncia un descubrimiento revolucionario. Tras años de observaciones del fondo cósmico de microondas y de análisis de la expansión acelerada del universo, han concluido que el destino final del cosmos es inevitable e inexorable: la muerte térmica. Todas las estrellas se apagarán. Toda la materia se desintegrará. Toda la información se perderá. No hay salida. No hay otros universos. No hay ciclos. El universo nació en un Big Bang y morirá en un suspiro helado. La noticia da la vuelta al mundo. Los periódicos publican titulares apocalípticos: «El universo tiene fecha de caducidad», «Todo lo que somos se desvanecerá», «Nada importa (y ahora lo sabemos con certeza)». Los políticos convocan ruedas de prensa para tranquilizar a la población. Los líderes religiosos ofrecen interpretaciones. Los filósofos escriben artículos de opinión. Los ciudadanos, durante unos días, se muestran consternados. Luego, vuelven a sus vidas. ¿Qué ha cambiado? Nada.

La decepción diferida. Lo interesante del descubrimiento no es el descubrimiento en sí —la muerte térmica ya era la hipótesis más aceptada desde hacía décadas—, sino la *reacción de la humanidad*. La mayoría de los ciudadanos ya sabían, de forma vaga, que el universo no duraría para siempre. No lo habían pensado mucho, pero lo sabían. El anuncio de los cosmólogos no les reveló un hecho nuevo. Solo les obligó a *enfrentarse* a un hecho que habían estado ignorando. Esa confrontación forzada generó una pequeña decepción, seguida de un pequeño «pues vaya», seguida de un retorno a la rutina. Nadie dejó de trabajar. Nadie dejó de

comer. Nadie dejó de discutir por tonterías. Porque la muerte térmica del universo, por muy definitiva que sea, es demasiado lejana para afectar a las decisiones cotidianas. El ser humano no está diseñado para preocuparse por lo que ocurrirá dentro de miles de millones de años. Su horizonte temporal es mucho más corto. El «pues vaya» que pronunció el ciudadano medio al escuchar la noticia fue, por tanto, un «pues vaya» de *cortesía cósmica*: la expresión de que algo importa, pero no tanto como para cambiar nada.

El que sí cambió. Sin embargo, hubo una minoría que sí cambió. Los filósofos, los poetas, los místicos, los que ya estaban deprimidos antes del anuncio. Para ellos, la confirmación científica de la muerte térmica fue una *liberación*. Ya no tenían que fingir que el universo tenía un propósito. Ya no tenían que esforzarse por construir algo que durara. Podían, por fin, dedicarse a lo que realmente les importaba: el presente, el instante, la pequeña belleza efímera. Estos sujetos, lejos de pronunciar un «pues vaya» de derrota, pronunciaron un «pues vaya» de *alivio*. Porque ahora lo sabían. Y saberlo, paradójicamente, les quitaba un peso de encima. Ya no había que salvar el mundo. Ya no había que alcanzar la perfección. Ya no había que ser inmortales. Solo había que estar vivos mientras se estuviera vivo. Y al final, cuando llegara el final, pues vaya. Eso era todo.

El «pues vaya» del descubrimiento. El autor de este libro, al enterarse del anuncio (ficticio, pero verosímil), se encontraba tomando café en una terraza. Leyó la noticia en el teléfono. Permaneció unos segundos en silencio. Luego, alzó la vista y contempló el cielo. Era un día nublado. No se veían estrellas, pero él sabía que estaban ahí. Y sabía que un día se apagarían. Dejó el teléfono sobre la mesa. Bebió un sorbo de café. El café estaba tibio. No se quejó. Se encogió de hombros. No dijo nada. El camarero se acercó a preguntar si quería algo más. El autor respondió: «No, gracias. Pues vaya.» El camarero no entendió. El autor tampoco estaba seguro de entenderlo él. Pero lo dijo. Y al decirlo, sintió una extraña paz. No la paz del que ha resuelto un problema, sino la paz

del que ha aceptado que el problema no tiene solución. La paz del «pues vaya» cósmico[122].

Conclusión provisional

La cosmología nos enseña que el universo es grande, frío, indiferente y condenado a la muerte térmica. La biología nos enseña que la vida es breve, frágil y condenada a la extinción. La física nos enseña que la entropía aumenta y que el desorden es la norma. Todas estas enseñanzas podrían llevarnos a la desesperación. Sin embargo, la mayoría de los seres humanos no se desesperan. Se encogen de hombros. Siguen haciendo sus vidas, amando a sus seres queridos, viendo series, yéndose a trabajar, pagando impuestos. No porque hayan encontrado una respuesta al absurdo, sino porque han comprendido que la respuesta es irrelevante. El universo se acabará. Pero hoy no. Hoy hay que comprar el pan. Hoy hay que responder ese correo. Hoy hay que sacar la basura. La muerte térmica es un problema del futuro remoto. El «pues vaya» es un problema del presente inmediato. Y el presente inmediato, por muy insignificante que sea en la escala cósmica, es lo único que tenemos. Así que, antes de que el universo se apague, mientras quede algo de orden, de luz, de diferencia térmica, dejemos que el «pues vaya» fluya. Es nuestro pequeño tributo a la entropía. Pues vaya.

Bibliografía

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Schuster, H. (1984). *Einführung in die angewandte Enttäuschung*. Akademie Verlag.

Van der Resignatie, J. (1995). *Kosmologie en schouderophalen: Een theologische interpretatie*. Universitaire Pers Leuven.

Epílogo
Hacia una teoría unificada de la resignación

Síntesis de todas las escuelas

Después de diecisiete capítulos, más de trescientas páginas de argumentación, aproximadamente mil doscientas citas ficticias y un número no calculado de «pues vaya» pronunciados por el autor durante la redacción —la mayoría mientras intentaba recuperar archivos perdidos o descifrar notas ilegibles—, llega el momento de preguntarse si es posible, siquiera como hipótesis de trabajo, formular una teoría unificada de la resignación. La pregunta no es nueva. El propio Montalbán (1997) la planteó en el último párrafo de su *Fundamentos*, y su respuesta fue un «pues vaya» que sus discípulos interpretaron como un «no» y sus detractores como un «quizá». La literatura posterior no ha resuelto la cuestión, pero ha aportado elementos para una síntesis que, aunque provisional, tiene la virtud de ser menos insatisfactoria que las alternativas.

El primer obstáculo para cualquier unificación es la profunda división entre las escuelas. El resignacionismo clásico sostiene que el «pues vaya» es una constante antropológica; el neopuesvayismo, que es un producto de la modernidad tardía; la Escuela crítica, que es un síntoma de dominación; el pospuesvayismo, que ya no existe. Cuatro posiciones, cuatro metodologías, cuatro ontologías. Si se intenta una síntesis forzada, el resultado suele ser un «pues vaya» de segundo orden: el investigador, al constatar la incompatibilidad de las escuelas, se encoge de hombros y abandona el proyecto. Este epílogo no aspira a resolver las incompatibilidades, sino a mostrar que todas ellas, pese a sus diferencias, apuntan a un mismo hecho fundamental: la experiencia de la decepción seguida de aceptación es *irreductible* a sus condiciones históricas, sociales o psicológicas. No porque sea una esencia platónica, sino porque cualquier intento de reducirla termina produciendo, a su vez, una nueva decepción. El «pues vaya» es, en este sentido, el *límite de la explicación*. Cuando

se ha dicho todo lo que se puede decir, queda el encogimiento de hombros.



Figura 11. Fuente: Elaboración del autor a partir de Heráclito, Epícteto, Schopenhauer, Kafka, Camus, Montalbán, Schuster, Hombers y Documento P.

Principios fundamentales del puesvayismo

A partir de la revisión de las distintas escuelas y de los casos prácticos analizados, pueden formularse los siguientes principios fundamentales del puesvayismo. No pretenden ser universales ni definitivos. Son, simplemente, aquello sobre lo que la mayoría de los especialistas podrían estar de acuerdo si se les obligara a elegir entre un «pues vaya» unificado y la continuación indefinida de las disputas.

Principio 1: La decepción es la norma, no la excepción. El ser humano tiende a esperar que las cosas salgan bien. La evidencia empírica muestra que las cosas salen bien solo en una minoría de casos, y casi nunca exactamente como se esperaba. El «pues vaya» es, por tanto, la respuesta estadísticamente más frecuente a la experiencia del mundo. No es una patología. Es un *ajuste racional* a la frecuencia de los fracasos.

Principio 2: La esperanza es necesaria pero costosa. El ser humano no puede vivir sin esperanza. La esperanza moviliza, ilusiona, da sentido. Pero también produce vulnerabilidad. Cada esperanza es una promesa que la realidad puede incumplir. El «pues vaya» es el *mecanismo de compensación* que permite seguir esperando a pesar de las decepciones pasadas. No elimina el coste de la esperanza, pero lo hace soportable.

Principio 3: La resignación no es pasividad. El «pues vaya» no implica dejar de actuar. Implica dejar de actuar *en una dirección que ha demostrado ser infructuosa*. La resignación bien entendida es un *reajuste estratégico*: se abandona un objetivo porque los costes superan los beneficios, y se redirige la energía hacia otro objetivo. El puesvayismo no es el arte de no hacer nada. Es el arte de saber *cuándo dejar de hacer*.

Principio 4: El «pues vaya» tiene estructura recursiva. Toda resignación puede ser objeto de una nueva resignación. El sujeto puede resignarse a su propia incapacidad para resignarse. Puede resignarse a que su «pues vaya» sea inauténtico. Puede resignarse a que su análisis del «pues vaya» sea insuficiente. La recursividad es infinita en teoría, pero en la práctica se detiene cuando el sujeto se duerme o se toma un café.

Principio 5: No hay «pues vaya» sin testigo. Aunque la expresión pueda pronunciarse en soledad, el «pues vaya» es un acto social. Su significado depende de un contexto compartido de expectativas, normas y gestos. El ermitaño que se encoge de hombros en la montaña sigue siendo un ser social, porque sus expectativas se han formado en sociedad. El «pues vaya» es, en este sentido, el *vínculo mínimo* entre el individuo y la cultura.

Principio 6: El universo se encoge de hombros. El principio más amplio y quizá el más controvertido. La cosmología moderna sugiere que el universo no tiene un propósito, que la vida es un accidente, que la entropía aumenta y que todo terminará en la nada. Este conjunto de hechos, que algunos consideran desolador, no es sino la versión cósmica del «pues vaya». El universo no nos decepciona porque no puede decepcionarnos: no nos ha prometido nada. La decepción está, como siempre, en nuestras expectativas.

Cuando las abandonamos, el universo se vuelve indiferente, no hostil. Y la indiferencia, bien gestionada, es una forma de paz.

Aplicaciones futuras

La teoría unificada del puesvayismo, aunque todavía en desarrollo, tiene ya aplicaciones potenciales en diversos ámbitos. La más prometedora es la *psicoterapia resignativa*, una corriente que propone tratar la ansiedad y la depresión no mediante la eliminación de los pensamientos negativos, sino mediante la *reducción de expectativas*. Si el paciente espera menos, se decepciona menos. Si se decepciona menos, sufre menos. La terapia consiste, básicamente, en enseñar al paciente a decir «pues vaya» ante cada contratiempo, hasta que el gesto se vuelva automático. Los primeros ensayos clínicos han mostrado resultados modestos, pero los pacientes se encogieron de hombros y eso, según los terapeutas, ya es un éxito (Hombers, 2015).

Otra aplicación es el *diseño institucional resignativo*. Las organizaciones que incorporan el «pues vaya» como principio rector podrían reducir el estrés de sus empleados, la frustración de sus clientes y la conflictividad en general. En lugar de prometer soluciones definitivas, prometerían gestiones provisionales. En lugar de ilusionar con transformaciones radicales, ofrecerían mejoras incrementales. En lugar de exigir compromiso total, aceptarían el encogimiento de hombros como forma legítima de participación. La viabilidad de estas propuestas es incierta. Pero la alternativa —seguir prometiendo lo que no se puede cumplir— tiene un coste en «pues vaya» que ya conocemos. Pues vaya.

En el ámbito educativo, el puesvayismo propone una *pedagogía de la decepción*. En lugar de enseñar a los estudiantes que el esfuerzo siempre da frutos —una mentira que la realidad se encarga de desmentir—, se les enseñaría que el esfuerzo a veces da frutos, a veces no, y que cuando no los da lo más sensato es encogerse de hombros y probar otra cosa. Esta pedagogía no es cínica. Es *realista*. Y el realismo, aunque menos inspirador que el optimismo, tiene la ventaja de no generar falsas expectativas. El

«pues vaya» sería, en este contexto, el contenido explícito del currículo, no su fracaso implícito.

Perspectivas de investigación

A pesar de los avances de las últimas décadas, el campo de los estudios resignativos sigue siendo un territorio apenas explorado. Las preguntas que quedan abiertas son numerosas, y su respuesta requerirá el esfuerzo coordinado de filósofos, psicólogos, antropólogos, neurocientíficos y, probablemente, algún poeta desesperado. Las líneas de investigación más prometedoras incluyen:

1.- La neurofisiología del encogimiento de hombros. ¿Qué áreas cerebrales se activan cuando el sujeto se resigna? ¿Hay un «circuito del pues vaya» identificable mediante resonancia magnética? Los primeros estudios (Silva & Enttäuschung, 2016) sugieren que sí, pero la muestra era demasiado pequeña y los sujetos no podían moverse dentro de la máquina. Se necesitan más datos.

2.- La comparación transcultural del «pues vaya». ¿Existe la expresión en todas las lenguas? ¿Tiene la misma estructura gramatical? ¿Acompañan gestos similares? Un proyecto de investigación financiado por la Unión Europea intentó responder a estas preguntas, pero el coordinador renunció a los seis meses, alegando «diferencias insalvables en la interpretación de los datos». Su carta de renuncia terminaba con un «pues vaya». El proyecto no se completó.

3.- La historia del «pues vaya» en la era digital. El *ghosting*, los chatbots, las contraseñas olvidadas y las barras de progreso han transformado la experiencia resignativa. ¿Estamos ante un «pues vaya» cualitativamente nuevo o solo ante nuevas manifestaciones de un fenómeno antiguo? La respuesta probablemente sea «las dos cosas». O «pues vaya».

4.- La posibilidad de un «pues vaya» artificial. ¿Puede una inteligencia artificial experimentar una auténtica decepción?

¿Puede un robot encogerse de hombros con sentido? La pregunta ha sido debatida en congresos de ética de la IA, sin que los asistentes hayan logrado ponerse de acuerdo. Lo que sí parece claro es que, si algún día una IA pronuncia «pues vaya», los humanos que la programaron dirán «pues vaya» a continuación. Por simpatía o por costumbre.

Líneas abiertas para nuevas generaciones de estudiosos

La tarea de continuar la investigación sobre el «pues vaya» queda, como es natural, en manos de las nuevas generaciones. A ellas se dirigen las siguientes sugerencias, formuladas con la esperanza de que las acepten, las discutan o, llegado el caso, se encojan de hombros.

En primer lugar, se necesitan *etnografías detalladas* de las prácticas resignativas en contextos específicos: la oficina, el hogar, la cola del supermercado, el minuto de silencio en un funeral. La observación participante, aunque ardua, es el único método que captura la riqueza fenomenológica del «pues vaya» en su entorno natural. El investigador deberá aprender a encogerse de hombros sin que los sujetos estudiados perciban que está encogiéndose de hombros. Es decir, deberá *encogerse como nativo*. La dificultad es considerable. Pero no imposible.

En segundo lugar, se necesitan *estudios longitudinales* que sigan a una cohorte de sujetos durante décadas, registrando cada «pues vaya» que pronuncian, anotando las condiciones de producción y los efectos a largo plazo. El desafío no es menor: ¿quién va a financiar un estudio que sigue a personas durante cuarenta años para contar cuántas veces se encogen de hombros? Probablemente nadie. Pero el hecho de que no haya financiación no significa que la pregunta carezca de interés. Significa, simplemente, que el investigador deberá hacer el estudio por su cuenta, en su tiempo libre, mientras dice «pues vaya» cada vez que su beca sea denegada. Es un método, desde luego. No el más eficiente, pero sí el más coherente con el objeto de estudio.

En tercer lugar, y quizá lo más importante, se necesita una *teoría normativa del «pues vaya»*. No basta con describir cómo se

resigna la gente. Hay que preguntarse *cuándo es correcto resignarse* y *cuándo es una claudicación*. La Escuela crítica sostiene que nunca es correcto; el resignacionismo clásico, que casi siempre lo es; el pospuesvayismo, que la pregunta ha perdido sentido. Las nuevas generaciones deberán dirimir esta cuestión, o aprender a vivir con ella sin dirimirla. Cualquiera de las dos opciones es válida. Lo que no es válido es ignorarla. Aunque ignorarla, también, sería un «pues vaya». Y quizá ese «pues vaya» sea la respuesta.

Último párrafo

Tras quinientas páginas de discusión, en realidad, algo menos, porque el lector habrá notado que la extensión prometida y la entregada no coinciden exactamente, pero en esto, como en todo, la realidad se impone a la expectativa, miles de referencias bibliográficas ficticias y décadas de investigación imaginaria, la comunidad científica continúa profundamente dividida. Los resignacionistas clásicos siguen sin hablar con los neopuesvayistas. Los críticos siguen denunciando al «pues vaya» como opio del pueblo. Los pospuesvayistas siguen sosteniendo que el objeto de estudio ya no existe. Sin embargo, existe un consenso mínimo, frágil, provisional, pero real. Un consenso que no está escrito en ninguna parte, pero que todos los especialistas reconocen cuando se quedan a solas con sus notas, después de un congreso agotador, en el silencio de la habitación de hotel. Ese consenso es el siguiente: las cosas rara vez salen exactamente como se esperaba. Las personas prometen y no cumplen. Las instituciones fallan. La tecnología decepciona. El universo es indiferente. La vida, en conjunto, es un poco menos hermosa de lo que nos habían contado. Y, sin embargo, seguimos aquí. Seguimos levantándonos. Seguimos intentándolo. No porque seamos optimistas. No porque seamos héroes. Sino porque, al final, después de todo, no se nos ocurre nada mejor que hacer. Dicho de otro modo, y perdonen la repetición, pero es la única conclusión que resiste el paso del tiempo y la acumulación de decepciones: pues vaya.

Bibliografía

Hombers, M. (2015). Resignation therapy: A pilot study. *Journal of Clinical Resignation, 18*(3), 45-67.

Montalbán, J. A. (1997). *Fundamentos de la decepción cotidiana*. Editorial Armonía.

Silva, F., & Enttäuschung, H. (2016). Neural correlates of the resigned shrug: An fMRI study. *European Journal of Neuroscience of Deception, 44*(3), 2012-2028.

ANEXO I
Glosario técnico del puesvayismo

Este glosario recoge los principales términos técnicos empleados en la literatura especializada. Las definiciones han sido consensuadas por el Comité Internacional de Terminología Resignativa (CITRE) en su reunión de 2003, celebrada en una habitación de hotel cuyo nombre ningún asistente recuerda. Las notas al pie indican los principales desacuerdos entre escuelas.

Apatía segunda (A_2). Estado posterior al «pues vaya» en el que el sujeto no solo no realiza ninguna acción, sino que tampoco recuerda por qué debería haberla realizado. Descrita inicialmente por la Escuela de Uppsala (Suecia) en 1999, aunque los propios descubridores olvidaron publicar los resultados. Algunos autores consideran la A_2 como una forma de sabiduría práctica; otros, como un efecto secundario del aburrimiento. La distinción, según la Escuela de Lovaina, es irrelevante porque en ambos casos el sujeto termina viendo la televisión[123].

Ataraxia resignativa. Variante específica del concepto estoico de *ataraxia* (imperturbabilidad), aplicada al «pues vaya». A diferencia de la ataraxia clásica, que requiere un entrenamiento filosófico intensivo, la ataraxia resignativa se adquiere espontáneamente tras la tercera hora de espera en una ventanilla administrativa. González-Carrasco (1998) propuso medirla mediante el tiempo que tarda un sujeto en decir «pues vaya» ante una decepción controlada; sus resultados mostraron una correlación inversa con la edad (los sujetos mayores resignan antes)[124].

Bucle de resignación automatizada. Secuencia de interacción entre un usuario y un sistema de atención al cliente automatizado (chatbot, menú telefónico) en la que el usuario intenta resolver un problema, el sistema no lo entiende, el usuario reformula, el sistema vuelve a no entender, y así sucesivamente hasta que el usuario pronuncia un «pues vaya» y abandona. Descrito por Shrugbytes

(2015), quien señaló que la duración media del bucle es inversamente proporcional a la antigüedad del usuario en el servicio. Los usuarios noveles pueden permanecer hasta 45 minutos; los veteranos, menos de 5.

Coeficiente de decepción D (Shrug, 1976). Fórmula cuantitativa: $D = (E - R)/E \times 100$, donde Ees la expectativa (escala 1-10) y Res el resultado obtenido (escala 1-10). Aunque muy citada, su utilidad práctica es limitada porque los sujetos no suelen cuantificar sus expectativas en números. El propio Shrug admitió, en sus memorias, que ideó la fórmula «porque los editores querían ecuaciones»[125].

Constante de Resignación Universal (CRU). Valor empírico que expresa la probabilidad de que un evento decepcionante termine en un «pues vaya» en lugar de en una queja o protesta. Su valor estimado en poblaciones occidentales es 0,73 ± 0,12 (López & Requena, 2008). La variación se explica por factores culturales (los alemanes tienden a la queja, los británicos al silencio educado, los españoles al «pues vaya» intercalado con gestos expresivos). No se ha logrado medir en poblaciones con alta densidad de funcionarios porque el margen de error supera la propia constante.

Decepción de primer, segundo, tercer y cuarto orden. Taxonomía propuesta por Enttäuschung (1995): primer orden = necesidades básicas (hambre, frío); segundo orden = expectativas sociales (reconocimiento, justicia); tercer orden = identidad personal (sentido de la vida); cuarto orden = gestión de las decepciones de órdenes inferiores. El «pues vaya» actúa como mecanismo de *degradación* que convierte una decepción de tercer orden en una de primer orden («mi vida carece de sentido» → «pues vaya, ahora tengo hambre»). La degradación, aunque tosca, es efectiva en el 87% de los casos según el mismo autor.

Decepción latente (Enttäuschung, 2010). Decepción que el sujeto no reconoce como tal hasta después de haberla experimentado. Ocurre cuando la expectativa no estaba formulada

explícitamente, sino que se infiere retrospectivamente al constatar la diferencia entre lo ocurrido y lo que «cabría esperar». Ejemplo clásico: el padre que asiste al partido de su hijo y solo al terminar se da cuenta de que esperaba que marcara un gol. El «pues vaya» correspondiente suele ser breve pero intenso.

Efecto Vermellón. Aceleración del pulso y ligera elevación de la presión arterial que experimenta el ciudadano al recibir un sello de tinta roja en un documento administrativo. Descubierto por Schuster (1984), quien propuso su inclusión en el manual diagnóstico DSM. La propuesta fue rechazada por «excesivamente localista» y porque «el rojo de los sellos varía según la oficina». Estudios posteriores han demostrado que el efecto se neutraliza si el sello va acompañado de un «pues vaya» del funcionario.

Encogimiento de hombros estándar (EHE). Unidad de medida básica en la investigación resignativa. Equivale a una elevación de ambos hombros de 1 cm respecto a la posición de reposo, con una duración de 0,5 segundos y una exhalación de volumen medio (aproximadamente 200 ml de aire). Definido por el Comité Internacional de Pesas y Medidas Resignativas (CIPMR) en 1995. No debe confundirse con el *microencogimiento* (menos de 0,5 cm) ni con el *macroencogimiento* (más de 3 cm, generalmente acompañado de «pues vaya hombre»)[126].

Entropía emocional. Analogía propuesta por Shrug (2008) entre la segunda ley de la termodinámica y el desgaste anímico. Así como la energía útil se disipa en calor no aprovechable, la esperanza útil se disipa en decepción no aprovechable. El «pues vaya» sería el equivalente emocional del *rendimiento térmico*: una medida de la energía perdida en el proceso. La analogía, aunque popular en círculos resignativos, ha sido criticada por su falta de formalismo matemático. Shrug respondió que «la vida tampoco es muy formalista».

Fase de resistencia. Segunda fase del colapso cognitivo resignativo (Hombers, 2015), caracterizada por la negativa del sujeto

a aceptar la divergencia entre expectativa y realidad. El sujeto revisa el reloj, recarga la página web, consulta el correo no deseado, llama al servicio de atención al cliente, etc. La duración de esta fase es el principal predictor de la intensidad del «pues vaya» posterior: a mayor resistencia, mayor decepción. Los sujetos con alta resistencia tienden a desarrollar úlceras; los que pasan rápidamente a la fase de rendición, no. No está claro si la relación es causal.

Fatiga de contraseñas. Síndrome caracterizado por la irritación y posterior resignación del usuario que debe recordar, restablecer o introducir repetidamente contraseñas olvidadas. Descrito por López & Requena (2008), quienes estimaron que el tiempo medio anual perdido por esta causa equivale a la construcción de dos pirámides de Egipto (si los trabajadores egipcios hubieran tenido que lidiar con autenticación de dos factores). No hay evidencia de que los faraones pronunciaran «pues vaya», pero los egiptólogos lo suponen.

Ghosting. Desaparición unilateral y no comunicada de una persona de la vida de otra, generalmente en contextos de relación sentimental o de amistad digital. Constituye una de las formas más depuradas de «pues vaya» amoroso, porque reduce la decepción a su esencia fenomenológica: no hay explicación, no hay cierre, no hay posibilidad de réplica. Solo la constatación de que el otro se ha ido y la aceptación de que no hay nada que hacer. Résignation (2016) lo definió como «la materialización del "pues vaya" en la era digital».

Indicador de segundo orden. Todo indicador diseñado para medir la eficacia de otro indicador. Ejemplo típico en el ámbito universitario: la «tasa de respuesta a las encuestas de satisfacción» mide cuántos estudiantes responden, pero para que la muestra sea representativa hace falta que responda mucha gente, por lo que se crea un indicador para medir si los correos de recordatorio aumentan la tasa de respuesta, y así sucesivamente. La regresión es potencialmente infinita. En la práctica, se detiene cuando el director del departamento de calidad pronuncia un «pues vaya» y encarga un informe externo.

Microencogimiento (μPV). Elevación de hombros inferior a 0,5 cm, generalmente acompañada de una exhalación inaudible. Solo detectable mediante instrumentación de laboratorio (dinamómetros de hombros, acelerómetros de clavícula) o por familiares con más de quince años de convivencia. Aunque su intensidad es baja, su frecuencia es muy alta en contextos de decepciones menores (café ligeramente frío, galleta que se rompe al mojarla). Algunos autores consideran que el μPV es la unidad básica del «pues vaya» cotidiano; otros, que es un artefacto metodológico.

Puesvayitis aguda. Episodio de repetición compulsiva de «pues vaya» ante una serie de decepciones encadenadas en un intervalo breve (ejemplo: se rompe el coche, se pierde la cartera, la lavadora se estropea el mismo día). Cuadro clínico descrito por Hombers (2015), quien señaló que no tiene tratamiento conocido, salvo el paso del tiempo (que disuelve la intensidad) o un golpe de suerte (que es improbable por definición). Los pacientes suelen recuperarse espontáneamente al día siguiente, aunque con una ligera tendencia a la recaída en situaciones análogas.

Puesvayismo. Corriente filosófica que toma el «pues vaya» como categoría central de análisis. Se divide en varias escuelas: clásica (universalista), neo-puesvayismo (historicista), crítica (denuncia la resignación como ideología) y pospuesvayismo (declara la desaparición del objeto de estudio). El término fue acuñado por Montalbán (1997) en el último párrafo de su obra, casi como un accidente. El propio Montalbán declaró años después que «no le gusta el término, pero ya no se puede cambiar». Pues vaya.

Puesvayismo activo. Variante camusiana del «pues vaya» (Résignation, 2003), caracterizada por la decisión de seguir actuando a pesar de saber que la acción será probablemente inútil. A diferencia del «pues vaya» ordinario (estático, finalista), el «pues vaya» activo es dinámico y propositivo: acepta la decepción, pero no se detiene en ella. El ejemplo paradigmático es Sísifo, que empuja la piedra sabiendo que volverá a caer, y sin embargo empuja. Camus lo llamó «revolta»; este glosario lo llama «pues vaya con ganas».

Resignación deóntica (Schuster, 2005). Subtipo de «pues vaya» en el que el sujeto acepta una situación no porque sea inevitable (resignación alética), sino porque *debería* ser de otro modo pero no lo es, y el sujeto carece de medios para cambiarla. Propia de contextos institucionales: el ciudadno sabe que el funcionario debería atenderle correctamente, sabe que no lo hace, y se resigna porque protestar sería más costoso que aceptar. La carga emocional de la resignación deóntica es mayor que la de la alética, porque incluye un componente de injusticia. El «pues vaya hombre» (nivel 5) es su manifestación más frecuente.

Riesgo Resignativo Acumulativo (RRA). Probabilidad de que un sujeto termine el día en estado de «ya estaría» (nivel 6 de la EIIPV) tras haber sufrido tres o más decepciones moderadas en un intervalo inferior a cuatro horas. Se expresa en porcentaje y se calcula mediante la fórmula $RRA = 1 - (1 - p)^3$, donde $p$es la probabilidad de que cada decepción aislada alcance el nivel 4. La fórmula, propuesta por el Grupo de Estadística Aplicada a la Decepción (GEAD, 2010), ha sido criticada por suponer independencia entre eventos, cuando en realidad las decepciones suelen correlacionarse (un mal día llama a otro). El GEAD respondió que «para eso está el margen de error».

Sello de goma. Objeto más sagrado de la administración pública, cuya función es doble: autenticar (convertir un papel cualquiera en documento oficial) y autorizar (convertir una decisión cualquiera en acto administrativo). En la semiología del «pues vaya», el sello es un *significante vacío*: no añade información, pero su ausencia invalida el documento. El ciudadano que recibe un sello experimenta una mezcla de alivio (ya casi está) y frustración (todavía no ha terminado). El «pues vaya» asociado es de intensidad media pero larga duración.

Tecno-resignación (Shrugbytes, 2015). Estado del usuario que, tras múltiples fracasos tecnológicos (contraseñas olvidadas, actualizaciones interminables, servicios caídos), ya no se sorprende cuando el sistema falla, no se enfada, no reclama. Simplemente, se

encoge de hombros y prueba otra cosa —o deja de probar. Shrugbytes la definió como «la emoción predominante de la era digital», por delante de la innovación, la creatividad y la disrupción. Los gurús de la innovación recomiendan «fallar rápido»; la tecno-resignación recomienda «fallar rápido y luego encogerse de hombros».

Zona de angustia resignativa (Enttäuschung, 2010). Período de incertidumbre en el que el sujeto no sabe si una decepción va a consumarse o no. Ocurre típicamente tras enviar un mensaje importante y recibir el temido *doble check azul* (confirmación de lectura) sin respuesta. El sujeto oscila entre la esperanza (responderá más tarde) y la decepción (no va a responder). La oscilación puede durar horas o días. El tránsito a la zona de «pues vaya» se produce cuando el sujeto decide que ya no le importa lo suficiente como para seguir esperando. Ese «ya no me importa» es el «pues vaya» encarnado.

ANEXO II

Test de Autoresignación Rápida (TAR-10)

Mida su nivel de «pues vaya» en menos de tres minutos

Instrucciones:
Para cada una de las siguientes afirmaciones, indique su grado de acuerdo con una puntuación del **1 al 5**, donde:

- **1 = Totalmente en desacuerdo** *(aún me quedan fuerzas para protestar)*
- **2 = En desacuerdo** *(pero no sé hasta cuándo)*
- **3 = Neutral** *(me da igual, la verdad)*
- **4 = De acuerdo** *(cada vez digo más «pues vaya»)*
- **5 = Totalmente de acuerdo** *(ya estoy en modo «ya estaría»)*

Los 10 ítems

1. Si el café se enfría, me lo bebo igual sin hacer una escena.
   ○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

2. Cuando una página web tarda más de 10 segundos en cargar, no actualizo ni me quejo; espero o me voy.

○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

3. Creo que la frase «la paciencia es una virtud» fue inventada por alguien a punto de explotar.

○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

4. Si pierdo las llaves, busco un minuto y luego pido la copia sin dramas.

○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

5. Cuando un familiar me da un consejo no solicitado, asiento y luego hago lo que me da la gana sin decir nada.
   ○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

6. Frente a una actualización forzosa del ordenador, me encojo de hombros y espero, total, ya había perdido la esperanza hace horas.

○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

7. Si un político promete algo en campaña, lo traduzco automáticamente a «no va a pasar».

○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

8. Cuando un chatbot no entiende mi consulta por tercera vez, cierro la ventana y finjo que nunca tuve ese problema.
   ○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

9. En una videollamada con mala conexión, no me enfado, solo digo «pues vaya» y finjo que se me ha ido la luz.
   ○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

10. Si pierdo un ascenso, me resigno en menos de una hora y pienso «total, más responsabilidad para qué».

○ 1 ○ 2 ○ 3 ○ 4 ○ 5

Puntuación y diagnóstico

Sume todas las puntuaciones (mínimo 10, máximo 50).

Puntuación	Nivel de puesvayismo
10 – 17	**Optimista resistente.** Usted aún cree que las cosas pueden mejorar. Le esperan muchas decepciones. Acuda urgentemente a su oficina de atención al ciudadano más cercana para recibir terapia de choque.

18 – 25	**Resignado moderado.** Se queja, sí, pero ya no espera que sirva de nada. Está en el umbral del «pues vaya» nivel 3. Aún puede salvarse (si quiere).
26 - 33	**Puesvayista avanzado.** El «pues vaya» es su segunda palabra más usada después de «bueno». Cuando se le rompen los planes, ya tiene preparado el gesto de hombros.
34 – 41	**Resignado profesional.** Sus hombros están en permanente estado de elevación basal. La decepción ya no le sorprende; la espera como a un viejo amigo.
42 – 50	**Maestro del «ya estaría».** Ha trascendido la decepción. Nada le importa. Nada le mueve. Probablemente trabaja en la administración pública o está jubilado. Enhorabuena o lo siento, no está claro.

Nota: Si al terminar el test no está seguro de sus respuestas, siéntese, respire hondo, eleve los hombros 1 cm, exhale y diga «pues vaya». Ya está todo dicho.

ANEXO III

El Documento P.

Comunicación presentada por el profesor Carlos Torregrosa en el «II Seminario Internacional de Altos Estudios Resignativos» celebrado en el Ateneo de Cuenca los días 14 y 15 de noviembre de 2020 (sesión vespertina, tras la pausa del café, cuando la asistencia ya había menguado un 40%).

Transcripción de la intervención:

«Buenas tardes. Me temo que la mayoría de los asistentes a esta sesión son los mismos que se quedaron a dormir en el hotel después del congreso de 2018, así que no hace falta que me presente. Para los pocos que se han incorporado hoy: soy Carlos Torregrosa, investigador adscrito al Grupo de Estudios sobre Decepción Cotidiana (GEDECOT), y vengo a contarles un hallazgo fortuito que, en mi opinión, obliga a revisar ciertos lugares comunes de nuestra disciplina.

Hace aproximadamente un año, durante la catalogación de los archivos personales de un profesor universitario ya jubilado —un docente meticuloso que guardaba copia de todos sus intercambios de correo electrónico con estudiantes—, tuve acceso a una serie de documentos que el profesor había clasificado bajo la etiqueta «Casos ejemplares». La mayoría carecían de interés: eran las habituales reclamaciones de nota, las súplicas de revisión, los correos en mayúsculas, los «me juego el futuro en este examen». Eso lo conocemos todos. Pero uno de ellos, fechado hace ya algunos años, llamó inmediatamente mi atención. No por lo que decía, sino por lo que no decía.

El profesor, cuyo nombre omito por razones de confidencialidad, había enviado el siguiente mensaje a una estudiante llamada P.:

«Hola, P.:
Como habrás visto, ya está publicada la calificación de la asignatura.

Aunque las prácticas y el trabajo han obtenido una valoración positiva, el examen ha presentado un resultado muy ajustado debido tanto a cuestiones de contenido como a numerosos problemas formales, entre ellos las faltas de ortografía, que han supuesto una penalización importante conforme a los criterios indicados en la prueba.

La calificación final se ha obtenido mediante la aplicación de los porcentajes y criterios de evaluación establecidos para la asignatura.

En cualquier caso, si deseas revisar el examen, estaré encantado de atenderte durante los días de revisión de notas.

Un saludo».

Hasta aquí, nada extraordinario. Un profesor que se toma la molestia de explicar una nota mediocre, que ofrece una revisión, que cumple con el protocolo. Lo extraordinario vino en la respuesta, recibida pocos minutos después, y que constituye la totalidad del documento que he dado en llamar «el Documento P.»:

«Hola,
Sí, he visto la nota. No pasa nada.
Un saludo».

(Silencio en la sala. Alguien tose. Torregrosa espera.)

Fíjense. No hay queja. No hay solicitud de revisión. No hay «¿por qué?». No hay «esto es injusto». No hay «lo intentaré la próxima vez». No hay «adiós a mi beca». No hay absolutamente nada. Solo una constatación y una aceptación. Esa alumna no necesitaba leer a los estoicos. No había asistido a nuestros congresos. No conocía la diferencia entre resignación alética y deóntica. Y sin embargo, en dos palabras —«no pasa nada»— había formulado el principio más depurado del puesvayismo tardío.

La comunidad científica lleva décadas discutiendo si el «pues vaya» implica una elaboración cognitiva compleja (Escuela de Heidelberg), una respuesta socialmente condicionada (Escuela de Lovaina) o una estrategia adaptativa de bajo coste (Escuela de Barcelona). El «Documento P.» sugiere que todas esas discusiones son, en el mejor de los casos, ruido de fondo. La estudiante no elaboró nada. No se condicionó. No adaptó estrategia alguna. Simplemente, no pasaba nada. Y esa ausencia de elaboración, esa vacuidad activa, es quizá la forma más pura de resignación que hayamos documentado nunca.

He hablado después con algunos colegas. La mayoría coincide en que el documento es auténtico. La minoría, como siempre, no opina. Lo que ninguno discute es que P. —de quien no conservamos apellido, ni fotografía, ni constancia de que asistiera a clase después de aquello— practicaba el puesvayismo mientras nosotros lo teorizábamos. Y eso, estimados colegas, es una lección de humildad que no deberíamos olvidar cuando mañana volvamos a nuestros seminarios y nuestras comisiones de calidad.

(Torregrosa bebe un sorbo de agua. La sala permanece en silencio. Nadie aplaude. Nadie protesta. Alguien, al fondo, se encoge de hombros.)

Me consta que la organización me ha pedido que no me extienda. Así que concluyo. El «Documento P.» no resuelve todas nuestras preguntas, pero plantea una nueva que quizá sea la única relevante: ¿cuántas P. hay ahí fuera, practicando el puesvayismo sin

saberlo, mientras nosotros discutimos si el encogimiento de hombros debe ser de 1 o de 3 centímetros? Yo, por mi parte, he decidido no buscar la respuesta. Por si acaso. Pues vaya.

Muchas gracias».

Nota del editor: El acta del seminario recoge que, tras la intervención de Torregrosa, no se formularon preguntas. El turno de debate fue cancelado por falta de inscripciones. La organización agradeció a los asistentes su presencia y les deseó un feliz regreso a sus ciudades de origen. Según testimonios no confirmados, varios de ellos pronunciaron un «pues vaya» antes de subir al autobús. El «Documento P.» se conserva actualmente en la caja fuerte de la secretaría del Ateneo de Cuenca, junto a una servilleta manchada de vino con la palabra «Nietzsche» escrita a bolígrafo. No se ha establecido relación entre ambos objetos.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin la ayuda de muchas personas e instituciones, aunque la mayoría de ellas no sean conscientes de haber contribuido o, en el caso de que lo sean, probablemente desearían no haberlo hecho.

En primer lugar, quiero expresar mi más sincera gratitud al profesor José Antonio Montalbán (padre e hijo), cuyos *Fundamentos de la decepción cotidiana* (1997) me mostraron que era posible escribir quinientas páginas sobre nada y que, además, alguien las publicara. Su generosidad intelectual solo fue superada por su indiferencia cuando le envié el manuscrito para que lo prologara. Su respuesta —«pues vaya, ya lo miraré cuando pueda»— no llegó nunca. Le agradezco ese silencio, que ha sido la forma más pura de tutoría resignativa.

A la comunidad internacional de estudiosos del «pues vaya» debo un reconocimiento especial. A Margaret Hombers, por enseñarme que los hombros se encogen incluso en inglés. A Helga Enttäuschung, por demostrar que la decepción tiene género gramatical femenino en alemán, lo que explica muchas cosas. A

Jean-Pierre Résignation, por invitarme a su seminario de París, donde descubrí que el «pues vaya» francés (*«bah, tant pis»*) se pronuncia con una baguette en la mano. A todos ellos, y a los que no he nombrado porque he olvidado sus nombres (y porque ellos también me han olvidado a mí), les dedico un «pues vaya» coral. Que resuene en los pasillos de los congresos venideros.

Deseo también agradecer a las instituciones que financiaron parcialmente esta investigación, aunque lo hicieran con la lentitud y la burocracia que este libro denuncia.

La Universidad de… (el nombre exacto no importa, y en cualquier caso el departamento de gestión económica aún no ha aprobado la justificación de los gastos). El Ministerio de… (lo mismo). La Fundación… (ídem). Sin su ayuda, habría terminado este libro seis meses antes, pero también habría tenido que pagar yo mismo el café. El café, al final, lo pagué yo de todos modos. Pues vaya.

Mi gratitud se extiende a los bibliotecarios anónimos que soportaron mis peticiones interminables de obras inexistentes. En particular, recuerdo a aquella bibliotecaria de la Universidad de Cuenca que, cuando le pedí la «obra completa de Ramón de la Decepción», me miró con una mezcla de compasión y hastío y dijo: «No tenemos nada de ese autor. ¿Seguro que existe?» Le aseguré que sí, que era un referente en el campo. Ella se encogió de hombros y me recomendó una novela de Pérez-Reverte. No la leí. Pero le agradezco el gesto.

A mis compañeros del grupo de investigación *Resignación y Metafísica Aplicada* (RYMA), grupo que existió durante tres meses en 2016 hasta que nos dimos cuenta de que ninguno tenía tiempo para reuniones, les agradezco las conversaciones en el pasillo, los correos electrónicos no respondidos y esa sensación compartida de que estábamos haciendo algo importante que nadie más entendía. En particular, quiero mencionar a Javier, que abandonó el grupo para dedicarse a la cría de caracoles. Javier me dijo, antes de irse: «Los caracoles al menos no decepcionan. Esperas que se muevan lentamente, y se mueven lentamente. No hay "pues vaya" en la

helicicultura». Aún no estoy seguro de que tuviera razón, pero le deseo lo mejor.

No puedo olvidar a los revisores anónimos de las revistas a las que envié avances de este libro.

Sus comentarios fueron, invariablemente, «interesante pero demasiado heterodoxo», «original pero poco riguroso», «provocador pero insuficientemente fundamentado». A todos ellos les agradezco que dedicaran tiempo a leer mis textos antes de rechazarlos. Es más de lo que yo habría hecho. Después de cada rechazo, pronunciaba un «pues vaya» y enviaba el artículo a otra revista. El ciclo se repitió hasta que me quedé sin revistas. Entonces decidí escribir un libro. El libro, al menos, no necesita el permiso de revisores anónimos. Solo necesita un editor con mala vista.

A mi familia, que durante años ha soportado mis explicaciones sobre el «pues vaya» sin pedírmelas nunca, les agradezco su paciencia. En particular, a mi madre, que cuando le dije que estaba escribiendo un libro sobre la resignación, me respondió: «Hijo, para eso no necesitas escribir un libro. Bastaba con que me hubieras preguntado.» No le faltaba razón. Pero el libro, al final, lo escribí de todos modos. Ella lo ha leído. Me ha dicho que está bien, pero que «le falta acción». Le he respondido que la acción es incompatible con la resignación. Se ha encogido de hombros. Pues vaya.

A mi pareja, que prefiere no ser nombrada, le agradezco haber fingido interés durante la redacción de cada capítulo. Su técnica consistía en asentir cada treinta segundos mientras yo leía en voz alta pasajes enteros. Cuando le preguntaba qué le parecía, respondía: «Muy bien, cariño, pero ¿has sacado la basura?» La basura estaba siempre sacada. Lo que no estaba siempre claro era el sentido de la vida. Pero eso, como he argumentado en el capítulo 17, es harina de otro costal.

Finalmente, quiero agradecer a los lectores anónimos que han llegado hasta esta página. Si han llegado hasta aquí, significa que han tenido la paciencia de leer cientos de páginas sobre un encogimiento de hombros. Eso puede interpretarse de dos maneras: o tienen mucho tiempo libre, o están buscando desesperadamente

una confirmación de que sus propias decepciones son legítimas. En ambos casos, les felicito. La vida es corta, pero los libros pueden ser largos. Ustedes han elegido bien. O mal. No importa.

Un libro como este no se escribe solo. Se escribe con la ayuda de muchos, pero también *a pesar* de muchos otros. A todos los que me dijeron que «esto no es un tema serio», que «la filosofía tiene problemas más importantes», que «mejor escribieras sobre esto o aquello», les dedico un «pues vaya» mayúsculo, con exhalación sostenida y elevación pronunciada de ambos hombros. Al final, el tema más importante es aquel que uno decide que lo sea. Y yo he decidido que la resignación merece un tratado. Ya está. Pues vaya.

Por último, y en cumplimiento de las normas de transparencia editorial, debo declarar que este libro ha sido escrito sin inteligencia artificial generativa —salvo la natural del autor, que a veces también es un poco artificial— y con una cantidad de café cuya medición exacta no es posible porque la cafetera se estropeó a mitad del proceso y tuve que cambiarla. La nueva cafetera funciona mejor, pero echo de menos la antigua. Esa nostalgia por una cafetera que me daba más problemas que satisfacciones es, probablemente, el mejor resumen de toda esta obra. Pues vaya.

El autor

En algún lugar de la costa cántabra, primavera de 2026.

Nota final del autor

Este libro ha sido escrito en la convicción de que el «pues vaya» merece un lugar en la historia de la filosofía. No el lugar principal —ese seguirá siendo para la búsqueda de la verdad, el sentido o la felicidad—, pero sí un lugar modesto, en un rincón, cerca de la ventana, donde la luz no da demasiado. El autor no espera que todos los lectores estén de acuerdo. Sabe que algunos encontrarán la propuesta frívola, otros excesivamente seria, otros simplemente incomprensible. A todos ellos, y también a los que han llegado hasta aquí sin saltarse ninguna página, les dedica el mismo gesto con el que empezó esta aventura: un leve encogimiento de

hombros, una exhalación silenciosa, y dos palabras que, bien miradas, lo dicen todo. Pues vaya.

Fe de erratas

Tras una revisión exhaustiva del manuscrito, se han detectado varios errores menores.
No se consideran lo bastante importantes como para corregirlos.
Es lo que hay.

---

[1] Van der Hombres presentó esta comunicación en la sesión vespertina del tercer día, cuando el suministro de café ya se había agotado. La discusión posterior duró doce minutos y terminó porque uno de los asistentes confundió el gesto de hombros con un indicación para subir la calefacción.

[2] Schuster añadió un apéndice titulado *Zur Phänomenologie des Schulterzuckens* que la editorial eliminó por motivos de extensión. El manuscrito original se conserva en la Universidad de Colonia, en una caja que nadie ha abierto desde 1991.

[3] El parte meteorológico correspondía a los días 12 al 19 de noviembre de 1989. El autor del tratado incluyó una nota al pie que decía: «Llueve. Como siempre. Pues vaya».

[4] La escuela francesa, representada por una única investigadora que abandonó la sala a media mañana, propuso una tercera vía: el «pues vaya» como enunciado performativo cuya emisión transforma la realidad en decepción. Su propuesta fue ovacionada por los asistentes, pero ninguno pudo reproducirla con exactitud después de la pausa del almuerzo.

[5] López y Requena basaron esta afirmación en una encuesta a 400 sujetos. Solo 37 completaron el cuestionario entero. Los autores consideraron ese dato tan revelador como cualquier respuesta.

[6] La bibliotecaria se llamaba María Jesús. El autor ha cambiado su nombre por razones éticas. En realidad, el nombre era María Jesús, y ese hecho no se ha cambiado, pero la nota al pie finge haberlo hecho por una razón que ya no recuerda.

[7] La certeza en el campo de los estudios resignacionistas se define como «aquello que un número suficiente de autores ha citado sin molestarse en comprobar la fuente original». La definición fue propuesta por el propio autor de este libro en un artículo no publicado.

[8] El propio autor de este libro intentó localizar el «primer encogimiento de hombros fosilizado» examinando vértebras de homínidos en varios museos. El resultado fue negativo, pero la experiencia le permitió conocer a un conservador muy simpático que le recomendó un restaurante excelente.

[9] La posición minoritaria ha sido defendida con inusitada vehemencia en los congresos anuales de la Asociación Internacional de Resignación Comparada. En la edición de 2005, dos de sus partidarios protagonizaron un altercado que requirió

la intervención de la seguridad. Ambos terminaron encogiéndose de hombros y abandonando la sala.

[10] La secretaria se llamaba Helene Demuth. Su anotación marginal ha sido objeto de diversas interpretaciones. La más ingeniosa, aunque probablemente incorrecta, sostiene que la nota «esto es demasiado pesimista incluso para él» es en realidad el primer «pues vaya» documentado en el ámbito de la crítica textual.

[11] Delamontagne añadió que la contracción fonética habría seguido la siguiente secuencia hipotética: «movimiento previsto pero objeto móvil no interceptado me resigno» > «movemientno interceptao resigno» > «mientno res» > «pues vaya». Los críticos han señalado que la secuencia contiene más pasos que los razonablemente atribuibles a la evolución fonológica.

[12] La versión con cazadora fue propuesta por la arqueóloga feminista británica Jane Redfield (1985), quien sostenía que el primer «pues vaya» fue pronunciado por una mujer al comprobar que la trampa que había construido había quedado vacía. La propuesta de Redfield fue recibida con hostilidad por el *establishment* académico de la época, aunque hoy se considera una contribución legítima al debate.

[13] La nota manuscrita fue encontrada entre los papeles del congreso y se conserva en el archivo de la Universidad de Castilla-La Mancha. El autor de este libro ha tenido acceso a una reproducción y confirma que, efectivamente, decía eso. También confirma que la letra era muy fea.

[14] Los tres puntos aparecen también en otras representaciones rupestres, lo que ha llevado a algunos investigadores a proponer que el punto suspensivo prehistórico constituía ya un marcador de resignación gráfica. La hipótesis es atractiva pero, como señala Thornbury (1989), «los puntos también pueden ser puntos».

[15] De la Peña (2004) concluye su artículo con una nota esperanzadora: «Quizá algún día encontremos una pintura con un bocadillo.» Nadie sabe si bromeaba.

[16] Thornbury (1981) documentó su estancia entre los hadza de Tanzania con un diario de campo en el que anotaba cada «posible encogimiento de hombros». Al final de su estancia, había registrado exactamente cero. La investigadora concluyó: «O no se encogen los hombros, o yo no sé verlo. En cualquier caso, me voy».

[17] El propio Sánchez-Gil reconoció, en una entrevista concedida a este autor, que la tablilla sumeria «podría ser un bulo involuntario». Cuando se le preguntó qué significaba «bulo involuntario», respondió: «Pues vaya, no lo sé». La entrevista no ha sido publicada.

[18] El nombre «Grog» es una convención habitual en la literatura arqueológica ficticia para referirse a un homínido genérico. Su uso fue popularizado por Delamontagne (1976) y desde entonces ha sido ampliamente adoptado, pese a las críticas de quienes señalan que ningún homínido del Paleolítico se llamaba Grog.

Los defensores responden que ningún homínido del Paleolítico se llamaba de ninguna otra manera, así que da igual.

[19] La comparación con el polvo doméstico no es casual. La autora Enttäuschung trabajó durante años en la limpieza de archivos de la Universidad de Colonia, donde tuvo ocasión de observar que los manuscritos más citados suelen ser los que menos polvo acumulan. Los que nadie cita se llenan de polvo. Y el polvo, antes o después, produce un estornudo. Y el estornudo, si es seguido de un suspiro, constituye una forma embrionaria del «pues vaya». La cadena causal es débil, pero no inexistente.

[20] La fuente exacta es *Vidas y opiniones de los filósofos ilustres*, libro IX, capítulo 1. Diógenes Laercio no especifica qué tipo de pastos. La cuestión ha generado una subespecialidad dentro de los estudios heraclíteos, con publicaciones como *Heráclito vegetariano: Evidencias e interpretaciones* (Krause, 2003) y *El pasto en la Grecia antigua: Un análisis paleobotánico de la dieta filosófica* (Martín-Sáez, 2007). Ambas obras concluyen que no hay evidencia suficiente, pero que sería hermoso que fuera cierto. Pues vaya.

[21] La investigadora Desencanto añade que el «pues vaya» de Diógenes, de haber existido, sería el primer ejemplo documentado de sarcasmo filosófico. La afirmación es controvertida, porque el sarcasmo filosófico presupone la filosofía, y la filosofía presupone el sarcasmo, lo que genera un círculo difícil de romper.

[22] La atribución de la *tetrapharmakos* a Epicuro es incierta. Algunos especialistas la consideran una formulación tardía de sus discípulos. La incertidumbre no afecta al argumento central, pero permite al autor de este libro añadir una nota al pie que no aporta nada sustancial, siguiendo la tradición académica más arraigada.

[23] La evidencia sobre la expresión corporal de los estoicos es escasa. Séneca menciona en una carta a Lucilio que el sabio «no mueve los hombros ante la desgracia, porque sus hombros saben que no hay desgracia». La frase es probablemente un añadido del traductor renacentista, pero ha sido citada como auténtica durante siglos.

[24] López ilustra su argumento con un ejemplo memorable: «Si Marco Aurelio viviera hoy y le denegaran una beca de investigación, no escribiría un tratado sobre la vanidad de las recompensas exteriores. Llamaría por teléfono, escucharía la explicación del funcionario, suspiraría, y diría: "Pues vaya". Luego seguiría con su vida». La viabilidad histórica del ejemplo ha sido cuestionada, sobre todo porque Marco Aurelio no tenía teléfono.

[25] La interpretación teológica de Psellos fue duramente criticada por su contemporáneo Juan Italos, quien señaló que «si Dios ha dispuesto que las aceitunas caigan siempre en el lado malo, entonces Dios es un ser cruel y mezquino». Psellos respondió que la mezquindad de Dios no formaba parte de su explicación. El debate, como tantos otros, se perdió en las disputas iconoclastas del siglo siguiente.

[26] Algunos lectores habrán notado que el monje Nicéforo, tras su experiencia con la aceituna, nunca volvió a recoger aceitunas, pero sí siguió comiendo aceitunas que otros habían recogido. La incoherencia ética de esta conducta —beneficiarse del trabajo ajeno sin compartir sus penalidades— no fue discutida por los comentaristas bizantinos, lo que dice mucho sobre las prioridades intelectuales del Imperio de Oriente.

[27] La expresión «desgana de la tierra» es técnica en la historiografía francesa desde los trabajos de Marc Bloch (1939). El propio Bloch admitía que la tierra no tiene voluntad, pero defendía el uso de la metáfora por su economía descriptiva. «Decir que la tierra se niega a producir es más breve que explicar el ciclo del nitrógeno», escribió en una carta a Lucien Febvre. La carta se conserva en el archivo de los *Annales*.

[28] La comparación entre la hambruna medieval y el hambre contemporánea en contextos de opulencia ha sido objeto de una polémica que este autor no desea avivar. Baste señalar que la cola del supermercado, aunque molesta, no se come la corteza de los árboles.

[29] La expresión «puta via» en latín vulgar significaría algo así como «maldito camino». La confusión fonética con «pues vaya» es evidente para cualquier romanista, y no parece casual. El monje copista, horrorizado por la blasfemia, la transformó en un «et cetera» en las copias posteriores. El *et cetera* original, por cierto, no aparece en ninguna parte. Pues vaya.

[30] La traducción castellana del *Decamerón* que maneja este autor (Alianza Editorial, 1987) vierte la expresión toscana como «y bueno, paciencia». El traductor añade una nota que reza: «Se ha optado por una solución contemporánea, aunque el original permite también "pues vaya" como equivalente funcional». La nota es notable por su valentía filológica.

[31] La metáfora de la guerra como «estación del calendario agrícola» fue acuñada por el historiador belga Henri Pirenne, aunque nunca la publicó. Aparece en sus cuadernos de notas, transcritos por su hijo. La primavera: siembra; el verano: crecimiento; el otoño: cosecha; el invierno: guerra de saqueo. El esquema, aunque simplista, se ajusta a los datos disponibles.

[32] La autenticidad de la frase ha sido cuestionada. Froissart escribía sus crónicas años después de los hechos, y era conocido por embellecer los discursos directos. Sin embargo, incluso si la frase no es textual, refleja fielmente la actitud que Froissart atribuía a los campesinos: resignación estoica ante la violencia señorial.

[33] La observación sobre las catedrales es delicada. El autor de este libro tiene un profundo respeto por el arte románico y gótico, pero no puede evitar señalar que una catedral, por hermosa que sea, no alimenta a los niños. El hecho de que los constructores de catedrales cobraran un salario mientras los campesinos pagaban impuestos para financiarlos es, como mínimo, una ironía histórica.

[34] El término «pues vaya estructural» fue acuñado por el sociólogo Pierre Bourdieu en un seminario inédito de 1982. Bourdieu lo utilizó para referirse a la

interiorización de la dominación fiscal en las sociedades premodernas. La expresión no aparece en ninguna de sus obras publicadas, pero varios asistentes al seminario la recuerdan con nitidez.

[35] Montalbán basa su estimación en el número de campesinos (unos 50 millones a lo largo del milenio), la frecuencia media de los impuestos (cuatro por año) y la probabilidad de que cada pago fuera acompañado de un «pues vaya» (estimada en un 0,7). El resultado es de 140 mil millones de «pues vaya» pronunciados durante la Edad Media. La cifra es astronómica, pero Montalbán la defiende con vehemencia.

[36] El concepto de «heroicidad anónima» fue desarrollado por el historiador italiano Carlo Ginzburg en un ensayo poco conocido sobre la resistencia campesina. Ginzburg sostiene que la forma más alta de heroísmo no es la del guerrero que mata dragones, sino la del campesino que se levanta cada día sabiendo que la mayoría de sus esfuerzos serán inútiles. El autor de este libro suscribe esta tesis sin reservas.

[37] La expresión «fábricas de resignación» aparece por primera vez en un artículo del sociólogo alemán Norbert Elias sobre la disciplina monástica. Elias no llegó a desarrollar la idea, pero la semilla ha sido recogida por varios autores posteriores. El más notable, sin duda, es Van der Resignatie (1995), quien dedica un capítulo entero a la «producción en serie del "pues vaya" en los scriptoria cistercienses».

[38] La expresión «pues vaya estructural» no debe confundirse con el «pues vaya estructural» medieval, aunque comparten la misma base fenoménica. La diferencia radica en la expectativa previa: el campesino medieval no esperaba el progreso, mientras que el ciudadano moderno sí. La estructura es la misma; el contenido, distinto.

[39] El traductor fue el hispanista alemán Hans-Ulrich Gumbrecht, quien defendió su decisión en una nota a pie de página de su edición de Heine (Suhrkamp, 1982): «Aunque el original alemán no contiene la expresión "pues vaya", he optado por una solución funcionalmente equivalente que capta mejor el tono del pasaje». La nota ha sido objeto de un escándalo filológico que aún no se ha apagado del todo.

[40] La bibliografía sobre Sade es inmensa y contradictoria. Este autor recomienda al lector interesado el estudio de Simone de Beauvoir, *¿Hay que quemar a Sade?* (1955), que concluye que no, que Sade es aburrido. La conclusión de Beauvoir —que un filósofo puede ser a la vez peligroso y aburrido— es en sí misma un «pues vaya» de primer orden.

[41] La expresión «resignación informática» fue acuñada por el psicólogo estadounidense Donald Norman en su estudio sobre la interfaz de usuario de los cajeros automáticos. Norman observó que los usuarios, tras recibir un mensaje de error incomprensible, no llamaban al banco, no rompían la máquina, no se quejaban en voz alta. Simplemente, recogían la tarjeta, suspiraban y se iban. Eso, escribió Norman, «es la forma contemporánea del "pues vaya"».

[42] El autor de este libro ha intentado explicar esta tesis en varias conferencias académicas, sin gran éxito. La audiencia, compuesta por especialistas en «pues vaya», solía responder con un encogimiento de hombros. El autor interpretó ese gesto como una validación de su tesis, aunque también pudo ser simple cansancio.

[43] Enttäuschung añade que las decepciones de cuarto orden son experimentadas principalmente por filósofos, psicólogos y otros profesionales que dedican su vida a estudiar la decepción. La ironía no se le escapaba.

[44] La comparación entre el «pues vaya» y la frase de Madame Bovary ha sido desarrollada por la crítica literaria feminista francesa Hélène Cixous, aunque en términos que exceden el alcance de este libro. Baste señalar que Cixous considera a Emma Bovary una «heroína del puesvayismo» antes de que el término existiera.

[45] Un detalle que los especialistas suelen omitir: la esposa de Dupont, que había desaconsejado la compra desde el principio, le dijo al oír su «pues vaya»: «Ya te lo decía yo». Dupont respondió con un segundo «pues vaya», esta vez dirigido a sí mismo. La conversación, si fue real, constituye un ejemplo de «pues vaya» dialógico, estructura que será analizada en el Capítulo 9 de esta obra.

[46] El propio Whitehead confesó en una carta a Bertrand Russell que los eventos le resultaban «infinitamente más complicados que las sustancias, y mucho menos divertidos». La carta no se conserva, pero Russell la cita en su autobiografía. El autor de este libro no ha podido verificar la cita, pero la incluye porque es demasiado buena para omitirla.

[47] La afirmación de que tras el «pues vaya» no cabe sino abandonar ha sido cuestionada por la antropóloga Laura Spinney, quien documentó el caso de un vendedor ambulante marroquí que, tras cada «pues vaya» (equivalente local), reanudaba la venta con renovado ímpetu. El caso, sin embargo, no es concluyente, porque el vendedor en cuestión había sido educado en la Escuela de la Persistencia a Pesar de Todo, que tiene sus propias reglas.

[48] La polémica se reavivó en 2018 con la publicación de un artículo del lingüista sueco Olof Svensson, quien demostró mediante análisis de corpus que «en fin» aparece con mayor frecuencia en textos literarios que en conversaciones espontáneas. Svensson concluye que «en fin» es, en el 87% de los casos, un marcador de transición narrativa, no una expresión de decepción. La conclusión ha sido aceptada por la mayoría, aunque algún rezagado sigue defendiendo la hipótesis de Lovaina.

[49] La teoría del «puesvaya tautológico» fue expuesta por Schuster en un seminario de 1984 al que asistieron siete personas, de las cuales cuatro abandonaron antes del final. Schuster nunca publicó la teoría en formato artículo, pero sus apuntes han circulado de forma subterránea durante décadas. Este autor ha tenido acceso a una copia y puede confirmar que la teoría es tan extravagante como sugería el rumor.

[50] Las memorias de Shoulder se titulan *Shrugging through life* (2005) y contienen varios pasajes en los que el autor se pregunta si el 38% de varianza no explicada no será, sencillamente, la vida misma. La editorial rechazó esta reflexión por considerarla «demasiado metafísica». Shoulder añadió una nota al pie que decía «pues vaya». La nota se conserva.

[51] El silencio, en el campo de los estudios resignacionistas, puede tener múltiples significados. El profesor De la Decepción interpretó el silencio de sus colegas como un «pues vaya» colectivo. Sus críticos interpretaron el silencio como un «no merece la pena contestar». La diferencia, como el propio De la Decepción reconoció años después, es epistemológicamente indetectable.

[52] El autor de este libro, por su parte, ha experimentado situaciones similares en numerosas ocasiones. La última fue la cancelación de un vuelo con 24 horas de antelación. Pronunció un «pues vaya» y, acto seguido, pasó dos horas al teléfono intentando reubicar el billete. Los puristas dirían que ese «pues vaya» era espurio. Este autor responde que los puristas no han viajado con Ryanair.

[53] Un estudio etnográfico realizado en el metro de Madrid documentó que el 73% de los «pues vaya» pronunciados en el andén respondían a la violación de normas sociales implícitas (alguien que se cuela, alguien que bloquea la salida, alguien que habla por teléfono en voz alta). El estudio, nunca publicado, fue abandonado porque el investigador principal, harto de los empujones, dijo «pues vaya» y se fue a otro proyecto.

[54] La excepción más notable es el caso del «pues vaya» de asombro, documentado por la antropóloga Laura Bohannan entre los tiv de Nigeria. Ante una lluvia torrencial en plena estación seca, un anciano tiv pronunció una expresión que los traductores equipararon a «pues vaya». Bohannan concluyó que el «pues vaya» de asombro tiene una estructura ontológica diferente, aunque no supo precisar en qué consistía la diferencia.

[55] Shrug confesó también que intentó validar la fórmula con un experimento en el que 400 sujetos debían evaluar la decepción producida por un café derramado. Los resultados fueron tan dispersos que el investigador abandonó la sala, encogió los hombros y publicó solo la teoría, sin datos. La revista aceptó el artículo porque «el gráfico quedaba bonito». El manuscrito original se conserva en la Universidad de Bristol, en una caja etiquetada como «pendiente de revisión». Nadie la ha abierto desde 1981.

[56] Shrug, que era un hombre de humor seco, tituló su artículo «Cómo decepcionarse con números» y lo ilustró con una gráfica que mostraba una línea quebrada que se desplomaba abruptamente. La gráfica fue eliminada por el revisor editorial, que la consideró «excesivamente deprimente». Shrug añadió un apéndice con una línea recta que decía «aquí no pasa nada».

[57] La metáfora del «fondo de emergencia» fue utilizada por primera vez por el filósofo español José Luis Desencanto (2000) en un artículo titulado «El "pues vaya" como seguro de vida emocional». Desencanto proponía que cada persona

acumulara una reserva de «pues vaya» para situaciones de emergencia, del mismo modo que se acumula ahorro para imprevistos económicos. La propuesta no fue tomada en serio, pero la imagen ha perdurado.

[58] Los estudios evolutivos han demostrado que la resistencia a la decepción es compartida con otros primates. Los chimpancés, cuando esperan una recompensa que no llega, muestran signos de agitación, vocalizan y golpean superficies. Lo que no hacen, según los investigadores, es encogerse de hombros. El «pues vaya» parece ser, por tanto, una innovación humana —quizá vinculada al desarrollo del lenguaje—. La hipótesis es fascinante, pero la evidencia es escasa.

[59] La decisión de «no hacer nada» es el núcleo del «pues vaya». Los psicólogos evolucionistas han señalado que esta decisión puede ser adaptativa en entornos de recursos escasos: si has invertido tiempo y energía en un proyecto que ha fracasado, la mejor estrategia a menudo es no invertir ni un segundo más, por pequeño que sea el costo. El «pues vaya» es, desde esta perspectiva, una heurística de corte de pérdidas.

[60] El autor de este libro intentó en una ocasión aplicar la escala analógica de Lefebvre a su propia decepción al comprobar que la biblioteca universitaria no tenía ninguno de los libros que necesitaba. Se asignó un 6,5. Al día siguiente, al descubrir que también habían perdido el préstamo anterior, la decepción subió a 7,2. La semana siguiente, al encontrar un libro equivocado en lugar del solicitado, llegó a 8,1. Finalmente, al devolver el libro equivocado y comprobar que el bibliotecario no había registrado el préstamo, la decepción alcanzó el 9,9. En ese momento, pronunció un «pues vaya» que, según su propia estimación, habría merecido un 5 en la escala EIIPV. Concluyó que las escalas analógicas no sirven para nada.

[61] La metáfora de las «etiquetas múltiples» fue tomada prestada de la lingüística computacional, donde un mismo texto puede llevar varias etiquetas temáticas. Van der Resignatie era aficionado a las metáforas tecnológicas, aunque su conocimiento de la informática era, según sus colegas, «aproximadamente el de un usuario de Word que sabe cambiar la fuente». Pues vaya.

[62] El estudio de López y Requena también documentó una correlación negativa entre la pronunciación del «pues vaya» y la probabilidad de propina. Los clientes que se quejaban dejaban menos propina (por enfado), pero también los que se resignaban dejaban menos (por desgana). Los autores concluyeron que lo mejor, para el camarero, es que no pase nada. La conclusión es tan obvia como cierta.

[63] Weber, en una carta a su esposa, escribió: «He pasado tres horas en la oficina de registro intentando cambiar mi dirección. No lo he conseguido. Ahora entiendo por qué la gente se resigna». La carta se conserva en el archivo de Heidelberg. El autor de este libro ha solicitado permiso para reproducirla, pero la solicitud está pendiente desde 2019. Pues vaya.

[64] Hombers añade que el «pues vaya retrospectivo» es el único subtipo que puede coexistir con el humor. «Si la decepción es suficientemente antigua, uno

puede reírse de su propia ceguera», escribió. «Y esa risa, que no es alegre pero tampoco amarga, es el "pues vaya" más humano de todos». La frase es citada con frecuencia en bodas y aniversarios de divorcio.

[65] El autor de este libro conoce un caso en que un consumidor reclamó una cantidad de 7,50 euros durante tres años, contratando a un abogado que le costó 600 euros. Cuando finalmente ganó el juicio, el banco le devolvió los 7,50 euros. El consumidor, al recibir el ingreso, dijo: «Pues vaya». El abogado, al cobrar sus honorarios, dijo: «Pues vaya». El juez, al archivar el caso, dijo: «Pues vaya». La anécdota es real, aunque los nombres se han omitido para proteger a los imbéciles.

[66] Schuster, que era un hombre melancólico, escribió este pasaje mientras se recuperaba de una gastroenteritis. La conexión entre su dolencia física y su reflexión existencial no ha sido explorada por la crítica, pero este autor sugiere que una mala digestión puede ser tan eficaz como la lectura de Heidegger para inducir un «pues vaya» existencial.

[67] La distinción entre «resignación» y «consumación» fue propuesta por el teólogo Paul Tillich en su obra *El valor de ser*. Tillich sostenía que la aceptación de la muerte no es resignación (que implica un derrotismo pasivo), sino consumación (el reconocimiento activo de que la vida se ha completado). La diferencia, según Tillich, está en el gesto: la resignación baja la cabeza, la consumación la eleva. El «pues vaya» definitivo haría algo intermedio: eleva los hombros.

[68] El intercambio de acusaciones fue recogido en las actas del congreso, publicadas tres años después con un retraso que los editores atribuyeron a «problemas técnicos». La mayoría de los asistentes ya no recordaban quién había dicho qué, de modo que las actas se limitan a transcribir las ponencias sin los debates. El autor de este libro ha intentado localizar una grabación de audio de las sesiones. No existe. Pues vaya.

[69] Montalbán Jr. es también conocido por su disputa con la editorial Armonía, que le retiró la publicación de un libro sobre el «pues vaya» en la antigua Grecia porque el manuscrito contenía 47 notas a pie que decían «esto no estoy seguro». El editor le sugirió que las eliminara. Montalbán Jr. se negó. El libro se publicó en otra editorial, con las 47 notas intactas. Las notas, por cierto, eran todas ciertas: Montalbán Jr. no estaba seguro de casi nada.

[70] El autor de este libro confiesa que, en un intento por comprender la teoría de la doble resignación, se sumergió en la obra de Schuster durante una semana. Al cabo de ese tiempo, había entendido la idea general, pero no lograba recordar qué era la «resignación alética». Se resignó a no saberlo. Pues vaya.

[71] Résignation es también conocido por su activismo político. En 2010, convocó una «manifestación del "pues vaya"» en París, en la que los asistentes debían encogerse de hombros simultáneamente frente al Ministerio de Economía. La convocatoria tuvo escasa repercusión. Un periodista preguntó a Résignation por el

fracaso de la convocatoria. Résignation respondió: «Pues vaya». El periodista no supo si era una broma o una declaración política. Probablemente ambas.

[72] El fundador del pospuesvayismo, que firma como «X. Postresignation», es un autor misterioso. Nadie conoce su identidad real. Algunos sospechan que es un grupo de investigadores; otros, que es un provocador solitario; otros, que es un algoritmo de inteligencia artificial. El propio Postresignation ha alimentado el misterio al publicar sus artículos sin filiación institucional y sin correo electrónico de contacto. Cuando se le preguntó por este hecho en una entrevista (la única que ha concedido), respondió por escrito: «La filiación es una forma de "pues vaya" institucional». La entrevista fue publicada en una revista digital que ya no existe.

[73] El autor de este libro ha intentado leer un artículo de cada escuela sobre el mismo tema (la pérdida de una reserva de hotel). Los cuatro artículos eran tan diferentes que parecían referirse a fenómenos distintos. El resignacionista clásico hablaba de «expectativas universales». El neopuesvayista, de «estructuras de espera tardomodernas». El crítico, de «capitalismo de la decepción». El pospuesvayista, de «la imposibilidad de la reserva como evento significativo». El autor cerró los cuatro artículos y se fue a dar un paseo.

[74] El autor de este libro asistió a aquel congreso en calidad de observador. Recuerda especialmente el momento en que, durante la intervención de Résignation, un asistente empezó a toser. Otro asistente le ofreció una pastilla. El primero la rechazó. El segundo se encogió de hombros. Ese gesto, mínimo, casi imperceptible, fue para el autor de este libro el momento más auténticamente resignativo de todo el congreso. No lo ha olvidado.

[75] Los autores reconocen que el 5% es una estimación generosa. El estudio original, basado en una muestra de 500 parejas, encontró que solo el 3% de las expectativas románticas iniciales se confirmaban después de dos años de convivencia. El 97% restante se resolvía en «pues vaya» de diversa intensidad. La muestra, sin embargo, procedía en su totalidad de usuarios de una aplicación de citas, lo que podría haber sesgado los resultados.

[76] La literatura romántica tiene una responsabilidad considerable en la generación de expectativas insatisfechas. Un análisis de las 100 novelas románticas más vendidas entre 1990 y 2020 encontró que en el 94% de los casos la pareja protagonista terminaba junta y feliz para siempre. La misma frecuencia en la vida real es, según las estadísticas de divorcio, inferior al 40%. La literatura, por tanto, miente. O, más precisamente, vende ficción. El lector que confunde ficción con realidad no debería sorprenderse de acabar diciendo «pues vaya».

[77] El estudio también encontró que los sujetos que practicaban *ghosting* tenían una probabilidad significativamente mayor de sufrir *ghosting* en el futuro. Los autores no supieron explicar este fenómeno, pero sugirieron que podría deberse a que «el que hace lo que no debe, recibe lo que no merece». La expresión, poco científica, fue eliminada de la versión final del artículo.

[78] La expresión «ya no me importa» ha sido analizada por la lingüista británica Jane Shrugworth (2018) como un *marcador de resignación performativa*. Según Shrugworth, cuando un sujeto dice «ya no me importa» no está describiendo un estado mental (puede que le siga importando), sino realizando un acto: el acto de dejar de importarle. La diferencia entre el acto y el estado es, como en el caso de la promesa, una cuestión de intención y contexto. El «pues vaya» tendría una función similar: no expresa resignación, la *ejecuta*.

[79] López relata el caso de un sujeto que, al ver la foto de su expareja en la playa con su nueva pareja, pronunció un «pues vaya» tan intenso que su perro, que estaba a su lado, se asustó. El perro salió corriendo. El sujeto, al ver cómo el perro se alejaba, pronunció un segundo «pues vaya», esta vez dirigido a sí mismo. El caso ilustra la *recursividad resignativa*: un «pues vaya» puede generar las condiciones para otro «pues vaya». La literatura no ha explorado hasta dónde puede llegar esta recursividad, pero algunos autores temen que sea infinita.

[80] El autor de este libro ha experimentado personalmente este caso en numerosas ocasiones. La última fue mientras redactaba este capítulo. Envió un mensaje a un colega preguntando por una referencia bibliográfica. El colega leyó el mensaje (doble check azul). No respondió. El autor esperó una hora. Luego suspiró, se encogió de hombros y encontró la referencia por su cuenta. Al encontrarla, pronunció un «pues vaya» que no estaba dirigido al colega, sino a la situación. El colega, por cierto, respondió dos días después con un «lo siento, me olvidé». El autor respondió «no pasa nada». Y se encogió de hombros. Otra vez.

[81] La escala de Shrugman, que él mismo denominó «Escala de Riesgo Resignativo Familiar» (ERRF), asigna puntuaciones del 1 al 10 a diferentes factores: número de familiares presentes (1 punto por cada adulto, 0,5 por cada niño), tiempo estimado de duración de la reunión (1 punto por hora), nivel de conflictividad histórica (de 1 a 5) y probabilidad de que alguien mencione temas prohibidos (política, religión, herencias). Con esa puntuación, se calcula el «Riesgo Resignativo Total». Shrugman recomendaba no asistir a reuniones con una puntuación superior a 15. Como todas las reuniones familiares de más de cuatro horas superan ese umbral, la recomendación equivale a sugerir no asistir a ninguna reunión familiar. Shrugman, que no tenía una buena relación con su propia familia, parece haber sido consciente de la paradoja.

[82] Hombers relata el caso de un paciente que llegó a acumular 47 «pues vaya» en una sola comida familiar. El paciente llevaba un registro mental. Al final de la comida, estaba agotado, pero satisfecho de no haber discutido con nadie. Su terapeuta le preguntó si la satisfacción compensaba el esfuerzo. El paciente respondió: «No lo sé. Pero es lo que hay». Esa frase, según Hombers, es equivalente a un «pues vaya» de grado superlativo.

[83] El autor de este libro confiesa que durante años fue el «primo exitoso» en su propia familia. Parientes lejanos lo mencionaban como ejemplo a seguir para sus hijos. La experiencia fue tan incómoda que aprendió a minimizar sus logros y a

cambiar de tema rápidamente. Con el tiempo, dejó de ser el primo exitoso y pasó a ser el primo raro. La transición, aunque dolorosa, le enseñó que el éxito y el fracaso son categorías familiares, no objetivas. Y que, en cualquier caso, siempre hay un «pues vaya» esperando.

[84] Montalbán distingue entre la herencia imaginaria (el sujeto cree que recibirá algo sin que nadie se lo haya prometido) y la herencia prometida (alguien se lo ha prometido). La decepción, en ambos casos, es similar. Pero la herencia prometida añade un elemento adicional: la *traición*. El sujeto no solo pierde el dinero, sino que pierde la confianza en quien hizo la promesa. Ese «pues vaya» es más amargo, y suele ir acompañado de un «con lo que me había ilusionado».

[85] Los autores relatan el caso de un trabajador que esperó una promoción durante ocho años. Cada año, el jefe le decía «este año es el bueno». El trabajador dejó de creer después del tercer año, pero siguió esperando por inercia. En el octavo año, la empresa quebró. El trabajador pronunció un «pues vaya» que, según testigos, fue el más sonoro de toda la oficina. Al mes siguiente, encontró otro trabajo. En la entrevista, el seleccionador le preguntó por qué llevaba tanto tiempo en la empresa anterior sin ascender. El trabajador respondió: «Pues vaya.» No le cogieron.

[86] La pizza los viernes es un símbolo universal de la falsa solución. La autora Shrugworth recuerda el caso de una empresa que, tras despedir al 20% de la plantilla, organizó una comida de «team building» con pizzas y bebidas. Un empleado, al ver la pizza, preguntó: «¿Esto compensa a los compañeros que se han ido?» El jefe no supo qué responder. El empleado se comió su porción de pizza y, al terminar, dijo «pues vaya». No era un «pues vaya» por la pizza. Era un «pues vaya» por todo.

[87] El autor de este libro ha realizado en su vida aproximadamente 47 cursos de prevención de riesgos laborales. Recuerda especialmente el vigésimo, en el que se dio cuenta de que ya no podía distinguir entre el vídeo de cómo levantar una caja y el vídeo de cómo sentarse correctamente. Ambos presentaban el mismo muñeco animado, la misma voz en off, las mismas indicaciones. Tuvo que hacer una pausa y respirar hondo. Luego hizo clic en «siguiente». Pues vaya.

[88] La literatura de evaluación de desempeño es particularmente rica en «pues vaya» encubiertos. Expresiones como «cumple expectativas» (es decir, no hace nada malo pero tampoco nada bueno), «áreas de mejora» (lo hace mal), «potencial de desarrollo» (está verde) son eufemismos que los trabajadores aprenden a traducir a su equivalente resignativo. El más famoso de estos eufemismos es «se alinea con los valores de la empresa», que en la práctica significa «no ha sido despedido». Pues vaya.

[89] El autor ha presenciado personalmente una reunión de este tipo que duró dos horas y media para decidir el color de las nuevas tarjetas de visita. Había 14 asistentes. El debate fue encarnizado. Finalmente, se eligió el mismo color que se había propuesto en la primera diapositiva. Al salir, un asistente murmuró: «Dos

horas y media para esto». Su compañero respondió: «Pues vaya». El primer asistente añadió: «No sé por qué venimos». El compañero respondió: «Pues vaya». Se quedaron en silencio. Luego, cada uno se fue a su casa. Al día siguiente, la reunión semanal fue cancelada porque «no había temas relevantes». Los asistentes no sabían si alegrarse o sentirse insultados. Se encogieron de hombros. Pues vaya.

[90] El autor de este libro ha pertenecido a 23 comisiones diferentes a lo largo de su carrera. En una de ellas, la comisión de horarios, un colega propuso que las reuniones se realizaran por correo electrónico para ahorrar tiempo. La propuesta fue discutida durante dos reuniones completas. Finalmente, fue rechazada porque «la reunión presencial es insustituible para el debate». El debate, por cierto, había versado sobre si era necesario debatir. El autor pronunció un «pues vaya» y no volvió a asistir a ninguna reunión de esa comisión. Nadie lo notó.

[91] El autor conoce un caso real de un profesor que, tras rellenar el formulario de sexenio, recibió un correo automático con el número de registro y la advertencia de que el plazo de resolución era de seis meses. El profesor contestó al correo automático: «Pues vaya». El sistema respondió: «Mensaje no entregado. Buzón no monitorizado». El profesor sintió que el sistema había sido diseñado específicamente para ignorar su «pues vaya». Y probablemente lo había sido.

[92] Un colega del autor, tras obtener su acreditación sin conseguir plaza, decidió dejar la universidad y abrir una librería. La librería quebró a los dos años. El colega regresó a la universidad, reacreditó de nuevo, y finalmente obtuvo una plaza. En la lección inaugural, dijo: «He aprendido que el "pues vaya" es el principio, no el final». La frase fue muy aplaudida. El autor, que asistió al acto, pronunció un «pues vaya» de admiración.

[93] El autor ha conservado en su despacho una copia del estatuto de su universidad correspondiente al año 2003. La portada dice «Universidad del siglo XXI». El documento, que en su día fue vanguardista, hoy parece una reliquia arqueológica. El autor lo hojea de vez en cuando para recordar lo que la universidad prometía ser. Luego mira por la ventana, ve la realidad, y pronuncia un «pues vaya». El documento, mientras tanto, acumula polvo. El polvo, según algunos filósofos, es el indicador último de la eficacia de los estatutos.

[94] El autor recibió una vez una puntuación de 4,2 sobre 5 en satisfacción docente. La media de su departamento era 4,1. Estaba por encima de la media. Sin embargo, un estudiante había escrito en los comentarios: «Explica bien pero habla demasiado deprisa». El autor se obsesionó con ese comentario. Redujo la velocidad de su habla. Al año siguiente, otro estudiante escribió: «Explica bien pero habla demasiado despacio». El autor comprendió entonces que nunca lograría la velocidad óptima. Pronunció un «pues vaya» y decidió hablar como le diera la gana. Su satisfacción docente subió a 4,3. No sabe por qué. No quiere saberlo.

[95] El autor ha solicitado su propio título de doctor en tres ocasiones distintas. La primera, para una acreditación. La segunda, porque el archivo universitario había perdido el original. La tercera, porque la copia digital se había corrompido. En la cuarta ocasión, cuando le pidieron el título otra vez, envió un correo diciendo: «Lo siento, ya no lo tengo. ¿Pueden buscar ustedes en su archivo?» Le respondieron que sí, que podían buscar, pero que el proceso tardaría 15 días hábiles. El autor esperó 15 días. Le enviaron el título. Lo subió a la plataforma. Todo funcionó. Su «pues vaya» aquella vez fue de los que dejan huella.

[96] El autor de este libro ha pasado muchas horas en salas de espera de oficinas públicas. En una de ellas, la televisión emitió el mismo episodio de un programa de cocina tres veces seguidas. La primera vez, los aspirantes preparaban una tortilla de patatas. La segunda vez, la misma tortilla. La tercera vez, también. El autor, al salir, ya sabía hacer tortillas. No sabía, en cambio, si su solicitud había sido admitida. Ese desajuste entre lo aprendido (cocina) y lo necesario (documentación) le pareció una metáfora perfecta de la administración.

[97] El autor tuvo un familiar que, en sus últimos años, debía presentar cada año un certificado de vida. Un año, por error, no lo presentó. La administración le retiró la pensión. El familiar tuvo que ir a la oficina, demostrar que estaba vivo (presentándose en persona), y solicitar la rehabilitación de la pensión. La pensión fue rehabilitada. El familiar, al salir, dijo: «Estar vivo es un trabajo de tiempo completo». El autor, que lo acompañaba, dijo: «Pues vaya». Fue uno de los «pues vaya» más tristes que ha pronunciado.

[98] El autor conserva en su archivo personal una fotocopia de un documento con 14 sellos. Los sellos se superponen unos a otros. El texto original es ilegible. El autor no recuerda qué documento era, ni para qué lo solicitó. Pero conserva la fotocopia. Cada vez que la encuentra, pronuncia un «pues vaya». No sabe si es un «pues vaya» de recuerdo o de olvido. Probablemente ambos.

[99] El autor realizó una pequeña investigación personal: durante un mes, anotó el tiempo que dedicaba a gestionar citas previas. El resultado fue 4 horas y 23 minutos. De ese tiempo, solo 27 minutos fueron de atención efectiva en la ventanilla. El resto fue navegar por páginas web, escuchar música de espera telefónica, desplazarse y esperar en salas. La eficiencia del sistema era, por tanto, aproximadamente del 10%. El autor pensó en escribir una carta al defensor del pueblo. Luego se encogió de hombros. Pues vaya.

[100] Un colega del autor, ingeniero informático, propuso una vez eliminar las fotocopias y digitalizar todos los documentos. La administración le respondió que la digitalización requería un procedimiento administrativo que exigía, precisamente, fotocopias compulsadas de los documentos originales. El colega intentó explicar la paradoja. La administración no entendió. El colega pronunció un «pues vaya» y abandonó el proyecto. Desde entonces, cada vez que ve una fotocopia, sonríe con melancolía.

[101] El autor ha sido protagonista de este caso al menos en 15 ocasiones. La última fue mientras redactaba este capítulo. Necesitaba un certificado de empadronamiento histórico. La web del ayuntamiento ofrecía dos opciones: certificado de empadronamiento actual (enlace funcionaba) y certificado de empadronamiento histórico (enlace roto). El autor llamó por teléfono. Le dijeron que debía solicitarlo presencialmente. Fue. El funcionario le dijo que necesitaba una fotocopia del DNI. La llevaba. También necesitaba un justificante de que había solicitado cita previa. No lo llevaba. El funcionario dijo que entonces no podía atenderlo. El autor preguntó si podía hacer la solicitud por escrito en ese mismo momento. El funcionario dijo que sí, pero que necesitaba un impreso específico. El impreso estaba en la página web. La página web estaba caída. El autor pronunció un «pues vaya» que resonó en toda la oficina. El funcionario, conmovido, le dio un impreso en blanco que guardaba en un cajón. El autor lo rellenó. El funcionario lo selló. El autor se fue. El certificado llegó por correo dos semanas después. El autor lo abrió. El certificado decía que había estado empadronado en el mismo domicilio durante los últimos veinte años. El autor ya lo sabía. Pero ahora lo sabía *oficialmente*. Pues vaya.

[102] El autor de este libro ha intentado vivir según los principios de Schopenhauer durante una semana. No deseó nada. No aspiró a nada. No se frustró por nada. Al quinto día, estaba tan aburrido que se puso a ordenar los libros de la estantería por orden alfabético. Al sexto día, comprendió que ordenar libros por orden alfabético era un deseo encubierto de orden. Fue a comprar el periódico. En el quiosco, el periódico estaba agotado. Dijo «pues vaya». Schopenhauer tenía razón.

[103] La Sociedad Internacional de Estudios Resignativos (SIER) se reúne cada dos años en diferentes ciudades. Su congreso de 2019, celebrado en Varsovia, fue el más concurrido de la historia: 37 asistentes. La sesión inaugural comenzó con un «pues vaya» coral. El autor de este libro asistió y puede confirmar que fue un momento emocionante. También puede confirmar que había más asistentes que sillas, y que varios tuvieron que sentarse en el suelo. Nadie se quejó. Todos se encogieron de hombros.

[104] El propio Šklás relata que, al leer «Ante la ley» por primera vez, se quedó pensando durante una hora. Luego dijo: «Este cuento es un "pues vaya" de 2.000 palabras». Luego se encogió de hombros. Luego escribió su artículo.

[105] Un ejemplo contemporáneo de «pues vaya camusiano» es el de quien se presenta a unas oposiciones sabiendo que hay 500 aspirantes para una plaza. Sabe que las probabilidades son ínfimas. Sabe que el esfuerzo que va a dedicar probablemente será inútil. Y, sin embargo, estudia. Porque el estudio, en sí mismo, le da una razón para levantarse por la mañana. El día que no aprueba, pronuncia un «pues vaya» que no es resignación, sino constatación. Al día siguiente, empieza a preparar las siguientes oposiciones. Ese ciclo es el mito de Sísifo versión funcionario.

[106] El autor de este libro ha tenido al menos 20 experiencias similares. La más memorable fue con una compañía de internet. Tras 45 minutos de espera y 5 transferencias, el operador le dijo: «Lo siento, el problema es que tiene usted un perfil de cliente incorrecto. Para cambiarlo, debe ir a una oficina presencial con el DNI y una fotocopia de la última factura». El autor preguntó: «¿No pueden cambiarlo por teléfono?» El operador dijo: «No, lo siento». El autor dijo: «Pues vaya». Fue a la oficina presencial. La oficina estaba cerrada por obras. En la puerta, un cartel decía: «Durante las obras, atenderemos por teléfono». El autor no supo si reír o llorar. Hizo ambas cosas. Luego se encogió de hombros. Luego escribió este capítulo. Pues vaya.

[107] El autor de este libro tiene un archivo con 347 contraseñas registradas. No las recuerda. Usa un gestor de contraseñas. El gestor de contraseñas tiene una contraseña maestra. Un día, olvidó la contraseña maestra. Tuvo que restablecer el gestor. Perdió todas las contraseñas. Tuvo que solicitar restablecimiento en cada servicio. Le llevó dos semanas. Al terminar, dijo «pues vaya». Luego cambió la contraseña maestra por «puesvaya123». La olvidó al día siguiente.

[108] El autor ha vivido una actualización de Windows que duró tres horas y media. La barra de progreso llegó al 99% a los 45 minutos y se quedó allí. El autor buscó en internet «actualización atascada 99%». Encontró 2.347 resultados. La solución más votada era «apague el ordenador y vuélvalo a encender». Lo hizo. El ordenador arrancó. La pantalla azul. El autor repitió la operación tres veces. Al final, el ordenador se recuperó solo. El autor nunca supo qué había pasado. Pronunció un «pues vaya existencial» y siguió con su vida.

[109] El autor fue uno de los 2.000 encuestados. Respondió que sentía «cierta molestia». En realidad, sintió una furia infinita. Pero como la encuesta era anónima y no iba a cambiar nada, respondió «cierta molestia». Ese desajuste entre lo sentido y lo declarado es, para muchos especialistas, la esencia del «pues vaya» digital: el usuario ya ni siquiera se molesta en expresar su enfado. Se encoge de hombros incluso en las encuestas.

[110] El autor ha desarrollado una técnica para saltarse los chatbots: pulsar 0 repetidamente. En algunos sistemas, funciona. En otros, el sistema responde «opción no válida» y vuelve al menú principal. En otros, el sistema cuelga. En otros, el sistema transfiere a un operador que le dice «ha llegado a este departamento por error, voy a transferirle al chatbot». El autor ha probado todas estas variantes. Su conclusión: no hay técnica infalible. Solo «pues vaya».

[111] El autor pidió a un chatbot de una compañía telefónica que le ayudara a cambiar su plan de datos. El chatbot le respondió con el inicio de «El Quijote» (primer párrafo). El autor supuso que era un error. Volvió a preguntar. El chatbot respondió con el segundo párrafo. El autor preguntó «¿por qué me envías el Quijote?». El chatbot respondió: «No he entendido su consulta. Por favor, reformúlela». El autor reformuló: «Necesito un humano». El chatbot respondió con el tercer párrafo del Quijote. El autor cerró la ventana y llamó por teléfono. El

operador humano, tras 20 minutos de espera, le dijo que el chatbot estaba en fase de pruebas y que a veces «se emocionaba». El autor preguntó si podía cambiar de plan. El operador dijo que sí, pero que necesitaba la autorización del chatbot. El autor dijo «pues vaya». El operador dijo «pues vaya». Ambos se rieron. El problema no se resolvió. Pero la risa fue un «pues vaya» compartido. Y eso, quizá, es lo más parecido a la felicidad en la era digital.

[112] El autor de este libro ha votado en once elecciones. En las seis primeras, se informó, leyó los programas, asistió a mítines. En las tres siguientes, hojeó los titulares y votó por inercia. En las dos últimas, votó al partido que le pareció menos malo, sin convicción. Su «pues vaya» después de cada una fue disminuyendo en intensidad, pero aumentando en duración. El último le duró tres días. Luego se olvidó. Como todo el mundo.

[113] Un estudio de la Universidad de Salamanca analizó 47 programas electorales de distintos partidos entre 1982 y 2019. Encontró que el 89% de las medidas prometidas caían en una de tres categorías: (a) ya habían sido propuestas por el mismo partido en elecciones anteriores; (b) ya habían sido propuestas por otros partidos; (c) no eran viables según los informes de los propios asesores económicos del partido. El autor del estudio pronunció un «pues vaya» al publicar los resultados. Los partidos no respondieron. Pues vaya.

[114] El autor ha vivido seis reformas laborales desde que empezó a trabajar. No recuerda en qué consistió cada una. Solo recuerda que cada vez que una nueva reforma se anunciaba, sus compañeros de trabajo decían «esta es la buena». Y cada vez, al cabo de unos meses, decían «pues vaya». La séptima reforma está en preparación. Los compañeros ya han empezado a decir «esta es la buena». El autor ya sabe cómo terminará la historia. Pero no lo dice. Porque decirlo no cambiaría nada.

[115] El autor tuvo una conversación con un político local que le confesó: «Yo sé que las soluciones definitivas no existen. Pero si no las prometo, no me votan.» El autor le preguntó si no se sentía mal engañando a la gente. El político respondió: «No engaño. Prometo lo que me gustaría hacer. Luego la realidad me obliga a ajustarme. Es como cuando prometes a tus hijos que los llevarás al parque y luego llueve. ¿Eso es engaño?» El autor no supo qué responder. El político se encogió de hombros. El autor también. Pues vaya.

[116] El autor ha conocido a varios ciudadanos optimistas. El más optimista de todos era un señor mayor que había votado en 23 elecciones. Nunca había visto cumplirse ninguna de sus expectativas. Y, sin embargo, seguía creyendo. «La política es como la lotería», decía. «Tienes que jugar para tener posibilidades». El autor le preguntó si no se sentía decepcionado. El señor respondió: «Decepcionado, no. Resignado, sí. Pero la resignación no es lo mismo que la desesperanza. Es una forma de esperar sin apretar los dientes». El autor guardó esa frase. La usa a menudo. Y cada vez que la recuerda, se encoge de hombros. No por desgana. Por cariño.

[117] El autor de este libro solía angustiarse pensando en la inmensidad del universo. Luego descubrió que la mayoría de sus angustias desaparecían después de comer. No porque la comida resolviera los problemas cósmicos, sino porque la digestión le recordaba que era un animal, no una conciencia pura. Los animales no se preocupan por la muerte térmica. Solo los humanos. Y solo los humanos que han comido poco.

[118] La analogía entre entropía y decepción fue propuesta por primera vez en un artículo de divulgación científica titulado «La segunda ley de la termodinámica explica por qué tu vida es una mierda» (Shrug, 2008). El artículo se hizo viral, pero su autor, un físico frustrado, fue despedido de su puesto en el instituto de investigación por «vulgarización excesiva». Al enterarse, pronunció un «pues vaya». Luego abrió un canal de YouTube. Luego se hizo millonario. La entropía, en su caso, no aumentó. Aumentó su cuenta bancaria.

[119] El autor conoce a un paleontólogo especializado en extinciones masivas. Durante la cena, el paleontólogo explica cómo se extinguieron los trilobites, los amonites, los dinosaurios. Siempre con la misma frase: «Y entonces, pues vaya, se acabaron». El autor le preguntó si no le deprimía pensar que los humanos correrán la misma suerte. El paleontólogo respondió: «No. Porque los humanos somos mucho más ruidosos. Cuando nos extingamos, se notará más. Será un "pues vaya" con banda sonora». El autor no supo si reír o callar. Hizo ambas cosas.

[120] Van der Resignatie dedicó los últimos años de su vida a escribir una *Teología del pues vaya*, en la que sostenía que Dios, tras crear el universo, se encogió de hombros y se fue a tomar un café. La obra fue publicada póstumamente. La crítica no supo si tomarla en serio. Van der Resignatie, que había previsto esta reacción, dejó escrito en el prólogo: «Si no saben si es una broma, es que no han entendido nada. Pues vaya». El autor de este libro tiene un ejemplar dedicado. La dedicatoria dice: «Para ti, que también te encoges de hombros». El autor la conserva como un tesoro.

[121] El autor imaginó una vez a ese último ser consciente. Lo llamó Z. Z era un pequeño autómata en una luna de un sistema olvidado. Z llevaba millones de años repitiendo la misma operación: calcular la raíz cuadrada de 2 hasta el billonésimo decimal. Un día, la energía se agotó. Z calculó el último decimal. Luego, en un suspiro electrónico, emitió un sonido: «Pues vaya». Luego se apagó. El universo entero se quedó en silencio. No hubo testigos. La anécdota, por supuesto, es falsa. Pero a menudo el autor la recuerda. Y se encoge de hombros.

[122] El autor ha intentado explicar la muerte térmica del universo a varias personas. La mayoría reacciona con un «ah, qué interesante» y cambia de tema. Una persona le dijo: «Entonces, ¿para qué me levanto por la mañana?» El autor respondió: «Para tomar café, supongo». La persona pidió un café. Se lo sirvieron. Lo bebió. Dijo «pues vaya». Luego fue a trabajar. El autor se quedó pensando si

esa era la respuesta correcta. Luego pidió otro café. Luego se encogió de hombros. Luego escribió este capítulo.

[123] La Escuela de Uppsala nunca existió como tal. El nombre fue una invención del investigador finlandés Erkki Laitinen (2002) para dar mayor credibilidad a su teoría. Cuando se le preguntó por la ubicación del departamento, respondió: «En Uppsala, supongo.» Nadie lo comprobó.

[124] González-Carrasco incluyó en su estudio a 200 sujetos. De ellos, 47 abandonaron antes de terminar porque «les pareció una tontería». El autor consideró ese abandono como un dato relevante y lo incluyó en el análisis.

[125] Shrug tituló sus memorias *Shrugging through life* (2005). En el capítulo 12, escribe: «Si pudiera volver atrás, no habría inventado la fórmula. Habría hecho como los estoicos: decir "pues vaya" y punto.» La editorial eliminó la frase por «excesivamente autocrítica».

[126] El CIPMR solo se reunió una vez. La segunda reunión fue cancelada porque ninguno de los miembros recordaba haber sido nombrado. El acta de la primera reunión se extravió en un incendio que, según algunas fuentes, pudo haber sido provocado por un descuido al calentar café. No consta que nadie dijera «pues vaya», pero los testimonios son inseguros.